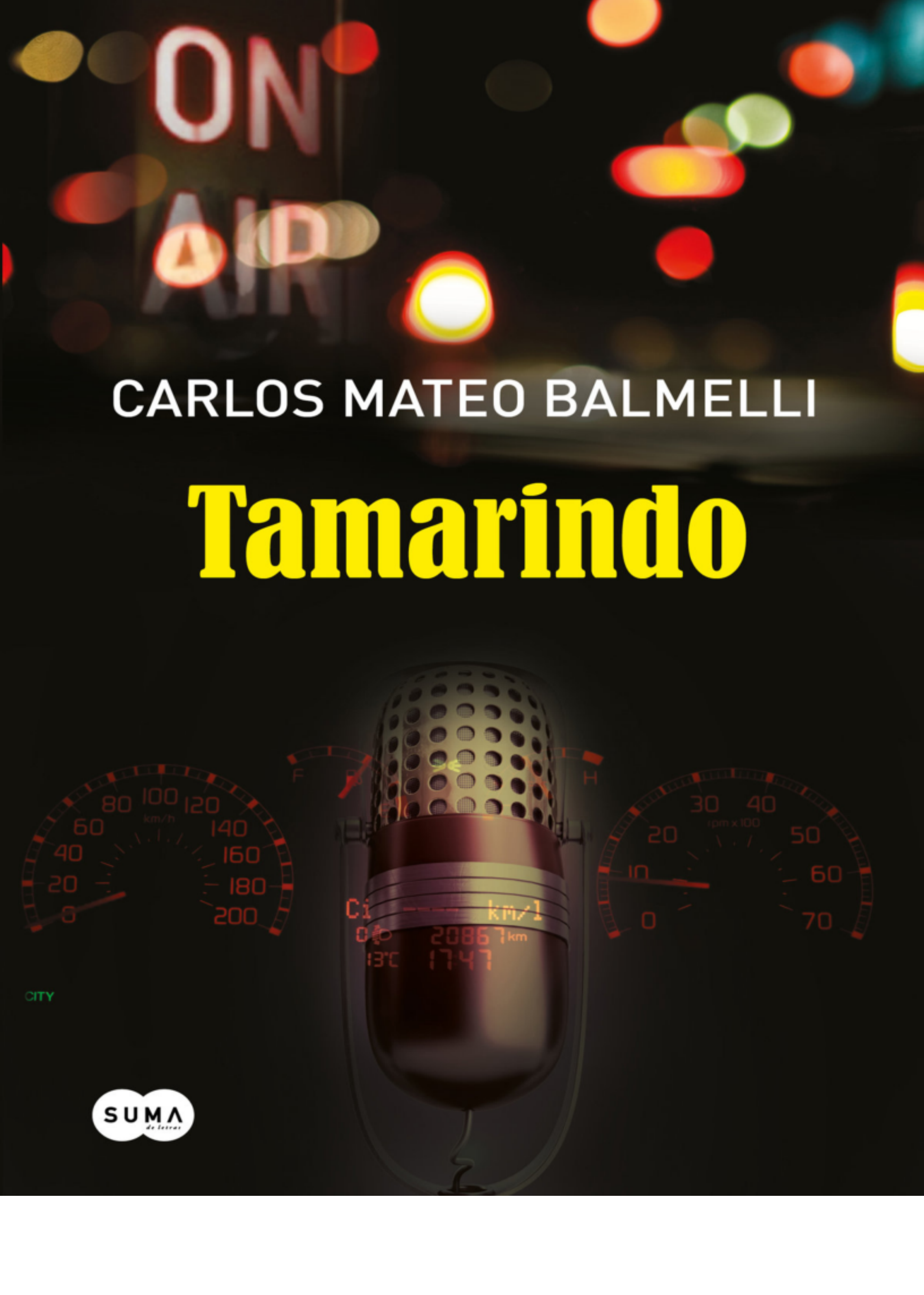

ON AIR
CARLOS MATEO BALMELLI
Tamarindo
SUMA

Carlos Mateo Balmelli

Tamarindo

Suma de letras

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Tommy Mateo y Osval Guillén, Carlos González, Pablo, Juan, Eduardo y Lorenzo Livieres, Jorge Leoz, Julio Martínez, Ricardo Doria, Rubén Jacks, Luis Fretes, Roberto Daher, Rodrigo Gorostiaga y Luis Guanes Gondra, con el afecto que persiste en el tiempo.

A mi hermano en las letras,
José Antonio Alonso Navarro.

Y a Juan Manuel Marcos,
quien me hermanó con la novela.

“Que la historia hubiera copiado a la historia ya era suficientemente pasmoso; que la historia copie a la literatura es inconcebible”.

JORGE LUIS BORGES. *Tema del traidor y del héroe*

“No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”.

ALBERT CAMUS. *El mito de Sísifo*

“No me canso de leer los *Ensayos* de Montaigne. Me producen un efecto plácido, sedante; me dan un reposo delicioso. Encuentro a Montaigne lleno de inagotables sorpresas. Una de estas sorpresas proviene, creo yo, del hecho de que Montaigne tiene una idea muy precisa de la insignificante posición que tiene el hombre sobre la tierra”.

JOSEP PLA. *El cuaderno gris*

1. Montaña

Esta es la historia de Salvador Monte de Oca, la que nos demostrará que cuando la realidad no nos asombra, nos engaña la imaginación.

El estrépito del reloj indicó que ya eran las cinco de la tarde. Salvador Monte de Oca, mejor conocido como Montaña, interrumpió su jornada de estudio y reflexión. Debía prepararse para salir hacia su programa de radio “Sin pelos en la lengua”, el de mayor audiencia en todo el dial de Villana, capital de la República de O, la ciudad de los olvidosos, fieles oyentes que todos los días encendían la radio, ya fuera en sus autos, en sus casas, en sus locales comerciales, para no perderse la emisión cotidiana del programa de Montaña.

Consciente de lo que implicaba el sonido de la alarma de las cinco de la tarde, dejó a medio hacer la tarea de fijar en la memoria las fechas, cifras y citas con las cuales daba profundidad y veracidad a sus intervenciones radiales. Almacenaba sus conocimientos como si fueran víveres para el periodo de vacas flacas. Había decidido consagrarse al estudio sesudo de las cosas como si hubiese hecho un voto monástico.

Esa tarde, como todas las tardes, ordenó los papeles y libros que estaban sobre la mesa. Abandonó el sitio en donde elucubraba sus sarcasmos y planificaba sus próximas querellas. En el archivador de papeles situado enfrente de su mesa de escribir anotó los temas de indagación y análisis para el día siguiente. Las ideas centrales, que constituían el libreto de cada programa, las traspasaba a un cuaderno en el que, de puño y letra, escribía aquellas que le parecían lúcidas.

Provocador nato, desafiaba con la intención de triunfar en sus contiendas dialécticas. Se podía estar o no de acuerdo con él pero de lo que nadie dudaba era de que sus acusaciones no podían ser objetadas ni con el mayor rigor socrático. Censuraba a sus víctimas de una manera orgullosa y arrogante.

Cuando se trataba de acusar con la verdad no remediaba en los peligros que sus palabras acarreaban y, de igual modo, su implacabilidad le impedía ejercer el vicio de la piedad con quienes pensaban con los pies. Incluso los destinatarios de sus críticas reconocían que los ataques de Salvador Monte de Oca tenían una dosis de veneno y mortificaban la vida a cualquiera.

Al hablar ante el micrófono se apasionaba, levantaba y bajaba el tono de su voz. Ecualizaba el sonido de su vocabulario para que se apreciase que las palabras no solo visten pensamientos, sino también sentimientos. Espoleaba la ansiedad de los radioyentes pausando su hablar. Estaba obsesionado con la idea de plasmar en la realidad su ideal de pureza y buenas costumbres.

Montaña llevaba una vida crepuscular y de benedictina frugalidad. Cada tarde antes de ir a la radio tenía la costumbre de ducharse y ataviarse con las vestimentas que colgaban del perchero, las que había escogido, meticuloso como pocos, a la mañana temprano, después de su desayuno.

El color de sus camisas era opaco y sus pantalones eran oscuros. Sus trajes y corbatas eran sobrios y estaban hechos a medida. Antes de vestirse controlaba por última vez que la camisa estuviera bien planchada y que la línea del pantalón estuviera recta desde la cintura hasta la bocamanga. No se conocía ocasión en la que se lo hubiera visto desaliñado. Estaba lejos de ser un dandi. Su refinamiento era, pues, el de un hombre austero. Odiaba por igual la dejadez de las personas vulgares como el amaneramiento de los que hacían ostentación de ir a la última moda.

Salvo en el hablar, en todo lo demás huía del exceso. Vivía atrincherado en un frío formalismo y pensaba que con la abundancia la hipocresía desnudaba su insinceridad. Jamás se perfumaba pues los perfumes y desodorantes le provocaban una alergia que le irritaba las axilas en una forma única de inflamación.

A pesar de estas incomodidades sobresalía por su aspecto desinfectado y su vestimenta demodé.

En todos los años que concurrió a sus programas radiales desodoraba, por lo menos tres veces, el estudio de trasmisión. Nunca

nadie se burló de él por haber dejado malos olores al abandonar el estudio. Al finiquitar la emisión del programa dejaba tras de sí un aire frío e inodoro y abundantes imputaciones que sembraban la zozobra en el ambiente político. Durante todo el año realizaba su programa con el aire acondicionado funcionando con baja temperatura.

Salvador Monte de Oca descendía de una familia de notables e ilustres personalidades venida a menos. La historia de su familia está moldeada por la impronta de intelectuales y hombres extraordinarios que brillaron por su talento y su honestidad. En su árbol genealógico resaltaba la figura de su abuelo, que ejerció la presidencia de la República de O, de la cual Villana era su capital.

Montaña dijo en "Sin pelos en la lengua"

Quizás he combatido con poco éxito. Será mejor que la historia juzgue mis actuaciones. En toda mi longeva existencia he procurado que mi discurso sirva a la verdad y que mi conducta esté atenta para contrarrestar las desviaciones de los villaneros. Villana y quienes la habitan se comportan como si esta fuese la sede de lo apócrifo y de la apostasía. Lo que en otras partes del planeta se considera vileza, porquería y obscenidad, aquí, en la República de O, se considera distinguido y original. La fanfarronería domina la conducta de los gobernantes y la desvergüenza de impunidad instala el sentimiento de que nunca habrá castigo para los que delinquen. Los que manejan los resortes del poder consideran que el paso del tiempo es un anestésico que caló hondo en la misantropía institucional. Ostentan, sin sonrojarse, sus títulos académicos comprados o falsificados. Cuando doctorean se les hace agua la boca y utilizan anglicismos para demostrar que se pusieron a tono con la globalización. La impavidez ciudadana y la rapacidad alevosa de los gobernantes hicieron posible que florezca la impudicia. Los que nos gobiernan se sienten libres de ataduras y no le temen a la ley. Ni acatan ni cumplen el recetario institucional. Estos caraduras rumian sus tragadas sin temor a padecer un cólico estomacal. Lo que más me irrita de todo lo que les estoy relatando es la circunstancia de que no seamos capaces de reaccionar. Nos hemos acostumbrado al peor de todos los servilismos, nos comportamos con el escepticismo de los que tuvieron fe y dejaron de creer. Somos los descreídos que abandonamos nuestro credo para no asimilar otra fe. La ausencia de fe nos transformó en villaneros y olvidosos. El fariseísmo eclipsa el deseo de que sean atendidos nuestros derechos de ciudadanía.

2. Los hombres Monte de Oca

Policarpo Monte de Oca, abuelo de Montaña, fue un hombre de mediana estatura, hombros anchos y amplia caja torácica. Al discursear, tenía un aire de hombre recio e irreductible, su presencia se imponía sin mayores esfuerzos trasmitiendo la sensación de ser de esas personas inconmovibles en sus ideales. Practicaba la filantropía porque le salía del corazón, no lo hacía buscando un rédito político sino porque creía en la pedagogía del ejemplo y en el predicamento de que el ser humano era perfectible.

A Policarpo le cupo ejercer la presidencia del Estado en tiempos revueltos y empapados de sangre. El país se hallaba en la etapa más sanguinaria y despiadada de su última guerra civil. Fue él quien sosegó e hizo deponer las armas a los beligerantes. Refundó el orden republicano atando las instituciones republicanas a la conducta austera, honrada y legalista de los gobernantes y gobernados. Sin apelar a métodos truculentos, estableció un armisticio, impuso su autoridad y fijó el marco institucional del nuevo orden político, sin embargo, no se le pasó por la cabeza suprimir las libertades públicas.

Lideró un proceso que apuntaló la pacificación nacional y la restitución de los derechos políticos a todos los connacionales. En una oportunidad un grupo de seguidores le insinuaron enmendar la Constitución para insertar la figura de la reelección, pero Policarpo se negó rotundamente y aclaró que nunca abonaría las posturas que enflaquecerían los postulados constitucionales.

Su figura está asentada en los libros de historia como la de un guía que supo responder en tiempo y forma a las exigencias de la época. Integraba el grupo de esos políticos excepcionales que cuando son emplazados por la necesidad no se rinden al mandato de esta. Se lo consideraba un político culto, sagaz y decidido.

El día que le dieron sepultura no hubo quien no destacase su honorabilidad y su vocación de tribuno republicano. Fue sepultado con los honores de un padre de la patria. De la estirpe Monte de Oca fue el que dio más brillo al apellido.

El padre de Salvador tenía el nombre pero no la bravura del océano Pacífico. Era el penúltimo de nueve hermanos y poseía una personalidad taciturna y ausente. De Policarpo heredó el amor por los libros y un sentido renacentista de la cultura. Fue educado en la escuela del respeto y admiración hacia las personas que leían en exceso. Su escuálida y esquelética figura no pasaba desapercibida por su altura y su calvicie. Desgarbado y de piel mortecina, proyectaba la semblanza de hombre opacado y triste. La sonrisa enigmática y su aspecto vaporoso lo anatemizaban. Su formalidad se evidenciaba en sus frías manos, en su forma seca e inexpresiva de saludar y en su inmodificable y añeja costumbre de estar trajeado fuera y dentro de su casa. En su rostro chupado sobresalían su frente ancha, sus ojos hundidos, su pronunciado mentón y sus labios finos alrededor de los cuales aleteaban sus nervios que externaban su turbación.

Pacífico creció a la sombra de un gran hombre, lo que supuso, en lo social e intelectual, encumbrarse por encima de sus contemporáneos y, al mismo tiempo, subsistir aplastado bajo la sombra de su padre. Probó suerte en la política sin tener éxito y ninguna trascendencia. Estimo que ni los manuales de historia registran su paso por la política. Era carenciado en la sabiduría del mando y temía ser el primero en dar a conocer sus opiniones. Cobró notoriedad por ser un pésimo orador y se lo consideraba la antípoda de su padre.

Policarpo contaba con una voz estentórea mientras que a Pacífico le tomaban el pelo por su voz aflautada de hermafrodita. Titubeaba y obedecía como un segundón. Las relaciones sociales frecuentes o intensas le daban alergia y a pesar de que por dentro convulsionaban sus traumas, por fuera no se entreveían secuelas de estas convulsiones.

Con su inseguridad enfermiza pagó el precio de haber nacido bajo la seguridad del poder. Desalentado por el fracaso en su carrera política, este se incorporó a la cátedra universitaria y desde el púlpito académico sostuvo polémicas bizantinas sobre arte y filosofía.

Como su padre, Pacífico vivió despreocupado de los bienes materiales y pensaba que ganar dinero era una actividad adocenada y ruin que distraía la energía puesta al servicio de la sublime búsqueda de la paz interior. Pacífico representaba el arquetipo del náufrago de agua dulce. Murió en un silencio pasmoso, sin que nadie lo notara, como mueren los que le temen al vivir.

3. Mandato familiar

La madre de Salvador fue bautizada con el patronímico Leonor y se apellidaba Prada. Era hija de una familia de destacados profesionales médicos que tuvieron la posibilidad de acceder en aquella época a cursos de especialización en el extranjero.

Leonor Prada y Pacífico Monte de Oca contrajeron nupcias cuando ambos se acercaban a los cuarenta años. Los chismes de la época afirmaban que fue un matrimonio por conveniencia, pues la unión tenía la ambición lícita de procrear un varón que perpetuase el apellido. Como se trataba de padres en edad riesgosa, los médicos recomendaron que tuvieran solamente un hijo.

Este nació por cesárea para evitar que la madre corriese algún riesgo. Antes de nacer, el hijo fue laureado con un destino histórico y cuando le daban el biberón le susurraban al oído cánticos que alababan su futuro promisorio.

No en balde lo bautizaron Salvador. Lo llamaron Salvador para que hiciera hincapié en el valor de la justicia y defendiera las causas grandes y nobles.

Luego del embarazo, Leonor no volvió a recuperar su peso normal. Vale recordar que ella siempre fue de constitución gruesa y rústica. Después del parto y del periodo de lactancia, comenzaron a acentuarse los rasgos más llamativos de su cuerpo. Lo que era chico se hizo grande y lo que era grande se hizo más grande. Por ejemplo, sobresalían sus tobillos elefantiásicos, sus piernas anchas, sus nalgas cuadradas y flojas, las grasas que colgaban de sus brazos, el collar adiposo que rodeaba la mandíbula y el tejido graso bajo las pestañas. Su rostro ovalado se ovaló más con los cachetes que se le formaron en las mejillas. Se le engruesaron las manos y los pies. La panza se le redondeó con el uso de fajas untuosas que le impedían, en una

posición vertical, alcanzar con la vista sus piernas y las extremidades. Su cabellera se tiñó de un color grisáceo y sus cejas anchas y pobladas se encanecieron. Sus labios y mentón se encarnecieron y su mirada fija y amenazante y sus ojos azules grisáceos, redondos y saltones, comenzaron a dibujar el contorno de una personalidad autoritaria.

La vellosidad facial empeoraba el afeamiento de su rostro y se mostraba negligente a la hora de cortarse los pelos que le crecían en los orificios nasales y en las cavidades de los oídos. Tampoco se depilaba un tenue bigote que se le formaba sobre los labios.

Está claro que Leonor era la mariscala y que Pacífico no tenía los huevos bien puestos. Ella decidía sobre todo lo concerniente a la administración de la casa como así también a la educación del hijo. No dejaba pasar el detalle más insignificante.

Así, ella decidía cuándo tomaba la leche, comía un puré de papas, de remolacha, de zanahoria o el arroz hervido con pollo a la plancha. Su vocación de mando llegó al colmo que incluso se propuso decidir a qué hora el hijo debía ir de cuerpo. Le insistía que debía disciplinar sus funciones fisiológicas y que el formalismo protocolar obligaba a internalizar que ir al baño a mear no era una facultad comprendida en el ejercicio del libre albedrío. Leonor subrayaba que pasar al wáter durante la realización de actos de exaltación colectiva demostraba el miedo a la muchedumbre. En cierto sentido, se da por hecho que la idea de un líder cagando mermaría, sin duda, su autoridad moral.

El caudillo debe ser un enigma indescifrable para sus adeptos, de una forma determinada tiene que evacuar sus apremios estomacales o de vejiga en la soledad del poder. Un líder que defeca bajo la supervisión de sus fanáticos atenúa la adulación de la que él se cree merecedor.

Pacífico y Leonor personificaban dos polos opuestos en lo referente a la elocuencia. El primero hablaba a cuentagotas y la segunda tenía una enjundia barroca que utilizaba para amplificar y espesar las cosas que quería exponer. Si tomamos una radiografía de Salvador, es obvio que encontraremos en su psicología el legado de sus tres ascendientes. Del abuelo heredó el germen de la obstinación y la valentía, de su padre la vida crepuscular y unidimensional, y de su madre el habla

recargado y fulgurante.

En la intimidad también estaban lejanos. Para ella su dormitorio marcaba un radio de acción en donde estaba prohibida la injerencia de su cónyuge, Pacífico. Ambos compartieron la cama hasta el nacimiento de Salvador. Luego separaron los cuartos y sus vidas. Los dos se abstuvieron de cualquier actividad sexual. Ni siquiera tuvieron sueños libidinosos que los tentasen a imaginar alguna acción prohibida, sencillamente en ellos caducó la sexualidad y la sensualidad. A decir verdad, la tesis de que caducó el deseo sexual es refutable por inverosímil, en su círculo de amigos corría la voz de que Leonor y Pacífico eran asexuales y que llegaron vírgenes al matrimonio y que fue allí donde perdieron la castidad. Figurarse que no tuvieron intensa convivencia carnal no contradice la idea que la imagen que ellos trasmitía. De alguna manera, no sería una idea alocada presumir que quizás la única o una de las pocas veces que hicieron el amor fue la vez que ella quedó embarazada. Jamás se les escuchó a ninguno de los dos emitir un comentario sobre un tema vinculado con la sexualidad, ni siquiera una anécdota o un comentario frívolo que suelen ser utilizados con el objetivo de aclarar coyunturas oscuras y contradictorias. En definitiva, la existencia de los progenitores no estuvo atravesada por la libido. La inapetencia sexual de Salvador reverbera el legado sexual de sus padres.

Montaña dijo en "Sin pelos en la lengua"

Desde que acaeció el fallecimiento del prohombre Policarpo Monte de Oca ha declinado el vigor de nuestra democracia. El Estado democrático de derecho ha cedido terreno al Estado de la merdocracia. En la época en la que don Policarpo ejercía su liderazgo, el derecho y la política se compenetraban. Con carisma y con mano dura imponía su autoridad y hacía que se respetasen las instituciones. Durante toda su vida pública fue el más estricto de los celadores de la República de O. Internamente endurecía su defensa a la ley, en su gobierno no se colaban los ladrones. Con rigor y austeridad aceraba la verdad antes de que esta sea tocada por el tiempo. De igual manera, amurallaba las fronteras para impedir que se contrabandee la droga y la pornografía. Mientras él vivía las cosas discurrían por su cauce normal. Con su obra de gobierno el presidente Policarpo Monte de Oca escribió el último renglón de gloria de nuestra democracia republicana. Recuerdo como si fuese ayer el día que lo enterramos. Era una tarde de otoño y de hojas descoloridas. El color grisáceo encapotó el cielo como queriendo anunciar que la infamia, lo falso y lo mendaz llegaban para quedarse. Parecía que los saboteadores de la democracia estaban esperando que sucediera el hecho luctuoso para poner en marcha sus planes de acción turbios y sórdidos. No tuvimos que esperar, pronto se notó la actitud decadente de los olvidosos. En Villana, la capital de la República de O, se sustituyeron las virtudes de la discreción y la sencillez por las de la insinceridad y el boato. La razón del espectáculo se impuso a la razón de la política y la indecencia al decoro. Hemos sido conquistados por personajes ruines que se regodean en el cloacal de la política y el estelionato. Algunos de estos ruines salieron de nuestras entrañas y otros entraron por las fronteras. Lastimosamente a todos les hemos otorgado el estatus de ciudadanos dilectos. Daría la impresión que los habitantes de la República de O somos incapaces de reaccionar. Parece que la sensación de desprotección divina del mundo nos aterrara el alma.

Don Policarpo es el ejemplo de mi vida. Imponía su autoridad sin necesidad de amenazas. Cuando actuaba con rudeza explicaba por qué se debía apelar a la fuerza para imponer el orden. Él encarnaba el concepto de republicanismo ideal. Era portador de ideales que parapetaban a los ciudadanos con el escudo institucional. Hoy, so pretexto de demacrar y envilecer las instituciones democráticas, se han apoderado del poder los corruptos e inescrupulosos a los que les importa un comino el bienestar del pueblo. Se gobierna metiendo la mano en los bolsillos de los contribuyentes y dilapidando los recursos públicos en gastos fútiles. En mi desesperación renegué del pasado y empecé a poner todas mis esperanzas en la savia nueva. He cifrado mi esperanza en políticos jóvenes que pensaba que no estaban contaminados con el virus de la corrupción. Todas las ilusiones puestas en la sangre nueva quedaron en agua de borrajas. Estos jóvenes que ostentan sus títulos obtenidos en universidades extranjeras y que se jactan de ser políglotas han sucumbido a la tentación del dinero fácil y rápido. Sin miramientos y prescindiendo de los resquemores ideológicos están ansiosos por recibir la invitación de cualquier gobierno. Tienen la perpetua sagacidad de caer siempre parados.

4. La crianza de Montaña

Tan pronto tomó conciencia de su misión histórica, como parte de su destino, él debía cargar sobre su espalda la responsabilidad de limpiar la política de impurezas y la de acabar con el acabose de la decadencia nacional, en la adolescencia, comenzó a sentir el yugo asfixiante de su madre. Esto produjo un cambio en la personalidad del hijo que en los últimos meses de vida de la madre se transformó en una persona huraña y displicente con ella.

Leonor lo subyugó con su voz de superioridad y su fealdad física. El hijo tuvo que enfrentarse con el aspecto materno, se avergonzaba de la edad y la presencia física de su progenitora y la comparaba con otras madres esbeltas, arregladas y femeninas. Cuando Salvador comenzó a discernir sobre estas cuestiones y tuvo uso de razón, ella era ya una mujer de más cuatro décadas.

El descendiente no soportaba enfrentarse a un careo con su madre, para él era insufrible apuntar la mirada hacia el rostro afeado de Leonor. Por lo demás, la única vergüenza que sufría Salvador sucedía cuando Leonor debía recogerlo del colegio.

Con el correr del tiempo, Salvador adquirió la costumbre de no mirar a la cara de su interlocutor. Esto hizo que los que no lo conocían valuasen erróneamente ese gesto como una señal de hipocresía y de vaguedad. Pensaban que el hecho de no intercambiar miradas era una actitud que comulgaba con la personalidad de los fariseos indotados para vivir con la verdad. Como después se revelará, nada más lejos de la realidad.

Salvador se hizo mayor en un hogar en donde se reverenciaba a los ancestros familiares. Creció y vivió convencido de que descendía de una aristocracia conformada por patriotas probos que no claudicaban en la custodia de los intereses permanentes de la patria. La

aristocracia leal a sus orígenes era aquella que no degeneraba en plutocracia, de ahí que las clases superiores para poseer virtudes superlativas deben extirpar de su seno las rutinas venales y el parasitismo social.

Desde pequeño se afianzaron en el carácter de Salvador ciertos rasgos que resultaron imperecederos. Así verbigracia, el trato formal entre los miembros de la familia no era una pose adulterada que canalizaba un deseo de acartonamiento. En la intimidad familiar la sociabilidad era formal y sobria. Entre ellos nunca existió el voseo y en los diálogos interpersonales tampoco se renunció al uso del usted. El usted era el arma castradora de cualquier intento de espontaneidad. De alguna manera, cuando un coloquio rozaba la superficie de un tema que implicaba vicisitudes afectivas, los dialogantes se sobrecogían y como por un acto de magia enmudecían.

El tuteo no era usado ni siquiera en las conversaciones intrafamiliares. Entre el hijo y el padre jamás existió camaradería o complicidad. Solo se atrevían a intercambiar pareceres sobre las obras clásicas del pensamiento filosófico y la literatura. No se tiene registrada una escena de cariño entre ambos. De modo similar, el contacto entre madre e hijo no difería en mucho de la relación del hijo con el padre. La madre fue autoritaria y protectora.

Le trasmitió la voz imperativa en el hablar y con frecuencia lo aguijoneó para que reaccionase con mordacidad y acritud cuando alguien en su clase desafiase su liderazgo intelectual. Definitivamente, fue Leonor la que le insufló valor a Salvador. De no ser por ella nuestro personaje no hubiera salido del cascarón. La madre tenía *in mente* hilvanar el destino de su descendiente con la estirpe patricia de los Monte de Oca y con el legado científico de su padre y tíos. Ella visionaba otro Monte de Oca en la presidencia y estaba obsesionada con el temor de que Pacífico le trasmitiese a su descendiente la idea de que el servicio público era una servidumbre ingrata y mal remunerada.

Recelaba de que si su hijo copiaba la inoperancia del padre iba a terminar sus días siendo un mequetrefe como Pacífico. Ella se propuso inculcarle a su retoño que por culpa de su padre el apellido Monte de

Oca estaba en deuda con la historia y que él estaba convocado a subsanar ese error. La madre tomó a pecho la obligatoriedad de hacer de su hijo un varón y un individuo con la capacidad de desequilibrar el tablero político.

Presagiaba que si no sustituía a Pacífico en el rol de educador, Salvador sería arrastrado por el torrente de pusilanimidad que arruinó la vida de su marido. Pensaba que para acicatear en el alma de su hijo el fervor y la insensatez por el poder, había que cultivar la vanidad perseverante.

A Leonor no le faltó ahínco y cuando fue necesario aplicó medidas disciplinarias extremas. El hijo tenía prohibido jugar con otros niños. Su educación estuvo marcada por la mutilación sentimental. Si Salvador perdía la concentración en los estudios, cometía algunas faltas de ortografía en los dictados, dejaba de recordar una fecha histórica u olvidaba un escritor emblemático, la furia de la madre no se hacía esperar. Y con el lema en los labios de que la letra con sangre entra emprendía castigos físicos y acosos psicológicos. Las secuelas del matriarcado perduraron toda la vida. De hecho, Salvador no pudo librarse de ellas ni aun fallecidos su madre y su padre, quienes murieron cuando el hijo era tan solo un adolescente y, una vez ocurrido este episodio luctuoso, Salvador tuvo que habérselas solo y remar contra viento y marea en la vida.

Sin respaldo patrimonial tuvo que hacer malabarismos para sobrevivir, y muy pronto comprendió que el prestigio intelectual y los apellidos ilustres en política sirven únicamente para alimentar con margaritas a los chanchos.

Pacífico falleció de un infarto y en aquel entonces se rumoreaba, medio en serio y medio en broma, que ella lo había envenenado. La viuda pereció dos años después a consecuencia de una enfermedad que la aquejaba desde hacía dos décadas. Para graficar el temperamento indomable y empecinado de Leonor, debemos sacar a relucir una referencia no menor en su vida.

En su velatorio tomó cuerpo el comentario de que había estado aquejada por años de una dolencia que la llevaba por la calle de la amargura. A pesar de que fue miembro de una insigne familia de

galenos, nadie se atrevió a testimoniar que hubiese apelado al consejo médico. Era tan testaruda y orgullosa que no se recuerda una oportunidad en la que se hubiera quejado o hubiese lloriqueado por alguna dolencia y menos aún que hubiese consultado a un médico. Fue la única no galena en una familia en donde el padre y sus cinco hermanos y los descendientes de sus hermanos abrazaron el juramento hipocrático. Merece la pena recordar que Leonor expiró habiendo tomado la extremaunción y sin asistencia forense. El deceso acaeció en la casa donde siempre vivió y de la cual salía esporádicamente. Contó la sirvienta de la casa que la encontró empotrada en el lecho matrimonial con los ojos abiertos y con una expresión de sorpresa. El cuerpo yacía en el camastro y trasmitía la impresión de fastidio, ese fastidio que se produce cuando se juzga que la muerte es prematura.

5. Continuador de un linaje

El ascetismo moldeó la sensualidad aletargada y flemática de los Monte de Oca Prada. La pareja de los padres de Salvador fue modélica en el sentido de que no había entre ambos fricciones. La indolencia era la norma en la relación. El marido vivió mirando a las musarañas y la esposa con la ciega y tenaz esperanza de presenciar el día en que con bombos y platillos le diesen la bienvenida política al continuador del linaje.

Según opiniones vertidas por gente con las que solía compartir la hora del té, Leonor no escatimó esfuerzos en forjar el temperamento aguerrido de su heredero. Procuraba todo el santo día imprimirle carácter y le hincaba con la espada de la escoliasta. Salvador debía convertirse en el faro que disipase la sombra de la ignorancia.

Un pueblo sumido en el oscurantismo necesitaba más que un libertador, un iluminador; más que un músculo, una palabra sencilla; más que una ambición, una vocación de servicio y más que una adulación complaciente, una crítica mordaz y feroz.

Para acorralar a sus contrincantes dialécticos necesitaba parafrasear y popularizar a un gran pensador. Debido a la imposibilidad de fijar en la memoria el pensamiento de tantos pensadores, era conveniente declararse adherente de un pensador y convertirse en genuino propiciador de su escuela.

El hijo se declaró acérrimo admirador de Michel Montaigne, un propiciador de la tolerancia, la libertad y el humanismo. Ahora bien, Salvador proclamaba a los cuatros vientos que él no pecaría de candidez y que estaba preparado para devolver todos los golpes que le propinasen. Decía que sus contrincantes lo golpeaban y atacaban al mismo tiempo por todos los lados. De ahí partía entonces la convicción de que cualquiera que fuera el daño que se le hiciera al

enemigo en tiempo de guerra, aquel estaba por encima de toda justicia. La experiencia de vida de Salvador ilustra que los sueños que nunca ponen sus pies en la tierra son los que no sincronizan con la vitalidad de una época.

Montaña dijo en “Sin pelos en la lengua”

Una honda pesadez me agobia cuando pienso que la República de O no tiene arreglo. Cuando la pasión y la distancia se equilibran me siento impotente, la impotencia me desvanece. Por los alcantarillados de la sociedad discurren los bandidajes. A través de mis dudas se infiltra el cansancio. Mi voz pleiteante se pausa y se aquieta. El escepticismo del que soy víctima permea mi voluntad y, por instantes, aminora mis ansias luchadoras. Quiero desterrar las ideas de mi cabeza y dejar que las lleven las manos invisibles del albur de turno. Recobro el coraje y la ilusión al leer en la historia las innumerables ocasiones en las que un individuo salvó al mundo del fracaso. No he perseguido las condecoraciones o los reconocimientos que infatúan y alienan el cerebro humano. La única gloria que pretendo es la de vivir tranquilamente, no tranquilo según los otros, sino con arreglo a mí mismo. Me acuesto y me levanto con la misma conciencia y con el mismo calzoncillo.

6. Genealogía, pasado, traumas permanentes

Rastrear los orígenes de una estirpe familiar es faena reservada a los historiadores alérgicos a la historia escrita con mayúscula. La historia escrita con minúscula se ocupa de los hechos aparentemente irrelevantes, prosaicos y repetitivos. Es la intrahistoria que investiga la vida de personajes de la calle, del ciudadano de a pie, del sujeto anónimo y descolorido. La intrahistoria adensa y agolpa en la memoria hechos y personajes aparentemente veleidosos. Sin Juan Pueblo no hay efemérides ni héroes relevantes. En cierto modo, a la historia en mayúsculas le está vedada tomar a préstamo la intrahistoria de la literatura.

La investigación microscópica de los grupos familiares no se detiene en la poda del árbol genealógico ni en la realización del listado de los nombres que pueblan sus ramas. No se comienza talando el tronco y tampoco se zanjan las dificultades con la confección de una guía telefónica. Interiorizarse en los asuntos de familia exige meter la nariz donde huele mal y acudir donde no se nos ha llamado. El peligro que se corre si se husmea más de la cuenta es que la indagación acabe cuando se quiten todos los trapos sucios al sol y se descubra que en los núcleos familiares pueden pasar cosas inconcebibles. El observador puede quedar atónito y desorbitado ante tanta realidad insospechada. Por otra parte, el estudio de la dinámica familiar demanda cautela y rigor metodológico o, de lo contrario, se corre el riesgo de sucumbir ante la tentación del chismerío. En el ser humano, la morbosidad espolea y acicatea más que la razón. Debido a esa simple razón es que somos más curiosos que capaces. Por los porqués recién expuestos, pasaremos a describir y analizar las taras, la jactancia de abolengo y las aspiraciones dinásticas de los que no asimilan que desde el génesis

la vida ha sido siempre incompleta. De ahí que indagar en la intrahistoria nos permite escribir a partir de los que sobrellevan y no de los que hacen la historia. Nuestra visión integral dilucida rasgos psicológicos que desde otras ópticas analíticas no serían atendidos.

El narrador, que no se tiene a sí mismo por un psicólogo, psicoanalista o enfermero del alma, considera imprescindible desnudar, de una forma breve y llana, sus puntos de vistas sobre la durabilidad de los traumas adquiridos en los primeros años de existencia. En tal sentido se asegura que las experiencias dolorosas de ese periodo se insertan en el corazón como resacas que no fueron desecadas por la vida. Basta que una aflicción inédita active los mecanismos de neurosis depresiva para que la persona sienta trastornos emocionales. Esta situación revierte el equilibrio psicológico hacia estadios de angustia, ansiedad y apatía.

7. Infierno familiar

El abordaje de la vida de Lluïsa sería incompleto e indescifrable si no se conociesen sus antecedentes familiares, y son las ramas de ese árbol genealógico las que recorreremos ahora.

Las crónicas familiares de Lluïsa Busquets dan cuenta de un entorno familiar en el que los problemas de convivencia eran irresolubles. José Antonio Busquets —así se llamaba su padre— era de constitución fornida y de estatura media. Nacido en la posguerra civil, tenía un aire de hombre sencillo. Persona de poco hablar, José Antonio Busquets integraba las denominadas Jons (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, habitualmente conocida como Falange española), se enorgullecía con frecuencia de que su padre luchó por la unidad de España y de que él militó, en el albor de su juventud, en el Movimiento Nacional.

Manuela Navarro —la madre de Lluïsa— pertenecía a una familia murciana que emigró a Barcelona a comienzos de los años cuarenta. Su origen proletario no fue impedimento para que Manuela se transformase en una mujer desinhibida y culta. La Falange, Franco y la unidad de España la tenían sin cuidado. Combatía en contra de las convenciones sociales y fue una precursora de la emancipación femenina. Reclamaba la destrucción de los tabúes que reprobaban la práctica del sexo prenupcial, reivindicaba la igualdad entre el hombre y la mujer y que la gente abriese su mente a favor de nuevas costumbres.

La sacaba de quicio la mujer mojigata y el hecho de que un hombre saludase a una mujer con un beso en la mano. Obtuvo el título universitario de ingeniera. Dotada de un físico excepcional, fue una de las primeras en llevar minifalda y lucir unas piernas largas y delgadas. Era de esas mujeres mediterráneas que se hacían más hermosas con la

luz del sol.

Todo brillaba en ella, brillaba su cabellera rubia, sus ojos azules, su dentadura blanca y su piel dorada. Era una mujer deslumbradora que no necesitaba de actitudes postizas para llamar la atención. Y al igual que su marido ella también poseía temperamento agresivo, pero honesto y confiado.

Cuando se casaron en España no existía ley de divorcio. El matrimonio se consagró con las formalidades jurídicas y religiosas que le daban perpetuidad a la institución familiar. José Antonio y Manuela se casaron a pesar de la resistencia que ella opuso. Para él Manuela fue un flechazo. José Antonio tambaleaba y reblandecía de amor por ella. En cambio, el sí de ella fue reticente y lo pronunció fingiendo una sonrisa, a regañadientes. Manuela se casó sin estar enamorada y no tuvo que pasar mucho tiempo para ver que las cosas entre ambos no saldrían bien. La vida conyugal duró lo suficiente como para dejar secuelas imborrables. Al inicio surgieron desavenencias que pudieron subsanarse con dar el brazo a torcer, pero luego se transformaron en problemas derivados del desapego emocional.

El período de vida marital fue un infierno, las disputas comenzaban con un asunto trivial y terminaban a bofetadas limpias. Ella le reprochaba que por la cobardía de él estuviesen casados y que si de ella hubiera dependido no se hubieran casado jamás. No se perdonaba haberle abierto las piernas a un hombre tosco y machista que lo único que veía en ella era la futura madre de una decena de críos.

Manuela se reprochaba su candidez, y maldecía la hora en la que le comunicó a José Antonio que no le venía la regla. Y desde que confirmó su suposición ella procuró abortar, recurriendo a su ingenio y seducción para convencer a su novio de que la preñez no garantizaba la felicidad ni la fidelidad matrimonial. José Antonio no retrocedió en su decisión, llegando a amarla de una manera posesiva.

De pura casualidad se topó con ella en un encuentro de amigos y desde el mismísimo instante que la vio hermanó el amor con los celos. Celó de todo lo que a ella la rodeaba, de lo que sus ojos miraran y ni qué decir de su pasado. Los celos permanentes de José Antonio constituyeron un rasgo nuevo en su personalidad y, prisionero de

estos, se transformó en una persona seca y porfiada. Manuela contrajo matrimonio con la certeza de que la unión no duraría más de la cuenta, en cambio, para él, el matrimonio suponía un nudo que nadie podía desunir.

José Antonio era hijo de una familia catalana burguesa que dedicaba su vida al trabajo y a la expansión industrial del grupo familiar. Era un conservador que creía en un orden jerárquico y en el valor de la palabra. Educado en la tradición católica, pensaba que la realización personal y la salvación de las almas eran posibles dentro del núcleo familiar. Desde finales de su pubertad, su mamá había estado sugiriéndole que fuera buscándose una madre para sus nietos.

En un comienzo, cuando solo pensaba en estudiar y trabajar, José Antonio hacia oídos sordos al pedido de su madre, especialmente en aquellas ocasiones en las que esta lo hostigaba con su deseo de tener una nuera de moral intachable y que fuera hacendosa en las faenas del hogar. Con tal de que la pretendida esposa reuniese estos requisitos se daría por satisfecha porque, en verdad, a la suegra le importaba un rábano que su nuera aportase una dote o el blasón de un apellido ilustre.

El padre, a pesar de los años, mantenía una cabellera tupida y aclarada por un blanco platino. Alto, delgado y de rostro enjuto despedía un aire de escepticismo amable. Ella era delgada y distinguida. Su personalidad era quieta y reflexiva. Llevaba el cabello corto y sus ojos verdes parecían que estaban permanentemente abiertos. Los amigos de la pareja afirmaban que ella era la que mandaba en los asuntos familiares y que a la par de inculcar los valores católicos con un leve sesgo liberal era la que pregonaba mirar el futuro sin los ojos del pasado. Eulalia apuntaba que había veces que era mejor un empate decoroso que una victoria pírrica. Este tipo de reflexión era, para la época, considerada el estadio anterior del libertinaje.

Más allá de sus aires modernistas, la madre seguía siendo una conservadora que logró inocular en la mente de José Antonio la idea de la monogamia y la sumisión femenina. Ella tenía una visión tradicional de la familia según la cual la mujer estaba hecha para

parir, obedecer al marido y educar a los hijos. Para que el matrimonio funcionase el marido debía traer el alimento a la casa y la esposa debía cuidar de la prole.

Cuando a los padres de José Antonio se les informó de la preñez de Manuela, estos reaccionaron con pragmatismo. No lo tomaron como si fuera el fin del mundo. Se preocuparon más por los preparativos de la boda que por el embarazo prenupcial. Se propusieron no perder energías en dilemas morales y le pusieron buena cara al mal tiempo. No querían que la gente empezase con las patrañas y que la familia terminase siendo considerada como el hazmerreír del barrio.

El embarazo y las presiones familiares impidieron que Manuela postergase la decisión de vestirse de blanco y de presentarse ante el altar como una jovencita virginal y enamorada. En un día nublado, con en el aire enrarecido y un cielo de bochorno, Manuela y José Antonio contrajeron nupcias en la catedral de la Santa Creu i Santa Eulàlia. La pesadez del cielo plomizo presagió el final de la relación.

Los desacuerdos no tardaron en llegar y muy pronto se extinguió el periodo en el cual las agresiones se saldaban con un silencio indiferente. Manuela se quejaba de la vida tediosa y del hartazgo que sentía por estar metida en la casa y no saber qué pasaba en las calles. El contorno hogareño la oprimía y la hacía sentirse recluida en una jaula de oro.

Cambiar pañales, calentar biberones, poner la mesa, preparar la comida y hacer el amor cuando él lo requería, constituía para ella una vejación tras otra.

Buscó el consuelo de una amiga que le recomendó que se divorciase cuanto antes o de no hacerlo así se buscase un amante. Las relaciones extramatrimoniales, le confesó la amiga, eran como una válvula de escape que hacían llevadero el matrimonio. Consideró que los consejos de su amiga había que tomarlos al pie de la letra, pensando que la separación de su cónyuge era algo plausible y el establecimiento de una relación extramatrimonial una necesidad. Finalmente, obró en consecuencia y fue a liarse con un joven dos años menor que ella.

José Antonio no se dio por enterado sino hasta el día en que ella le espetó que era un mal marido incapaz de satisfacerla sexualmente. Le

reprochó su falta de virilidad y con un gesto burlón lo comparó con el mocetón que le había hecho ver las estrellas con auténtica furia, y añadió que tarde o temprano huiría de él porque su amante la hacía sentir una hembra de verdad.

Cuando José Antonio oyó lo de “huir de su lado” dimensionó la veracidad de la autoinculpación de su esposa. Su reacción no se hizo esperar, la aprehendió de los brazos y con voz exaltada le ordenó que repitiese lo que estaba diciendo. Ella, con su actitud desafiante, no tuvo el menor reparo en repetir que conoció a Jordi en Las Ramblas y que fue un amor a primera vista. José Antonio estaba atónito. Ella continuó con toda la calma del mundo y muy segura de sí misma. Su relato fue escueto y descarnado, su entusiasmo se asemejaba al de alguien que desde hace tiempo estaba esperando para escupir la verdad: “Tiene una polla que tú, si la vieses, la envidiarías”. Al escuchar tales palabras, José Antonio se asqueó, se enfureció, le soltó los brazos, miró al piso, empuñó la mano derecha y sin que ella atinara a prever su movimiento, le propinó un puñetazo que fue a parar a su boca. Manuela quedó tendida en el piso. De su boca y de entre sus dientes comenzó a brotar sangre. José Antonio no sentía humillación. Estaba sorprendido. No podía creer que su esposa hiciera lo que hacen las putas.

El matrimonio se mantuvo un par de años. El puñetazo aplicado al rostro de su esposa sirvió y sosegó las ansias emancipadoras de esta. Después del incidente, Manuela quedó embarazada en dos ocasiones más. Con once meses de diferencia nacieron las dos hermanas de Lluïsa: Monserrat y Marixel. La paz nunca llegó a ese hogar y las agresiones físicas eran practicadas por ambos cónyuges. En lo que respecta a las infidelidades hay que señalar que los dos trataron de compensar sus insatisfacciones con la misma moneda: ella siguió acostándose con el que podía y él se volvió un frecuentador de los prostíbulos. Llegó un momento en que fue tanto el desprecio que Manuela llegó a sentir que en una ocasión alcanzó a decirle: “La primera hija fue producto del error, la segunda del temor y la tercera de la violación”.

Y, de igual manera José Antonio no desaprovechaba la oportunidad

para reprocharle su lascivia. Los últimos años de vida matrimonial no hubo cohabitación. Dormían en cuartos separados y cada uno avisaba cuando necesitaba usar el baño junto al dormitorio matrimonial. La situación se tornó insufrible y ya no hubo forma de reparar el daño que se habían hecho el uno al otro. Ni el perdón tampoco el olvido pudieron abolir un pasado de infidelidades, violencias y agravios.

Al final, sucedió lo que sucede cuando una de las partes ya no soportó convivir inmersa en el agravio y la degradación. Manuela estaba harta de los reproches, del escapismo sexual y del amedrentamiento. Para evitar enloquecer necesitaba llevar una vida sin presiones y ofensas. Una noche cuando José Antonio regresaba del trabajo, previa estadía en una casa de citas, abrió la puerta con sigilo para que no sintieran su presencia, entró al departamento y no escuchó el sonido del televisor. Esa fue la señal que hacía años estaba esperando y entendió enseguida que su mujer había huido para no volver jamás y que debía preparar la cena para sus hijas.

Manuela había acabado escapándose eufórica, sin dejar rastro, tras haber encontrado al hombre de su vida. Con el tiempo había logrado seducir a un viudo mayor que ella, un cincuentón que hasta ese entonces se había negado a rehacer su vida amorosa. Manuela se encontraba más espléndida que nunca, los altibajos de su existencia no se reflejaban en sus ojos. Tampoco en su cuerpo se notaba que había parido en tres ocasiones.

Había recuperado el sentido del humor y la amenidad. Se veía tan hermosa como cuando era una joven que vagabundeaba por las playas del Mediterráneo. La genética la favorecía.

Manuela fue a vivir a Madrid con esperanza de no volver a ver nunca más a su exmarido. Tuvo que transcurrir más de una década para que la madre se reencontrase con sus tres hijas. Cuando se produjo la ruptura, José Antonio pensó que la única arma que le restaba para poder vengarse era la tenencia de las tres niñas. Debido a esta decisión estableció un mecanismo de control a través del cual impidió toda posible comunicación entre las hijas y la madre.

Como era de suponer, Manuela organizó su nueva vida y se olvidó de la pasada. No echaba de menos los rigurosos horarios que imponía

la maternidad ni el agrio carácter de su exmarido. Los sentimientos con respecto a su marido se mantuvieron invariables y los relacionados con las nenas fueron sufriendo variaciones con el correr del tiempo.

Tomó conciencia de que había sido una mala madre al compararse con su propia madre que, según ella, fue una auténtica madraza. El paso de los años acarreó muchos sentimientos que brotaron como una fuerza subterránea y recóndita. El complejo de culpa se adueñó de su corazón.

Daba la impresión de que una fuerza ciega y dominante le marcaba las providencias que debía arbitrar si de verdad buscaba vivir en armonía consigo misma. Se le engendró un complejo tardío pero agudo llegando a considerarse una mala persona y una ramera. Claudicó su instinto de mujer fatal y floreció su instinto maternal. Tras largas noches de insomnio, en las que sopesó y condenó su comportamiento anterior, se propuso reparar el daño causado a tres inocentes que, además, fueron expulsadas a un mundo hostil desde su vientre.

La verdad es que Lluïsa y sus hermanas compartieron un ambiente familiar espantoso pues era infernal y traumático ver casi todos los días agresiones que abarcaban desde el insulto hasta las lesiones producidas por objetos que se arrojaban de aquí para allá. Los ánimos se apaciguaban cuando los beligerantes habían consumido toda su energía en la disputa. Los días de paz fueron excepcionales y cuando la atmósfera no estaba cargada de tensión las niñas aprovechaban para jugar con su padre. José Antonio fue, con las nenas, más atento que la madre. Él se encargaba de bañarlas y de ponerles el pijama.

Manuela recapacitó y se consideró en repetidas ocasiones culpable de haber sido una madre desaprensiva. Infirió que debido a su marido ella no había podido desarrollar su instinto maternal. Imaginó que las niñas eran la continuación de él y, además, las veía muy parecidas a su progenitor. Cada vez que recordaba lo buena que fue su madre y lo mala madre que ella había sido se mortificaba y sollozaba.

La idea de morirse sin reconciliarse con sus hijas la angustiaba. Iba a procurar hacer todo lo que estuviera al alcance de su mano para

rectificar el error. Se puso en marcha para entrar en contacto con ellas y dar inicio a una relación madre-hija. Se dijo a sí misma: “El daño ya está hecho. Ahora hay que impedir más daños colaterales”.

El mismo Paco, Francisco Figar, su compañero, le abrió los ojos. Las conversaciones que sostuvieron, a calzón quitado, fueron de una inmensa ayuda. Ella vislumbró la forma de purgar sus penas y urdió un plan para conquistar la simpatía de sus hijas. Francisco Figar, con la ternura que el hombre mayor dispensa a una mujer más joven, se ofreció a brindarle la ayuda que necesitara para recobrar el corazón de sus hijas.

8. Falso aprendizaje sentimental

El matrimonio Busquets-Navarro subsistió más de la cuenta. Se trataba de una relación mórbida que continuó a causa de la inexistencia de una ley de divorcio. Para desventura de las hijas, la duración de la pareja fue lo suficientemente larga como para afectar su desenvolvimiento emocional. El sentimiento enfermizo de los padres se trasladó a las tres hermanas. La primogénita y las menores se convirtieron en tres temerosas que con un defensivo cinismo abordaron cada una de sus relaciones afectivas en las que se envolvieron. Desde muy pequeña Lluïsa sintió el alejamiento de su mamá, observaba que a esta última la fastidiaba su doble condición de madre y esposa. Siendo la mayor de tres hermanas fue la que vivió en carne propia la frialdad afectiva de la madre. Lluïsa asimiló, en el seno familiar, que el amor también puede ser un sentimiento efímero y apagado. Vislumbró que el aprendizaje sentimental exige arrancar de raíces la idea del amor platónico. Desde pequeña el amor le mostró sus facetas *tantálicas*. Concibió las relaciones sentimentales como momentos precarios y reversibles.

Se decía para sus adentros que la conciencia de que los sentimientos fueran perecederos desalentaba el deseo de hacerlos duraderos y la idealización de la persona amada.

El trajín de entrecasa le demostró que bajo el mismo techo su madre convivía con un hombre que no amaba y que la maternidad entrañaba una irreparable servidumbre.

El embrión de este relato se halla en la infancia de ella. Lluïsa experimentó de pequeña una existencia opaca, es decir, ese vivir sin ilusiones que encrudece la realidad e insta a ahogarse de cada instante de felicidad y placer como si fuera el último y único.

Así pues, Lluïsa se casó y se divorció y tras el divorcio intentó en

varias oportunidades rehacer su vida amorosa.

El matrimonio de su hermana Monserrat fue duradero, pero constantemente tambaleaba entre las relaciones amorosas en paralelo y el vínculo matrimonial. A esta hermana la extasiaba el sexo violento, y su marido, según ella, era incapaz de hacer volar sus fantasías. Se quejaba de que era cuadriculado hasta el punto que “cuando me folla puedo ponerme a leer el diario y él ni se entera”.

Monserrat le recriminaba a su marido el hecho de que para él hacer el amor consistiera en subirse, penetrar, largar y bajar con la circunstancia agravante de su eyaculación precoz. Le reprochaba que fuera desconsiderado y egoísta porque siempre la dejaba con las ganas. Monserrat les comentaba a sus hermanas que para eso era mejor la masturbación.

Marixel, por su parte, tenía preferencia por los coitos intensos y por permanecer abrazada, luego de la eyección, al cuerpo del amante. Para ella no había mejor perfume que el sudor y el olor de los cuerpos extenuados. Previo al comienzo, para desinhibirse, ingería dos vasos de güisqui y estando próxima a un orgasmo, entre gemidos y gritos, imploraba que le sopapeasen en el rostro y cacheteasen en las nalgas.

Marixel nunca se comprometió en ninguna relación duradera, sus amoríos eran fugaces y envilecedores. La ponía histérica que los hombres le solicitasen tener sexo de a tres. Si bien la menor de todas no era una pudibunda le resultaba un insulto a su condición de mujer que un hombre la quisiera compartir con otra mujer. Sus reservas en contra de la triangulación sexual se relacionaban con su orgullo herido y no a cuestionamientos morales.

Cuando compartía con las otras dos sus desengaños afectivos afirmaba que jamás tomó la iniciativa de proponer sexo de a tres porque siempre los hombres le ganaban de mano. Finalmente las tres coincidían en que “las laboriosas Cayetana”, las manos, en caso de extrema necesidad y urgencia, podían suplir al miembro masculino.

De manera jocosa se replicaban que era una miopía considerar al pene como la única opción válida para disfrutar del sexo.

Las tres hermanas eran confidentes y mantenían por lo menos un encuentro semanal para platicar, reírse o compadecerse de sus

aventuras o desventuras amorosas. Entre las tres solo existía un tema inmundo, uno que nunca fue meneado.

9. UNGIDO PARA GUIAR

A pesar de que no hubiese quien no lo conociera por su verdadero nombre, todos lo bautizaban con diferentes seudónimos que reseñaban una etapa de su vida o caracterizaban periodos de su cautivante personalidad.

Ignacio Zubeldía era extremadamente querido y admirado entre sus excompañeros de colegio que lo seguían llamando “El piojo”. Lo que dio pie a que le pusieran ese mote fue la lentitud de su desarrollo físico. Los excamaradas del servicio militar lo seguían llamando “El escritor” porque era él quien les completaba las solicitudes y formularios. Los colegas de la universidad lo apodaron “Flash Gordon” puesto que se quedaban boquiabiertos de la rapidez con la cual aprendía y memorizaba todo lo que leía. Todos querían integrar su grupo de estudio y jamás se habría negado a colaborar con los más lentos en asimilar las lecciones. Tenía una inclinación tuitiva para con los rezagados. Aunque se hubieran rastreado, no se habrían encontrado situaciones en donde hubiera rehusado ayudar a los demás. Cuando la lectura de un texto resultaba inaccesible para un grupo de amigos, estos le encomendaban a él que tradujese del lenguaje académico abstracto al lenguaje profano.

Ya en su mocedad, Ignacio Zubeldía Loyola se implicó en las actividades políticas. Su interés por los asuntos colectivos fue precoz y genuino. Durante el último año de bachiller comenzó a contactar con estudiantes universitarios que habían preparado una protesta en contra del aumento del pasaje del transporte público. El protagonista, siendo hijo dilecto de la burguesía local, se adhirió a varias huelgas estudiantiles que reclamaban un abanico de reivindicaciones que iban de la exigencia de mayor autonomía universitaria hasta el aumento del salario mínimo. En aquel entonces ya se fraguaba la imagen de un

joven comprometido con la causa de los menos favorecidos.

Ignacio terminó sus estudios en leyes, se recibió de abogado, e inmediatamente su padre lo inscribió en un postgrado de economía y finanzas en la universidad de Harvard. Don José María Zubeldía se convirtió en su manager y su principal asesor.

Este juzgaba que un estadista en un mundo que se adentraba vertiginosamente en el capitalismo y en la interdependencia debía manejar conceptos de economía. Según su premonición los estadistas de finales del siglo XX y del siglo XXI debían sentirse cómodos hablando de temas relativos a la estabilidad macroeconómica, a los mercados emergentes y a los sistemas financieros y tributarios.

Para don José María ser un ilustrado del derecho era un requisito para los gobernantes del pasado, y la economía, como nunca, estaba destinada a dirigir las relaciones entre los Estados. En definitiva hasta donde podía, el padre trató de influir en la vida de su hijuelo. Lo crió en la fe católica, le trasmitió buenos modales, un sentido aristocrático de la existencia, y lo que conllevaban los apellidos Zubeldía Loyola.

En la actualidad, los medios de prensa lo pintaban como el animal político por antonomasia y como el único de entre sus pares con una visión de futuro y del Estado.

Ignacio era un personaje imprescindible, de igual modo para la juerga, aunque sin afanarse en demasía las compañeras estaban pendientes de lo que él hacía. Sus compinches de la farra lo denominaban “Romeo” porque se enredaba fácilmente y las mujeres mordían sus anzuelos sentimentales. Este hecho provocaba entre los camaradas una envidia sana, esto es, esa envidia que empuja a la alegría suprema de la admiración.

Sin embargo, el apodo que prevaleció fue “El vasco”. Era indiscutible que por los orígenes de sus apellidos no había otro sobrenombre más apropiado. Cuando sus admiradores lo denominaban de esta forma lo hacían con la intención de tender un nexo entre el pueblo y su líder. En oposición, cuando sus contendientes lo motejaban con ese apodo ambicionaban pintarlo como un oligarca con rasgos extranjerizantes. Ignacio, sin enconarse en contra de nadie, calificaba esa ambivalencia nominativa como el

precio de la fama.

La psicología de Ignacio se expresaba en un carácter unilateral, poco complejo y raramente contradictorio. Disfrutaba de la cualidad más apreciada entre los políticos, esa que no se aprendía y no se compraba, esa que se traía al nacer. La naturaleza lo había dotado de carisma y de lo que se calificaba como inteligencia emocional. Excitaba en los otros la necesidad de querer estar a su lado. Incluso en las oportunidades en que le cupo estar alejado del poder, nunca le faltó quien quisiera escoltarlo.

Poseía una personalidad dúctil de esas que se adaptaba a su interlocutor y se adecuaba a las circunstancias. Sus rasgos psicológicos lo convertían en un habilidoso de las relaciones públicas, al tiempo que podía ser paternal e indiferente, cautivante y misterioso, sagaz e ingenuo. Cuando le presentaban a un nuevo colaborador bastaba que una sola vez le hubieran dicho el nombre, la edad, el número de hijos, con quién estaba casado y de qué club de fútbol era simpatizante para que no se le olvidase. Como si su memoria fuera un libro de bitácora asentaba en ella todo lo que sucedía a su alrededor. Su perspicacia lo inducía a registrar los detalles pequeños y de aparente insignificancia. En los instantes que escudriñaba a las personas actuaba como un maestro del disimulo e igualmente su afabilidad y su sensibilidad diplomática hacían que no se le escaparan comentarios impertinentes, banales ni ofensivos.

Ignacio era lo que se consideraba un individuo prudente que pensaba dos veces cuando iba a implicarse en circunstancias riesgosas. Su prodigiosa memoria no fue óbice para que desarrollase un raciocinio analítico envidiable. Poseía la facultad de recordar y la destreza innata de desgranar las contingencias ubicando sus causas y consecuencias.

Era poco vengativo y solo se interesaba e indagaba sobre el pasado de sus enemigos cuando los consideraba lúcidos y pragmáticos. Por lo demás, si se conseguía incorporar a un militante no preguntaba de qué pedigrí era portador el sujeto. Lo único que preguntaba era acerca de su predisposición al activismo partidario. No se creía un ideólogo ni sucumbía a las veleidades ideológicas.

Cuando se le preguntaba cómo se definía, sin ambages respondía que se consideraba un pragmático y que el pragmatismo no se asemejaba a la renuncia de los principios. Sus partidarios señalaban que la virtud que más descollaba en él era la simplicidad. Todos valoraban que "cuando discurseaba hasta el más palurdo le entendía" y decían que "cuando hace un discurso no arenga, educa" y "no habla de los procesos o cosas complejas solo enumera las medidas que deben ser tomadas para solucionar los problemas".

Ignacio Zubeldía tenía constitución atlética y su semblante era el de una persona mansa. Medía un poco más de 1,83 y atraía la atención por sus hombros robustos y su corpulencia simétrica y armoniosa. Poseía un rostro lozano, alegre y ovalado que se estrechaba en forma gradual hacía un mentón angosto. Sus ojos eran de color castaño y su cabellera empezaba a encanecerse. Su boca de labios finos y sus dientes estaban levemente oscurecidos por el café y el cigarrillo. Su nariz era ancha y la punta redonda no sobresalía debido a sus prominentes pómulos.

Las mujeres lo veían como un hombre atractivo y seductor, un cincuentón que aún provocaba suspiros entre las más jóvenes. Su oratoria era precisa y conmovedora, no agredía y tampoco sufría de incontinencia verbal. Tenía la palabra justa para el momento indicado.

Quizás su talento político estribaba en que cuando lidiaba con el tedio de los asuntos políticos no expresaba con gestos faciales su fastidio o agotamiento.

A sus íntimos les ilustraba que la peor manera de explicitar el aburrimiento o el deseo de acabar una reunión era mirar el reloj como gesto de despedida. A sus compañeros les insistía en que "Hay que escuchar a la gente. El político comienza a suicidarse cuando pierde su capacidad auditiva". Según él, la habilidad de un político de fuste consistía en saber hablar y escuchar de modo simultáneo.

Definitivamente su manera de acortar la distancia con la gente de un estrato social inferior y su estilo para nada protocolar fueron elementos que facilitaron su ascenso político. Ignacio establecía una fluida comunicación con cualquiera. Poseía la cualidad de las personas que nunca empalagaban y encontraban el justo medio de las cosas

para tratar de estar bien con todos. Y como él mismo decía: “Ni tan frío ni tan caliente”.

Dejaba a todos regocijados y se jactaba de su paciencia dialogadora y de consensuar sobre temas espinosos. Cuando se excedía en sus meditaciones políticas comparaba el arte de la guerra de Sun Tzu con el arte de la paz que él pregonaba. Refrendaba su vocación pacificadora con la aseveración de que en la política había que saber hacer amistades y pactos porque cuando los enemigos son de temer son ellos los que lo escogen a uno como su enemigo.

10. El abolengo de Zubeldía Loyola

En el umbral de su trayectoria política los allegados de la familia —miembros prominentes de la clase alta— lo tildaron de ser más rojo que Lenin. Estos no se ahorraban las acotaciones con cierto tufillo irónico. De manera especial, los cercanos a la familia hacían sentir incómodos a los padres y los hermanos, así por ejemplo, les reclamaban la salvaguardia que Ignacio ejercitaba en favor de los izquierdistas y que siendo rico de nacimiento, tuviera el tupé de interpelar a los que desde el gobierno combatían al izquierdismo.

Ignacio Zubeldía Loyola pertenecía a una familia de origen vasco que desde siempre estuvo vinculada a los negocios de explotación e industrialización de carne y sus derivados. El giro de las actividades empresariales incluía la transformación, la conservación frigorífica y la exportación de productos cárnicos.

Los Zubeldía Loyola conformaron una unidad de negocios que abarcaba la producción del campo, los trabajos del matadero y el frigorífico y, por último, la exportación.

En el ámbito local gozaban de reputación, de crédito bancario y de un abolengo construido con el sudor de la frente. Los fundadores de ambas estirpes llegaron al continente a finales del siglo diecinueve. Eran familias expulsadas por la pauperización de las condiciones de vida que habían padecido en Europa.

Una vez situados, con tesón y valentía ocuparon y explotaron tierras inhóspitas que con el transcurrir del tiempo se convirtieron en un vergel. De enclaves extractivos mudaron a centros de acopio y producción. El proceso de acumulación fue el basamento para que pudieran establecerse empresas que nucleaban actividades agrícolas, ganaderas, industriales y de servicios. Los dos grupos familiares cristalizaron su anhelo de fusionarse a través de la unión de los padres

de Ignacio.

Tanto José María como Arantxa eran los únicos descendientes y herederos de dos familias de escasa fecundidad y célebre trayectoria en la economía nacional. Cuando contrajeron nupcias se produjo lo que todos daban por descontado: la unión matrimonial afianzaría al grupo empresarial cárnico más grande del país. La corazonada se cumplió y las dos familias coincidieron en la creación de la industria cárnica “Las Vascongadas”.

Los Zubeldía Loyola también formaron una familia ejemplar y feliz. José María era de esos individuos empeñados en el trabajo y en la vida conyugal. Cuando estuvo al frente del emporio familiar se deslomó trabajando, fueron contadas las veces que realizó con su esposa viajes de placer durante su jefatura. Gustaba de los almuerzos domingueros, del orden, la limpieza y la eficacia. Fue siempre un marido fiel y un padre cariñoso que interrumpía el sueño nocturno para tomar la temperatura o acompañar a un hijo al baño. Su indubitable vocación familiar y el compañerismo de la esposa fueron la clave para explicar un amor que superó el horizonte del economicismo.

El matrimonio se llevó a cabo con separación de bienes, pero desde el comienzo Arantxa deslindó responsabilidades con su marido. Ella deseaba encargarse de los hijos y de los compromisos sociales y él debía cargar sobre sus espaldas la administración del patrimonio de ambos. Ahora bien, cuando se trataba de tomar una decisión estratégica que iba a influir en el desenvolvimiento de los negocios, José María consultaba a su cónyuge y la opinión de Arantxa siempre fue tomada en cuenta.

Esta bicefalia imperfecta de ejecutar la administración perduró hasta que los hermanos de Ignacio asumieron el control. Xema, como le decían a José María, y Arantxa cedieron la gerencia de los negocios y se dedicaron a criar nietos y una vez al año a disfrutar de una temporada veraniega en España.

Entre las propiedades que figuraban en el inventario familiar constaban dos departamentos: uno ubicado en Madrid y otro en San Sebastián. De los datos patrimoniales que se acaban de describir se

infiere que Ignacio Zubeldía Loyola era hijo de una familia pudiente y de inmigrantes vascos que no se inmiscuyó en los asuntos públicos.

Los hermanos de Ignacio tenían en común entre ellos y sus padres que eran personas honestas, diligentes, voluntariosas, generosas y, como buenos vascos, un poco brutos. Exceptuando a Ignacio, nadie de la familia tuvo vocación política. Y por otra parte, ninguno de los hermanos fue un estudiante destacado. Hicieron lo justo y necesario para obtener un grado universitario. Para las familias de inmigrantes el título universitario ejercía una fascinación que solo era explicable por el deseo de los padres de tener hijos profesionales para ampliar el reconocimiento social del que podían ser objeto.

Ignacio era el benjamín de los hermanos. De niño sorprendía a los mayores por sus observaciones y por su forma de relacionarse con la peonada. Desde pequeño frecuentaba los sitios de la faena y tuteaba a los empleados por su nombre propio, les preguntaba cómo vivían, qué les gustaba comer, y si estaban a gusto en su puesto de trabajo. Con las empleadas domésticas platicaba sobre sus ídolos musicales y les proporcionaba las revistas de la farándula que ya habían pasado por las manos de su madre y sus hermanas. De joven jamás insinuó interés por la dinámica de los negocios. Su pereza con respecto a la situación económica y financiera familiar estaba rubricada por el resto de la familia.

Al ser el más pequeño de seis hermanos siempre concitó el cariño y la atención de los restantes. Ignacio estaba convencido de que sus hermanos serían incapaces de hacerle una mala jugada. Dentro de la parentela Zubeldía-Loyola se estimaba la palabra empeñada tanto, igual o más que la firma.

Tanta nobleza y confianza había entre ellos que para retirar dinero de las cuentas bancarias de la familia todos los hermanos disponían de firma. Todos tenían puesto los ojos en él, pues era el ungido con la responsabilidad de encumbrar el apellido familiar en la historia de la patria. Tenían el poder económico y solo les faltaba el político. Gonzalo era el hermano mayor y la voz cantante de los demás. Fecundaba con un optimismo pueril la idea de la primera magistratura sosteniendo que lustre y linaje no se compraban y que había que

ganarlos a puñetazo limpio. Esta reflexión indujo a que reinase la unanimidad familiar. El benjamín debía convertirse en presidente de la República. Entre los parientes y los amigos no se objetaba la figura política de nuestro protagonista. Se presuponía que era un gallo resistente, indomable, ambicioso, brillante y nacido con ángel.

11. Una realidad sin paliativos

Antes de seguir desmigajando las historias que se paralelan en este relato, se debe dar publicidad de las vicisitudes a las que fueron sometidas las hermanas Busquets-Navarro. La descripción de lo acontecido servirá para comprender con posterioridad la actitud escurridiza de Lluïsa frente al amor. Si no se conocen los antecedentes ¿cómo poder comprender su convencimiento de que en el mundo de los afectos ella siempre fuera la vulnerable?

Las hermanas tuvieron una infancia plagada de tensiones y desilusiones. El hecho de que hubieran vivido una niñez desasosegada conformaba un escenario familiar deplorable. La situación que se detallará a continuación constituye una aberración moral inclusive en los patrones de conducta instituidos sobre la base de un relativismo neutral.

El caso en cuestión acaeció entre el final de la niñez y el umbral de la pubertad de las tres mujercitas, quienes fueron forzadas sexualmente por su padre.

José Antonio Busquets inmediatamente después de que Manuela lo hubiera abandonado, se hizo cargo de la formación de sus hijas. Asumió sobre sus hombros toda la responsabilidad, y categóricamente se negó a que los abuelos o los tíos interfiriesen en las vidas de él y las niñas. Al asegurase de que su esposa no retornaría a su lado, el hombre desmanteló el departamento en donde vivieron y se compró un departamento más amplio y mejor ubicado. La mudanza suponía volver a empezar. En el departamento nuevo no habría nada que recordase la presencia de ella.

José Antonio, acompañado de las tres nenas, observó y escogió la vivienda que más les gustara. No tuvo reparos financieros para equiparla con muebles y lámparas exclusivos y con electrodomésticos

de última generación.

El abandono al que se vio sometido significó para José Antonio la necesidad de replantearse muchas cosas: "¿para qué trabajar y ahorrar?", "¿de qué sirve ser el primero?", "¿tan poco valgo que mi mujer me cambia por un viejo decrépito?", "¡era mejor compartirla que no tenerla!", "¡de ella solo me quedan las niñas!".

La situación que hubo de sobrellevar demostró que no era de los tipos hecho para las desventuras. Hijo de familia acomodada, nunca estuvo subordinado al rigor de la escasez y siempre con la mesa servida. José Antonio demostró ser un blandengue en la soledad. Jamás se hubiese podido tipificarlo como un lobo estepario o un tenaz como Odiseo. Hay personas que se hunden ante lo adverso y otras que solo conservan su facultades intactas en el éxito. José Antonio pertenecía al grupo de los que actúan con lucidez cuando el viento sopla favorable. Si las cosas le salen bien sus destrezas son formidables pero cuando la vida se le puso cuesta arriba entonces se derrumbó como una marioneta cuyos hilos soltó el titiritero.

Al evaluar los rasgos de la personalidad de José Antonio durante ese periodo de su vida, se puede deducir que era un individuo capaz de ahogarse en un vaso de agua. En honor a la verdad, no se debe desconocer que el aludido era considerado, en sus años de juventud e incluso en su etapa prenupcial, como un individuo de temperamento sólido. ¿Qué sucedió entonces? ¿Cómo se pudo echar a perder una personalidad que fue adiestrada para grandes hazañas?

Quizás sucedió que sus padres lo educaron como un señorito a quien le atribuían más virtudes de las que poseía. Además, para ser veraz, José Antonio nunca había sido conminado a pasar una prueba de fuego. Creció rodeado de la atención que concitaba entre sus familiares y amigos y supo avivar en los demás la corazonada de que estaba hecho para las grandes cosas.

Por eso, sus padres le prepararon el camino para que más tarde o más temprano se convirtiera en un fuera de serie. Aunque es una verdad de Perogrullo se debe considerar que cuesta más llevar la carga pesada de ser una personalidad que ir a rastras por la vida. Es innegable que su primera educación fue la etapa de incubación de los

gérmenes que destruyeron la personalidad esmaltada que ostentó por largo tiempo.

Lo bautizaron con el nombre del líder y fundador de la Falange con el objetivo de homenajear y emular —si hiciese falta— a su homónimo. Dentro de la disciplina que le impartieron se impuso la noción de no desfallecer ni siquiera ante la más sombría de las incertidumbres. Pero pasó lo que sucede cuando la personalidad real se rebela contra la aparente y la persona acartonada se resquebraja porque se le mueve el piso. Su preparación para la desgracia no previó que cuando el alma se replegara la voluntad no se reanimaría.

La ruptura matrimonial provocó efectos inversos e impredecibles en los excónyuges. Tras su separación, ella enrumbó su vida hacia un estado de estabilidad con su nueva pareja. Volvió a sonreír y comenzó a exteriorizar un desordenado deseo de vivir. Por el contrario, la situación emocional de su exmarido distaba de ser estable. Este se tornó un desbarrancado que con sus resentimientos nubló su recta moral. Le dolía su dignidad desvencijada y se emponzoñó con el sentimiento de haber malbaratado la mejor etapa de su vida al lado de una mujer perversa.

Un vacío emocional se empozó en su pecho y creía que en la espalda tenía clavado el puñal de la traición. Pasó a ser dominado por un disturbio emocional que lo maceraba. Le causaba asco que "una tía puta y pendón" hubiera sido su esposa. Quedó con el corazón herido y el honor despedazado. Se envileció como lo hacen los más ruines o aquellos canallas que ejecutan su venganza contra los débiles.

Los trastornos afectivos sufridos ensombrecieron sus pensamientos y convirtieron a José Antonio en un depravado. Se desvinculó de sus obligaciones empresariales y esto acarreó una tenue tirantez con sus padres. Por un lado, dejó de frecuentar el bar en donde tapeaba y a los amigos de siempre y, por otro, suspendió la suscripción al diario *La Vanguardia* y a otros medios de prensa escrita de Barcelona. No quería ver a ningún extraño. Era muy orgulloso para dar explicaciones. Decidió vivir recluido en su vivienda.

Se ausentaba de su madriguera para abastecerse de sustancias tóxicas o bebidas. Se hizo adicto a la cocaína, al alcohol, a los

somníferos y a los antidepresivos. Iba del sentimiento de la agonía al de la alegría, de la depresión a la euforia y de la ansiedad a la tranquilidad, de tener la espalda helada a sufrir un calor corporal agobiante y de padecer alucinaciones a quedarse profundamente dormido.

Moralmente hablando se convirtió en una piltrafa, en una persona abatida que buscaba hundirse hasta lo más profundo de su existencia. Su vida iba en declive. Necesitaba enfangarse, rebajarse a lo más sórdido de la condición humana. En este estado de cataclismo y enajenación se le estimuló un deseo obsceno, compulsivo, obsesivo y terminante. José Antonio se encerró en un torbellino de voluntades febriles y pantagruélicas.

Tan pronto estuvieron instalados en la nueva vivienda, el padre impuso las reglas de convivencia que de ahí en adelante iban a regir las vidas de la familia. Este las declaró "huérfanas de madre" y que por ende, la situación ameritaba que "él cogiera el toro por los cuernos". Con voz amenazante, les advirtió que la que desobedeciese sus indicaciones de buenas a primeras iba a vérselas con su cinturón, el que tenía guardado bajo llave.

La primera obligación que debía respetarse a rajatabla determinaba la absoluta prohibición de contactar con la "puta de su madre". A las hijas se les negó la posibilidad de establecer ningún tipo de comunicación con la fugitiva, ya se tratara de la vía telefónica o epistolar. La consigna de José Antonio era contundente y unívoca: "vuestra madre os abandonó para encamarse con el primer pordiosero que pasó enfrente". Esta ya era una muerta en vida puesto que "solamente una inmoral deja a sus hijas cuando estas más la necesitan".

Otra obligación disponía la prohibición de comentar fuera del hogar lo que sucediera ahí adentro. Todo debía quedar en familia. La gente habla por hablar, por lo tanto, a nadie le debía importar lo que hacían, lo que comían y a qué hora se acostaban. Del mismo modo, el padre hizo hincapié en su autoridad, más que nunca tenían que ser obedientes y cumplir las órdenes de papá. Este les pedía que grabasen en sus oídos que "ahora él era papá y mamá y que no había que

ponerlo nervioso”.

José Antonio había comprado un departamento en el cual sobraban los espacios libres. Cada una de las pequeñas tenía su propia habitación. Para los sentidos y la sensibilidad de las criaturas los ambientes eran inmensos. Su percepción infantil les hacía ver los ambientes más grandes de lo que realmente eran. Las crías eran ineptas para entender la realidad en su verdadera dimensión y esto hacía que sobredimensionasen los espacios.

En estas habitaciones con techos altos y mobiliario con espejos y rostros de madera labrados, la imaginación de las nenas alimentaba sus temores y la búsqueda de protección. Cuando se apagaban las luces la soledad y la angustia embargaban el corazón de las pequeñas. La oscuridad de los cuartos, los ruidos poco comunes de los pasillos, el silbido del viento, las voces y sus ecos que provenían de la calle agigantaron de una forma nerviosa los miedos de las niñas. Incluso Marixel, en los albores de la juventud, continuaba orinándose en la cama y no podía conciliar el sueño con la luz apagada, necesitaba dormir con luz en la pieza. Asimismo, se debe traer a consideración que las menores habían presenciado las peleas entre los padres. Estos padecimientos representaron una carga emocional que se expresó en sus pesadillas, en sus gritos y en sollozos.

Durante estos años de permanencia en Barcelona la familia se aisló de la vida social. Vivían en esa fortaleza cerrada y vigilada por el padre. José Antonio comenzó con las prácticas de abuso sexual ni bien se instalaron en el departamento. Se transformó en un estuprador que obligaba a sus retoños a dormir con él, siempre cumpliendo con la directriz de una sola a la vez.

La conducta cariñosa del progenitor se dirigía, supuestamente, a protegerlas de los malos espíritus y los fantasmas. La primera con la que el pederasta inauguró estas prácticas atroces fue Lluïsa. Este descarriado conservaba la costumbre de bañar a las pequeñas hasta que ellas se hicieron mujercitas.

Se conoce que con la menor de las tres llegó a tener intimidad hasta los dieciocho años. Estos abusos comenzaron cuando Manuela terminó su matrimonio con José Antonio. Para entonces Lluïsa contaba con

ocho años de edad, Monserrat con siete años y Marixel con seis.

Como suele ocurrir en estas situaciones el padre aprovechó su situación de predominio y el terror que su personalidad autoritaria despertaba en la candidez de las niñas. La concupiscencia paternal se realizaba con el objetivo obsceno de despojar a las niñas de la inocencia infantil. En este caso en particular el abusador se excitaba con el cuerpo casto, la piel suave y la ternura de la mirada de sus víctimas.

Durante el aseo, so pretexto de enjabonarlas, manoseaba con suavidad el cuerpecito de sus hijas. Las embadurnaba con jabón y movía las manos como si las estuviese masajeando. Procedía ceremoniosamente y con el ánimo de seducirlas, sin embargo, a las menores el miedo les paralizaba el habla y les hacían tembletear las piernas y el tronco.

Para esta mentalidad pervertida estremecer era el paso previo e ineludible tras el cual amilanaba a sus víctimas y dejaba saciar sus instintos perversos. Prueba de ello es que cuando se sentía sexualmente desanimado, se despreocupaba de su obligación y mandaba a la mayor a que controlase que sus hermanitas tomasen la ducha.

Para efectuar el baño, se sentaba en una silla al costado de la tina. Su muslo tocaba el borde superior y con el grifo que tenía forma de manguera auricular las mojaba, dirigiendo el impacto del agua de forma tal que estimulase algún tipo de apetito sexual. Mientras que chorreaba el agua, tenía el miembro endurecido y sin pudor alguno hacía lo que venía al caso para que las menores observaran la excitación del órgano.

La etapa subsiguiente al baño no se limitaba a secarlas con la toalla. Con sus dedos les acariciaba sus vírgenes vaginas y con los labios les besaba las tetitas y la boca. Finalmente, les aplicaba sobre las nalgas, la espalda, los brazos y las piernas una crema que humedecía la piel.

Luego de ponerles el pijama, las peinaba y desprovistas de bombachas les ordenaba que fueran a dormir. Él pasaría enseguida a despedirse. Cuando terminaba con el ritual de la limpieza, se lavaba él mismo y una vez seco se empapaba en agua de colonia. Con el cuerpo

erguido y en calzoncillos se dirigía a cada uno de los dormitorios para rezar con ellas.

Se despedía con un beso en la boca que no implicaba más que un roce de los labios y con sus palabras de despedida expresaba el deseo de que "sueñen con los angelitos".

Volvía a su habitación y sentado en su cama miraba las noticias que transmitían la efervescencia de una sociedad que estaba empezando a ejercer una libertad virginal.

En toda su vida José Antonio se decantó por las ideas despóticas y debido a dicha elección, respirar el aire libertario lo irritaba y leer los periódicos democráticos o acabar de ver los telediarios se convirtió en algo imposible para él. Solía apartarse del televisor abruptamente y repudiaba lo que había visto. Se escoraba en la cama hasta ponerse en posición horizontal, juntaba las manos a tras de la cabeza y se ponía a mirar la luz que entraba por la ventana y se reflejaba en el piso y el techo. No miraba un punto fijo ni estaba atrapado en una idea obsesiva. Su intención era ganar tiempo, esperar que estuviesen bien dormidas y escoger con cual de la tres iba a ejecutar la felación.

Se ponía de pie e iba a correr la cortina. Después salía de su dormitorio, se fijaba que la puerta quedase bien entornada y entonces se ponía a recorrer descalzo el pasillo del medio que comunicaba a todas las habitaciones.

Aguzaba los oídos para escuchar el ronquido o la tenue respiración de las hijas, y cuando se cercioraba de que estuviesen dormidas, regresaba a su cuarto y a través de la conexión telefónica, solo de uso interno, mandaba a la escogida a levantarse y, sin despertar a sus hermanas, viniera a dormir en su cama.

Huelga decir que las pequeñas sabían para qué acto degenerado eran emplazadas. Si la elegida era renuente u ofrecía una tenue resistencia, el estuprador redoblaba la orden y con palabras que no sonaban a sugerencia la intimaba para que lo antes posible se apareciera junto a él.

La orden dada implicaba una advertencia de que la próxima vez habría violencia: "o vienes o voy a por ti". Sin dejar pasar mucho tiempo la menor entraba sin golpear la puerta y la cerraba con sigilo

líquido bucal, enjuagarse la boca y limpiar de su cara lo que quedaba del semen vertido alrededor de los labios y en el mentón. Estiraba la toalla de mano para secarse el rostro y con las manos se arreglaba la cabellera, temblando de miedo, y creyendo que había realizado un pecado se quedaba lloriqueando en el baño hasta escuchar la próxima orden.

El padre pedófilo e incestuoso, tendido en la cama, sacaba la toallita que había puesto bajo la almohada, se secaba el pene y antes de que este se ablandase, le ordenaba a su hija a que viniese a dormir junto a él. La menor, con menos miedo, se avecinaba meticulosamente, se acercaba y al ladear la cama, le ordenaba que subiera y le indicaba que le palmease el órgano para que sintiera lo que le había hecho a papá. Antes del alba, el pederasta se despertaba, echaba una mirada a su alrededor para cerciorarse de que todo estaba en su sitio.

Se despejaba frotándose los ojos con las manos, se ponía de pie y sin interrumpir el sueño de la niña, la alzaba en sus brazos y silenciosamente la depositaba en su cama. El sinvergüenza volvía a su dormitorio, se tiraba sobre la cama como si nada hubiese pasado y continuaba durmiendo hasta después de que las tres hijas partiesen al colegio. El progenitor incestuoso continuó con las aberrantes prácticas de felación hasta que huyó con sus hijas a otro continente.

En el país adoptivo aparentemente solo siguió estuprando a Marixel con lo que daría la impresión de que la había desvirgado y la había inducido a que fuese su amante hasta que alcanzó la edad de dieciocho años.

Debemos recordar que Lluïsa contrajo matrimonio al cumplir los dieciocho años y Monserrat a la misma edad. La primogénita se casó con un hijo de familia adinerada y la segunda con un estudiante que estaba por terminar sus estudios de abogacía. El esposarse para las dos tenía el propósito de liberarse de las garras del progenitor. Marixel fue la hija que más años convivió con el padre y fue la única que, como Manuela, convivió a solas con él.

12. Lo que no cuesta dolor no vale la pena

La historia de Ignacio Zubeldía Loyola reveló que las apariencias engañaban. Su trayectoria política apenas conoció de reveses. Construyó su fama sin apuros, paso a paso, escalón tras escalón y tomándose un descanso en el rellano de cada escalera que le cupo subir.

Estuvo rodeado de gente que lo quería y sus adversarios no lo querían mal. Nadie fue riguroso con él, no había quien no supusiese que en algún momento le correspondería la máxima magistratura. Quizás sea impreciso afirmar que todos pensaban que alcanzaría el último peldaño de su carrera política, pero en lo que había unanimidad era en que se lanzaría y sería peliagudísimo triunfar contra una chapa presidencial que Ignacio encabezase.

Jamás sufrió los requerimientos de querer lograrlo a costa de hipotecar su buen nombre. Su compromiso devenía de una ambición grupal. La familia quería renombre y él fue seleccionado para dicho fin. Con él aconteció lo que sucede con las personas que no sienten en carne propia los azotes de la necesidad ni conciben como una desgracia un destino truncado.

Asentaríamos un dato inexacto si dibujásemos a Ignacio como alguien que perdía la perspectiva con facilidad. Él no era nada de eso. Si se le pudiese achacar algún defecto, este tendría que ver con su falta de rigor y concentración. No era de esos que se metía de lleno en los problemas. No se enfocaba en los asuntos como se enfocaría un ambicioso con hambre de poder. Sus ambivalencias significaron tener que transigir en principios que sirvieron de base a su educación familiar.

Cometió la bobería de menoscabar la incidencia de una cultura política que premiaba las avivadas y la mala fe. Ignacio erró en el

cálculo, creyó que con su simpatía podía airear una cultura política anclada en valores aquilatados como verdades inexpugnables.

Su carrera política padecía de ese germen que carcome la voluntad: la indolencia. Ignacio era de esos individuos mechado de virtudes notables, pero carente del *leitmotiv* que mecaniza y dirige la acción del político de raza. Adolecía de la irracionalidad y voluntad de querer llegar, era consciente de sus fortalezas innatas y de lo que implicaba su origen social.

Sabedor de que su situación socioeconómica no se revertería, y que la economía familiar daba para alimentar y enriquecer a toda otra generación, se permitía sus licencias. Tenía tres placeres en su vida: la lectura, los viajes y las mujeres. Su preferencia por los libros le sirvió para combinar su perfil de político con el de *enfant terrible*. Su debilidad por la belleza femenina lo puso, en varias ocasiones, en apuros y los viajes le servían de escape.

Cuando estaba al borde de una querella marital organizaba una salida al exterior con su esposa, con sus hijos, con amigos o con una de sus amantes. Hay que subrayar que sus preferencias eran genuinas y nunca se dio ínfulas de erudito, de hombre de mundo ni de Don Juan. Nunca recurrió al sarcasmo para descalificar ni se declaraba ateo. No tenía la petulancia de hablar de psicoanálisis ni de mechar sus intervenciones con teorías de la posmodernidad. Era intelectualmente honesto, no usaba los artificios del idioma, citas de los clásicos o los sofismas para justificar lo injustificable. Para él estaba más que claro que ni la estética ni el pensamiento se debían dejar domesticar por los intereses espurios y exiguos del poder. Con sus amores pasaba lo mismo. No renegaba de su condición de casado. No hacía regalos costosos y solicitaba la discreción de su amante. No se sabe cómo lo hacía, pero las mujeres se enamoraban de él. En la comunidad era *vox populi* que el candidato era un empedernido mujeriego. Incluso su esposa y sus hermanos eran conscientes de esa situación.

La impunidad de la que se beneficiaba se fundaba en el hecho de que se trataba de esos pródigos a los que se les perdona todo. Obtenía lo que se proponía, barruntaba que con tantas cosas a su favor su éxito

dependía de él y no de sus circunstancias. Actuaba como el que presumía que la fortuna le iba a sonreír toda la vida. En vista de ello, el andar despacio era síntoma de su talento y precipitarse entrañaba arrojar a la mesa de juego una carta cuyo momento no había madurado.

Ignacio, durante su estadía en los escenarios públicos, no fue un hipócrita ni un demagogo. Todos decían de él que no era el prototipo del político cagador. Su sinceridad rayaba el límite de la ingenuidad. La discreción fue una de sus principales virtudes. Fue un trasgresor que no se guardaba para sí los secretos de los otros. Los chismes y las acotaciones venenosas no eran sus armas. No injuriaba ni descalificaba con ensañamiento las burdas actuaciones de sus adversarios.

Para muchos su compromiso pecaba de candidez y de benevolencia. No destilaba resentimiento ni participaba en cónclaves que se proponían aderezar planes conspiratorios. En los inicios de su carrera era un devoto de la transparencia y se jugaba por su credo. Los colegas de la dirigencia partidaria le cantaban las cuarenta cuando este, según ellos, se inmolaba ante la opinión pública declarando sobre contingencias que no debían cobrar estado público. Ignacio, el principiante, era un advenedizo que abogaba por la verdad pura y dura, caiga quien caiga. Según sus inquietudes bisoñas la rentabilidad estribaba en sincerar los asuntos públicos y no en enturbiarlos.

Las cortinas de humo que se levantaban sin razón se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos. Por eso sugería que había que apostar por lo genuino y verdadero. Aunque se generase un lío y se tuviese que desnudar una metida de pata, se hacía necesario revelar lo acontecido. Sus más leales, es decir, los que integraban su primer anillo, coincidían en que sus convicciones lesionaban sus intereses. Sin embargo, los otros partidarios más díscolos, calificaban la determinación de transparentar como una decisión personal que apuntaba más a vigorizar la imagen del candidato que a fortalecer el trabajo en equipo.

Los que conformaban la ortodoxia, o sea, el grupo de los más incondicionales, le cuestionaban la familiaridad y la falta de trato

discriminado entre los que pensaban igual o desigual a él. Anticipándose, protestaban contra la posibilidad de que “los libres pensadores”, que no se mojaban la camiseta, integrasen el cuerpo de asesores del candidato. Ignacio no hacía oídos sordos a estos reclamos y los replicaba con su bonhomía que se traicionaba con las obras y no con las opiniones.

Era consciente de que la vida no da dos oportunidades y estaba convencido de que ese era su momento, se rumoreaba e iba cobrando cada vez más fuerza lo que todos pensaban, que Ignacio era la persona indicada para el momento indicado.

Así, la carrera de Ignacio estaba signada por su buenaventura, desde temprana edad ejerció en el Estado funciones de envergadura. Le auguraban un ascenso meteórico, pero se propuso alcanzar la meta sin dejar tras de sí muertos y contusos. Juzgaba que no valía la pena hacerse enemigos porque el que gobierna es quien necesita del esfuerzo de otros, y el que se opone es el que menos necesita.

Obraba como ese al que habían persuadido de que la inercia de la física lo colocaría en la cúspide del poder. Presumía que pertenecía a esa clase de políticos que leían los diarios de noche para así enterarse tarde de los que despotricaron en su contra. Su optimismo era patológico, lo que entrañaba que acomodase su acción a las ideas generosas.

No se cansaba de repetirles a sus seguidores que muy a pesar de muchos obstaculizadores saldrían adelante. Su humanidad le devenía de la lectura de su destino. El paternalismo que dispensaba a sus auxiliares se notaba en su permanente preocupación por los pequeños detalles; verbigracia, nunca olvidaba el onomástico de sus colaboradores, era dadivoso con sus regalos, era notoria su asistencia a los eventos sociales pues no dejaba sin estrechar una mano y besar una mejilla, visitaba a los enfermos, compraba los medicamentos, buscaba trabajo para los hijos y parientes, y llegaba a los velatorios al momento de levantar el cajón. En los entierros discurseaba dando una semblanza del difunto y no hubo ocasión en la que los presentes no se hubieran conmovido hasta las lágrimas.

Además de todo ello, firmaba recomendaciones para los hijos de sus

partidarios, asesoraba sobre asuntos familiares y atendía las derivaciones de pleitos judiciales. Con los suyos actuaba como el gran protector y con sus adversarios con indulgencia. Su alma no estaba marcada por ningún tipo de rencor ni trauma infantil. Ignacio era eso que en la jerga común se denomina un buen tipo. Se esmeraba en no tener una actitud beligerante con los pertenecientes a la generación mayor que la suya a los que calificaba de forjadores de la historia, sin embargo sus aliados propiciaban el descabezamiento de los dinosaurios. No comulgaba con las luchas intergeneracionales.

Ignacio desmeritaba las cualidades asignadas al darwinismo político y social, discrepaba con eso de que las elites usufructúen el poder y los más fuertes impongan la esclavitud a los débiles. Ni la hegemonía de la mayoría, tampoco la tiranía de la minoría era deseable. Argüía que los liderazgos y las generaciones cumplían su ciclo y que después eran desplazadas por la dinámica de la historia. Y al fin de cuentas termina siempre igual, el proceso histórico se ve obligado a emplazar a los que están preparados.

Su perspectiva de la historia eludía los razonamientos intrincados y desapegados de la realidad. Alardeaba en contra de los teóricos, no cejaba de decir que la abstracción evapora la noción de lo posible. El cielo gris de las teorías era inapto para suministrar las grandes ideas, y los pensamientos premonitorios eran la consecuencia de la luz diáfana fraguada en la experiencia.

De acuerdo con su credo político la ley benefactora que la historia no debía soslayar entrañaba que el proceso que fortificara las instituciones arruinaría los personalismos. El dato histórico que abonaba a favor de esta idea era el asesinato de César en manos de Bruto. Según él, este crimen buscó salvaguardar la República del personalismo autoritario. Jamás se exaltaba cuando daba sus declaraciones a la prensa y no era insidioso cuando escribía sus consignas en su cuenta de Twitter.

Desdeñaba la lucha de clases, las de género, las raciales, o cualquier otro tipo de refriega. Su pensamiento del cambio se ubicaba en la costa opuesta a las ideas rupturistas, creía en los acuerdos y su filosofía envolvía valores evolucionistas. La gradualidad era su método

y descalificaba las acciones que buscaban espolear los resortes de la reacción. Se decía a sí mismo que de nada valían las ambiciones desmedidas si al final la esencia predominaba sobre las apariencias. Uno se impone por lo que es y no por lo que pretende ser.

La cautela precedía todos sus actos políticos.

Los gobernantes recién electos lo mimaban para que asumiera alguna responsabilidad, y debido a que siempre le ofrecían altas magistraturas le encomendaron funciones en la cancillería nacional. Siendo canciller asombró por su actitud beligerante y cuestionadora de un orden mundial edificado sobre la estratificación social, la vulnerabilidad económica y la jerarquía del poder político y militar.

Consideraba que en los años recientes se sucedieron etapas jalonadas por la innovación tecnológica, el riesgo financiero y la emergencia de los fundamentalismos. En el ámbito internacional, sus puntos de vista eran estimados por su lucidez y fundamentación empírica. Algunos Estados de la región lo sondearon para que aceptase responsabilidades mayúsculas en los organismos internacionales. Él, que empezó su militancia con los ojos puestos en la meta final, declinaba esas solicitudes, replicaba escuetamente: “Aún no he cumplido con la patria”.

Muy a pesar de lo último, en la actitud de Ignacio reverberaba más la pasión por lo internacional que por los asuntos domésticos y con facilidad desatendía los intríngulis de la política criolla, constituyéndose esto en un defecto que le acarreó no pocas dificultades.

Asimismo se desempeñó como ministro responsable de los ingresos y egresos del gobierno. En su condición de ministro de finanzas públicas tuvo una excelente gestión. Respetó el equilibrio fiscal y asignó más recursos para los gastos sociales. Su visión presupuestaria llegó a priorizar el desarrollo económico sobre la variable financiera, y el estudio de posgrado le sirvió para combinar el análisis económico con el político.

Ignacio representaba una atipicidad entre los dirigentes. De hecho, este no se llenaba la cabeza de ideologías que socavasen la posibilidad de lograr una adecuada observación de la realidad. Estaba libre de las

trampas doctrinarias que le había puesto su época. Igualmente, ocupó la presidencia de la Asamblea Nacional Constituyente, que fue convocada con el designio de ajustar el texto constitucional a la emergente realidad sociopolítica de Villana.

En las deliberaciones de la Asamblea deslumbró por su oposición a la cláusula de la reelección presidencial, él era partidario de que el presidente pudiera ser reelecto pero no de manera sucesiva sino alternativa. Aguzó su lógica jurídica y blandió argumentos irrefutables al frenar las pretensiones de los que contraponían el concepto de la soberanía popular al valor político de la división de poderes. Consideraba que los gobernantes obtenían su mandato de las elecciones y que ningún mandato debería controvertir sobre el principio de equilibrio e igualdad que rige la relación entre los poderes del Estado.

Ignacio Zubeldía Loyola tenía la ventaja, sobre sus contendientes, de que los votantes le atribuían una de las virtudes más demandada y que brillaba por su ausencia dentro de los escenarios políticos. La política estaba atrapada en un sinnúmero de denuncias de actos de estelionato.

La clase política no enmendaba su conducta lo que conducía a defraudar la confianza depositada en ella. Los dirigentes no se preocupaban en resguardar su reputación y abarataban el precio del tráfico de influencias. La política representaba una cloaca en donde el valor de las personas hundía sus raíces en la notoriedad y no en la notabilidad. Era notoria la actuación fraudulenta de los políticos, pero no era notable.

La desvalorización de la política resultaba de las prácticas truculentas al servicio de intereses bastardos y de la cultura del fraude. La moral de los deberes se erosionaba bajo el efecto corrosivo de la moral de los intereses. Se definía al mentiroso como el que dice mentiras, y como los políticos se pasaban diciendo mentiras eran unos mentirosos.

El pueblo no aguantaba más la doble moral y a los falsarios, la corrupción impúdica. Debido al hartazgo se presumía que una persona poseedora de una enorme fortuna personal no querría ser presidente para llenarse los bolsillos de plata.

Puntualizamos estos datos que pudieran parecer superfluos pues describen con crudeza las pautas de conductas predominantes en una época.

También se contaron peculiaridades de la personalidad política de Ignacio, esta personalidad estaba dotada de ventajas que podrían convertirlo en un personaje irrepetible. Definitivamente él estaba investido de todas las facultades que lo hubieran guiado al poder y a poner el poder al servicio del bienestar de la gente.

Sus intenciones no se enturbiaban por perseguir canonjías. Ignacio sobresalía como un líder capaz de gobernar por arriba de las contingencias. Lo que resultaba inexplicable era cómo alguien que nació aventajado y se preparó toda su vida para conquistar el poder, hubiera sido incapaz de alcanzar y sobrepasar la meta que se había propuesto.

A este respecto, surgen preguntas en la medida que se distinguiesen las oportunidades perdidas porque incluso las circunstancias le eran favorables. Los vientos que soplaban eran los de la regeneración moral y él, que nunca tuvo que desear lo que era necesario, dejó que se le escapase de las manos una oportunidad histórica.

Más adelante nos abocaremos a indagar por qué un individuo malbarata la chance que su fortuna le pone a sus pies, cuánto tiempo es posible vivir siendo la persona que los otros esperan que uno sea.

13. Relaciones maritales

Era obvio que don José María había apuntalado el matrimonio de Ignacio con Silvia Valdivieso Puentes. En cuanto a las andanzas extramatrimoniales de su vástago, no le restaba más que hacer la vista gorda. El progenitor nunca dijo esta boca es mía, pero se presupone que las travesuras sentimentales de su benjamín tuvieron que haber representado un permanente quebradero de cabeza.

Sin embargo, se debe anotar que entre los dos existía un vínculo afectuoso basado en un respeto filio-parental. En la familia Zubeldía Loyola la autoridad paterfamilias se hallaba fuera de cuestionamientos, no obstante, José María no se atrevía a preguntar o hacer comentarios sobre la vida, a su juicio disoluta, de su hijo, de igual manera, Ignacio no osó aludir historia alguna que relativizase la prohibición de la bigamia. Cuando padre e hijo se encontraban a solas nunca abordaron temas relativos a la prodigalidad de Ignacio.

Ignacio contrajo nupcias con Silvia Valdivieso Puentes. Esta era diez años más joven que él. Su físico escultural falseaba su personalidad. A primera vista parecía que ella tenía un temperamento frívolo más preocupado en conservar su aventajada naturaleza que en sumergirse en asuntos del alma y el intelecto. Medía un metro y setenta y cinco, tenía ojos verdes acaramelados, labios carnosos y saltones, y sus pómulos sobresalían en su rostro angular. La nariz y la boca dibujaban un triángulo. Cuando sonreía se le marcaban los hoyuelos en sus mejillas. La cabellera era larga, suave y castaña. Su piel parecía barnizada con un tenue bronceado. Sus nalgas tenían una protuberancia proporcional a sus piernas y sus pechos eran redondos y trémulos.

Silvia era bella por donde se la mirase y tierna por donde se la sintiera. Ella se enamoró de él aquella noche en la que una amiga en

común celebraba la obtención del doctorado en Derecho. Cuando intercambiaron miradas, Ignacio entrevió que esa mujer sería la madre de sus hijos.

Pensaba que ya era hora de sentar cabeza y cumplir con las exigencias de conformar una familia estable. No sería justo calumniar a Ignacio con la infamia de que contrajo nupcias sin estar enamorado. Se casó queriendo y creyendo que Silvia sería la mujer con la que terminaría sus días. Ignacio amó a Silvia con las restricciones con las que ama el hombre irresuelto a abdicar de los privilegios de la soltería.

Cuando Ignacio desposó a Silvia, esta no fue ilusionada con el ardid de que sería la mujer de su vida. Si algo siempre caracterizó y despuntó en la idiosincrasia decameroniana de Ignacio era que no ofertaba más de lo que podía dar.

Se dijo que Ignacio se había presentado ante ella sin ningún camuflaje y que cuando se toparon por primera vez él iba precedido de su reputación de casanova. Silvia se unió a él imbuida de la peregrina ilusión de convertirlo en un monógamo. Fantaseaba que el retozo con ella sería suficiente para él. Se volcó de lleno a su rol de esposa pensando que con el transcurrir de los días él abandonaría su vida adúltera. Silvia despenalizó el comportamiento libertino de su marido.

La indolencia llegaba al colmo de que cuando ella lo sondeaba para saber dónde estuvo errando, Ignacio reponía con un subterfugio traído de los pelos y que a los oídos de ella sonaba como una insólita justificación. Obviamente con la primera coartada no podía exculparlo. Había que endurecerse un poco para zanjar el entredicho. Ella se enojaba esperando el *mea culpa* de él.

No despegaba los labios hasta oír la insinuación de una petición de clemencia. Si ella se volvía testaruda, tosca, le daba una rabieta y le alargaba la cara, Ignacio le gastaba una broma, le estiraba las orejas y la otra aflojaba y sonreía.

La sonrisa certificaba el perdón y la demanda de recompensa. Silvia deponía su actitud de ofendida y con su cuerpo bullicioso aguardaba las servidumbres amorosas. Bastaba que le guiñase el ojo para que él

la abrazara, llenara de besos, despeinara, y revolcara sus manos y labios en su cuerpo.

Ella era una golosa de él, y él tambaleaba ante su belleza. Parecía un juego pueril y frágil. Ignacio se esmeraba en hacerla sentir el centro del universo, y Silvia se desvanecía con las caricias y la simpatía de su marido. La estremecía hasta hacerla sentir que estaba hecha para el amor. Las manos de Ignacio en los pechos de Silvia aguijoneaban su sensibilidad maternal de arroparlo y llenarlo de besos y mimos.

Ella lo abrazaba con toda su fuerza como queriendo que se metiese bajo su piel. A pesar de que Ignacio nunca estuvo dispuesto a decretar la defunción de su estado de soltería era irrefutable que tuvieron sus momentos de felicidad e intensa intimidad. Silvia era agasajada como una reina e indubitablemente su decisión de convertirse en la primera dama favorecía su permisividad. Inventariar la existencia de este deseo coadyuvaba a desvelar la indulgencia con que ella actuaba y a poner sobre el tapete los términos de un acuerdo que nunca fueron exteriorizados, pero que fueron refrendados por los comportamientos posteriores de ambos. Se trataba de una pareja en la que los protagonistas sabían lo que pasaba. No eran lo suficientemente ingenuos para no saberlo ni demasiado deshonestos para no admitirlo. La mayoría de las veces, este tipo de relaciones no son saboteadas por los convencionalismos, sino que agonizan cuando entran a tallar terceras personas.

Desde un principio, su matrimonio estuvo solapado por relaciones extramatrimoniales. Durante el noviazgo fue infiel. El único periodo en el que practicó la monogamia fueron los tres últimos meses de su idilio que concluyeron con la celebración de la boda.

Sus aventuras eran fugaces y tenían datadas en su sello inaugural su fecha de expiración. No estaban llamadas a perpetuarse pero, sin lugar a dudas, corroyeron y fueron nocivas para la estabilidad de su vida matrimonial.

La duplicidad afectiva hizo el trabajo de zapa que estaba hundiendo su relación marital. La distracción, la confusión emocional, el tiempo que le consumían y el desgaste energético hicieron de Ignacio un ser

inservible para la convivencia con Silvia.

Los primeros años de matrimonio fueron los mejores. Al conceptuar de mejores no se dice que fueron tiempos pulidos por pasiones ambiciosas. Se debe advertir que fue la etapa en la que hubo más intimidad, compañerismo y comunicación. Ese periodo de vida mancomunada se caracterizó por su fecundidad. Nacieron de forma sucesiva los cuatros hijos de la pareja: Paloma, Rodrigo, Fernando y María José. Entre algunos de ellos mediaron tan solo once meses. Cada nacimiento llenaba de felicidad y orgullo a la familia y cada uno de ellos era celebrado porque en conjunto suponían la continuidad del linaje. El *modus vivendi* inaugurado por Silvia e Ignacio era idóneo para mantenerlos unidos mientras duraba la fase en la que ellos volcaban su cariño a sus hijos. Esta circunstancia aparejó que se distrajesen de las obligaciones maritales y se volcasen a los hijos. La presencia de ella se disipó de los eventos institucionales y él ya no tenía tiempo ni ganas para intimar con ella. De hecho se afanaron en ser padres ejemplares. Silvia no se despegaba un instante de sus hijos e Ignacio cumplía con los compromisos de los menores, y se esmeraba en ser tan buen padre como fue su padre con él. Los niños sintieron el amor de sus progenitores e incluso se puede decir que estos fueron condescendientes con algunas diabluras de los críos. La familia disfrutaba de una existencia sin ahogos y las desavenencias de los padres no se tradujeron en peleas que lastimasen la sensibilidad infantil.

Los hijos nunca presenciaron una riña entre sus padres y tampoco fueron utilizados por ninguno de ellos como arma de chantaje. Cuando Ignacio y Silvia discutían un tema espinoso y comprometedor, este nunca salía de sus cabales y ella no se victimizaba. Nunca usó a los hijos como un escudo protector. Silvia siempre quiso valerse por sí misma. La pareja reaccionaba ante sus problemas de relación con la resignación del escepticismo. La pérdida de expectativas acabó por persuadirlos de que no era dable lesionar las sensibilidades que fragilizan las existencias. Era una regla inclaudicable para Silvia e Ignacio no hacer carnada de sus hijos menores.

Esta situación de apatía sin tirantez se prolongó y la vida de ellos

continuó en paralelo. El marido y la mujer ejecutaban las actividades variadas que de ordinario componen la existencia matrimonial. La regularidad de los comportamientos aparejó que se volatilizara el deseo de conocer las debilidades del otro. Saber de las flaquezas y las necesidades e intentar ayudarlas ha sido siempre un elemento de integración entre las personas. La relación se fue desgastando como se desgasta aquello que es tratado con la receta de la abulia. La vida de Silvia e Ignacio era cada vez menos en común, el silencio sustituyó a las palabras, y las formalidades encorsetaron los sentimientos de tal manera que los mantuvo lindantes más que compenetrados. El desánimo asolaba el contexto familiar. Desertaron las pasiones y el diálogo de a diario se espació hasta casi extinguirse. Ignacio se sumergió en sus actividades y se desligó de Silvia, y esta se hundió en una soledad incompleta, esa a la que le falta la tristeza. Así construyeron el muro infranqueable del ninguneo.

14. UNA LENGUA SIBILINA

Las personas diáfanas son fáciles de absolver, su nitidez las hace inimputables. Son predecibles como el calendario y no atacan a los enemigos cuando estos están de brazos cruzados. Dicen cosas urticantes y su actitud sin claroscuros los hace aparentar ser un higo seco. Estos rasgos definían la personalidad del señor Montaña. La semblanza de Montaña prefiguraba una moneda cuyas caras tenían un solo rostro y ambas miraban hacia la misma dirección.

Hizo mérito para que sus enemigos lo detestasen. Siempre lo quisieron poner en el paredón por la razón que se castiga a un rebelde, por importunar. Sus coetáneos no lo entendieron, se anticipó a su tiempo, y cometió el error del infantilismo guerrero. Fue un combatiente solitario. Luchaba solo como luchan los que no aprecian la extemporaneidad de sus ideas. Todos los radioescuchas suponían que su apodo Montaña fue trasmutado de su apellido Monte de Oca. Ni siquiera al habitante más culto de la capital se le cruzó por la cabeza que con el sustantivo "montaña" Salvador rendía un homenaje a su autor preferido, Michel de Montaigne.

Salvador Monte de Oca era de estatura baja, medía un metro sesenta, hombros angostos, pechos salientes, piernas cortas, brazos y manos robustas y una cabeza desproporcionada con relación al tamaño de su cuerpo. Toda su vida se peinó hacia atrás y desde su adolescencia dos entradas se abrieron paso en su cabellera sin que terminasen en una calva redonda. Sus ojos azules, su nariz aguileña y su mandíbula rectangular sobresalían en un rostro que expresaba un estado de preocupación permanente. Su piel transparente era el trasfondo de su sistema venoso que se caracterizaba por el color azulado y el grosor de las venas. Sus rasgos mortecinos no entorpecieron su enjundiosa vitalidad. Durante su actividad radial,

Salvador Monte de Oca no fue justipreciado como él se lo merecía. La desmesura hizo de un hombre pequeño un hombre que parecía hacer el ridículo.

Su discurso inflamado, policromo y ardiente adquiría un ritmo impetuoso en el momento de sentenciar a sus querellados. No había quien no terminase alelado con sus peroratas. Inclusive a los que compartían con él la cabina los cautivaba el lenguaje corporal del señor Montaña. Su exaltación se evidenciaba también en las expresiones faciales y en los movimientos de las manos. Cuando con voz palpitante anunciaba un posible suceso catastrófico, se tomaba de la cabeza y con las manos fingía estirarse los pelos. Su catastrofismo testificaba el fuego de un sentimiento inflamado. Si afirmaba una negación meneaba las manos señalando con el dedo índice un *No* que iba acompañado con el eco de su voz que chillaba "Nooo".

Su sensibilidad era compleja y retorcida, daba puñetazos en la mesa, y con el tono agónico señalaba haber llegado al final. Conferenciar lo acaloraba, lo obligaba a abrirse el cuello de la camisa o a quitarse el saco o el pulóver. Algunas veces le sudaban las manos y los pies y cuando estas situaciones llegaban a saturarlo, se frotaba las palmas en el pantalón y se desataba el cordón de los zapatos. Para mitad de la audición ya tenía la camisa remangada y desabotonada hasta el tercer botón.

No se recuerda ocasión en la cual hubiera finalizado la audición con el abrigo, la chaqueta o el suéter puesto, a pesar de tener encendido el aire acondicionado. Las exposiciones radiales eran su éxtasis. Con ímpetu atronador se anegaba en unos raptos que lo transportaban a sentirse por arriba de sí mismo. Cuando acababa la emisión y percibía que el desaliño en su vestir chocaba con la formalidad que le imprimía a su vida, sentía que había hecho el ridículo. Circunspecto como era se despedía de sus colaboradores con un escueto mensaje: "Si no me matan, nos vemos mañana a la misma hora".

El locutorio era el único sitio donde llegaba a ser verdaderamente quien quería ser. La vida para él se mostraba como un territorio hostil. En privado era mustio y misántropo. En cambio, en el aire, sus editoriales eran pronunciados con auténtica ferocidad y avidez de

verdad. La prosopopeya que usaba en sus intervenciones no expresaban ningún tipo de fingimiento. La ampulosidad y el redondeo excesivo era el resultado de sus lecturas, hablaba largo y tendido por esa actitud que tienen los sofistas de presumir que cuanto mayor es la densidad argumentativa mayor es la capacidad persuasiva del razonamiento. Como hombre de corazón reseco y riguroso consigo mismo, juzgaba los acontecimientos con sus inamovibles ideas pesimistas sobre los hombres. Trataba de que sus opiniones fuesen un calco de la realidad proclamándose un veraz "fiel de fechos". En el trabajo periodístico pensaba que había que ser descriptivo para luego opinar. Decía: "El opinólogo a secas mata el periodista".

Aunque disertaba con seguridad fanática fue necesario que en ocasiones relativizara sus sentencias y sus análisis de futurología. En tono autocrítico y compungido reconocía sus exageraciones y hacía un *mea culpa* cuando no acertaba en sus pronósticos. Estas dosis de humildad le granjeaban la simpatía de sus seguidores. Conocedor de los límites prácticos de las teorías, desautorizaba los paradigmas que pretendían encasillar los hechos dentro de un parámetro científico. Recomendaba que se debía analizar con pinzas las conclusiones derivadas de los marcos teóricos, pues estos podían obnubilar la realidad.

Su erudición le permitía entender que no se podía conocer toda la verdad, que cada suceso humano era estremecido por situaciones imprevisibles e insospechadas. En su esquema de relativismo gnóstico era imposible que la razón captase el complejo entramado de causalidades. El hecho de no ser capaces de acceder a una explicación causal no implicaba que no existiera. La matriz de su esquema filosófico se basaba en llamar destino, suerte y azar a lo desconocido, o mejor aún, a lo que no sabemos explicar.

Biografiar a Salvador Monte de Oca exige que nos adentremos en la vida de un hombre diáfano que no proyectaba una sombra sobre él. Era un maniático que no caía en contradicciones, por eso la virtud más admirada de él era su punto débil. Él nunca barruntó que su previsibilidad en un ambiente proclive a la anarquía lo hacía vulnerable. Cualquiera podía imaginar cuál sería su próximo paso. Ni

su enciclopedismo tampoco su realismo político lo apartaron del cumplimiento estricto de sus manías. En su andar se advertía un honor resistente y abrillantado que exteriorizaba su condición de hombre pasado de moda.

Era obstinado y detallista hasta el más mínimo punto. Sus excentricidades lo acompañaban a todas partes y en cada momento. Combatía incansablemente la suciedad: la papelera desbordante, el polvo acumulado, el vuelo voraz de los insectos, o un cabello en la comida lo sacaban de quicio. Así, el aire helado que dejaba al retirarse no tenía el olor de un aire respirado, devastado o descompuesto. Le repugnaba la hediondez de sobaco, del humo del tabaco y las ventosidades.

Los que orbitaban a su alrededor afirmaban que su excesiva pulcritud confirmaba su misoginia. El señor Monte de Oca dejó claro en reiteradas oportunidades su homofobia, a pesar de que, por otro lado, no se le adjudicaban amoríos con mujer alguna. En ningún momento desveló sus auténticas inclinaciones sexuales. De manera ineluctable justificaba su soltería diciendo que sacrificaba las facilidades del matrimonio por su compromiso con la patria. Parafraseaba para celebrar su soltería: *"El matrimonio es una jaula: los pájaros desesperan por entrar, pero los de dentro desesperan por salir"*.

Cada noche, después de concluido su programa, Salvador Monte de Oca concurría al mismo restaurante a cenar una sopa de espárragos. Los mozos que le servían eran contratados por interesados en hacerle llegar información del acontecer político y social de Villana. Estaba prohibido molestarlo mientras cenaba, solamente sus amigos, los mozos, podían hablar con él. Cuando sorbía la sopa y rebanaba el pan ni siquiera los servidores podían molestarlo. Normalmente los intercambios de palabras se sucedían en la sobremesa.

Cuando los camareros le preguntaban el porqué de su sobrenombre reponía que se había impuesto como norma de vida indagar desde la superficie hasta lo más hondo los secretos del corazón humano. Explicaba que Michel de Montaigne fue el que desde una orilla lejana observó y desmenuzó la codicia, la generosidad, la valentía, la cobardía del ser humano. Opinaba que la distancia neutraliza las

pasiones y facilita la delicada tarea de escoger los adjetivos apropiados para los badulaques.

En una ciudad en la que nadie estaba libre de pecado era imprescindible saber poner el dedo en la llaga. En consecuencia, la mejor treta para conservar la objetividad era mantenerse alejado y, en lo posible, aislado. Para sus adentros pensaba que para protegerse de los deslumbramientos y de los juicios débiles tenía que encapsularse en sí mismo. Las opiniones que vertía no estaban motivadas por intereses subalternos, por el contrario, retrataba, ridiculizaba e ironizaba sin considerar el poder de su vilipendiado. En la punta de la lengua tenía la ironía justa y del momento. Se mofaba a lo más granado de la sociedad y la política. En determinados momentos, sus razonamientos ofrecían una lucidez infatigable. En ningún caso recurría al discurso obsceno para llamar la atención, le era suficiente su verbosidad para embretar a sus demandados.

El lector avezado ya habrá sospechado que la descripción de Salvador Monte de Oca no solo tiene el propósito de exponer los aspectos sombríos e inusuales de su personalidad sino que también ambiciona revelar los entretelones de una vida que, por un lado, era monótona y cartuja y, por el otro, agitada y encendida.

El locutor no era uno más del montón, no hubiésemos podido catalogarlo de un parlanchín que tan solo se dedicaba a revalidar lo que se le chismoseaba. Rumiaba toda la información que se le proporcionaba, jamás soltó de buenas a primeras una primicia sin que antes lo hubiese consultado con la almohada. Encarnaba uno de esos casos infrecuentes en los que un espíritu febril necesitaba retraerse para luego extenderse y hacerse notar públicamente. Mucho más importante que los aspectos de su insólita vida salta a la consideración la unión que él sentía con su sociedad.

Nadie representó como él la figura del hombre de prensa, obsesivo y molesto por la decadencia nacional. Alegaba que la hora del declive de la República concordaba con la pérdida de un proyecto nacional. Pretender ensombrecer su trayectoria por las rarezas de su vivir supondría querer tapar el sol con un dedo. De la misma forma sería un grave error conjeturar que nuestro personaje era uno de esos sujetos

que sintió haber cumplido a cabalidad su designio.

Salvador Monte de Oca, como todo pensador, fue hijo de su época y se pasó la vida contrastando el presente que le tocaba vivir con las elucubraciones que él hacía del mismo. Era un enfermo de la puntualidad y un impaciente malhumorado, esa clase de individuo antipático que no se deja embelesar por el facilismo y declinaba dilapidar su tiempo en bagatelas.

Jamás prestó su intelecto a especulaciones que deslumbrasen por el ofrecimiento de las épocas doradas que ya pasaron o que están por venir. Querelló al presente como lo hacen los contemporáneos que agitan las banderas de la intolerancia jacobina. Su puritanismo abrió un hiato entre él, su tiempo y sus circunstancias. Su enojo no se convertía en conformismo. Para él el pasado era sabiduría, pero los hombres hacían oídos sordos de las enseñanzas de la historia. Sostenía que los gobernantes que no aprenden de la historia están impedidos de aprender de sus propios errores. La promesa de futuro incubaba la posibilidad de ser, pero esta promesa se podía volatilizar con un simple y desatinado movimiento de fichas.

El pasado existe cuando se recurre a él, si el pasado no está registrado en la memoria quiere decir que ha dejado de existir o nunca existió. Para que los hechos no palideciesen tenía el hábito de hurgar en la historia para prestar de ella sus verdades. En igual sentido, no admitía la posibilidad de diferir para el mañana lo que se debía hacer hoy y se negaba a poner un palo en la rueda de la historia. Había que ser austero en los momentos de acopiar o disipar energías, navegamos aguas arriba contra el manantial del tiempo.

Descalificaba la flojedad intelectual de sus contemporáneos, que evadiendo la realidad eran incapaces de mirar más allá de sus narices. No cifraba sus esperanzas en diferir el presente hacia el futuro. A su entender, la desdicha de los pueblos se fundaba en la creencia de que las cosas nunca podían empeorar. La insensatez nunca se daba por satisfecha y por eso no se advertía que el bien no necesariamente sucede al mal y que otro mal puede sucederle y peor. Aseveraba que los mediocres están felices con lo que hacen, hicieron o planean hacer y que, por lo demás, solo los que soportan ver la luz como un esclavo

esperan los milagros.

En Villana el comunicador se forjó la reputación de que era un periodista lúcido, informado e insobornable. La gente se prendía al dial cuando empezaba la trasmisión de su programa “Sin pelos en la lengua”. En las redes sociales se reproducían sus comentarios y las mismas ardían con las acotaciones que se hacían de sus comentarios. Se leía en Facebook, Twitter, WhatsApp: “Montaña denunció la putrefacción del poder judicial”, “Increpó al Presidente de la comisión de presupuesto y hacienda que traficaba con su influencia”, “Inculpó a fulano de ser el más grande contrabandista de la frontera y a zutano de ser narcotraficante”, “Calificó a los líderes sociales de tránsfugas y a los obispos de trasnochados tercermundistas” o “Denostó contra las autoridades del Banco Central por su indefinición en la política cambiaria”.

Sorprendía a sus contrarios e incondicionales las pasiones que desataban sus ácidas críticas en contra del ejército de parásitos que no hacían más que chupar de las tetas del Estado. Había programas en los que no dejaba títere con cabeza y recriminaba la hipocresía de una sociedad que se pavoneaba de ser pacata pero que, sin embargo, aplaudía los acuerdos de trastiendas. Sus palabras no eran efímeras y la gravedad de su voz no se diluía en la distancia, ni en los oídos del auditorio citadino ni en la audiencia rural, sino que, por el contrario, retumbaba con fuerza a través de sus encarnizados mensajes.

Con pasión autentica y énfasis retórico, Salvador de Monte de Oca hacía que sus palabras calasen hondo en los radioescuchas. Tenía grabado en la memoria que la mitad de la palabra pertenecía a quien parlamentaba y la otra mitad a quien escuchaba. Hablaba a calzón quitado y sus discursos eran guiados por el deseo de veracidad. En absoluto sus palabras palidecían al colisionar con la villanería y el entuerto.

Con voz grave de barítono refrendaba que no lo amilanaba un pueblo que no quería ser nada. Amenazaba con imponer amonestaciones draconianas a los que se aquietaban y se ladeaban hacia el partido informe, indivisible e inservible de la mayoría. La gente era curiosa y perezosa, se dejaba encandilar por el ornato y lo

superfluo y se parapetaba en la frivolidad como testigo mudo de las cosas. Se respiraba, según decía él, porque lo exigían los pulmones y la contemplación era la pantalla detrás de la cual descansaba el ocio.

Cuando pronunciaba sus protestas en contra de las modernas urbes y de las personas que hormigueaban por sus calles, machacaba a través de la ironía que la chusma y la ralea de medio pelo nacieron cansados y viven para recuperarse de su apatía e indolencia. Los riesgos que asumía al desamparar los vicios y privilegios de la clase dirigente formaban parte de su pacto con la vida. De ningún modo se sentía menoscabado, y sería un error creer que lo amedrentaban las amenazas solapadas o los insultos que le proferían sus detractores.

Nunca dejó de considerar el riesgo físico que entrañaba pregonar la verdad pura y dura. Desdeñaba las amenazas y tenía bien claro lo que hacía y a qué atenerse.

Juzgar la actuación de una persona controversial depende mucho del ángulo a través del cual se la mire. Cuesta aplicar los discernimientos salomónicos a quien hizo de la desmesura verbal su arma predilecta. Por ello, independientemente de la esquina o de la vara con que se la pudiera medir, resultaba evidente que para el fraguador de la palabra su verborragia expresaba su pasión incontinente.

Cuántas veces tuvo que predicar las cosas como eran útiles y no como eran en la realidad. Para sembrar y luego cosechar debía garantizarse ser entendido. A consecuencia de esto, consideraba que muchas veces antes de decir la verdad había que remover los obstáculos de la estupidez humana. Debido a ello, atontar era lo ideal para después volver sensata a la gente. Con el torrente de sus palabras recónditas e indomables pensaba que persuadía tanto a los incrédulos como a los de mala fe.

No vislumbró que el fluir de palabras en forma continua hacía que las palabras se pudieran tornar inconexas. Allí estribaba su mayor flaqueza, esta se exteriorizaba en la inflación desmesurada de sus palabras. Cuando Montaña se convertía en rehén de su discurso rebasaba la barrera de lo correcto. La humanidad de nuestro personaje no asimiló la regla que manda que saber hasta dónde se puede llegar

es la antesala de la perfección.

Salvador Monte de Oca era una persona versada en sugestionar a su congregación radiofónica. A sus impugnados sus ataques no les eran indiferentes. Nadie quería estar en la punta de la lengua del locutor. Las veces que Montaña perdía los estribos decapitaba a tirios y troyanos. Cuando sufría un cortocircuito y los cables se le pelaban no había quien quedase libre de polvo y paja. Todos eran imputables incluso su santidad el papa. Sus bravatas se proponían pisar el callo a los poderosos y, como era de esperar, la grey de los intocables no hacía más que rezar para que el fastidioso inquisidor tropezase con una zancadilla que lo obligase a tener que comer sus propias palabras. Montaña exaltado era exagerado, pero no mentiroso.

Durante toda su actividad radial Salvador Monte de Oca intuía que ir con pies de plomo era lo recomendable en un ambiente cicatero y vulgar. La templanza y el maquiavelismo no adornaban su personalidad, estaba despojado de la malignidad que camina a la par que la hipocresía. Así como los epítetos le fluían de la boca no era menos cierto que su verba pulida en el ataque no estaba preparada para planear conjuraciones en contra de sus enemigos.

15. La familia fugitiva

Lluïsa arribó a estas tierras acompañada de su padre y de sus hermanas. Circunstancias ajenas forzaron al padre y a sus hijas, los que se vieran obligados a huir súbitamente de España. Como ya se ha expuesto, la vida de José Antonio Busquets iba como un barco a la deriva. Este actuaba como un indotado para realizar lo bueno y lo justo. Perdió la idoneidad para juzgar la corrección y procedencia de su accionar.

Su vida estaba resuelta en el tema económico y no necesitaba apretarse el cinturón. Su bienestar material podía resistir la debacle nacional debido a la ingente cuenta bancaria que sus progenitores abrieron a su nombre en Suiza. A pesar del desinterés que él empezó a manifestar por los negocios familiares, los padres se mostraban indolentes ante la contemplación búdica del hijo. So pretexto de los avatares que la paternidad le acarreaba, José Antonio solicitó que lo excusaran de dirigir las empresas familiares. Justificaba su ausentismo y su abulia con la excusa de que Manuela lo había abandonado, quedando él a cargo de la custodia de las tres nenas. Para esto necesitaba sosiego, caso contrario no podría ejercer la patria potestad como correspondía. La candidez de los padres conllevaba la renovación *ad infinitum* del año sabático solicitado por el hijo. Se trataba del típico optimismo que los progenitores sienten por sus descendientes cuando piensan que estos nacieron para las cosas grandes. Además, a los abuelos que empezaban a estar medio gagá, los estremecía la imagen de su hijo desdichado que con todas sus fuerzas se abocaba a curar el dolor que la deserción de la madre había generado en sus nietas.

Los padres se desvivían por su hijo y él no hacía más que engañarlos. Luego de que hubiera transcurrido un tiempo prudencial,

el hijo los persuadió de la necesidad de apartarse definitivamente de los asuntos familiares. Apeló al ardid de que se embaló con la política y que con otros camaradas estaba preparando una estratagema para salvar a España de las hordas marxistas. En sus comentarios dejaba deslizar sus ideas del tremendismo político. Con la justificación de que la derecha había traicionado al caudillo, quedaba al descubierto la perentoriedad de crear un auténtico grupo derechista que estuviera dispuesto a hacer lo impensable para garantizar la unidad y la grandeza de España. Este era el momento de ser gratos con su memoria y devolver al caudillo todo lo que había hecho por los españoles.

Al principio, José Antonio había asumido su compromiso como una actividad que le serviría de evasión y de distracción. Mentalizarse en los desafíos que se impuso hizo que se le disparase la adrenalina. Sentía que respiraba un aire saturado y enervado y por eso se propuso hacer lo indecible para no quedar loco de remate. Precisaba de una causa, independientemente de su naturaleza, para prodigarse en la victoria contra la pusilanimidad. La atonía amenazaba en convertirse en una característica constitutiva de él. Había que quemar las horas del día con alguna cosa innovadora que no le recordase su pasado. Se hacía necesario encarrilar de nuevo su vida. Las secuelas del divorcio persistían y lo malquistaban con el mundo. La desvinculación de los compromisos laborales y el no tener la mente ocupada en un hobby o en otro asunto baladí lo afectaban emocional y mentalmente.

Su mente deambulaba por los pensamientos que apuntaban hacía la vaguedad de la existencia. La angustia y una ansiedad sin explicación guiaban su conducta. De haber tenido en su juventud un temperamento sereno y reflexivo, pasó a convertirse en un atolondrado; de haber sido un adolescente comedido, pasó a ser un tipo impulsivo. De su mente se esfumaron las ideas de que sus acciones acarreaban consecuencias y que las mismas eran juzgadas y condenadas por la ética, el derecho y la sociedad.

Había momentos en que una pulsión indescriptible lo sacaba de sí y lo transformaba en un colérico inhábil para saber callar y saber hasta dónde podían llegar las cosas. Para él, lo que hacía solo chocaba con

la barrera infranqueable de lo fáctico. En sus percances coléricos no sentía inhibiciones y, sin lugar a dudas, en ese momento era capaz de infligir el daño más cruel que pudiera infligirse. En aquel periodo, se le borraron de la mente y de los sentimientos sus raíces morales y se insensibilizó de tal forma que ya no era capaz de ponerle ni freno a sus acciones ni límites a sus deseos. A su perversión y golfería, se le añadió el fanatismo político. Conjuntamente, su catastrofismo con respecto al futuro lo destemplaba y la furia a la que se veía sometido le nebulizaba la razón. La inmoralidad de estuprar a sus hijas lo tranquilizaba, en cambio, su adentramiento en la política lo enardecía.

Los trastornos de la personalidad de José Antonio no son solo atribuibles a su descalabro matrimonial. Existieron otros componentes que ayudaron a fraguar su falta de cordura. A él le sucedió lo que le sucede a los blandos de piel. Cuando los sentimientos se ahogan en la acción y las reservas morales son abolidas, quiere decir que un conjunto de traumas entran a talar el alma de una persona. El nihilismo lo consumió hasta el punto de vislumbrar en la acción por la acción misma la salida de su laberinto existencial.

José Antonio hizo las maletas y abandonó España sin dar explicaciones convincentes. De golpe y porrazo decidió marchase lo más lejos que pudiera. Para sus allegados más próximos era incomprensible que dejase en manos de otros la conducción de las empresas de las que él era el *hereu*. Se podía convenir que, para haber sido el primogénito de entre los herederos, mostraba poco entusiasmo por el devenir de los asuntos de familia. Trasmitía la sensación de que le importaba un bledo que alguien pensara que hubiese enloquecido. Nunca nadie de su entorno supo las razones valederas que lo compelieron a tomar una decisión tan radical. Cambiar de lugar implicaba incorporar nuevos hábitos de vida e involucrarse en desafíos desconocidos. Por la información asequible se deduce que no sopesó lo que este cambio supondría para las menores. Ellas no tuvieron que aprender una lengua extraña, pero se vieron en figurillas cuando iniciaron sus devaneos sentimentales. A los abuelos no les alegraba que sus nietas se hicieran señoritas lejos de Cataluña, sin embargo, a los padres de José Antonio no les restó más que

acompañar la decisión y garantizar que nadie fuera a perjudicar los derechos hereditarios del progenitor.

Con resignación aceptaron lo que se presentó como una situación inevitable, pero no abdicaron de la ilusión de que en poco tiempo la aventura se desvaneciera por su irracionalidad. José Antonio no tuvo la oposición beligerante de nadie, a pesar de ello no estuvo eximido de tener que dar explicaciones. Más que dar a entender a dónde iba debía justificar el porqué del apuro. Inventó entonces un cuento traído de los pelos que resultó apropiado y creíble.

En última instancia, todos estamos constreñidos a legitimarnos y cada grupo humano desarrolla su propio criterio de legitimidad. José Antonio no apeló al artificio del marido despechado o al infantilismo de que no se adaptaba a su nueva situación y necesitaba respirar otro aire. El padre de las niñas suplió la retórica del inadaptado por la del padre dedicado de cuerpo y alma a la formación humana y profesional de sus descendientes. Para ese efecto hizo uso del cliché de moda, según el razonamiento de algunos de sus contemporáneos, de que en España el ambiente se estaba pudriendo y que no quería que sus hijas crecieran en un país en donde lo patético se había vuelto plausible. El mismo José Antonio se ponía como ejemplo cuando señalaba que fue educado en la ortodoxia y que no iba a permitir que sus hijas se educasen en el irrespeto a Dios, la patria y la familia.

Aunque pareciese verdad, la trama ideada por José Antonio tenía incongruencias que muy pronto salieron a la luz. A través de los noticieros radiales y televisivos así como también de los medios escritos, la sociedad española tomaba cuenta de los atentados y sabotajes de grupos de diferentes tintes ideológicos. Fueron los años difíciles de una transición en la que los sucesores del generalísimo se inmolaron al abolir las Cortes y los grupos nacionalistas vascos y otros de extrema derecha e izquierda hacían estallar bombas y ejecutaban atentados contra la incipiente democracia.

La dirigencia política que condujo este tramo frágil de la transición tuvo la grandeza de saber sortear los obstáculos que los nostálgicos del pasado y los pretendientes a sepultureros del futuro estaban dispuestos a poner.

En el caso nuestro en cuestión se podía establecer un vínculo entre José Antonio y los apologistas de la violencia de extrema derecha. El primogénito no tuvo mejor idea que asociarse con grupos criminales para encontrar un sentido a su vida. Y lo hizo de la manera común de los que pegan un tiro por la espalda, lo cual era compatible con sus flaquezas morales. Se enroló como apoyo logístico de los ejecutores de sabotajes y atentados. Consideraba que ser un difamador y propagador de ideas constituía una situación cómoda desde la cual no se podía hacer casi nada para frenar la invasión de los rojos y de la anarquía.

Decidió implicarse en acciones directas. Él estaba dispuesto a jugarse la vida, pero sus camaradas de fechorías sugirieron que se quedase en la retaguardia y prestase apoyo logístico. La comodidad económica de la familia Busquets deslumbraba a los terroristas que traían a colación la importancia de contar con un operador inserto en la alta burguesía catalana. La tesis de los malvivientes se inclinaba a favor de que José Antonio fuera un nexo entre el brazo armado y las fuentes de financiación.

Se cometieron atentados que costaron vidas humanas después de la incertidumbre que acarrea un tiempo nuevo. La democracia se protegió y por todos los medios disponibles comenzó a desbaratar gradualmente estas bandas criminales. Al primogénito de los Busquets no le quedó otra opción que la de huir antes de ser atrapado.

Jamás se supo si su identidad fue revelada en un interrogatorio o si apareció en una libreta de los detenidos. Lo cierto era que sus camaradas lo apodaban “el Visigodo” porque para él se debía acentuar el carácter godo y no árabe de la raza española. Por miedo y precaución, este forzó su salida acelerada de Barcelona. No dejó huellas que lo pudieran asociar al crimen organizado. Solo su padre comprendió la gravedad de la situación, sin revelárselo a nadie, cuando descubrió que los movimientos bancarios que hizo su hijo no se correspondían con la situación del estancamiento de la economía. El padre, al comprobar los sobregiros y las transferencias, conjeturó que había algo que su descendiente escondía y que si lo manejaba ocultamente era porque reñía contra las leyes vigentes. En principio, dudó de que su hijo hubiera ideado un sistema contable para desviar y

vaciar los activos de sus empresas. Luego pensó que había utilizado el dinero para pagarse las putas y los vicios tan afines a las épocas de encrucijadas existenciales.

16. Secretos de familia

Como ya se ha mencionado, el entorno familiar de José Antonio no entendía por qué este tuvo que levantar campamento y huir como huyen las ratas de un barco que naufraga. José Antonio no dejó la impresión de huir para salvar su vida. No era el caso de los que sostienen que soldado vivo sirve para otra batalla. Su súbito deseo de ausentarse y sin confirmar adónde iba a marcharse tiene mucho que ver con aquello de que huir a tiempo no es cobardía.

José Antonio quería huir de España y de sus fantasmas. Fue por eso que no anunció el sitio donde iba a establecerse. Él continuaba con las ganas de desquite y por nada del mundo su exesposa debía enterarse de dónde vivían sus hijas. Perseveraba en la obsesión de aplicarle escarmientos a la esposa infiel, pues se sentía legitimado para sancionar. Manuela le puso los pies en la tierra y le enseñó que para arrebatar la pasión de una mujer no basta con ser hijo de papá. Para ella no había ni perdón ni olvido. José Antonio acumuló tanto odio que ni el paso del tiempo podría diluirlo. Nunca se le borrarían de la retina las noches en las que con un portazo ella lo amenazaba con decirle adiós para siempre.

Esas innumerables amenazas lo hicieron sentir un ser diminuto e insuflaron en él el odio imperecedero, el que suele generar el resentimiento de haberse sentido humillado. Para José Antonio, su excónyuge era merecedora de la horca o la hoguera. Se sugestionaba con las represalias, porque ni siquiera en la tumba le daría tregua.

Sin mover el avispero, José Antonio abandonó su casa con sigilo y rapidez porque había planeado secuestrar a sus hijas. Con sus lascivas e incalificables intenciones efectuó el rapto de las sabinas. Sus atrocidades carnales y pedestres y el temor de que pudieran salir a luz sus imperdonables obscenidades motivaron su intención de sustraer a

sus hijas de la jurisdicción de los tribunales que protegen a los menores de edad.

Sería catastrófico que terceros descubrieran o interfirieran en su relación. El vínculo que él tenía con sus hijas no debía ser intermediado ni impugnado ni por el Estado ni por la desfachatada madre. Una premonición lo indujo a maliciar que en algún momento Manuela iba a querer retomar el contacto.

Por otro lado, él notaba cómo las niñas crecían, pronto serían adolescentes.

Intuía que debido al proceso inexorable de la vida, él estaba forzado a manumitirlas. Sabía que debía licenciar a las hijas de la servidumbre sexual y que para evitar cualquier sanción social y legal no había mejor cosa que instalarse allí donde imperaba la impunidad y la justicia era solo para los ricos. Más que huir por razones asociadas al terrorismo, el estuprador huyó para blindar y mantener en la sombra sus impúdicas prerrogativas sexuales.

José Antonio necesitaba garantizar la inmunidad de su condición de pedófilo y la impunidad de sus delitos. Por eso quemó sus naves al alejarse de sus pagos y. sumergido en el más estricto de los secretismos, desembarcó en el sitio donde sus fechorías no tendrían resonancia, la República de O.

17. Silencio sepulcral

Lluïsa, Monserrat y Marixel nunca pudieron abordar el tema de la pedofilia paterna entre ellas. Era como si hubieran hecho un juramento sacramental de no tocar el asunto. Tampoco se atrevieron a cuestionar otros aspectos de la personalidad del padre.

Por pudor, las hijas se lacraron los labios y se impusieron la austeridad del silencio monacal. Sin hablarlo siquiera pactaron silenciar el dolor y el delito. Haber sido violada por el propio padre es un escarnio imprescriptible que la memoria no reduce a polvo del olvido. Las víctimas callaban un dolor que les laceraba el alma, y, en honor a la verdad, el sufrimiento degradador de la condición humana es inenarrable. De ahí que los que pueden contar su pena sufren una pena pequeña.

Daba la sensación de que para ellas nunca había existido lo que dejó de existir cuando atravesaron la etapa en la que se transformaron en mujercitas.

Cuando conversaban y si por accidente salía a relucir el padre, la voz de ellas se entrecortaba y transformaba en una voz vaporosa y pequeña.

Y aunque parezca un dato anecdótico, después de haber pasado un tiempo sin hablar catalán, quizás por encontrarse fuera de España, las tres comenzaron a dirigirse al padre en la lengua vernácula.

José Antonio hizo del cinismo su arma preferida y con el fin de dar explicaciones a su conciencia, libró con éxito la batalla en la cual lo vergonzoso vence al decoro moral. Después de haber pasado mucho tiempo un integrante del cuadrinomio revelaría el secreto. Lluïsa confesó la servidumbre sexual a la que fue sometida y lo hizo para poner a prueba el amor que le ofrecieron cuando ella ya no creía en el amor.

18. Amistades peligrosas

Ignacio cultivó una amistad estupenda con Ciro Corazón del Padre, conocido como “el Norteño”. Aquel admiraba a este por sus cualidades anacreónticas y su versación poética. La dupla de farristas sufría una pasión desbordante por la poesía y por la lírica profanadora de los recuerdos.

A Ignacio le fascinaba escuchar cuando su amigo, estando con unas copas de más, daba rienda suelta a su vocación de Anacreonte. Versificaba y declamaba histriónicamente poemas que vertebraban las emociones. El Norteño recitaba con la voz agónica, trémula, ronca, aguda, grave, gangosa y lacrimosa como los que dejan fluir por sus venas la sangre y las palabras. El recitado de poemas lacrimógenos, acompañados de un tibio fondo musical, conmovía a las compañeras de turno que se sentían amadas y en el mismo pedestal que Venus.

Ignacio y el Norteño trataban a las compañeras nocturnas igual que musas inspiradoras. Los dos compartían su deseo mecánico por las mujeres y la afición por las carreras de caballos. La amistad entre los dos se soldó después de muchas noches de parranda y de tardes domingueras en las que ponían a prueba su intuición de burreros. Las apuestas eran la otra debilidad de Ignacio, el cual solía decir que de haber sido por él sería un tahúr. Y dicho sea de paso la política era también para él el cálculo insoldable del tiempo combinado con el imponderable de la suerte.

Cuando Ignacio asumía una función pública lo hacía con todas las de la ley, sin embargo, como él decía, cada vez que podía fugarse le encantaba echar una canita al aire.

Le fascinaban las travesuras *non sanctas* con las señoritas de la noche. En esas ocasiones, lo alienaba un rapto de libertinaje y se desbarrancaba como los que pierden el estribo.

El carácter de Ignacio no era de aquellos que propendían a tolerar un exceso de presiones. Nuestro personaje necesitaba un escapismo alivianado que le permitiese aflorar y aflojar sus tensiones nerviosas. Este solía comentar a su socio disipado que las noches de pasiones turbias y vulgares le despejaban la mente.

Estos festejos lujuriosos eran mantenidos bajo el rigor conventual del silencio. Nada debía filtrarse y en caso de que se filtrase, la consigna era enmudecer como una tumba.

Estas licencias que se tomaba Ignacio eran consumadas contraviniendo los deseos de su familia y sus asesores. Cuando algún íntimo le objetaba su libertinaje, Ignacio replicaba quedamente que él no era un compendio de perfecciones y que tampoco había nacido con la ambición de ser admirado por llevar una vida impertérrita.

Con cordialidad bufonesca añadía que por las noches le encantaba ser un hombre neblinoso y por el día un hombre sereno.

Este aspecto descabalado de la personalidad de Ignacio era conocido por muy pocos. De igual forma, era un grupúsculo reducidísimo el que estaba enterado de las veladas dionisiacas. En todo momento, Ignacio entendió que para mantener en secreto su doble vida necesitaba de terceros que colaborasen con él y lo encubriesen en sus deleites extracurriculares.

Su notoriedad pública y su estado civil lo obligaban a extremar las medidas de seguridad. Huelga decir que Ignacio exigía y esperaba de los suyos una fidelidad canina y silente. Por otro lado, el cómplice garantizaba la clandestinidad de las catacumbas asegurándose de fiscalizar hasta el ínfimo detalle. Estaba tajantemente prohibido que los husmeadores e incineradores de reputaciones revoloteasen por las cercanías del bulín, como también se prevenía contra la importunidad de eventualidades que embarrasen la cancha. Todo debía hacerse en la más sigilosa rigurosidad. Incluso se hacía necesaria la cooptación crematística de los testigos para que mantuvieran la boca cerrada.

El gozo mancomunado de las fiestas privadas y el esfuerzo que demandaba que estas no cobrasen estado público implicaba que Ignacio enajenase su credibilidad. Esta situación degradaba su autoridad y lo ponía en pie de igualdad con todos aquellos que le

hacían el aguante.

En las tardes domingueras Ignacio asistía a las carreras de caballos y se apostaba sobre la barrera medianera a la pista. Con su binocular no hacía otra cosa que otear la estampida frenética de los caballos. Su concentración era tal que ni siquiera perdía un segundo observando a las mujeres sentadas o paradas en las gradas.

Nunca hizo públicas sus apuestas. Cuando se rumoreaba sobre su inclinación lúdica lo desmentía ante la prensa y en reiteradas oportunidades prometió a sus padres que no sería arrastrado a los juegos de azar. Cuando jugaba, en sus momentos de distensión, lo hacía a través de su amigo el encantador de serpientes. Ignacio nunca puso la cara a la hora de apostar o de recibir algún emolumento por la victoria de un jinete amigo o de su equino preferido.

La relación entre Ignacio y Ciro era como la de dos niños traviesos que no rinden cuenta de sus desaguisados. Ignacio se sentía amarrado al Norteño, pues este cubría con una pantalla de humo sus juergas. El cuate se sabía de memoria el nombre de las cortesanas que deleitaban a su amigo y cada vez que hacía de pasamanos para los juegos de azar registraba los números, así como el día y la persona destinataria de las transferencias dinerarias.

Cuando Ignacio se quedaba ilíquido de apostar y perder, su alter ego se erigía como un prestamista de última instancia. Nobleza obliga a reconocer que en todas estas ocasiones la deuda fue saldada inmediatamente. Ignacio nunca fue un deudor moroso y lo tranquilizaba cumplir con sus obligaciones lúdicas en plazo y forma. Además de eso, era inimaginable que su gemelo en las farras emplazase a su amigo político por el pago de una deuda, cualquiera que fuera su naturaleza. La fraternidad se originaba en la solidaridad de los libertinos y el privilegio del secreto y no de la obligatoriedad que significa honrar las deudas. Moraleja: El vicio hermana más que la virtud que más se aquilata.

Ignacio se permitía sibilinamente licencias que a la vista de cualquier observador podían terminar devaluando la imagen que se tenía de él. La promiscuidad de su vida paralela producía en sus próximos una riada de desencantos. Este aspecto incomprensible y

lóbrego de su personalidad no cobró publicidad porque el mismo Ignacio invertía de su propio peculio una importante cantidad de dinero para contentar a los periodistas que le daban cobertura a sus actividades. Cuando se le advertía del riesgo que acarreaba mercantilizar su relación con algunos conspicuos representante de la prensa, este respondía con la ironía de que era el impuesto que él pagaba por la lujuria. Solía ridiculizarse con la afirmación de que él también tenía el derecho de tener algún defecto. Sus caprichos y sus desenfrenos hacían de Ignacio una persona que no podía consigo. Al liberarse de sus juicios morales no podía ponerles recaudos a sus instintos. Así como en la vida pública racionalizaba el uso de sus potencialidades, en la vida privada demostró una insensibilidad pueril a la hora de contener sus flaquezas. Sufría a causa de su personalidad dispersa y de la carencia de una convicción granítica. De todas formas, como ya se dijo, Ignacio destacó en todas las funciones que le cupo ejercer. Poner en paralelo los rasgos de su doble vida sirve para graficar el caso de un individuo que se elevaba con la gestión pública y se rebajaba al querer sentir el placer en el exceso.

19. La celebración

Ignacio debía asistir esa noche al cumpleaños de su amigo Ciro, al que habían apodado, en la ciudad de Villana, “el Norteño”. Era extranjero y, como su apodo lo indicaba, oriundo de un país del norte. Durante años deambuló por el mundo hasta que decidió instalarse en esta maldita tierra. A Ciro le encantaba degustar la buena comida y el vino añejo. Estaba dominado por las sensualidades hedonísticas.

Se cacareaba que se deleitaba de la vida y vegetaba declamando que el cajón no tiene bolsillos y que quemaría todo su dinero en esta vida. Cuando sus amigos le requerían moderación con el alcohol y los placeres, este reponía con la trillada frase de “que me quiten lo bailado”.

Para Ignacio estar presente en la celebración del onomástico de su amigo era una cita inexcusable. Sentía el placer, además de la obligación moral y afectuosa de acompañar a su celestino. La compañía del cuate y las diversiones voluptuosas excitaban a Ignacio. A este le irritaba que lo estorbasen en la etapa de fabricación de sus inventivas excusadoras.

Como hemos de suponer, Ignacio debía excusarse de su inasistencia a los acontecimientos oficiales con carga protocolar. Ya de suyo, Ignacio era un refractario de los rituales copiosos. Cuando un evento oficial se interponía en su objetivo lujurioso tiraba a la cuneta lo que él denominaba la necedad protocolaria, más aún, si estaba obcecado con sus asuntos lascivos, le daba una diatriba al subalterno que había osado infringir la regla de su merecido descanso. En estas circunstancias, reaccionaba con un carácter agrio y, aunque fuese a pedido del presidente de la República, no daba el brazo a torcer. Sin dar muchas explicaciones, este se oponía a cualquier formalidad o compromiso que lo distrajese de sus deseos. Utilizaba la coartada de

que un hombre público solo debía rendir cuenta de sus acciones y nunca de su descanso.

Algunos juzgaban este modo de actuar como el de un niño mimado que lloraba cuando se le quitaba el juguete. Nuestro titán encarnaba la racionalidad en el manejo de los asuntos de gobierno y la liviandad en la vida privada. Dicha duplicidad era a largo plazo insostenible. Los versados en estas circunstancias presumían que la vida disipada lo haría pagar sus excesos.

Para el primer anillo que rodeaba a Ignacio era un misterio la ascendencia del extranjero sobre él. Es más, incluso se llegó a rumorear que ambos consumían drogas que los trasportaban a un estado de alucinación. El menor de los Zubeldía Loyola, con la discreción que lo caracterizaba y el disimulo necesario, siempre trató de mantener en las sombras su relación con su polémico secuaz. Consideraba que el Norteño era una persona inapropiada para los ambientes mojigatos. Por razones entendibles, no osó presentarlo a su entorno familiar. Estos se enteraron de la existencia de Ciro a través de terceras personas. Estaba convencido de que su madre y su padre repudiarían al Norteño por no llevar una vida privada guiada por la recta razón y que, en la óptica de sus hermanos, sería catalogado como un ventajista que quería usufructuar los beneficios que se obtienen por ser reflejo del poder. La desaprobación de la incógnita figura provenía de todo el tufillo que lo rodeaba y de la imputación de que él era el que inducía al benjamín a llevar una existencia desordenada. Inclusive se sopesó la posibilidad de que este fuese el único capaz de propinarle a Ignacio una puñalada trapera.

La familia Zubeldía Loyola no evocaba su árbol genealógico ni padecía de un complejo aristocrático y tampoco era despreciativa con los extranjeros de origen indefinido. A pesar de haber acumulado fortuna y prestigio, los Zubeldía Loyola no olvidaron sus orígenes como inmigrantes. Los interrogantes de todos residían en el hecho de que ni los más allegados ni los más lejanos podían precisar el rol que Ciro jugaba en la vida de Ignacio. Y aunque parezca mentira, el compañerismo subrepticio del Norteño contrastaba con la vida pública y transparente para la que se preparó Ignacio. La proximidad del

Norteño hizo pensar a más de uno que Ignacio podía ser más frágil y vulnerable de lo que se había imaginado la gente.

En la noche de la fiesta del partner, Silvia se mostró renuente a cumplir con su rol de consorte displicente. De alguna manera, el juego de la hipocresía y de la apariencia de lo que no se era la fastidiaba. Ya hacía rato que ella había aceptado y comprendido que su relación con Ignacio no daba para más.

Silvia pensaba que no saber poner el punto final a una historia acabada tiempo atrás podía acarrear más frustraciones que bienestares. Silvia estaba harta porque sentía que lo que le restaba de juventud y de vida se le estaba escapando de las manos. Intuía que Ignacio no tomaría la iniciativa de hablar del tema, no por cinismo sino para no herirla. Presumía que a él le importaba un pepino divorciarse o no, total hacía tiempo que el divorcio había dejado de ser un asunto vedado y despreciable o un hecho descalificador de la moralidad pública.

Ella había vislumbrado que debía tomar la iniciativa y que tenía que ir demostrando con gestos su actitud separatista. A causa de eso, cada vez que debían asistir juntos a un evento, Silvia se hacía de rogar, no para hacerse la exquisita o la interesante, sino para señalar que él ya no podía seguir contando con ella cuando la necesitaba. Entre ellos no había amor ni despecho, prevalecía la comprensión de los que percibieron que la bifurcación del camino era temporal.

Esta noche en particular, Silvia acabó accediendo al pedido de su cónyuge con la condición de que él se quedase a su lado toda la noche sin liarse en conversaciones con nadie. No quería ser abordada por personas insulsas que solo la buscaban porque a través de ella querían acceder a él. Ignacio se comprometió a permanecer con ella y a no distraerse con otras personas. Asumido el compromiso de estar juntos en la velada, hicieron los preparativos para acicalarse.

Como se había hecho costumbre se dispusieron a tomar la ducha y luego a elegir la vestimenta apropiada para esa noche. La simultaneidad del acicalado los obligaba a confrontar la desnudez de sus cuerpos. Ignacio no podía evitar otear dentro del cuarto de baño cuando ella estaba bajo el grifo del agua. Era imposible sustraerse al

erotismo que irradiaba cada vez que se bañaba. Con su cuerpo afrodisíaco hacía jugarretas eróticas y desprovista de sus inhibiciones afloraba su sensualidad buscadora de caricias. Ignacio se alelaba y sucumbía al sensualismo de un cuerpo que deseaba descargar su furia.

En las ocasiones en que se sucedieron estos roces y toqueteos, sus instintos se revelaban más glotones que furiosos y vulgares. Sin revelar la hoguera que la consumía, Silvia sentía cómo él apuntaba sus ojos con miradas delatadoras de su turbación. No había superficie del cuerpo que se exceptuase de la fiscalización que impone la alteración del deseo. Las ondulaciones de ella eran retocadas y frotadas por manos deseosas de palpar el ardor de su piel. A ella se le podían achacar muchas cosas menos que fuera frígida. La excitaba imaginar la mirada escudriñadora curioseando en su sexo. Entre suspiros y gemidos explicitaba su entrega incondicional y el anhelo de que la empapasen. Mordiéndose el labio de abajo exteriorizaba el placer que le producía el impacto del chorro de agua. Movía su silueta lentamente y lograba que el agua contornase y serpentease su piel lascivamente. El líquido adquiría la forma de una sombra que no se despegaba del cuerpo. El agua y ella integraban la fotografía de un cuerpo que se negaba a reproducir su sombra en el suelo o la pared. Con sus manos, acariciaba su piel tersa y se frotaba los femorales. Se levantaba los senos para que el chorro de agua le cosquillease la piel. Utilizaba las manos para agrupar su cabellera y hacerse una cola. Ponía su torso de relieve para que la potencia del agua la rebotase y cruzándose los brazos sobre la cabeza, sentía un hormigueo acuoso en las axilas.

Cuando Ignacio giraba la cabeza para que su mirada se perdiese en la de ella, comenzaban las recíprocas insinuaciones de que la situación terminaría de la forma deseada. Practicaban el sexo oral en el cuarto de baño y no en la cama. Este fue el perímetro que sirvió para los embarazos, pero no para las acciones menos ortodoxas. Parecería que anhelaban formas menos convencionales de hacer el amor. A él le fascinaba deslizar la lengua y secar la humedad del cuerpo de ella. Luego le mordisqueaba los pezones e internaba sus dedos en su vagina. Lentamente y sin brusquedad, la atenazaba con sus brazos y se

pegaba viscosamente a su cuerpo para que sintiese el endurecimiento de su pene. El roce de la piel y el sentir la proximidad del cuerpo de él acalorado, enfurecía la hoguera que llameaba en su vientre. Ignacio solía introducir su lengua en su oreja y cogiéndole las nalgas con las manos se arrodillaba y le lengüeteaba su sexo con fruición. El chasquido del agua y el gemir ardiente enloquecían a Ignacio que poniéndose de pie la inducía a que se acuclillase y se la chupase. El acto quedaba perfectamente finiquitado cuando Silvia ingería el semen y carraspeando la garganta hacía notar la delicia del líquido. A Silvia le gustaba la perfección y disipaba glotonamente todas las secreciones del placer.

Ignacio, después del desparramamiento pasional, la cumplimentaba con elogios que halagaban su entrega y abnegación.

La noche del cumpleaños, estos tuvieron que dejar en libertad el deseo de hacer el amor. No se trataba de repetir la escena de sexo oral. Los dos estaban inapetentes, pero no estaban en abstinencia. A pesar del enfriamiento de la relación, marido y mujer seguían compartiendo el dormitorio y se desnudaban sin insinuaciones y sin pudor. Esa noche se impuso un juego de provocaciones. Se desvistieron y vistieron sin que los torsos desnudos pasasen desapercibidos. Vaciaron los vestuarios para probarse las camisas, las faldas, los pantalones, los sostenes, las transparencias y los sacos. Aparentemente nada iba bien para una fiesta en la cual imperarían las vestimentas casuales y la informalidad en todas sus expresiones posibles.

En un momento dado, durante esa frenética sesión de desnudarse y cubrirse el cuerpo, ella lanzó su corpiño como una demostración de desconsuelo ante la imposibilidad de encontrar el look adecuado para la ocasión. Como se meneaba con intemperancia, sus pechos quedaron al descubierto mostrando las marcas del bikini.

Ignacio se conmovió cuando volvió a reconocer la belleza y la sensualidad de Silvia. Se aproximó sin decir una palabra y le puso las manos sobre los senos como queriendo aquietarlos o apaciguarlos. Una vez que los senos se aquietaron, empezó con caricias que deseaban alimentar pasiones que permanecían entumecidas. En los

ojos de él se veía el deseo y ella reponía con una mirada que era semejante a una orden de ataque.

Ignacio tomó la iniciativa de besarla. Hacía tiempo que no se besaban y se habían acostumbrado a hacer el amor sin que los labios se rozasen. En medio del besuqueo, ella liberó su deseo de masturbarse. Sin dirigir su mano con la mirada, intentó alcanzar con el índice su clítoris. Quería acelerar su orgasmo. Su sexo mojado provocó un coro intercalado de gritos, gemidos y suspiros. Ignacio observó en ella un volcán en erupción y fue entonces cuando la tomó de los brazos y confirmó que respetaría el procedimiento establecido. Se tendieron sobre la alfombra con la intención de que el placer satisficiera el deseo. Él ladeó el cuerpo de ella y volcó su boca sobre sus senos y con la mano empezó a juguetear con la vagina palpitante y lubricada. Ella sentía que el besuqueo la asfixiaba como si la besara con el deseo de comérsela viva. Volvieron a disfrutar el placer de la penetración. Silvia se rindió y no tuvo reparos ante la eyaculación precoz de él, tras coincidir en el orgasmo. Cuando terminaron, él la desmontó y tomados de las manos permanecieron acostados los minutos que los cuerpos reclamaron para normalizarse. Se dijeron con increíble orgullo que eran incorregibles y que a pesar de los pesares todavía podían lograrlo. Después de haber agotado el corto periodo de la recuperación, se pusieron de pie para continuar con el acicalado de sus personas. Al final, las vestimentas dejaron de ser un problema y se ataviaron con lo que tenían más a mano. Era notable cómo se impuso el deseo de que no se emborronasen los momentos del ayer. Involuntariamente, pretendieron perpetuar la fascinación y la intensidad de las veces en las que fueron honestamente felices. Vislumbraron que no se trataba de la despedida y presagiaron que los deseos que se buscan nunca se dicen adiós.

Silvia e Ignacio llegaron a la fiesta cuando había comenzado y en el ambiente flotaba un aire espontáneo y alegre. Casi todos los asistentes estaban achispados y con ganas de pasar una velada divertida. La presencia de la pareja no pasó desapercibida. Silvia poseía la aptitud de transformar su belleza y elegancia en sencillez e Ignacio brillaba por sí mismo y por el cargo que ostentaba. Ciro, que se encontraba

bailando en la pista, fue informado por el servicio doméstico de que el presidente del Congreso y su esposa se encontraban al costado de la barra del bar. Este interrumpió el zarandeo y se apersonó en el sitio donde su amigo y consorte estaban saludando a los otros invitados. El Norteño se dirigió al lugar donde se ubicó Ignacio y cuando este lo avistó se confundieron en un abrazo que les estrujó las vértebras. Los deseos de felicitaciones no se hicieron esperar. Silvia lo besó en la mejilla con un beso sonoro que sorprendió al propio besuqueado. El dueño de casa se puso eufórico cuando recibió la demostración de cariño de Silvia, pues para este fue como un reconocimiento social. El inmigrante percibía que no había un sitio para él en el grupo familiar Zubeldía Loyola y que entre los amigos estaba vetado por la mayoría de estos y que solo era aceptado por la minoría.

Los que simpatizaban con el Norteño lo hacían porque este era amable y dicharachero y los que no lo tragaban era porque consideraban que era un personaje con el que había que tener mucho cuidado. Que conste que los desaprobadores del inmigrado examinaron el pasado de este, pero una desilusión recayó sobre ellos cuando no descubrieron nada sospechoso en sus legajos policiales. Los servicios secretos confirmaron que el expatriado carecía de prontuario penal. No obstante, a pesar de los informes policiales, diplomáticos y de la Interpol los adversarios no se conformaron con los resultados de las pesquisas.

Era todo un misterio cómo un personaje tan colorido pasó inadvertido por todas partes. Por cuerda separada no hay que demeritar las demás razones por las cuales Ciro no era bienvenido. Estas no eran de menor peso. Algunos no se cansaban de repetir que la compañía de un vulgar desconocido maculaba la imagen del candidato. Otro puñado de amigos censuraba el servilismo perruno del Norteño. Pero en lo que todos coincidían era en que la conducta lacaya del forastero no se apiadaba con el ascenso político del candidato. La sospecha de que Ciro quería servirse de Ignacio para la obtención de sus propósitos arteros flotaba en el aire.

Acabados los abrazos efusivos Silvia asombró a los presentes solicitando un brindis por la salud y el bienestar del cumpleañero.

Unos segundos después era Ignacio el que brindaba por la amistad y el honor de tener a una personalidad que contribuye con su talento y dinero al bienestar de la nación. Desde ese instante los brindis no pararon y más bien se convirtieron en una excusa para beber sin respiro. Se brindó por las causas más insólitas y se bebió güisqui, cerveza, ginebra, vodka y champaña francesa.

Los convites se sucedieron uno tras otro no sin que mediase pausa alguna de un trago al otro. El ritmo de la ingesta y la mezcla de bebidas hicieron presumir que más de uno pudiese terminar con un coma etílico. Ignacio, que era un practicante de los fondos blancos y de las resacas producto de las mezclas, se alejó silenciosamente del grupo. Quería evitar perder el control de sus actos y una posterior borrachera que hubiese podido significar un papelón. No debía arriesgarse a descomponerse en público y, en especial, en un sitio tan exclusivo y concurrido de gente influyente. Si en algo era exquisito y superlativo nuestro personaje era en el arte de la actuación. En público su conducta nunca desfalleció y fue siempre ejemplar. Conservaba la compostura bajo cualquier circunstancia y no se exponía al peligro de ir más allá de lo que él consideraba el límite de sus capacidades. La mesura que tenía era envidiada por los políticos tradicionales acostumbrados a las peroratas patrioteras, a discursos furibundos y a reacciones descontroladas.

20. Encuentro inesperado

Alejado del tumulto y de Silvia, Ignacio se introdujo en el calvario protocolar de estrechar manos, abrazar a sus conocidos y escuchar los cumplidos sobre su persona y las quejas en contra de la situación política. Luego de parlotear con cuanta persona se cruzaba frente a él, sintió la fatiga del trajín diario y el efecto de los efluvios del alcohol. Divisó una esquina en donde la penumbra era más espesa, anhelando acomodarse allí, en ese lugar distante y menos transitado.

Localizó su sitio preferido, que se encontraba alejado de la barra del bar y al borde de la puerta de los sanitarios. Arrastró una silla que encontró a su paso y se ubicó donde menos lo aturdiesen. Entre sus piernas tenía una de las patas. Prefería sentir esa molestia a perder la vista amplificada del local. Desde ese ángulo se garantizaba tener una vista abarcativa de la fiesta y de los participantes. Nadie percibió que Ignacio se retrajo del centro del jolgorio.

Cabizbajo y con los brazos cruzados rezaba para que no lo descubrieran en su refugio de reposo. Estaba cansado y necesitaba recuperar fuerzas. Era consciente de que la noche iba a ser larga. Dudó en retirarse antes de tiempo, pero pensó que no le podía hacer eso a su compañero de diversiones dionisíacas.

Mirando lo que sucedía a su alrededor visualizó que una hermosa mujer se aposentó al lado de un embajador que era el más viejo del cuerpo diplomático. Se descruzó los brazos, se acodó sobre la mesa, y apoyó el peso de su cabeza sobre sus puños, los cuales eran el punto de apoyo sobre los que descansaba su mandíbula. Súbitamente, apreció la necesidad de fijar la mirada, de enfocar los ojos para cerciorarse de si era cierto o no lo que estaba viendo. No podía creer que en esa noche en la que ya había dado todo por perdido apareciese de la penumbra una mujer que, aparte de no encontrarse en su

registro de mujeres bellas, lo impactó.

Comenzó a observarla como se mira un bicho raro, invadido por la sensación de que se trataba de alguien muy especial. El deseo de entablar conversación lo impulsó a la acción. Como hacía en estos casos, se precipitó y dio luz verde a sus instintos. A como diese lugar debía sonsacarle su nombre, su estado civil y el número de su celular. No se distrajo en nimiedades y direccionó sus pasos directamente hacia ella, sin distraerse con nada ni con nadie hasta llegar a su meta. No solicitó permiso y sin que lo invitaran se sentó al costado del diplomático que en ese instante estaba dialogando con la desconocida. Sin resquemores de si hacía o no el ridículo y a quemarropa le preguntó al embajador si en otras misiones lo habían tratado tan bien como aquí. El edecán del cuerpo diplomático no entendió la ironía ni la intención que escondían las palabras del presidente del Congreso. Al ver que el susodicho no había captado su sentido del humor, le explicó que solo era una broma y enfatizó diciendo: "¡Qué hombre no se sentiría halagado teniendo a su lado una mujer bellísima!". Con voz entrecortada, el diplomático le repuso que coincidía con él, pero que lastimosamente no tenía la dicha de ni siquiera de conocer el nombre de la señora. Ni corto ni perezoso desechó el método de dirigirse a ella a través de un tercero y como el que actúa con los ojos cerrados porque sabe de memoria el libreto, se escoró hacia ella y se presentó con la humildad que tienen los que están seguro de su procedencia: "Soy Ignacio Zubeldía Loyola. Tuve que apersonarme porque su belleza cautiva y el brillo de sus ojos me atraparon". No esperó a que titubease o le respondiese. Estaba embalado y cuando se embalaba no había quien lo frenase. Sin tapujos o ambigüedades se deshizo en elogios hacia la desconocida. Elogió su abundante cabellera, su porte atlético, sus manos, el bronceado de su piel, su blanca dentadura y la picardía de su sonrisa. La dama estaba inquieta por el abordaje tan lírico y directo. Se sentía complacida, invadida pero no achatada. Atinó a decir: "En la penumbra y con la luz crepuscular también puedo ser considerada una diva". Ignacio, que tenía sus versos en la punta de los labios, repuso que la belleza que veía en ella era singular como la de una geisha. Confesó que estaba obnubilado con su

presencia y que la miraba con el alma y añadió que solo cuando se mira con el alma se abren las puertas del corazón ajeno. Ella se emocionó y posó su mirada en él. Este barruntó que esa forma de contemplar significaba el inicio de una complicidad.

Tomándole la mano por debajo la mesa y sin que nadie se diera por enterado, Ignacio la encaró. Soltó un piropo con la intención de cautivarla: “Tus ojos encandilan de amor”. Sonrojada del desconcierto, replicó que nunca había escuchado semejante cumplido y que estaba impresionada con lo caradura que era. Nuestro personaje aguzó los cincos sentidos y lejos de retirar su mano, apretó la de ella y casi la estrujó. Al no proferir la mujer ninguna protesta, intuyó que la amazona fue seducida por el señuelo. Con la certeza de sentirse seguro en su táctica fue conducido por la sagaz sensación de acelerar los pasos e ir más lejos. Con suavidad dejó caer la mano de ella y posó la suya en su rodilla. Entendió lo oportunísimo que sería volver a lucir su vena lírica, y comprendió que en ese instante debía comportarse refinado e inspirado. Ella tenía que sucumbir, pero no ahí y él no se apartaba del convencimiento de que debía volver a casa con Silvia y que esa noche no estaban dadas las condiciones para echarse una cana al aire.

De igual modo ya hacía unos meses que había comenzado a trastornarlo el sinsentido y la tenacidad *Sísifica* de tener que capear tormentas matrimoniales. Cuando veía a Silvia con la cara larga se enfadaba con él mismo y se avergonzaba de que su esposa lo hubiese descubierto en el papel de conquistador. De ahí que se propuso avanzar sin que sus movidas avispasen al vecindario.

Esta noche era diferente. Quería consolidar el avance hasta un estadio en el que pudiese continuar en la próxima ocasión no teniendo que invertir energía en los prolegómenos. Sin que su interlocutora se diese cuenta puso sus antenas a funcionar. Miró de arriba a abajo a su alrededor y distinguió que su esposa se hallaba de espaldas, platicando con su grupo de señoras del tenis e imposibilitada de observar lo que él pudiese estar haciendo. Dedujo que necesitaba atacar, pero sin alevosía para no causar un bochorno social.

Los pensamientos que le revoloteaban en la cabeza rezagaron a sus

inequívocos deseos. Por un momento su ansiedad se convirtió en fiadora de sus actos pero al final pudo más la razón que el instinto. Detuvo su proceder y frenó sus ansias. No era que sintiese pena por ella o culpabilidad por lo que hacía sino que, como hombre de educación conservadora, se aferraba al hecho de que la madre de sus hijos tuviera una buena imagen de él. Y habiéndose cerciorado de que no había peligro, se arrimó a la desconocida y le musitó al oído "Mis ojos castos se arrepienten de serlo cuando te miran".

—La verdad —le dijo ella— no me imaginaba que una persona como usted fuese tan exagerado con los piropos. Lo creía una persona seria, de pocas palabras.

—Las apariencias engañan. Por decir la verdad no dejo de ser serio. ¿De dónde me conoces? —inquirió Ignacio.

—No te hagas del tonto. Abro los diarios y veo tu foto. Prendo la televisión y estás haciendo una declaración. No pasa un día que no te escuche en la radio.

—¡Me parece que estás harta de mí! —exclamó él.

—No tanto —repuso ella—. Lo que me sorprende es que tengas la cara más dura que una piedra —espetó ella.

—Agarro lo que me gusta —afirmó Ignacio.

—Verdaderamente tu osadía no tiene nombre. Por lo demás te recuerdo que esa es mi rodilla. Cordialmente te invito a que guardes las manos en tus bolsillos.

—Voy a retirar mi mano con una condición —afirmó él.

—Así que también chantajista —replicó.

—No seas exagerada.

—¿Cuál es la condición? —inquirió ella.

—Dame tu número de celular.

—Ni en broma —exclamó ella.

—Entonces recurriré a los agentes de la KGB —dijo él, riéndose.

—Me da igual. Pensaba que no eras de los políticos que espiaban —manifestó la mujer en tono cáustico.

—Por lo que veo te gusta golpear bajo.

—Solamente me defiendo —expresó ella con una sonrisa socarrona.

—¡Bueno, está bien. Como quieras. Por lo visto te gusta hacerte

desear! —exclamó Ignacio.

—Ahora resulta que el muchacho también es orgulloso —dijo ella con una sonrisa victoriosa.

—En los días venideros te llamaré para que charlemos más cómodamente. Te dejo porque quiero seguir saludando.

Ignacio se despidió y antes de ponerse de pie presionó con su mano la rodilla de ella.

21. Ignacio y sus amantes

Quizás el hecho de que Ignacio no hubiera sido ni pacato ni presumido fuera lo que le favoreciese para que con urbanidad y sencillez se metiese a la gente en el bolsillo. El común de los mortales y, en especial, sus feligreses agigantaban su personalidad y sus cualidades de hombre público.

La magia, el encanto y su mente, que era una esponja que absorbía y rememoraba lo que no era memorable, fueron cualidades que nunca lo abandonaron. La gran mayoría de la gente estaba al tanto de sus actividades a través de los medios de comunicación. Su protagonismo mediático lo agrandaba más de la cuenta, lo que ocasionaba que se formase la aureola de ser de los pocos políticos que servía para algo.

Cuando por primera vez tomaba contacto con un desconocido o desconocida tenía todas las de ganar. Siempre con todas las luces prendidas trasmitía la emoción de que bajaba de su pedestal para dirigirse a los demás como uno más de la masa. Su garbo, un poco de gracia, algo de humildad y un gesto o una reflexión que lo ubicasen por encima del común denominador, eran más que suficiente para embelesar y sugestionar con lo que llevaba entre manos.

Sabía al dedillo cómo decir, qué responder y cuándo guardar silencio. Ni a sus acérrimos enemigos atacaba y con metáforas ilustraba lo que deseaba comunicar. Aderezaba los conflictos políticos y los de la vida con ingredientes humorísticos. Cavilaba que exige menor sacrificio que primero te quieran para que te después te crean. El político tiene que seducirse para poder seducir y tiene que seducir para que lo admiren. La política no sería el arte de lo posible si no se contase con la habilidad del *camandulerismo*. La maestría y destreza adquirida en tantos años de lidiar con las expectativas de los demás le permitía tomar la temperatura de sus conversaciones y calcular el

efecto que podía haber causado en las otras personas.

Al concluir una plática, se retiraba con el sentimiento de haber convencido, y si entreveía que no podía conmover se apartaba sin dejar secuelas negativas tras de sí. No era habitual que Ignacio se retrajese de una conversación pensando que no tenía la sartén por el mango. Él, el seductor por antonomasia, él, que podía descollar a nivel internacional, el político de las manos limpias se retiró del cumpleaños del Norteño con la impresión de que entre él y ella había química pero que en esta ocasión no le sería posible la vetusta fórmula *vini, vidi, vinci*.

Había un sortilegio en ella que lo había arrobado y lo sumía en la interrogante de por qué una mujer que había traspasado la juventud le había gustado tanto. ¿Por qué no intentó oler su piel y su perfume, por qué no se fijó en sus manos, por qué sentía una atracción que no sabía explicar? ¿Es qué empezaba a caducar su vocación de mujeriego?

Ignacio que era un precavido, no dejaba que se colara en su corazón la dependencia femenina. En sus planes no figuraba enamorarse. Para estar feliz no se necesitaba del amor, por eso no era recomendable que sus necesidades mujeriles tuvieran muchos rostros. Sin embargo, hubo ocasiones en las que se encaprichó con una chica y no paró hasta cobijarla entre sus brazos. Obsesionarse con una amante le originaba una efusión de sentimientos. Deliraba con la mata de cabellos, los pies, los muslos, la mirada, los lóbulos de las orejas, la espalda y el ombligo de una mujer. Sentenciaba que cada etapa en la vida de un hombre debía tener nombre y perfume de mujer. Toda la pasión y energía que volcaba en una relación no reaseguraban que ese vínculo se convirtiese en el amor de su vida.

El sexo —se repetía— azucaraba la servidumbre del amor, pero no nos liberaba de él. Sus múltiples *affaires* y sus encaprichamientos concluían disipados en un par de semanas o, como mucho, se prolongaban a una seisena de meses.

La consigna era unívoca, había que hipotecar el matrimonio para que pululasen, floreciesen y se intensificasen los sentimientos callejeros. La pasión era un sentimiento vulgar que había que hallar en la calle y el hogar era el sitio en donde debía ponerse el cable a tierra.

Los extras, como él las denominaba, se regían por reglas que las hacían manejables y predecibles. Si no se incumplían el plazo y las formas, quedaba garantizada la benignidad y el ardor de los entretenimientos amorosos. Las copartícipes en estas distracciones tórridas se enrolaban para la diversión y a sabiendas de que no debían aferrarse a las ilusiones que Ignacio hacía latir en sus corazones. La hipótesis de un embarazo estaba excluida por las precauciones que el mismo Ignacio se imponía. Previo al coito se hacia la burocrática pregunta de qué precauciones se habían tomado, cuando no satisfacía la respuesta o dejaba un manto de incertidumbre se apelaba al santo remedio del condón.

Ni él ni ellas debían ilusionarse con la ignota idea de que el encamarse implicaba el deber de sostener la ligadura más allá del aburrimiento. En algunas ocasiones, la aventura no había pasado de ser un polvo que debía echarse para consagrar la noche con un poco de sexo. Las reglas del juego eran más claras que el agua: se agotaba la calentura y chau. No había tu tía y si la despechada cargoseaba, se le aplicaba la más cruel de las penalidades: Si te he visto no me acuerdo.

Definía con sorna y jocosamente la naturaleza de estas relaciones con un criterio religioso y jurídico. En consonancia con sus pareceres, un extra era algo que Dios le enviaba y por lo tanto, había que sacrificarse, proceder con magnanimidad y hacerle el favor a la beneficiada.

Desde el anverso de la moneda, o sea, desde el prisma jurídico, se trataba de un contrato de adhesión en el que aceptas sus disposiciones o lo dejas pasar. Siempre que ilustraba sobre este tópico aclaraba que el convenio de adhesión no se igualaba a un contrato leonino. El convenio de voluntades estipulaba una cláusula rescisoria.

La ausencia de la pasión, la evaporación del frenesí o los momentos soporíficos eran signos inequívocos de que la relación tocaba su punto final. El aburrimiento se exteriorizaba con la claudicación del deseo y con el declive del deseo de estar acompañado. Como solía referir a sus amantes, era mejor acabar antes de empezar con los bostezos. El tedio era al amor lo que la humedad era al hierro. Si el amor se herrumbraba, el sexo no funcionaba. Su manida preferencia por el

monólogo interior implicaba que la paciencia se le estaba agotando y que le hastiaba dialogar con quien fuera. Siempre fue Ignacio el primero en aburrirse. Él apelaba a sus ausencias y a los silencios para señalar a su compañera ocasional que la historia se iba terminando. Ignacio aborrecía el tedio. En más de una ocasión se le escuchó reclamar que las reuniones ministeriales eran más aburridas que las ostras. Jamás de los jamases había perseverado en ningún tipo de relación privada que lo adormeciese o que le desenmascarase la mediocridad de su existencia.

La pasaba bien en su círculo de íntimos ya se tratase de amigos o de sus familiares. En su larga lista de amantes figuraban modelos, correligionarias, amigas de la prensa y señoras con matrimonios establecidos. Quizás sea redundante indicar que sus aventuras iban de la mano de la más absoluta discreción.

Salvo con menores de edad, sostuvo relaciones con señoras y señoritas casadas, divorciadas, ennoviadas y solteras sin compromiso alguno. Las relaciones que menos lo inquietaban eran las que sostenía con mujeres casadas que se involucraban para saciar sus necesidades insatisfechas y alimentar su ego. Necesitaban probar si el seductor más codiciado se doblegaría a sus encantos de mujer madura. Aquí también las reglas eran precisas y escuetas.

En el caso de que corriese la voz o se maliciase alguna suposición, debía negarse bajo sagrado juramento que lo que se rumoreaba era falso de falsedad absoluta. Jamás otorgar el estatus de veracidad a los hipotéticos casos de infidelidad. Los cómplices debían llevar grabada en la mente que si les descubrieran los platos rotos los pagarían ellas y él.

Ignacio extremaba tanto la cautela que sugería que en público actuasen como si no se conociesen. El saludo debía caracterizar a dos personas que se decían hola con la frialdad y el formalismo de los extraños. En estas dobles infidelidades las partes no deseaban verse envueltas en un papelón social. Ellas querían preservar sus matrimonios y su buen nombre y él ser considerado un aspirante a la presidencia con una foja de servicio limpia.

A decir verdad, detestaba que lo calificasen de Casanova. Los

dolores de cabeza que tuvo en un par de oportunidades fueron provocados por las amantes más jovencitas.

Éstas, que ardían de calentura, se hacían la película de que él podía terminar enamorado de ellas. Las mujeres jóvenes y solteras, con pájaros en la cabeza, no concebían que él podía estar enamorado del amor, pero que era inhábil para enamorase.

Con el transcurrir de los años y gracias al asesoramiento de Ciro, comenzó a pagar por los servicios de señoritas que eran traídas del exterior o seleccionadas a nivel local bajo las más estrictas normas de seguridad. Hay que pagar —repetía el Norteño— pero atendiendo que “el amor comprado no sabe querer ni puede ser fiel”.

Su amigo lo convenció de que cuanto más próximo se encontrase del poder, más debía este esforzarse en persistir con la imagen de marido monógamo. Cualquier evento mórbido podía dañar su nombre y herir susceptibilidades. Le sugirió que obviase el apasionarse y apasionar a mujeres casadas y que no le quedaba bien a un presidenciable proyectar la imagen de ser un destructor de familias constituidas sobre los cánones morales convencionales. Su amigo confidente era del parecer que su figura de político impoluto lo hacía vulnerable. Para los otros políticos era más sencillo y menos dañino un escándalo de polleras. Con respecto a los políticos tradicionales la gente ya estaba curada de espanto. Cuando quedaba al descubierto una fechoría atribuible a los miembros de la clase dirigente se los condenaba con la escéptica frase de que una mancha más no le hace nada al tigre.

22. Buscando a la misteriosa dama

Los días que siguieron a la fiesta de cumpleaños fijaron el sentimiento de que él sentía algo por esa mujer inidentificable. Todavía no conocía su nombre y en su memoria no recordaba la totalidad de su rostro. La había mirado más de perfil que de frente. No lamentaba lo que le atenazaba, sino lamentaba no haber retratado y afianzado la cara de ella en su memoria. Sentía la confusión de los sentimientos, aquella que se siente cuando se echa de menos a la mujer que nunca se tuvo.

Las sombras de la noche hicieron imposible que pudiera conservar una imagen clara y fotográfica de la desconocida. La luz no era lo suficientemente nítida. Se reprochaba no haber estado de frente y no haberle preguntado su nombre.

Era la primera vez que le pasaba. Estaba comenzando a enamorarse sin saber quién era esa mujer de rostro agradable y de origen y paradero desconocido. Hizo un esfuerzo para dibujar su cara en su pensamiento, cerró los ojos y recordó que entre las penumbras que a ella la rodeaban brillaron unos ojos que le calaron en el alma. Quedó fascinado y conquistado por la expresión de sus ojos en los que centellaba un deseo incierto e indeciso. El hechizo del que era prisionero no tenía relación con su pasado. Había magia y un rasgo oscuro que acicateaba su ansiedad de volver a toparse con ella. Por fin comprendió que la magia del amor consiste en no saber por qué se ama.

No olvidaba el detalle de que cuando le pasó a la desconocida una servilleta para que anotase su número de teléfono, ella se la devolvió sin haber garabateado el papel. Todavía conservaba en su bolsillo la servilleta blanca y arrugada y cuando pensaba en ese trozo de papel aunaba la idea del amor a la sencillez del color blanco.

Le daba vueltas al asunto y continuaba creyendo que la aludida había pisado el palito pero, sin embargo, presagiaba que las cosas no serían tan fáciles. Tenía la corazonada de que ella no se ofrecería como ave de paso. Ignacio era un experto en descifrar los anagramas de las señoras, aunque esta vez constituía un desafío ilegible. Quizás se rozaba con una mujer que como él prescindía del amor para vivir. Entendía que ella intuía que no era recomendable acunarse en los brazos de un candidato a la presidencia y en la actualidad el segundo hombre del Estado puesto que la presidencia del Congreso lo ubicaba en el segundo lugar de la pirámide de poder. Por otro lado, él estaba seguro de que ella presumía que él estaba casado. Ignacio comprendió que debía dejar correr el agua bajo el puente, por ello dejó pasar los días. Tampoco quería importunarla o abordarla con las manidas prácticas de engatusamiento.

Ignacio estaba tras las pistas de la intrusa que le clavó la flecha de Cupido en el corazón. Estrujaba la memoria para encontrar a la persona que pudiese proporcionar la información que estaba rastreando.

Como todo investigador preocupado más en el fin que en el método entretejió hipótesis inválidas y desatendió la contundencia de lo evidente. Después del estéril y abstracto ejercicio investigativo se le prendieron las luces y rememoró que su excompañera de diabluras, Julia la exuberante —Ignacio la piropeaba con ese adjetivo— había sido la cicerone de la extranjera.

Diez días pasaron hasta que el cazador decidió ir detrás de su presa. Recordó el detalle de que Julia, una amiga familiar, compartió con ellos la mesa y que esta fue la que tuvo la iniciativa de solicitar a la mujer extraña que la acompañase al cumpleaños del Norteño. Con bemoles la desconocida aceptó ser la dama de compañía de Julia.

Julia sí, pero la otra ni se imaginaba quiénes estaban invitados ni de qué clase de fiesta se trataba. Con posterioridad, la extraña le manifestó a Ignacio que las fuerzas ocultas del destino hicieron que ellos se juntasen esa noche. Le describió que no estaba enterada de nada y que se encontraba sola en su casa leyendo los diarios cuando sonó su celular y era Julia la que le telefoneaba. Julia le rogó que le

acompañase a una fiesta pues no quería que la vieran entrando sin compañía.

Sincerándose con Ignacio, le confesó que esa noche estuvo dirigida por una mano invisible que hizo posible la coincidencia en el mismo lugar y a la misma hora. No sabía quién era el dueño de casa ni si era una fiesta de conmemoraciones, de disfraces o de carnaval. Para respaldar su razonamiento sobre la inescrutable jugada del azar, trajo a colación las pocas ganas que tenía de salir y, menos aún, de socializar con gente extraña.

Aceptó acompañar a Julia con el compromiso de que ella no se fuera a emperifollar y de que cuando el cansancio la venciese abandonarían la fiesta. Además, ella le reveló a Ignacio su deseo de escamotearle una noche a la soledad. Ya empezaban a importunarla la monotonía de los sábados y detestaba la oferta sabatina de los canales de televisión.

En otro orden de cosas, le hizo notar a él que no le causaba ningún empacho estar de colada en un evento donde, quizás, casi nadie le había visto alguna vez la cara. No integraba la lista de invitados y no había nada que le sugiriese preguntar quién era el famoso farrista apodado el Norteño.

Como se dijo más arriba, Julia fue la intermediaria que había arrastrado hasta la fiesta a la desconocida que hizo trastabillar a Ignacio. Ignacio y Julia habían escrito un capítulo pasional en la historia universal de las relaciones humanas. En el *affaire* de estos dos tórtolos el sexo era concebido como un analgésico que paliaba las redundancias, las vaguedades y los aburrimientos existenciales. Ambos se habían aferrado al principio de que los caprichos amorosos divierten más que la monomanía sentimental. Obviamente, lo que había sucedido entre ellos se dio de forma intermitente y anémica.

En aquel entonces, el jovenzuelo no quiso profundizar en el aspecto carnal de la relación por temor a que los suyos se enterasen y él recibiese una reprimenda. Julia era amiga de la familia, separada y sin compromiso. En esa etapa de su mocedad Ignacio era aprehensivo al hecho de que los padres y los hermanos lo censurasen. También, vale destacar que Julia era dos décadas mayor que él. Cuando hicieron el

amor ella contaba con cuarenta y él era un veinteañero.

En todas las ocasiones que cupiesen ella se encargaba de remarcar que la diferencia de edad entre ellos se constituía en una barrera infranqueable. A pesar de que Julia era madre de dos adolescentes, una casi de la misma edad que Ignacio, conservaba una figura que hacía temblar al más impávido de los corazones.

Volvamos a lo que nos sugiere esta pequeña biografía de Julia y retomemos los pasos circulados por Ignacio. Este conjeturaba que el pacto de silenciar los apareamientos que había disfrutado con su examante se mantenía intacto. Había habido entre ellos un amor prohibido, surgido de la empatía de dos psicologías análogas.

Julia era una de esas casquivanas que tenía el talento de esquivar el amor y utilizar a los hombres. Con la certeza de quien piensa que por fin encontró el camino que lo conduce a la solución del dilema, tecleó en su agenda telefónica el nombre de Julia para luego rozar con la yema del dedo corazón el número que buscaba. La llamó para averiguar, sin ínfulas de examante, datos imprescindibles para su próxima conquista.

Ignacio prefirió no ir directo al grano y como quien no quiere la cosa, hizo un par de preguntas que, ingenuamente pretendían ocultar su verdadero interés. Aprovechó la excusa de preguntarle por su enfermedad para poder llamarla.

—Amiga querida, qué bueno encontrarte la otra noche. Se te veía muy bien. ¿Te gustó la fiesta de Ciro? Me fijé que estabas muy entusiasmada hablando con los embajadores presentes —dijo Ignacio.

—La verdad es que me divertí. Me hace bien salir. Necesito como sea posible estar con gente. Todo lo que me haga olvidar esa maldita enfermedad me viene como anillo al dedo. Lo peor que puedo hacer es quedarme encerrada entre cuatro paredes. Gracias a Dios, casi todas las noches tengo invitaciones. Mi psicóloga me recomienda que no me quede sola —dijo quedamente Julia.

—Ya lo sabes, querida, que en lo que te pueda servir, mi familia y yo estamos siempre a tu lado. Los amigos debemos estar en las buenas y en la malas —indicó Ignacio.

—Sé que cuento contigo. No te imaginas lo que es estar sola. Por

suerte las amigas me acompañan.

—La otra noche tuve la suerte de saludar a una amiga tuya que no conocía —manifestó Ignacio con indiferencia.

—Me fijé que hablaste con mi socia —afirmó Julia.

—No me digas que estás celosa.

—A esta altura del campeonato no me da por esas cosas.

—No puedo negar que es linda y culta —insistió él.

—Y sí. Se formó en Europa.

—¿No es de aquí? —inquirió Ignacio.

—Hace años que vive por aquí. Su historia es larga. Se casó con un estúpido que después de veinte años la dejó plantada con dos hijos. Y el gran sinvergüenza se fue con la que le atendía su cuenta bancaria. La tipa que le cuidaba el dinero —añadió Julia con voz agresiva.

—Ya me parecía que sus ojos eran tristones. Entablamos una conversación interesante. Se notaba que no era como las mujeres de aquí. Hasta hablamos de un libro de Tolstói sobre su estadía en Sebastopol. Me pidió que le prestase el libro. Necesito su número si lo tienes a mano….

—No me digas que me llamas para eso. Por lo visto a ti nada te cambia —interrumpió Julia.

—No seas mal pensada. Quiero llamarla para enviarle el libro. O si no te entrego a ti el libro para que tú se lo des —dijo Ignacio, impostando una voz de indignación.

—¿Cómo voy acordarme de su dirección? Sé por dónde vive. Vive en su casa de casada. Nunca le pregunté, pero parece que el tránsfuga de su exmarido le dejó la casa, no por ella sino por los hijos —afirmó Julia con exaltación.

—Corazón, ¿tú qué piensas? ¿Que soy un atracador? Quiero cumplir una promesa. Tú sabes que siempre cumplo lo que prometo pero si te inoportuna darme su dirección o su teléfono no pasa nada —replicó Ignacio.

—No te enojes. Entre nosotros hay mucha confianza. Te voy a dar el número de teléfono, pero no le menciones mi nombre. Si quieres, dile que obtuviste su teléfono a través de una amiga. Solo te pido una cosa.

…

—¿Qué cosa sería? —interfirió Ignacio, de una manera inesperada.

—No juegues con ella. Está frágil y golpeada por lo del marido. Su autoestima está por el suelo. Igual que yo está tirada como bombacha de puta —agregó Julia en un tono soez e inusual en ella.

—Me conoces. Sabes que no soy un badulaque. Te juro que quiero cumplir con mi palabra de caballero y solamente enviarle el libro. Ni siquiera seré yo quien lo lleve. Un asistente lo hará —manifestó con voz convincente Ignacio.

—Es una buena chica, pero tiene muchos problemas. Te dije lo que te dije porque ella es muy buena y atenta conmigo. Anota el teléfono.

—Gracias, mi querida amiga. Quédate tranquila. No le voy a decir quién me proporcionó su número —añadió Ignacio con gravedad en su voz.

—Estoy tranquila, mi querido amigo y en paz con Dios. Sé que eres un gentleman y que ella es también una gran persona —sentenció Julia.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Ignacio.

—En catalán Lluïsa, pero le decimos Luisa —acotó Julia.

23. Montaña y sus creencias

Suele suceder que los oradores prodigiosos se ahoguen en un vaso de agua. El señor Montaña era inapto para dilucidar qué había de avaro y generoso en un ser humano, estaba desprovisto del olfato felino de la desconfianza. Incapaz de diseccionar la realidad, se limitaba a sobrevolarla. Conocía las palabras y sus ecos, pero no a los hombres y sus sombras. La erudición lo encapsulaba en su mundo, que no era el mundo del resto de los mortales. Tenía un dominio envidiable del idioma. Posaba de humilde cuando refería su condición de orfebre de la palabra. Leía y releía los clásicos con el objetivo de engrandecer su léxico. Se esmeraba en cultivar el idioma y en hacer que sus ideas fuesen tan puntiagudas como veloces. Justificaba su opción por la retórica con el argumento de que no había nada nuevo que agregar y que los que escribían lo único que hacían era reescribir lo que ya se había escrito. Salvo Homero, que era ciego y precursor de la poesía, porque nada ni nadie había escrito antes que él, todos los sucesores del griego terminaron copiando a sus antecesores.

Salvador Monte de Oca se afanaba en hablar *ex cathedra*. Escarbaba en su memoria para recordar frases célebres y momentos estelares de la historia. Cuando peroraba, su dedo índice era el indicador de que pretendía dictar sus deseos a la realidad. El ensimismamiento que padecía lo aislaba y lo cegaba con respecto a sus colaboradores. Era tan ingenuo que ni atinaba a recelar de que pudiesen negarlo, calumniarlo y traicionarlo. El infantilismo en el que estuvo sumergido durante su existencia lo indujo a creer que la cultura era la herramienta para replegar la codicia en el alma de los seres humanos. En pocas palabras, el señor Montaña deducía su accionar del dogma de que el individuo era un animal capaz de desarrollar un egoísmo lúcido que tendiese a perfeccionar la coexistencia humana.

Salvador Monte de Oca validaba la noción de que la verdad de las cosas se fraguaba en lo que estas debían ser y de ninguna manera en lo que estas aparentaban ser. Su pensamiento dogmático lo hacía rumiar una opinión hasta dotarla de sentido y autoridad. Sus ideas preconcebidas eran el marco referencial y los hechos revelaban su veracidad cuando se encuadraban en sus sesgadas y angostas categorías. Ejercitaba la comparación entre la posibilidad y la realidad, entre el deber ser y el ser, entre la forma y el fondo y entre lo estrictamente correcto y lo estrictamente incorrecto. Desde la postrimería de su juventud la ontología acaparó su apetito intelectual.

No quemaba sus neuronas cerebrales contrastando lo posible con lo imposible, lo viable con lo inviable, lo históricamente factible con lo históricamente impracticable. En él se arraigó la creencia de que la verdad es un furor herido que, como el misticismo, no tenía sucedáneo. La mentira caminaba con patas cortas e, inversamente, el paso del tiempo rubricaba que la verdad verdadera prevalecía. Con palabras coloquiales preconizaba que la verdad verdadera se imponía sobre lo fáctico.

En sus convicciones se reverberaba el perfil de alguien con limitado sentido de la realidad. No pintaba los acentos cuando describía la realidad y más que un negador parecía un desafiador de ella. Acoplaba sus valores a su visión de la realidad y como si tuviese vergüenza de identificarse con la realidad intentaba que esta se acomodara a sus prejuicios.

Cuando procedía a comparar su tipo ideal con la prosaica realidad se decantaba a favor de la verdad verdadera y no de la verdad real. Debido a sus idealizaciones, la verdad verdadera no se condecía con la realidad. La verdad verdadera hacía las veces de cincel y de martillo, herramientas con las que el escultor aderezaba y pulimentaba el mármol. La verdad real era sacrílega y había que modificarla. En el dilema de la idea contra la realidad el señor Montaña tomaba partido por la primera. Como buen profeta y cirujano de la moralidad operaba en función del porvenir.

24. Montaña y sus críticas a Villana, capital de la República de O

Prisionero como era de sus idealizaciones, Montaña no ahorraba epítetos para descalificar a su mundo circundante y a los protagonistas de la folletinesca y vituperada comparsa desopilante de Villana. Los olvidosos —gentilicio de los nacidos en la República de O— y los villaneros danzaban al compás de los sones oficiales. Acuñó el pensamiento de suplantar con el apelativo de Villana, el nombre originario de la capital, y de reemplazar la nomenclatura del estado descentralizado por el de República de O. La intención de los cambios semánticos apuntaba a escenificar y ridiculizar un estado horrendo en proceso indefectible de insania y desarraigo. El empecinamiento de incluir a los habitantes de Villana dentro de la conceptualización de eunucos se debía a que consideraba que la hospitalidad lacaya de los villaneros era un síntoma inconfundible de la castración política. Para él, el acabose de la decadencia se reflejaba en el afeamiento de las costumbres.

La pauperización moral que había que sobrellevar ya se estaba prolongando más de la cuenta y lo que se presentaba como una coyuntura pasajera tendía a perpetuarse. Villana estaba afiebrada y en una recta descendente.

Montaña pensaba que debía oponerse a la decadencia y a que la República de O terminase en el basurero de la historia. El peligro, según su manera de analizar la política, residía en que los olvidosos tendían a fanfarronear por generación espontánea, a más de eso, eran unos *abortones* de individuos que congeniaban con la anarquía y con la acuciante degradación moral. Ante esta desolada situación, nuestro personaje se había constituido en la conciencia de la nación. Alardeaba de no tener armadura ni ejército. Sus armas eran la verdad

y las palabras y su trayectoria de vida avalaban con hechos sus declaraciones.

Como decía, era escrupuloso en su pobreza y en su honor. Nada ni nadie podían mancillar su buen nombre. El arrastrarse para vivir no se consustanciaba con sus hábitos y costumbres. Para el protagonista la vida sin honor lo hacía un bufón más de la farsa. En vez de payasear era preferible disiparse. Volarse los sesos era más decoroso que vivir como el camaleón que cambia de color según su conveniencia. Él, con su frondoso árbol genealógico, sentía que su origen patricio se aunaba con el destino de la patria. Su vocación de servicio era auténtica y no se supeditaba a la consecución de algún interés artero. Así que, su impugnación a los *clanismos amorales* era el resultado de su coherencia intelectual.

Con sus programas diarios incordiaba a medio mundo y no dejaba en pie ni la honra ni el vestigio de sus contrarios. Cuando se lo proponía, era el más lenguaraz de los ofidios. El micrófono era la espada que blandía para examinar el flanco y el foso de cada villanero. Sin cortapisas desmentía a los que predicaban y ofrecían la salvación a través de los métodos venales. El discurso y la propuesta montañista eran de tinte rupturista. La gradualidad del posibilismo conllevaba la moderación y siempre ha servido para cebar a los desfachatados que sembraron la podredumbre ética. La ideología rupturista tenía un mensaje feroz: no habría impunidad para ninguno.

Montaña predicaba la apología de la hecatombe. No había que tratar de evitar el apocalipsis, había que ensalzarlo y enfurecerlo para que provocase el renacimiento y la regeneración. La abulia reñía con el momento vital. La tarea consistía en prepararse para el día después. Mientras tanto se debía desenterrar lo que se había implantado con codicia burlona e infinita maldad. Ya no podía germinar nada bueno de las semillas corrompidas.

Era tan beligerante y monotemático que no cesaba en su empeño de enfurecer a los olvidosos. Con su sesgo tan peculiar no aflojaba en su intento de reeditar el legendario episodio de separar las aguas. Había que quitarse el polvo de los zapatos, marchar y vencer el miedo. El lema era imperativo y fascinante: ponerse de pie… vivir de pie… y

como un añoso tamarindo, morir de pie.

Montaña especificaba en su horario radial “Sin pelos en la lengua” que Villana era un antro de perdición y que la República de O era más “repu” que “blica”. Desde la radio atronaba con su voz, la que demandaba la sanación de esta ciudad en donde la venalidad se estaba transmutando en un monstruo desencadenado. Los comentarios de nuestro personaje se originaban en una riada de desencantos. Observaba a todos bajo la misma lupa y los fulminaba impiadosamente. Para el señor Montaña, el momento actual era el más gravitante de la historia nacional desde los días de la independencia. Destacaba que el imperativo de justicia mandaba castigar con rigor y la necesidad política obligaba a castigar sin excepción.

La radicalidad de sus intervenciones radiales subía de tono cuando la ley se hacía letra muerta y sus reclamos rebotaban como una pelota de tenis en el muro de los lamentos. La naturaleza virulenta e intempestiva de sus alocuciones se acrecentaba en la medida en que percibía la corrupción como un síntoma de la decadencia republicana.

Juzgaba que Roma fue grande cuando fue dirigida con la austeridad republicana y fue decadente y circense cuando fue conducida con la inmoralidad imperial. La República hizo grande a Roma y el imperio la corrompió y debilitó. Montaña condenaba al príncipe de ocasión y a los adormecidos villaneros.

Enronqueciendo su voz ante el micrófono, refrendaba que la corrupción en los tiempos modernos se formaba merced a la contribución particular de cada uno. El camino que andaba nuestro prócer era aquel que no conducía a buen puerto. Esa era la razón por la cual ni políticos ni politicastros estaban relajados cuando nuestro protagonista agarraba el micrófono y se ponía a perifonear. Él era de esos personajes radiales al que todos temían, pero todos lo escuchaban.

El morbo podía más que la objetividad periodística.

No obstante, se tiene constancia de que hizo el intento de domesticar su lengua vituperadora. Los investigadores dieron la noticia de que en un libro al cual el prócer había hecho referencia en múltiples oportunidades, se halló una frase subrayada y pintarrajeada

con signos de admiración. La reflexión no era de su cosecha, sino que pertenecía a Platón. En la misma, se daba a entender que si alguien escapase con los calzones limpios del manejo del mundo era por milagro y no por sabiduría. Con el axioma platónico se esmeró en ganar templanza y objetividad a la hora de guillotinar a los enemigos de la República. Pero no hubo caso. Estaba atenazado por su manera de ver el mundo y por la creencia de que no podía enajenar su moral. La enajenación moral lo descabalaba, lo igualaba con todos los villaneros y le hacía perder su visión aristocrática de él y del mundo.

A toda costa debía resguardar su singularidad porque él era de los que no quería vivir a cualquier precio. La vida no valía tanto como para tener que aceptar cualquier condición con tal de vivir. En sus momentos de inmenso silencio cavilaba y se justificaba a sí mismo diciendo: “Todo es fungible, perecedero y fugaz, menos mi yo, porque me he creado a mí mismo”.

Montaña dijo en “Sin pelos en la lengua”

Gracias a Dios la democracia cuenta con el recurso de las elecciones. Los males en la democracia se curan construyendo autoridad democrática. Hay que abstenerse de las prácticas que hacen que la democracia termine en demagogia. Se debe recurrir al voto. Las elecciones deben ser la venganza y la papeleta el puñal. La consigna del momento es unívoca, debemos deshacernos de estos capitostes lo antes posible. Más allá de todos los pesares persevero en mi intención expropiadora. El mandato del momento impone que expropiemos el poder de los que hoy lo usufructúan. Hay que expropiar a los privilegiados y devolver el poder a su único y legítimo propietario: el pueblo. El poder cuando es limitado y legítimo es beneficioso y virtuoso, si es de otra manera envilece la condición humana. La política debe recuperar su prestigio. Más que nunca es necesario que se repudie el pensamiento de que no hay mal que por bien no venga. Adular a la desgracia trae consigo el pacto de la mediocridad con el poder político.

25. Metafísica de Montaña

El señor Montaña vivía excitado debido a que escindía la existencia en dos capítulos. Fue cristianizado, pero no practicaba el cristianismo ni tampoco comulgaba con ningún credo religioso. Jamás se lo vio en misa un domingo o participando en una procesión. Era aconfesional. No creía en un Dios específico, pero apadrinaba la idea de que la vida en el más allá existía.

Después de la presencia pedestre y terrenal, se ingresaba en la existencia incorpórea. Aclaraba que en esa esfera el alma era reemplazada por el pensamiento metafísico. La espiritualidad y la materialidad eran abolidas por las ideas, o sea, el cuerpo, la mente y el alma se evaporaban. Las ideas propias, que en la dimensión de carne y hueso se encarnaban, se liberaban de lo corpóreo y adquirían un espacio imperecedero en el tiempo. Este remolinaba las aguas para energizar el pensamiento.

Se consideraba parte de una corriente que provenía de un pasado indeterminado y que continuaba en un futuro infinito. El tiempo era la incógnita, el misterio irrevelable. No había más que consentir que las ideas se deslizasen hacia la blancura intemporal de los tiempos. Como el agua, había que dejarse arrastrar por las olas. Moverse hacia delante, besar tierra firme y regresar con el frenesí escrutador del pensamiento perfectible e inacabable.

Para sus contertulios, cuando tertuliaba, sus ideas sobre la existencia eran estrambóticas y para él, los que no pensaban como él eran unos reverendos analfabetos. Cuando se embarcaba en discusiones sazonaba los temas con una pedantería ruidosa. Traía a relucir su bagaje enciclopédico y con galimatías procuraba conmover y despistar. Cuando se enfrascaba y ensimismaba en su diletantismo se paraba sobre una baldosa y ponía los pies como si estuviese en una

parada militar. Hacía que los tobillos se tocasen y que los empeines se distanciasen en posición oblicua. La geografía que separaba a los empeines y la posición diagonal de los pies conformaba una uve. Con el pecho en relieve, engominado, exhibiendo su prurito vestimentario y acometiendo movimientos espasmódicos se lanzaba a la aniquilación de la dialéctica pueril de sus tertulianos. Era quisquilloso y puntilloso en la semántica y en los silogismos.

Conocedor del ritual de las polémicas en bares y cafés, hacía gala de sus quilates intelectuales. No se adunaba a las modas ideológicas, las modas corrompían porque pretendían darle temporalidad a lo extemporáneo. Consideraba que el neologismo idiomático era la forma más usual de bastardear el idioma y de pavonearse con ideas efectistas que no decían nada. Era cuestión de rascar en el caparazón para confirmar que un símbolo no siempre tiene un significado.

Cuando alguien razonaba con argumentos que no encajaban en sus categorías filosóficas le espetaba la condición de arengador ignaro. Reprochaba a los otros parlanchines cuando la literalidad de sus palabras contravenía las reglas del pensamiento lógico. En cada pugilato retórico armaba un gran tuntún. Por lo general, sus contertulios se sentían rebajados y se acobardaban ante la posibilidad de que Montaña se desarreglase. Este se ponía a hacer preguntas e imponía la condición de que se le respondiese con pocas palabras. Casi en forma telegráfica. Se soliviantaba cuando el refutador de sus tesis desvariaba con descripciones anecdóticas. Con una revocabilidad casi mecánica, invalidaba la antítesis del palurdo. Si el rústico pensador ponía cara de hospiciano la reacción biliosa de nuestro profesor *honoris causa* no se hacía esperar.

A Montaña, cuando se sentía satisfecho con la vida, le daba por monear y efectuar actuaciones propias de un manicomio. Reaccionaba con histrionismo y teatralidad. Interpelaba a sus contrincantes con el sarcasmo de que el saber no ocupa lugar. Al hastiarse porque algún condiscípulo perseveraba en las bondades de los nuevos paradigmas replicaba con su típica ironía.

No escatimaba esfuerzos para ofender y ningunear a sus contreras. Cuando se ejercitaba la excelsa y escasa virtud del pensamiento

apostatado —decía con sorna y utilizando arcaísmos para confundir— había que zambullir las monsergas en el inodoro. Y añadía que los gases se avientan en el váter y no en las dialécticas.

Se consideraba depositario de una tradición antiquísima. Su conciencia le prescribía que efectuara sus reprimendas con meticulosa intelectualidad. De ahí que se obcecaba en hacer papillas de aquellos que alardeaban de sus precarias fantasmagorías. Redondeaba sus ataques con una furibunda mirada y remataba apuntando que eran una pena las limitaciones de sus contemporáneos que solo veían el árbol y no el bosque.

Navegaba —según él— contra la corrupción de la corriente imperante del cientifismo dado que el cientifismo agraviaba el oficio de pensar. El pensamiento riguroso se interrogaba qué ideas había detrás de las ideas, mientras que, el cientifismo se preguntaba qué cosa hay detrás de las ideas. La corriente en boga negaba la fecundidad del pensamiento como causa y efecto del mundo y de los sucesos humanos. Montaña redondeaba su impugnación contra el cientifismo aseverando que la observación que solamente obedece a lo que modestamente se observa deduce sus ideas de la materia. Solo el pensamiento explorador cede a la tentación de imaginar que una gota alberga un infinito de formas.

A todas luces, es fácil convenir que Salvador Monte de Oca era peculiar en su manera de actuar. Más que un ser era una existencia. Honesto con sus ideas, honrado con el dinero, extravagante en sus gustos, militante en su soledad, fervoroso en la custodia de sus principios, draconiano en sus juicios y peripatético en sus discursos.

Pero había un rasgo que adornaba su personalidad y direccionaba sus acciones. Siempre destacaba en él su previsibilidad, en ningún tiempo se desvió de la máxima kantiana que reza que “El cielo sobre mí y las reglas morales en mí”. Nadie como él tenía la lucidez y la autenticidad para admitir que nuestros actos justos o injustos son voluntarios. Por ello, le removía las entrañas la hipocresía y el barniz moral con que los villaneros tapizaban sus tropelías. Abominaba de todo lo que cambiaba sin empezar nada nuevo. Según su versión de los hechos, la República de O era prisionera de las naderías de la

historia. Proclamaba a los cuatros vientos su condición de disidente legítimo e impoluto y arremetía contra los habitantes de Villana a los que calificaba como putas de escapulario.

De tanto en tanto sucumbía a los cansancios existenciales. El desasosiego lo emplazaba a confrontar los lúgubres aspectos de su vida. De su catecismo extrajo la siguiente afirmación: "No desees ni temas tu último momento". Estaba convencido de que entre su destino y la fatalidad había un lazo secreto.

Hasta la coronilla repetía: "Soy como el viento veloz que busca su última parada". Como toda existencia desencantada, deseaba obtener de la muerte su última delicia. Se le representaba inaguantable que los hombres de naturaleza superior tuvieran que humillarse para acceder a la gloria. El retraimiento social fue la regla de su vida, se alimentaba de rabia, impotencia y desesperanza. La bilis recorría sus venas en forma caudalosa y abundante.

En los momentos de intensa bronca despotricaba para no ahogarse en su sangre envenenada. Destilaba el odio de una moral asqueada y el de una vida fracasada. La desvalorización del mundo exterior lo indujo a vilipendiar la vida. "No hay destino que no se venza con el desprecio".

Sentía en carne propia la infertilidad de actuar recta y transparentemente. Cuando sucumbía a un bajón emocional lo asolaban y circundaban las disyuntivas que acosan a los hacedores que hacen lo que hacen más por capricho que por amor o virtud.

En la pesadumbre su fuerza moral enflaquecía y se sentía decepcionado pues creía haber errado en el norte. ¿Para qué sirve no delinquir? ¿Para qué una vida consagrada a la verdad y a la patria? ¿Para qué la honestidad si el código de la mentira y los eufemismos es lo que tiene validez? Sus reclamos se hacían oír en otros cuestionamientos: "Nunca me coimearon ni recibí favores de los ricos o los poderosos y siendo descendiente de un expresidente jamás solicité una pensión graciable o pasaporte o documento oficial de nada, entonces ¿por qué estoy sumergido en esta mierda que me asfixia? ¿Por qué me igualan a todos? ¿Por qué me miden con la misma vara? ¿Por qué si me gano las papas pelándome el culo frente

los villanos y patanes me apodaron ‘Montaña, el Lunático’?”.

Lo peor de todo era que consideraba que ningún esfuerzo suyo se exoneraba de la inexorable ley de la futilidad. Cuando su alma colmataba de zozobra se torturaba con la siguiente interrogante: ¿Cuánta eficacia tiene la verdad en Villana?

“Excuso mis victorias —expresaba en su estado agobiante de pesimismo— de que no hubiesen podido librarse de la poquedad de mis resultados. Estoy en la historia, pero no soy historia. ¡Todavía no aprendí a vivir de la gloria de mis antepasados!” —exclamaba cáusticamente—. “Por sus frutos los conoceréis” —repetía la cita bíblica, resignado y con estimable agnosticismo.

“A mi abuelo —añadía riéndose de él mismo— no le llego ni a la suela de los zapatos. Como los que están en el limbo que nunca pueden ver la cara de Dios —decía con voz consolada— me encuentro, como mis maestros los estoicos, en la ataraxia, esto es, el estado sublime de ecuánime insensibilidad”.

En el maderamen de su biblioteca colgaba un metal cuadrado con letras en relieve que decían: “En una época en la que hacer el mal es tan común, limitarse a hacer algo inútil es casi loable”, una cita de Michel de Montaigne.

Este cóctel de ingredientes componía la personalidad atormentada y solitaria de este sujeto que daba mucho de qué hablar. Pero en el momento de hacer justicia, se debe traer a colación las miserias afectivas de su menesterosa vida. El señor de las diatribas vivía parapetado en una torre de marfil, lo que le impedía cultivar amistades y andar con los pies en la tierra. Como se dijo, excepcionalmente asistía a las tertulias de los bares y cada vez que socializaba era para querellar a un contrincante.

El mismísimo señor Montaña hacía una analogía y paralelaba su vida con la del griego Filoctetes. Este ídolo épico de la guerra de los aqueos contra los troyanos lo tenía embelesado. Sófocles escribió una obra basada en su figura. Destaca el dramaturgo que Filoctetes con su saeta dio muerte a Paris y que esto facilitó que la ciudad cayese en manos de los griegos. El heleno simboliza el paradigma de la soledad trágica. La leyenda cuenta que Filoctetes fue abandonado a su suerte

en la isla de Lemnos. En ella conoció el placer de estar fuera del mundo y desarrolló el temor de volver a insertarse en él.

Recordaremos que el señor Montaña fue hijo único y que en su niñez no participaba en juegos colectivos. No se le conocen amigos de la infancia o de la juventud. Siendo sus padres mayores que los otros padres estos no tendían a socializar con nadie.

La soledad en él era parte hereditaria y en parte también decisión soberana del mismo Montaña. Pareciese que toda la vida hubiese odiado al mundo y que el mundo lo hubiese odiado a él. Sufría la sensación de que lo rechazaban, por eso sentía claustrofobia cuando estaba con algún extraño. Su inhabilidad para crear afectos quedaba demostrada en su autarquía sentimental. Otra razón que se agrega para explicar el porqué del odio de mucha gente tenía que ver con su manía de atacar los incidentes de la vida privada de los adversarios. Cuando disparaba lo hacía para aniquilar. El tiro iba directo a destruir la reputación y el buen nombre de sus blancos. Desempolvaba desde lo más insignificante a lo más groso. Justificaba sus ofensivas con el argumento de que el hombre público debía ser diáfano y de que no podía existir una contradicción entre lo que predicaba en público y lo que hacía en privado. No existía un hiato entre lo gubernamental y lo familiar. A un legislador que solicitaba dinero para votar a favor de un proyecto de ley no se lo exoneraba de su responsabilidad penal y política por ser un buen padre de familia. Igualmente, a un presidente que sindicalizaba a sus amantes no se lo podía excluir de la condena que se merecían los que utilizan el poder para esconder sus trapisondas. Quizás este rasgo inquisitorial y puritano fue el que le generó sus más fervientes enemigos. Muchas veces sus acusaciones caían en saco roto y la gran mayoría las consideraba un ejercicio abusivo de la libertad de prensa.

26. El secretario

La lógica de la cofradía no figuraba en el léxico de Montaña. Su mundo de la aristocracia del mérito se estaba extinguiendo. La única persona con la que mantenía un contacto asiduo era con su productor Juan Casimiro Valdez. En sus momentos de euforia y felicidad caricaturizaba a su auxiliar como el Plutarco de Villana. Para la escogencia de este apodo primó el hecho de que el productor conocía las oscuras profundidades de la vida privada y la trayectoria pública de cada uno de los villaneros.

El productor era su contacto más firme con la realidad social de Villana. En la medida en que el señor Montaña dificultaba su comunicación con el mundo exterior, la presencia de Juan Casimiro se volvió imprescindible para la realización de los programas. Como productor de "Sin pelos en la lengua", era efectivísimo en la tarea de convencer a los personajes de que accedieran a que se los entrevistase. No había quien no tuviese pavor de hablar en el programa. Todos sabían de memoria que sin motivo alguno podían ser objeto de una diatriba.

En el universo de nuestro personaje, Juan Casimiro Valdez cumplía una función insustituible y privilegiada. En pocas palabras, el productor terminó siendo la única fisura que tenía la pared que separaba a Montaña del resto del mundo. Por el actuar de Montaña, se hubiera pensado que la barrera era inexpugnable y que su hogar era un reposo impenetrable para terceros. Hemos intentado demostrar que el correr del día a día de nuestro personaje podía ser graficado como un caso extremo de alienación en la que no había tregua que eximiese a la soledad de la servidumbre de la incomunicación.

En el cuadro existencial de Montaña la soledad y la incomunicación conformaban un binomio que se agrietaba en las horas del programa

radial. Durante la mañana y la tarde, Salvador Monte de Oca estaba prácticamente incomunicado. La única persona a la que le otorgaba la venia de estorbar su rigor crusoniano era a Juan Casimiro Valdez.

Juan Casimiro Valdez tenía un caminar y los ademanes de alguien con el ánimo achatado y cansino. Nunca se preocupó por llamar la atención de ningún sujeto. Le gustaba tener bajo perfil y fingir que se tragaba a pie juntillas todo lo que le decían. Parecía que se esmeraba en que la gente lo considerase una persona anodina. Vestía con trajes oscuros y de solapa ancha. La camisa de cuello ancho la combinaba con corbatas de color azul oscuro, negro o gris opaco, tenía la costumbre de llevar un nudo pequeño triangular que facilitaba que la longitud de la corbata sobrepase el cinto del pantalón. Los pantalones le quedaban holgados por lo que la forma de fijar el cinto hacía que la camisa le quedase flotando en el estómago.

Físicamente no era un hombre agraciado. De estatura era significativo, tiraba a ser considerado alto con su metro ochenta y seis centímetros. Sus manos delgadas y sus dedos escuálidos casi sin yema denotaban un cuerpo carente de musculatura y carne. De hecho los que trataban con él lo apodaron el huesudo por su rostro enjuto, por sus brazos y sus piernas afinadas y por sus articulaciones que sobresalían. Las rodillas tenían formas cuadradas y los codos eran puntiagudos y estaban recubiertos de un sobrante de piel. Sus eran ojos felinos y grises, su nariz fina y recta, su piel pálida. Sus labios angostos y su dentadura amarronada por el tabaco. Se engominaba el pelo para domesticarlo y poder peinarse hacia atrás.

No captaba la atención porque en cualquier sitio se ubicaba en la parte más oscura, donde había menos claridad. En la luz o bajo el sol se podían ver los ramales de sus venas azuladas. Su celosa discreción lo convertía en un discreto de opaca personalidad. Cuando hablaba, pronunciaba las palabras justas, ni una de más ni otra de menos. Hacía sus comentarios con su voz gangosa y monótona.

27. La cocina de "Sin pelos en la lengua"

El señor Montaña se adhirió con fe ciega a los principios del jacobinismo. Había empeñado toda la vida en cuidar la pureza de las formas y el fondo de los asuntos, por eso es que la turbieza de una cuestión lo perturbaba. Temía perder su virginidad o peor aún que creyesen que la había perdido. Su medieval sentido del honor guiaba sus acciones y no titubeaba en arrojar el guante. Se desafiaba a diestro y siniestro con los que osaban ofenderlo en los debates dialécticos.

El temor a contaminarse impedía que visitase sitios moralmente insalubres. Negaba su consentimiento para socializar en público con los venales y los de dudoso proceder. Salvaguardaba a capa y espada su lucha. Pensaba que continuaba con la obra libertaria y modernizadora de su abuelo y también consideraba que su trayectoria era un ejemplo para las generaciones futuras.

Cuando dudaba del éxito de sus esfuerzo se consolaba con el pensamiento de que para hacer tortillas hay que romper los huevos. Alguien tenía que ejecutar la punición social. Se contemplaba a sí mismo como el acusador y el verdugo de los políticos negligentes y delincuenciales.

Para rastrear las huellas de los casos escandalosos de la corrupción rampante tuvo que hacer de tripas corazón y juntarse con gente que no tenía su altura moral. Después de estas reuniones, le reclamaba a Juan Casimiro cómo podía ser posible que los sinvergüenzas no se ruborizasen al referir que para robar a lo lindo había que agavillarse. Esta era parte de su rutina.

También lo era presentar la grilla del programa nocturno a consideración de su jefe. El señor Montaña nunca indagaba el porqué de la preferencia por un entrevistado o por otro. Las inquisiciones que solía hacer se dirigían a revelar y esclarecer los datos curriculares de

los participantes. El polemista e inquisidor partía del presupuesto de la invulnerabilidad de sus conocimientos.

Cuando el secretario procuraba traducirle un eufemismo, contrariarlo o agregar precisión en alguna cifra o fecha histórica era reprendido por el señor Montaña que sin inmutarse le restregaba: “Lo único que me puedes enseñar es hacer el nudo de la corbata”.

El formato periodístico del programa se componía de dos facetas. Casi siempre empezaba la programación con un editorial del señor Montaña. Este aprovechaba los primeros minutos de trasmisión para encender el interés de los radioyentes. Una ráfaga con municiones de grueso calibre era la antesala de los minutos subsiguientes. Cuando quería elucubrar sobre temas filosóficos o sencillamente más complejos siempre utilizaba a un personaje de la farándula política como cabeza de turco. En las noches que su discurso discurría con morosidad y era muy elevado, el encargado de recordarle que debía hacerlo aterrizar y poner los pies en la tierra era su apoderado Juan Casimiro Valdez.

Tal era la influencia de este sobre Montaña que siempre se ocupó de las negociaciones con los patrocinadores. Monte de Oca confería amplios poderes a su ayudante para que negociara los acuerdos publicitarios. En los frecuentes momentos neurálgicos que padecía nuestro paladín, este endosaba a su ayudante la condición de seminarista, y con la fiereza de su lenguaje soltaba: “Parece que caminas hacia el sacerdocio, no blasfemas y lo único que sabes hacer es callarte y obedecer”.

Las transacciones oficiales las llevaba a cabo Juan Casimiro y, siendo sinceros y honestos, los costos del auspicio no eran elevados. El precio de las menciones o los audios publicitarios de hasta treinta segundos costaban una bicoca. Las ganancias que dejaba el programa se reflejaban en el frugal estilo de vida del señor Montaña. Si fuera por nuestro controvertido esgrimista, lo mejor hubiese sido no tener patrocinadores para no deberle favores a nadie.

Montaña quería sentirse libre de ataduras y de ligazones con los capitalistas. De hecho, estando al aire, resaltaba con ahínco que no ambicionaba tener ningún vínculo con la hórrida burguesía villanera.

Rechazaba las promociones de los tabacaleros, los cerveceros, los contrabandistas, los evasores de impuestos, los lavadores de capitales, los pastores de iglesias evangélicas y todo tipo de publicidad del Estado, de un candidato o de un partido político en particular.

Al insistir su productor con algunos auspicios indeseados Montaña lo regañaba con el dicho: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Y añadía que: “Las verdades que cuestan dinero no merecen la pena ser reveladas. La lealtad con la verdad se paga con la vida y no con el peculio de los traficantes de influencias. Es una verdad de Perogrullo que cuando la codicia sustituye a la genuina ambición de veracidad, se abren las puertas a los pactos de entre gallos y medianoche. No hay oro que pueda mancillar mi nombre ni financiamiento espurio que sabotee mi independencia. Mi originalidad no reside en mi ilustración, reside en mi incorruptibilidad”.

Es más, hubo notorios incidentes entre algunos financistas y Montaña. El locutor que no podía domar sus instintos calumniadores ni cerrar la boca, solía escupir en el asado a sus auspiciantes. Con el lema de que había que poner toda la carne en el asador y con acento demoledor Montaña soltaba a través de las ondas radiales cosas que causaban la inquina de los dueños de la plata. Tenía una cerrazón que nunca le permitió dignarse a entender la tenue, movediza, porosa y borrosa línea divisoria entre el compromiso con la verdad y los intereses creados.

Por estos y otros sinsabores, Juan Casimiro Valdez enfrentaba problemas para conseguir auspiciantes. Montaña no era un trapecista. Aborrecía el equilibrio y el vacío ejercía sobre él una atracción sanativa. La desmesura en el instante de refregar sus verdades era su gran sabiduría. Ahí estaba el secreto de su éxito. Sin embargo, las dificultades radicaban en las mismas razones en las que descansaban sus fortalezas. La imprevisibilidad de la boca del locutor hacía que muchos tuvieran miedo de asociarse con él o de que diera la impresión de que este era un vocero pelele de sus mandantes. Patrocinar el programa podía ser visto por las víctimas de sus vituperios como una forma sutil y camuflada de atacar a través del periodista. Los patrocinadores no querían que se interpretase que ellos

pagaban por un espacio publicitario como si este fuera una operación encubierta en donde el que tiraba la piedra escondía la mano.

Dentro del contexto amplificado de lo que abarcaba trabajar para el señor Montaña es imperioso recalcar el trabajo de hormiga que efectuaba Juan Casimiro. Cuando negociaba o solicitaba la cooperación de los mecenas ponía sobre la mesa de transacción todas sus cartas. A pesar de su presencia soporífera, siempre hizo gala de una extraordinaria capacidad de persuasión y de convencimiento.

Ofrecía la promesa de que su jefe se comportaría compungido como el hijo pródigo, y tierno como un cordero, que sus amargos comentarios serían suplidos por dulces cantos de sirena; que su hostilidad revertiría en amabilidad conchabada, que sobraría el plomo para los enemigos, el palo para los indecisos y palabras de elogios para los amigos; que Montaña podía ser loco, pero no estúpido y que no patearía la olla de donde comía; que él estaba en condiciones de monitorear lo que su patrón iba a decir y que apuntase sus balas a la diana, que era placentero estar bien con Montaña porque cuando este tiroteaba con saña no había Lázaro que resucitase después de sus disparos; que el señor Montaña era un caso sin parangón. No había quien pivotease como él, contaba con la destreza de darle un giro a los acontecimientos; que era tan bueno encestando la pelota como apaleando a sus atosigados.

Y aunque parezca mentira, Juan Casimiro concluía con su ofrecimiento comercial señalando que Montaña siempre daba en el clavo. Su numerosa audiencia lo escucha como a alguien que defiende sus ideas a como dé lugar pero finalmente le creen. Sus comentarios instalan las sospechas y como dice el refrán donde hubo fuego cenizas quedan.

28. Un perro infiel

Sin apuros y sin zarandear el avispero, como quien sabe con qué bueyes está arando, Juan Casimiro fue ganando la confianza de la lengua más viperina, sarcástica, iracunda, profana y exterminadora de esta zona del mundo.

Debido a la fatiga de su insobornable liturgia de vida, el celo perfeccionista de Montaña fue cediendo paso a ciertas comodidades que exigía la edad y a otras que imponían los gravámenes de la decrepitud. Entre el productor y su jefe sucedió lo que sucede siempre: la decadencia de Montaña fue usufructuada por el secretario. Este, con su discreción que rozaba el sigilo gatuno y la beatería, se transformó en el filtro a través del cual Montaña depuraba toda la información para el programa. Juan Casimiro angostaba o amplificaba el mundo para Montaña.

Taraba, según sus intereses, el peso de la información y trataba de influir en inclinar la balanza. El declive vital de Montaña devino en el incremento de la ascendencia de Juan Casimiro. Este se convirtió en los ojos y oídos de su jefe. Hay que anticipar que esta cesión de soberanía hizo que, en periodos en los que Montaña parecía estar transido, el productor actuase *ab libitum*.

Juan Casimiro, como buen conjurado y pérfido, abusó de la confianza que le dieron. Ahora bien, lo que no se podía poner en duda era la diligencia y el profesionalismo con los cuales el aludido realizaba sus labores. En horario de la madrugada, aunque lloviese o tronase, depositaba en el buzón del maestro los periódicos matutinos. La prensa iba acompañada de unas anotaciones que este le hacía a su jefe y maestro. En las cuartillas, el discípulo y empleado, sugería cuáles podían ser los temas candentes del día y qué suceso podría acaparar la morbosidad de la ciudadanía. Cuando Montaña amanecía

alicaído y con su ira amansada no le quedaba otra cosa que trasladar las sugerencias como parte de la programación de “Sin pelos en la lengua”.

Juan Casimiro no tuvo mejor idea que prendar la moral de la audición. En aviesa complicidad con un grupo de facinerosos se puso a canjear parcelas de influencias por un dinero que nunca se contabilizó como ingresos del programa. El dinero no iba a parar a la caja de particular del dueño del programa o del dueño de la radio. Todo lo recaudado era embolsado por el impúdico productor. El programa empezó a ser dirigido por oscuros intereses y Montaña empezó a ser manipulado como marioneta de bandas criminales.

El único programa radial que descarnaba la verdad se convirtió en una estafa de cuyas nefastas consecuencias hablaremos más tarde. Montaña siempre pensaba que su mal carácter era el muro de contención de la sinvergüencería.

¡Error fatal y pueril el de acreditar que con gritos, irascibilidad y menospreciando a los demás se conmina a los subordinados! El productor que disimulaba ser trigo limpio y espiga encorvada acabó crucificando a Montaña. Éste, como el más fatuo de los encumbrados, dudaba hasta de su sombra, pero no de los que habitaban en ella. En principio, el ayudante no tenía ni el hábito ni tampoco la autorización de tutearse con Montaña.

Juan Casimiro se acomodaba sin parpadear a la pequeñez de su personaje. En las situaciones álgidas o en vísperas de un rapapolvo cambiaba el tono paternalista de la palabra maestro por la voz de la verticalidad, o sea, jefe o mande señor. Cauteloso y paciente, representaba la antítesis de su jefe. Su encorvadura moral lo amparaba para que a través de cualquier triquiñuela burlase los códigos de seguridad que resguardaban a su jefe de los engaños y de las informaciones que en el más estricto secretismo se le proporcionaban para inducirlo al error.

Parecían una pareja con personalidades opuestas pero que, sin embargo, se complementaban. Montaña hablaba hasta por los codos tanto si se hallaba frente al micrófono como si se ensartaba en un debate. Por el contrario, el empleado discípulo no emitía sonido

alguno si se encontraba en la cercanía del locutor o si lo que iba a decir sonaría superfluo o tautológico.

Juan Casimiro tenía la destreza de esconder su audacia y sus apetencias crematísticas. No tenía apego a mostrar sus dotes de disuasión o su envilecida brillantez, más bien, buscaba que se pensase que no podía tener vuelo propio. Su inquebrantable decisión de que Montaña no se percatase de la influencia que ejercía sobre el locutor era la cualidad que más le agradaba al ayudante.

A pesar de acaudalar riquezas, no modificó sus costumbres ahorrativas y sobrias. Estaba exento de vicios y de la molicie sibarita. Mantuvo la misma esposa, seguía comprando su automóvil de segunda mano, y tampoco se había mudado de su barrio de clase media. En sus horas libres le sacaba la punta al lápiz y calculaba los intereses que le redituaban sus colocaciones financieras. Las inversiones le permitieron cuadruplicar su fortuna. Con los sobornos que cobraba se convirtió en un agente de intermediación financiera. Prestaba dinero cobrando tasas usurarias. La práctica salvaje e impiadosa de la usura lo obligó a conformar un equipo de cobradores que apretaban las clavículas a sus deudores.

En sus soliloquios se reía de lo fácil que era engolosinar al dueño de la verdad y cómo el embebido en sí mismo de Montaña no había atinado a comprender la mina de oro que arropaba entre sus manos. Reflexionaba acerca del hecho de que su jefe no usaba tarjeta de crédito y que estaba falto de depósitos bancarios. Irónicamente repetía para sus adentros: “Dios da pan al que no tiene dientes”.

En la cabeza de Juan Casimiro se arremolinaban los planes más imbricados. Este apañaba, anticipadamente, cualquier clase de conspiración y patraña incluso contra los terceros que no tenían vela en el entierro. Había instigado a través de Montaña una sublevación en el cuerpo de policía, una asonada de las fuerzas armadas, una insubordinación en la grey de los masones, un movimiento sísmico en la jerarquía clerical, el prevaricato de funcionarios de las finanzas públicas y aduanas, la compra de jueces, la inhibición y el voto favorable de los miembros del máximo tribunal de la República, desistimiento fiscal de acusaciones contra narcotraficantes y el apoyo

incondicional de políticos y parlamentarios para extorsionar a funcionarios o empresarios que no se avenían a las tramoyas de sus mandantes.

Juan Casimiro reunía los quilates para ser retratado como el maquinador con alma de pedigüeño. Tras su sencillez, tapaba una codicia equiparable a la del rey Midas. Había aprendido a tragarse el orgullo y a sortear las ofensas del señor Montaña. Era portador de la más sabia de las disciplinas. Sabía aguardar la reacción estúpida de su contraparte para dar el otro paso.

Conjuró su infamia con largo aliento y con la parsimonia de sus manos tejió la sutil conspiración que terminaría devorando a paganos y creyentes.

Parte de las actividades de su ayudante se vinculaban a la agenda diaria del jefe. Este no se inclinaba a los encuentros con personajes de origen turbio. La excusa para lograr que asistiese a ellos era que los bandiditos deseaban y necesitaban dialogar con él. Muchas personas indecentes presumían que si tomaban contacto personal con Montaña iban a impedir o por lo menos morigerar las acusaciones que nuestro personaje pudiera tener en contra de estos sujetos que siempre actuaban al margen de la legalidad. La colaboración demandaba la contraprestación de que la fuente se mantuviese en secreto y de que sus nombres jamás saliesen a relucir.

Además de eso, el ayudante lo persuadía a que apareciese en determinados eventos sociales. Por ejemplo, si un auspiciante organizaba una fiesta de promoción comercial era bueno que Montaña participase a los efectos de consolidar la relación. En estas situaciones merece la pena reconocer que Montaña, a pesar de su estrechez económica, nunca se dejó deslumbrar por las riquezas que los otros podían ostentar. Dentro de su sobriedad era digno y consciente del valor de la cultura y la palabra. Seguía estimando el factor cultural como la unidad de medida que identificaba quién era quién. Apuntaba que los bárbaros conquistaron Roma, pero que Roma civilizó a los pueblos bárbaros.

Su incomodidad en ciertos círculos sociales era causada por las razones que lo habían convertido en un ermitaño. Odiaba los vicios,

no podía tener trato con las mujeres, descalificaba a los ignorantes con dinero, despreciaba la ordinariez de sus anfitriones, y le costaba sostener una conversación con los que alimentaban su intelecto con revistas y semanarios con fotografías de futbolistas o con mujeres en pelotas.

Estas deficiencias humanas fueron suplidas por Juan Casimiro. En honor a la verdad, son innumerables las ocasiones en las que tuvo que terciar entre Montaña y la persona que dialogaba con él. Limaba las asperezas que provocaban las intervenciones de su asocial jefe. Este tenía la inclinación de hablar cara a cara con sus inculpados. Dejaba heladas a las mujeres y atónitos a los hombres cuando con su tosquedad mandaba al diablo al propio presidente de la República por sus incongruencias políticas.

Los que observaban cómo Juan Casimiro Valdez toreaba las situaciones embarazosas afirmaban que este tenía el cielo ganado. En la medida que la figura del ayudante fue cada vez más notoria y notable se desbordaron sus pretensiones. Fue así que, a los ojos de los que querían utilizar la verbosidad montañesa para que cañonease a un enemigo o que simplemente no aludiese a un tema que afectase sus intereses, empezaron a comprender que no era cuestión de inventar la pólvora, sino de adular y envilecer al secretario. Para zanjar alguna discrepancia con Salvador Monte de Oca o atemperar alguna de sus digresiones filosóficas se debía arreglar con su mano derecha.

El ruin asistente no solo insinuaba, sino que con gestos externaba su voluntad de transar a escondidas de su jefe. Así de fácil y de sencilla era la operación de allanarse y prodigarse en hacer buenas migas con el señor Montaña. Todas las matufias tuvieron su origen en los siniestros compromisos apalabrados entre el aborrecible Juan Casimiro y el empleador de turno.

Aunque parezca redundante, merece la pena subrayar que el señor Montaña jamás participó en la planificación, ejecución o en la distribución de los beneficios. Nunca se inmiscuyó ni husmeó en lo que se cocinaba a su alrededor. Su insensibilidad materialista neblineaba sus entendederas en lo relativo al acopio de los bienes materiales. La vida entera se pasó haciendo sumas y restas para llegar

a fin de mes. Su austeridad estaba preñada de sentido republicano, para él, los servidores públicos debían imitar a Diógenes del tonel en su pobreza, sabiduría y grandeza.

Mientras se debatía en el combate por priorizar y predicar las virtudes de la honradez y del honor de un tribuno, su auxiliar, el seminarista, ni corto ni perezoso, engendró los subterfugios para blandearse a las demandas de sus clientes. Este aprendió la técnica de cómo abordar a su jefe.

Juan Casimiro se denominaba a sí mismo *montañólogo* en el sentido de que entendía el humor y el estado de ánimo del martillador. Intuía o adivinaba cuándo era procedente entablar una conversación o retomar la discusión de una cuestión sensible. Tenía plena consciencia de que para descalificar la conducta de un empresario, artista, periodista u hombre de letras era necesario que Montaña se mostrase efusivo. La lengua mortífera era el designio montañés de que se podía destruir a los colosos con pie de barro sin necesidad de calumniar y difamar. Se cuidaba de no malgastar su influencia. Daba por sobrentendido que influir no solo depende de la capacidad del manipulador, sino que estaba determinado porque el influenciado esté con la guardia baja.

Cuando observaba que Montaña andaba con la cabeza gacha era la señal de que se lo podía manipular sobre temas que para él eran frívolos, pero que sin embargo afectaban la base y el bolsillo de los que cuentan con información calificada. Así por ejemplo, el locutor no otorgaba el peso debido a los temas bancarios, lavados de dinero, cambiarios, tributarios y contables. Fortuna acumulaban los que se apañaban en la complicidad del asistente y aprovechaban la candidez de nuestro Voltaire. La señal del mal humor o el haber amanecido con el pie izquierdo se reflejaban en cómo iba peinado y ataviado. Si no llevaba ropa planchada y lavada no había que cruzarse en el camino del jefe. Ese día había que hacer lo que él quería y no contradecirlo aunque fuese evidente la equivocación en la que se encontraba.

Juan Casimiro Valdez detentaba la más infeliz de las características de la psique humana: la mediocridad. Era un experto en calcular los pasos suyos y del otro, sin embargo, carecía de lo que hace grande a

los seres humanos: coraje, generosidad y creatividad. Accionaba como el mediocre que, con una disciplina sin grietas, decía a todo que sí con tal de no agitar las aguas sobre las que pudiese poner en aprietos su lealtad perruna. La base de la operatividad tenía una palabra que explicaba todo: traición.

29. El paternalismo putativo

Quizás la tarea más hacedera sea la de entrar en el bajo mundo del vicio y del crimen y la más espinosa salirse de él. Los actores de estos escenarios establecen la precedencia de los procedimientos sobre los fines. Con su proceder, abonan el preconcepto de que la virtud y el vicio se confunden en el féretro. Estos son los nacidos que quieren acabar con los pleitos de la forma más sencilla y abreviada. Complicarse en la ejecución de un hecho lesivo e ilícito puede hacer que el resultado termine siendo superfluo. Instala el rumor de la ineficacia que es la peor descalificación para la popularidad de un gánster. Por eso prefieren amputar a descoagular y un tiro en la cabeza a una ráfaga de metralleta. Sin miramientos obedecen las órdenes y calculan que el espíritu grupal debe ser invulnerable y hermético.

Desde su precario modo de pensar conciben que el crimen iguale a los que salpicó y manchó. Delinquir y asesinar de a dos es mejor que hacerlo solo. Coligen que las jugadas y los planes individuales tienen efímera duración, pues estos discurren como el agua entre las manos. Los partidos se juegan en equipo y cada equipo tiene un capitán. El tándem, la gavilla y la sangre hermanan a los opuestos. En los profesionales de la delincuencia el crimen estrecha los lazos en forma inextricable.

De entrecasa en conversaciones, coloquios o fiestas de distensión resulta inabordable referir planes futuros. La vida está anclada en el presente, se vive el instante, se acepta que es una profesión sin jubilación. El sueño clase mediero de la casa propia y el familiar de esposa e hijos están vedados. Es de cobarde el precautelarse contra el futuro. La jefatura se ejerce con un sentido paternalista y vertical. El cabecilla carga con la obligación de abastecer de todo lo que haga

falta. De ningún modo reaccionan contra las situaciones que no los afectan, se aferran a la norma de que: “Agua que no has de beber, déjala correr”.

No perdonan la deslealtad, por traición degüellan a los de su sangre como a cualquier hijo de vecino. Desautorizan a los líderes morosos que se lo piensan dos veces antes de hacer algo. Están guiados por la monomanía que encoge la decisión a la alternativa de que: “Estás conmigo o en mi contra”. Se vanaglorian de haber hecho las paces con el cielo.

La impaciencia los consume a la hora de cobrar sus cuentas, detestan que quede un cabo sin atar, y sienten un altivo desdén contra los que deshonran su cuna y sus ganancias. Sus ataduras caducan solo por una mujer de pasión desabrida y sucia.

Hermenegildo Gastón Cañete era uno de esos que no se molestaba en amenazar a sus víctimas y deudores. No era un matarife del montón. Simbolizaba la figura expeditiva y determinada del acreedor en los juicios ejecutivos. No se andaba con medias tintas e iba directo al cobro de la deuda o a la caza del deudor. No le gustaba andar con amenazas. Según él el proferir amenazas o el acto mismo de amenazar demostraba una pérdida de autoridad y de liderazgo.

Dirigía una banda de malevos que tenía su centro de actividad en la región fronteriza. El número de dirigidos no era grande, se trataba de un grupo pertrechado con armas de todo tipo y calibre. El número disminuido de su pandilla no se debía a que hubiera tenido muchas bajas o al hecho de que no se quisieran adherir a él. Era partidario de los grupos pequeños porque se facilitaba la comunicación, el apoyo logístico, la movilidad y el blindaje de las operaciones.

En el hampa no había quien no hablase de su misterio, de sus golpes, de su crueldad, de lo bien que recompensaba a los muchachos y de la formalidad que le imprimía a sus transacciones. Era conocido por ser estricto con los procedimientos, buen pagador y muy puntual con la entrega de las mercancías. Se comportaba como un canónigo con respecto al credo, al ritual y las liturgias que orientaban a las logias mafiosas. Hasta sus cuestionadores lo consideraban un legalista empedernido que acataba devota y copiosamente los mandamientos

de la mafia. La palabra empeñada y el juramento estaban por encima de la ley.

Las actividades que llevaba a cabo se erigían en expectativas lineales, puntuales, tajantes, predecibles y confiables. Dejaba que sus contratos se rigiesen por el principio romano de la *bona fide*. Los contratos debían ser servidos de buena fe y no había justificación que excuse su caducidad o su interpretación dolosa. Ningún pretexto tenía suficientemente peso para invalidar e incumplir las estipulaciones de lo convenido. Su noción de los contratos estaba bañada en acero, basada en el principio de la reciprocidad, inalterabilidad y en la petrificación de sus cláusulas. En la hipótesis de que acaeciesen hechos aleatorios o que las circunstancias bajo las cuales se había celebrado el contrato cambiaran radicalmente, lo pactado se debía cumplir a toda costa y como dé lugar.

Consumaba las obligaciones tal como las había negociado y si la contraparte no efectuaba la contraprestación en plazo y forma, Hermenegildo se inclinaba a favor de las soluciones crueles pero prácticas y sumarias. Cuando se trataba de honrar las obligaciones asumidas era fanático de las formas simples e irrevocables de cómo se tenían que efectuar los trámites. Eran afamadas sus cirugías que extirpaban de raíz el tumor cancerígeno y que significaban la eliminación de mafiositos de casino y burdel. Sin mediar consulta ponía precio a la cabeza del ínclito y ordenaba que se lo aplomara, vale decir, que se lo llenara de plomo. El daño causado por la insolvencia o la mala fe del descarado estarían definitivamente subsanados cuando Hermenegildo pudiese, trajeado de negro y encorbatado de verde, zapatear sobre la tumba del extinto. En definitiva, el que incumplía con él sabía a qué atenerse. A pesar de que habitualmente rezaba jaculatoria no había causa atenuante que aguijase la piedad cristiana del vengador.

A Hermenegildo le decían Hermes o Gastón. Los que dialogaban con él abreviaban su nombre y lo tuteaban llamándolo en forma intercalada e inadvertidamente con ambos nombres. Gastón era su apellido heredado del padre y Cañete de la madre, pero era tan grande la confusión que reinaba con respeto a sus patronímicos que incluso

para sus más próximos Gastón era también su nombre. Los recién llegados y los de menos confianza le decían señor Cañete. No se resistía ni se disgustaba por el tuteo de los subordinados o de los integrantes de las demás pandillas. La firmeza que imponía en la protección del clan era un signo halagador de su personalidad, esta no era enigmática, pero no por ello dejaba de transmitir mística y malevolencia. Con él, los límites de la confianza estaban perfectamente demarcados. Quien lo defraudaba era hombre muerto y si quedaba pendiente algún pasivo en metálico correspondía que el saldo fuese honrado por los familiares sobrevivientes del patibulario.

Nadie, cuando lo convocaban, pronunciaba su verdadero nombre. Él mismo desaprobaba que lo llamaran por su nombre de pila. Desde sus años de primaria, en la escuela, no pudo superar la vergüenza que sentía cuando lo citaban por su nombre. Cuando las maestras pasaban lista, se ruborizaba al escuchar Hermenegildo. Sus camaradas de aula recordaban y contaban que un amigo que le quiso festejar una hazaña llamándolo por su nombre recibió como reacción un trompazo que le provocó al compañerito festejador un moretón en el ojo.

Se cuenta que decía: “El nombre de Hermenegildo lo asocio con el perejil y esta planta es tóxica para los loros y para mí”. En honor a la verdad, eran pocos los que conocían que Hermenegildo era su verdadero patronímico. La mayoría que le tenía miedo o profesaba admiración y los que por primera vez tomaban contacto con él, se dirigían llamándolo “Polaco”.

Asimismo, si en un grupo de hampones, de policías o de jueces, estos hacían alusión a Hermes Gastón Cañete utilizaban también el sobrenombre de Polaco. El alias resultaba de la impresión óptica que causaba el color de su piel blanquecina. Se le puso ese apodo porque su rostro enharinado se enrojecía como un metal maleado por el fuego cuando presentía que sus instrucciones iban a ser desobedecidas o mal interpretadas.

Todos sus actos criminales los había efectuado con la mano izquierda. De niño, jugando con la máquina de sierra circular en la carpintería del padre de un amigo, se cortó el dedo índice, el anular y el meñique de la mano derecha. Este impedimento no fue óbice para

que su confianza en sí mismo mermara. De nacimiento era diestro, pero no tuvo inconveniente en disciplinar la mano izquierda como sustituta de la discapacitada. Con la siniestra disparaba, escribía, y agarraba el tenedor. Utilizaba la diestra para santiguarse y para auxiliar a la izquierda a la hora de estrangular a los traidores. Pavoneaba de su condición de juez patibulario y salomónico. Palabras más, palabras menos, decía que dejaba correr poco tiempo desde que pronunciaba la sentencia hasta que la ejecutaba.

Legalizaba la forma sumaria de administrar justicia con el argumento de que no había ningún mal que se hubiese curado duplicándolo. El Polaco no toleraba hacer esperar a la muerte, divagar con dislates y que lo endiosasen. Sus deseos de que lo cumplimentasen no los reprimía sino que los tenía amansados. No se tiene noticia de manifestaciones suyas de megalomanía o de que haya inducido a que se ufanasen de su astucia o valentía.

En el círculo de los próximos corría la voz de que ocasionalmente distraía los oídos para escuchar ciertos halagos hacia su persona. Las celebraciones que permitía que se le hiciesen debían ser moderadas y creíbles. Cuando algo le resultaba inverosímil y fantasioso se enfadaba y mandaba hacer callar al expositor.

Hermes Gastón alias el Polaco era un ajustador de cuentas al que le agradaban la realidad y la veracidad de los relatos. No se inmutaba cuando el cuerpo de un moribundo jadeaba y la sangre fluía a borbotones, pero la locuacidad que se usaba para esconder una mentira le hacía subir la sangre a la cabeza. Estos rasgos de austeridad ratificaban su fama de que siempre cumplía con lo que decía y prometía. De antemano se sabía que solo tomaba lo que le correspondía.

No rapiñaba ni se encamaba con las viudas de sus víctimas. Respetaba la memoria de los caídos. Luego de las refriegas rezaba por los muertos de ambos bandos y añadía que: “asesinar por dinero no es un error, pero morir por él es la última equivocación que se comete”. Los que se cruzaban con Hermes Gastón lo definían como un hombre derecho, con las pelotas bien puestas y que honraba la amistad y la palabra aunque se viniese el mundo abajo.

De sus víctimas y perseguidos sustraía lo que, según el contrato, se le adeudaba. Terminada las sumas y las restas distribuía pródigamente el sobrante entre la viuda, los huérfanos y los demás deudos. Aunque le metiese el revólver en la boca o pisase la cabeza a un canalla no abusaba del triunfo. Ni una moneda de más ni de menos. Siempre repartía equitativamente las ganancias e intuía que la tropa aumentaba su determinación si era partícipe del botín. En absoluto consultaba antes de hablar. Cuando tomaba la palabra se dirigía a sus escuchas con meridiana claridad. Pronunciaba las palabras con meticulosidad porque no quería repetir sus instrucciones. No admitía la coartada de que no le habían entendido. Cuando alguien se atrevía a decirle que no lo había entendido y que a causa de eso no había podido cumplir la orden, le hervía la sangre y provocaba una reacción iracunda. A pesar de que se sumergía en una vorágine de furia no vejaba a los subalternos. Eran contadas las situaciones que lo hacían actuar con bronca colérica. La mayoría de sus decisiones las reflexionaba hasta el colmo de llegar a escribirlas. Se enervaba cuando le hacían malbaratar el tiempo.

La reprimenda a un novato podía tener lugar si era interrumpido cuando rezaba o meditaba. Para rezar se arrodillaba y sus oraciones eran rogatorias al Espíritu Santo Paráclito. Cuando necesitaba meditar se sentaba en una silla adosada a la pared y tamborileaba los dedos de la mano sobre el muslo de la pierna izquierda. Los nuevos enrolados en su grupo eran instruidos en el arte de no incordiarlo con pequeñeces. Todos aprendían de buenas a primeras los momentos y las causas por las cuales uno se podía hacer merecedor de la ira del Polaco.

Su personalidad era clara y estaba alejada de ser una materia nebulosa. Los que aprendían las reglas y las exigencias trabajaban con él sin inconvenientes. Educado en la doctrina del realismo delictual no aceptaba que le adoctrinasen el corazón con prohibiciones arcaicas como la de no matarás en nombre de tu dios en vano o le neblineasen la mente con el presentimiento mágico de que perro que ladra no muerde. En su razonar, todos los problemas podían ser resueltos, pero la solución era siempre simple, definitiva y única.

La educación del Polaco estuvo inculcada por un ascetismo trapense. A su alrededor no pululaban las rubias color platino, no se compraba automóviles lujosos ni joyas o relojes de oro. Era de esos tipos que agrupan discreciones para fortalecer su poder y engendrar la magia del carisma.

No dejaba que lo fotografiasen ni lo retratasen. Su fisonomía era conocida solamente por los que lo veían en persona. En su prontuario policial se tenía una fotografía de él cuando aún era mozuelo. Esta imagen suya fue lograda debido a que pernoctó en la comisaría por posesión de marihuana.

La descripción física que se hacía de él era la de la tradición oral. El acopio de las historias y las pinceladas sobre su vida arrojaban anécdotas patéticas pero plausibles. Las más creíbles lo pintaban como un hombre alto y para nada espigado. Decían que su piel era blanca como la leche y que su cuello largo con prominencia laríngea lo afeaba, pero le daba un toque muy varonil. Las extremidades estaban bien vertebradas y su cabeza rectangular armonizaba con su estructura ósea. Era, a pesar de su corpulencia, de un porte simétrico y compaginado. La longitud de su estatura y su mirada firme revelaban la típica personalidad de los que no escatimaban esfuerzos en el momento de dar un escarmiento. Nunca se desposeía de su aire hierático y su tamaño no era óbice para que no coordinara sus movimientos. Su frente prominente, el amarillo yodado de su cabellera raleada, el azul grisáceo de sus ojos, la nariz triangular y la boca dentada y cuadrada transmitían la imagen del hombre que era juez y parte de los incidentes en los que estaba envuelto.

Todas las formas en las que se podía expresar denotaban su sentido de la autoridad. Hasta por los poros transmitía su don de mando. Ni enfermo desistía de sus ademanes y de sus movimientos con los que irradiaba respeto y marcaba la distancia.

Caminaba de manera envarada, rígida y vertical. Ocupaba la cabecera de la mesa y después de comer le ofrecían su habano con el que se entretenía haciendo de las bocanadas de humo argollas. Solía guardar prolongados silencios y con su discreción e inmutabilidad helaba a los comensales, entre estos no había quien se animase a

rezongar. Nadie en su entorno podía disminuir la magnitud de su fuerza o anublar su temperamento unívoco. Se ensimismaba y se mantenía callado por un considerable tiempo, no obstante, su presencia era sentida con más intensidad por sus acompañantes.

Cuando retomaba el uso de la palabra disminuía la densidad del aire y los presentes actuaban como si no hubiese habido un compás de espera, las entrevistas se reanudaban y continuaban con el mismo tenor y las mismas expresiones. Aunque su obrar podía parecer mecánico, era la constatación de una personalidad acrisolada a través de una vida de privaciones.

El Polaco se educó en las enseñanzas del anonimato y del rigor sentimental, y sus pautas de conducta no estaban exoneradas de la economía de la escasez. Cuando bebía güisqui lo ingería de un trago y cuando una mujer era de su agrado no revelaba en público su voracidad sexual.

Se tenía por sentado que estaba terminantemente prohibido hacer chistes con él sobre temas sexuales u otros hábitos licenciosos. Debido a sus recelos de aparentar necedad vedaba a sus adláteres el diálogo sobre temas íntimos, sensibles o familiares. No disfrutaba de las mujeres de belleza artificiosa o de las rubias oxigenadas. Así como no llevaba tatuajes en la piel, tampoco tenía consigo un harén de jovencitas. Nunca se descocó por mujer alguna ni se desquició por el consumo de drogas. No se drogaba y solo accedía a que sus muchachos se drogasen antes de un enfrentamiento. Tendía a la monogamia, una mujer a la vez.

En esta pandilla de bandoleros por razones de verticalidad, de seguridad y del mantenimiento de la paz interior, las mujeres que eran reclutadas para aligerar la existencia y la contención sexual de los muchachos, debían someterse a la observación *ex ante* del Polaco. El estudio previo no implicaba manoseos ni el deber de mostrarse desnudas. El canon del respeto a las señoras devenía del amor a su madre, la cual había ejercido la prostitución para alimentar a Hermenegildo. En reiteradas ocasiones, este presenció cómo abofeteaban y esclavizaban a su madre. De niño visibilizó las penumbras de la vida y premura de la existencia. Su precoz y súbito

ingreso a la ilegalidad era debido a que con sus propias manos acuchilló a un cafisho que azotaba y explotaba a su progenitora.

Por el crimen cometido debió huir, proteger a la madre y no socializar en público. Le pusieron precio a su cabeza. Los capos mafiosos decretaron al unísono la muerte del recluta que tuvo la osadía de asesinar a un patrón. El ejemplo no debía cundir porque si esto llegara a suceder afloraría el caos y la anarquía. Hay que decirlo con claridad y escribirlo en negritas, también la mafia reclama un orden que imponga leyes eficaces.

Retomando el asunto de la admisibilidad, se puede concluir que, solamente después de que el Polaco hubiese demostrado su desinterés y su anuencia, la nueva adquisición femenina podía pasar a manos de sus secuaces. Estos recibían la venia para gozar de los servicios sexuales siempre y cuando se enmarcasen en los patrones de inviolabilidad de los derechos de la mujer, la estricta reserva y el respeto al derecho al descanso de los demás compañeros. El jefe tenía todo bien pensado y en caso de que alguno de sus bandidos se propasara, golpease o violase a la inquilina, en ese instante estaba firmando su sentencia de muerte. Todos estaban advertidos de la vigencia de esa legislación: quien cometiese un exabrupto debía acatar las consecuencias de sus acciones.

30. JUVENTUD, DIVINO TESORO

Como todo hombre con poderío, Hermes había escogido entre sus auxiliares el que hacía las veces de su mano derecha. Este estaba encargado de realizar tareas de diversa índole, entre otras, dedicarse a la guardia de sus bienes. Era una suerte de auditor de gestión, o sea, la vista y oídos del jefe. En este hombre de su confianza el Polaco delegó la función de efectuar el control *ex post* de las operaciones. Ejecutadas las órdenes según el protocolo, este prototipo de cancerbero se encargaba de evaluar la ejecución, su impacto y sus efectos ulteriores. Tenía que cerciorarse de que se hubiera liquidado a quien debían asesinar, si se había descuajeringado al que debían descuartizar, si abofetearon al que debían amedrentar, si le habían torcido el brazo al que debía pagar, si fue sobornado el policía que debían anestesiar y si los venales jueces y fiscales habían recibido sus premios y regalos.

Pero el rol más importante que desempeñaba este joven era el de testaferro. Bajo su nuevo nombre y apellido y con la correspondiente documentación falsificada abrió cuentas bancarias en el país y en el extranjero. Ningún integrante de las fuerzas del orden lo conocía por su pasado, no existía expediente alguno de él en ningún polvoriento anaquel del poder judicial, y no estaba registrado en el sistema financiero como persona sospechada. Estas facilidades, su garbo, su elegancia y refinamiento hicieron de Andrés Santander la persona ideal para actuar de suplantador del Polaco.

Su apoderado no tenía puerta que se le cerrase y como andaba con disponibilidad financiera, su arribo a cualquier escenario de la clase alta era festejado como el de un prócer de la independencia. Al prestanombres lo apodaron con un seudónimo onomatopéyico que recreaba el sonido de los disparos de armas. Se lo denominaba “Bang bang” porque retransmitía la orden de disparar contra la humanidad

de los que llevaban sobre su cabeza la sentencia de muerte.

Nadie tuvo el coraje de pronunciar este apelativo onomatopéyico con sorna o en broma. Cuando el Polaco lo mencionaba, lo hacía con la misma solemnidad con que pronunciaba sus órdenes fulminantes. Bang bang provenía de una clase social superior.

De lejos parecía un dandi. Su manera de hablar y de comer refrendaba la presunción de que no procedía de una cuna espuria y canallesca. Cultivado y educado en los mejores colegios privados, hacía gala de su versatilidad y su sapiencia. De niño ya demostraba sus instintos criminales y su cleptomanía. La trampa, lo torcido y la agresividad fueron la constante en su infancia y mocedad.

Un tío le inoculó la vocación de coleccionista de sellos postales. Para tal efecto, su padre le había regalado una cantidad semanal de dinero, que hizo que el polluelo revelase una obsesión compulsiva y que no se sació hasta tener la colección más grande del barrio. Llenaba los álbumes con estampillas que bajo coacción compraba de sus otros amigos filatelistas.

Desde su tierna edad esclavizaba a sus hermanas en servicios que le hacían confortable la vida. Los niños mayores que él huían al verlo venir. Era normal que se enfrascase en pueriles discusiones en las que, a fuerza de trompicones, terminaba imponiéndose. La morbosidad precoz que lo dominaba le hacía disfrutar de su estilo agrio e intimidatorio.

Antes de cumplir la mayoría de edad se enfadó y rompió relaciones con su familia. El padre le propinó un castigo ejemplar por haber falsificado su firma y la de sus amigos. La intención del menor de edad estaba motivada por su deseo de amasar fortuna con la rapidez de la luz. Se deleitaba viendo el dinero contante y sonante. Su arquetipo encajaba en el del adolescente que no nació para esperar y que deseaba conquistar el mundo en dos patadas. Su mente brillante y su sagaz imaginación le permitieron forjar un plan arriesgado y genial. Inventó una ingeniería financiera a través de la cual giró, sobregiró e inundó la plaza financiera con cheques falsos y cuentas con nombres de fantasía. Fue el padre quien descubrió la matufia de su descendiente y lo castigó sin contemplar los daños que el castigo

causaría al buen nombre familiar.

Con sentido draconiano de la pena, el progenitor no cedió a los reclamos de la madre y allanó el trabajo de los tribunales. No se le pasó por la mente apelar la sentencia de enviarlo al correccional de menores. A pesar de los pesares maternos, el hijo fue a terminar con sus huesos a la cárcel. Luego de purgar su pena por estafa, recobró su libertad ambulatoria y encontrándose en ese estadio de supervisión carcelaria, organizó y efectuó un asalto a mano armada contra la sucursal de un banco propiedad de una familia amiga. Estaba en conocimiento de las coordenadas de la seguridad porque escuchó las conferencias del padre con el dueño de la entidad bancaria. Una vez consumado el hecho, el adolescente desapareció del mapa. No se supo nada de él hasta que empezó a corretear la versión de que lo vieron cuando se arrojaba a las aguas de un río caudaloso que atraviesa esta zona subtropical. Sin excepción, todos fueron embaucados con el subterfugio del suicidio. El supuesto suicidio del hijo casi significó el divorcio de los padres. Entre los progenitores se entabló una querella que giraba en torno a la culpabilidad por la falta de cariño y el reproche a una educación orientada a los bienes materiales. Ambos se reprochaban el haberle tolerado su desenfado contra la religión y no haber combatido su dualidad e hipocresía.

Sin resistencia, se instaló la versión de que Andrés se había quitado la vida por su libre albedrío. Imaginariamente comentaban los charlatanes que fue arrastrado por las aguas y una barcaza de trasporte arrolló su cadáver destrozándolo en pedazos. Su padre, que nunca aclaró porque recelaba y no lo quería, fue el primero en alentar y ventilar las supuestas razones que arrastraron a su hijo a tomar una decisión tan drástica. De acuerdo con los argumentos de la versión propagada por el ascendente, el final de su descendiente estaba a la vista de todos y era una cuestión de tiempo que la bomba estallase. El papá no se cansaba en el intento de convencer de que su hijito era un torcido y que solamente por error podía convertirse en un hijo pródigo. Para el padre, el hijo no tenía absolución y sellaba su razonamiento con un argumento empíricamente verificable: “El árbol que crece torcido no se endereza nunca jamás”.

Andrés Santander no era el verdadero nombre del joven que se afanaba en delinquir y actuar al margen de la ley. Emmanuel Leloir Capdevilla era la gracia de quien se convirtiera en vida en el segundo hombre de la mafia. El Polaco vivió toda su vida en la sombra y, en cambio, Emmanuel Leloir o Andrés Santander era el típico personaje escudriñado por las luces de las cámaras. ¿Cómo fue posible que este individuo dado de baja por su familia, inscripto como muerto en el registro civil de las personas y declarado muerto por la sentencia judicial en su juicio sucesorio pudiese actuar en sociedad, comprar casas, edificios, terrenos, estancias, estaciones de servicios y acciones en la bolsa sin que nadie remediase que se tratase del milagro de la resurrección de Emmanuel Leloir Capdevilla?

31. La piel de Judas

Emmanuel Leloir, desde que tomó conciencia de su identidad, quiso reinventarse como persona. Su inclinación por el crimen no respondía a los dictados de la necesidad. Nació en una familia acaudalada y tenía la garantía de que moriría dentro de su condición burguesa.

Delinquir, bravuconear, su rechazo a la lógica especulativa, su adhesión a los valores de la patanería, su atroz preferencia por la praxis venal, su necesidad de bordear la muerte para sentir la existencia verdadera, su descalificación a las anémicas emociones de la vida y su repudio a la mediocre estatura moral de la cotidianeidad fueron las razones que fulguraron en su mente y corazón y las que lo impulsaron a insertarse en el crimen organizado.

Desde niño, este joven parido y criado en el corazón de la clase alta, estuvo acicateado por la inescrupulosa ilusión de fraguar el más espectacular de los robos. Con afiebrada imaginación urdía planes y matufias que parecían inverosímiles, pero que por la descripción escrupulosa de los detalles, la cronometría del tiempo y la copia de los planos edilicios denotaban una astucia artística y delincuencial. En su infancia y su juventud se pasaba leyendo novelas policíacas o viendo películas de malvivientes, de mafiosos, de asesinos seriales, de estafadores y de asaltantes. Fomentaba su adicción al crimen tramando juegos con sus amigos en los cuales los policías competían contra los bandidos. No se trataba de las diversiones en las que el bien combatía el mal. La lucha que se tramaba no se detenía para definir si el bueno de la película era mejor que el malo. El alguacil y los bandidos solo se diferenciaban por el rol de perseguidor y perseguido. La trama consistía en la emulación de juegos agonales que trazaban sus reglas sobre el principio del neutralismo axiológico, esto es, para ganar valía todo y daba igual personificar el papel de policía o

representar el del maleante. El robo, el asesinato y la purgación de la pena se equiparaban con la protección de la vida, con la defensa de la propiedad y con la libertad. La libertad más noble era la concedida bajo palabra, la solidaridad más integrista la acreditada por la sangre, y la muerte heroica la acaecida en una acción beligerante.

Emmanuel siempre se enrolaba en el bando de los maleantes. Conservaba el hábito de identificarse con aquellos que derrotaban a los agentes del bien. En su escala de valores consideraba héroes a quienes los demás consideraban antihéroes. Su visión del pandillero estaba impregnada de la figura del héroe romántico. Desde el fondo de su alma añoraba que su superhombre exhibiese una voluntad rupturista con el canon social y que no se muriese en una balacera, sino que se dejase asesinar por un amor truculento y despechado. Según su valoración, los fuera de la ley debían marcar el mundo y no el mundo marcarlos a ellos.

Todas las evidencias inducen a pensar que Emmanuel fue concebido con el germen de la malicia y que durante el transcurso de su niñez y su juventud había incubado el virus de la perversión, que llegó al acabose al traer a sus familiares por la calle de la amargura. Emmanuel Leloir o Andrés Santander terminó siendo un delincuente orgulloso de su oficio, obediente, simpático, ingenioso y moralmente convencido de que la ética de los resultados era la que primaba entre los hombres y no la de las buenas intenciones.

Emmanuel Leloir se transformó en Andrés Santander de la forma más descabellada y creativa. El joven decretó el deceso de Emmanuel para decretar el nacimiento de Andrés. La desaparición del mozuelo mutó en suicidio debido a que cayó en manos de sus padres, lo que vino a ser su despedida testamentaria. En un papelógrafo que adornaba la sala de estudios escribió un adiós desgarrador y definitivo. En el texto decía con todas las letras que iba a suicidarse para saldar su deuda con la vida. Pedía perdón por haber mancillado el apellido y por los dolores de cabeza causados. Se retrataba a sí mismo como la oveja negra de la familia. Agradecía a sus padres por haberle dado las oportunidades que otros progenitores no pudieron ofrecer a sus hijos. Se disculpaba por haber llevado una vida disipada

e infértil. Afirmaba que ya había pasado la hora de los lamentos y que cuando esta carta se estuviese leyendo él estaría purgando sus pecados. Continuaba pidiendo el perdón divino y el de aquellos que él había lastimado. Finalmente, se despedía de sus padres rogándoles que lo comprendieran y que no lo olvidasen, que él desde cielo sería el ángel de la guarda de sus seres queridos. Las últimas palabras eran conmovedoras: "Los amo con toda mi alma. Recen por mí y no me dejen solo". Este manuscrito fue considerado como el acta mortuoria de Emmanuel. Todos sus conocidos y familiares se tragaron la mentira de que se había arrojado a las aguas y de que su cadáver había sido arrollado por una nave fluvial.

Cuando el fraude se transforma en un hecho veraz significa que la realidad falseada ha sido revelada con más solemnidad que un cometido científico. La recuperación de la veracidad de los hechos implica incriminar a quien corresponda. Siempre hay más de un implicado a la hora de darle visos de realidad al engaño. Así por ejemplo, la candidez, la falsa conciencia, la negligencia y la estupidez de la gente arroparon de realidad el supuesto suicidio de este genio del mal.

32. Alguien a quien emular

Como ya se dijo, el intelecto de Emmanuel era voraz y transgresor. Investigaba lo que estaba a su alcance y también lo que no, devoraba las lecturas criminológicas. Husmeaba por donde creía poder acceder a informaciones útiles para las fechorías que estaba fraguando. De ahí que se convirtió en un testigo calificado de las sobremesas de sus padres. Pedía permiso para compartir el postre y como quien no quiere la cosa, ponía atención a lo que oía. En los coloquios de los mayores solía ser un tema trillado la figura del Polaco. Este era tratado como el principal enemigo de la sociedad. Era unánime la opinión de que era un salvaje con alma de forajido y con instinto homicida. No había quien no percibiese y destacase que no se trataba de un vulgar asesino o de un ladrón de poca monta. Hasta sus acérrimos perseguidores lo consideraban peligroso, sanguinario, inteligente y caballero.

Los que con tibieza y solapadamente ejercían la defensa de lo que el Polaco representaba repetían como loritos que no había que menospreciarlo porque era un hombre que personificaba el resentimiento social. Su astucia y su temeridad llegaron a tanto desparpajo que en ocasiones anticipó y dio señales claras de que asestaría un golpe.

En el mundo virtual no había un solo retrato del Polaco. Por su invisibilidad y la eficacia de sus ataques los jóvenes lo llamaban “El Fantasma”. Se rumoreaba que la incompetencia de la policía nacional alcanzaba el límite de lo impensable puesto que no tenía ni una imagen ni tampoco sus huellas digitales. Los servicios de espionaje estaban despistados y no se vislumbraba ninguna posibilidad de atraparlo.

El más buscado, el fantasma, se transformó en el héroe de

Emmanuel, quien a sus escasos años de vida ya era un conocedor aguzado de la indecencia humana. En la figura del Polaco se reverberaba la imagen rebelde e inspiradora de los individuos indómitos e indomables.

Como la psicología avanzada enseña, los jóvenes procuran imitar a esta clase de rebeldes cuando transitan en la etapa en que sus corazones desbordan energía y su imaginación sueña con frenesí. Le importaba un comino lo que decían de su ídolo. Los cuentos de los asaltos, del tráfico de drogas, las formas de ajustar cuentas, el misterio de la clandestinidad, el romanticismo de luchar contra el mundo, las infalibles virtudes épicas del héroe y el furor que excitaba en los sectores populares eran miel en el oído de quien buscaba realizar su destino en el hampa.

Prefería la figura pinturera, sacrificada y aguerrida del homicida a la de los acartonados y apergaminados pudientes. El Polaco se constituyó en el mito que se alimentaba de la avidez y de la candidez del joven. La imaginación de Emmanuel se afiebraba con solo soñar que próximamente se juntaría con el Polaco para hacer temblar a los vivos y a los muertos.

Y como sucede cuando en la vida se tiene una personalidad determinada a persistir y conseguir una meta, el Polaco y el joven tuvieron su cuarto de hora. Se encontraron por las fuerzas de las circunstancias o como sabiamente asevera el proverbio popular: “Dios los cría y ellos se juntan”.

Todo lo increíble de esta parte de la historia sucedió por la infalible ley de la satisfacción cuyo estadio ideal ocurre cuando se juntan el hambre con las ganas de comer. El delincuente juvenil, a su paso por la cárcel del menor, tuvo la oportunidad de contactar con adolescentes que eran hijos o vecinos de los hijos de los que conformaban la gavilla de matones que trabajaban a las órdenes del Polaco.

Al salir del correccional, el jovenzuelo continuó con su esfuerzo de encontrarse con su personaje mitológico. Buscaba tesoneramente y con la prudencia de no levantar ningún tipo de sospecha. Se movía y hacía sus averiguaciones con el sigilo de quien camina con los pies de puntillas. Su buen olfato, su discreción y su discernimiento pronto se

hicieron notar a los ojos del que veía a larga distancia sin usar catalejo. El Polaco le allanó el camino y para salvaguardar al novicio encomendó a sus matones que lo espiasen. Debían impedir que una pregunta de más o un gesto llamativo desatasen la curiosidad de los soplones.

¿Por qué diantres el Polaco quería encontrarse con Emmanuel? ¿Cómo podían complementarse un hombre entrado en años y proveniente de una familia de baja estofa con un menor de edad que era precoz, superdotado, ambicioso y de alta alcurnia?

Ni el Polaco ni Bang bang abandonaban sus objetivos al libre albedrío del azar. Compartían la afinidad por las cosas bien hechas. Por ello los obsesionaba la planificación de sus procedimientos y la consecución de sus metas. A pesar de sus precauciones eran dos clasicistas que tenían a bien no desconcentrarse con la abundancia de las formas o la facundia del verbo.

Emmanuel andaba como un perro de caza tras las huellas de los amigos del jerarca del hampa. Por donde andaba, dejaba sus rastros para que le hicieran saber al Polaco que deseaba tomar contacto con él. Se debe tener siempre en cuenta que para las clases superiores, Emmanuel se convirtió en difunto sin tumba, uno de esos que se olvida, pero que sus fechorías y leyendas se resisten a perecer.

Al final, con su recuerdo sucedió lo que le sucede a todo lo que difumina por no haber patrocinado un portavoz o heredero. Lentamente el paso del tiempo se ocupó de nivelar el drama del adolescente con un fallecimiento cualquiera. Escándalos, desfalcos, prevaricatos, estelionatos, asaltos a mano armada y con el rostro descubierto contra las arcas del Estado e innumerables acontecimientos posteriores, desplazaron de la memoria la imagen trágica del menor de edad que optó por la muerte antes de seguir deshonrando el apellido familiar.

El fallecido fue olvidado por sus consanguíneos, sus agnados y los periodistas. Después de un par de años transcurridos, los ojos esponjosos de la sociedad apuntaban hacia la nueva cúpula de las partidocracias que se conformaba con las pandillas de politicastros, malhechores de cuello blanco, amantes desaforados, meretrices

siliconadas, narcotraficantes, pederastas y toda la legión de badulaques que rubrican un destino decadente.

Liberado del control social, el joven que fingió su muerte continuó puntillosamente con sus planes. Tenía claro que para navegar en la galaxia de su ídolo debía desplazarse hacia él. De su padre, que se autoproclamaba un gran empirista y dilecto alumno de Francis Bacon había aprendido que si la montaña no iba hacia Mahoma, Mahoma iría hacia la montaña.

Así que, dicho y hecho, Emmanuel se dirigió a lo que una persona con dos dedos de frente denominaría la boca del lobo. Sin una pizca de miedo y con la ansiedad de quien no tuvo una larga espera tras de sí y no desea tenerla, el principiante se puso al alcance de las garras del Polaco e hizo todo lo que estaba en sus manos para ser capturado y convertirse en rehén del peligroso criminal.

Necesitaba la reunión para persuadirlo de que podía ser una pieza vital en los jaque mate del ajedrez hampón. Para Emmanuel, el Polaco representaba el eslabón que le hacía falta para acceder al estatus de capo mafioso y para el experimentado criminal el joven podía ser la conexión con la legalidad.

El menor de edad era consciente de que no poseía un currículo acorde con el nivel corporativo de la gavilla de la que quería ser miembro. Sin embargo, nadie podía desconocer que su cuna lo habilitaba para establecer contactos con los personajes empilchados, ensoberbecidos, endiosados y amortizados por el mundo de la política y las finanzas.

El secuestro se produjo sin que el secuestrado opusiera defensa. Este se hallaba esperando que sucediera. Había tomado la iniciativa y no podía retroceder. Estaba convencido de que el Polaco era un visionario y que deseaba mantener su racha invicta y su reputación sin mácula. Presentía que la genialidad de su apóstol tenía el misterio de los que nacieron con un hado favorable. No conocía el camino directo que lo llevaría hacia su ídolo, pero presentía que este lo estaba poniendo a prueba y que la maratónica paciencia era el primer examen que un neófito debía absolver.

Tan obnubilado estaba Emmanuel que durante esta dulce espera

dormía sin ponerle cerrojo a la puerta del albergue donde se había hospedado. Para cobrar notoriedad y visibilidad se alojaba en un hotel de una carretera que por un ramal se entroncaba con una ruta cuyo punto final era un puesto aduanero y policial. En una de esas noches que intentaba conciliar el sueño el milagro sucedió. Dos sujetos armados irrumpieron en su habitación alborotando el silencio de la misma.

Emmanuel les dijo:

—Actúen con la calma y tómense todo el tiempo del mundo. No me golpeen, no me resistiré. Quiero entregarme.

Como si no hubiesen escuchado la solicitud lo tumbaron sobre su cama y cogiéndolo del pescuezo lo tiraron boca abajo y lo enmudecieron con una gasa. Se apoyaron sobre sus piernas para neutralizar toda posible oposición. La violencia perpetrada no iba acompañada de un coro de gemidos o respiraciones altisonantes. Cuando estaba inmovilizado, casi yerto, le juntaron las muñecas por detrás de la cintura. Lo engrillaron con aire intimidante. Con ayuda de los matones, se puso de pie y fue zarandeado con la intención de que su sangre circulase con rapidez y pudiera vigorizar su musculatura. Los raptores se dieron cuenta de que el mocoso estaba predispuesto a colaborar y aflojaron sus precauciones. Luego de esperar a que el muchacho se aplomase sobre sus zapatos, lo asieron del brazo y direccionaron sus pasos hacia el automóvil que los estaba esperando con el motor en marcha y la puerta abierta.

El viaje del albergue al campamento se alargó durante más de una hora. El imberbe no estaba atemorizado, para sus adentros bailaba en una pata. Sospechaba que el hecho de que hubieran tenido la gentileza de ir a buscarlo significaba que su reclutamiento era una decisión consumada. A pesar de que su mirada se ennegrecía en la capucha, su imaginación contemplaba su futuro como una escalera ascendente y de luz.

Al llegar al primer puesto de custodia, el conductor frenó el automóvil y respondió al pedido del santo y seña. Luego de haber pronunciado la palabra “tiburón”, disminuyó la velocidad y condujo por un camino serpenteado, angosto y cubierto de matorrales. A

medida que se aproximaba al paradero, reducía la velocidad hasta que el secuestrado sintió que había logrado su cometido. Intuía que iba a cosechar los frutos de su camino a Damasco.

Fue bajado del auto y conducido al sitio en donde el Polaco estaba tendido en una hamaca. El joven captó que estaba en presencia de la persona que haría de él un hombre y un gánster como los de las películas de cinemascope. Desde su horizontalidad, ordenó que le quitasen la capucha y le dejasen las manos libres. Lo descapucharon y sus ojos apenas sufrieron el fulgor de la luz. El hombre que reposaba en la hamaca se incorporó y se avecinó hacia donde estaba el muchacho. Cuando estuvieron frente a frente, el menor se achantó y deslumbró por el tamaño y la energía que irradiaba el hombre. El Polaco escoró la cabeza para mirar la cara de su interlocutor. Este no quiso escabullir su mirada y subiendo la cabeza le clavó los ojos. En el ambiente todo estaba quieto como las aguas de un pozo y no se pronosticaban cambios atmosféricos. El joven aguardaba el gesto o la insinuación que le permitiese hablar. Consciente de que en ese instante pertenecía a la soldadesca esperó hasta que el comandante lo interrogase.

—¿Por qué me buscabas? —inquirió el Polaco.

—Señor, lo estaba buscando porque quiero trabajar para usted. Necesito esconderme y necesito que me ayude. Estoy seguro de que le voy a ser muy útil —repuso Emmanuel.

—¿Qué ayuda me puedes dar si todavía eres una criatura? —dijo el veterano criminal.

—Señor, le puedo ser de mucha utilidad. Su equipo necesita un poco de roce social —afirmó el aspirante a pez gordo.

—¡Qué roce social ni que ocho cuartos! —frunció el ceño y dijo el experimentado interlocutor.

—Por favor, Polaco, no te enojes conmigo. Estoy contigo para aprender y servirte como un perro —ni corto ni perezoso replicó el neófito.

—Por lo que veo eres un caso de escopeta. Te tragó la tierra y luego apareces resucitado y con otra identidad. Todavía tienes olor a leche, pero parece que ya sabes lo que quieres —dijo el Polaco con asombro

renovado.

—Desde que escuché tus hazañas eres mi ídolo. No lo niego, quiero parecerme a ti —repuso con voz vivaz el cadete.

—Es sorprendente que un joven de tu edad y nivel social y cultural quiera mezclarse con gente distinta —manifestó el capo con aire de interrogación.

—Me gusta esta clase de vida. Necesito que mi vida peligre. Cuando me sube la adrenalina, deliro —repuso el entusiasmado principiante.

—Me gusta tu desenvoltura y que no tengas miedo. El miedo ha derrotado a algunos muchachos. Los ha convertido en chivatos. La peor basura humana es el traidor. A los traidores los estrangulo con estas manos y sin ayuda de nadie —levantó las manos con la intención de intimidar con la mano mutilada.

—A los traidores se les deben cortar los genitales y tirarlos a los gatos como si fuera bofe —intervino con vehemencia el novicio.

—Me gusta tu manera de pensar. Eres decidido y no dudas. Ya me había informado de ti. Lo primero que voy hacer es cambiarte el nombre. De ahora en adelante debes responder al nombre de Andrés y tu apellido será Santander —dijo el matón con voz imperativa y de felicidad.

—Como tú quieras, jefe. Hace meses que vivo en la oscuridad. Ya falsifiqué mi identidad en varias ocasiones. Me gusta mi nuevo apellido. Es un apellido que retumba y parece histórico. Por el contrario, el nombre me suena un poco suave. No conozco a ningún Andrés asesino. Los Andreses son tipos mansos y buenos. Me parece más un nombre para un buen hijo o un novio enamorado. Pero no es un nombre que se impone por si solo —explicó el flamante Andrés Santander.

—¿Por qué Andrés Santander? Por lo mismo que dices. ¿Quién desconfiaría de alguien con ese nombre tan personal y ese apellido tan aristocrático? —dijo, con voz de rabino consejero, el Polaco.

—Jefe… no quiero ser mal interpretado. Mi antiguo nombre, Emmanuel, también es un nombre de enamorado y bíblico —dijo Andrés, sensiblero y notando que la conversación iba tomando un cariz inesperado.

—Está bien que me digas tu opinión. Aquí nadie me dice nada. Me tienen miedo. A mí me gusta escuchar a la gente inteligente. Mis muchachos pelean como gladiadores pero no tienen mucha educación. Cuando sus padres me los dieron para que los críe, no sabían leer ni escribir. A los pobres los recogí de los arrabales y las barriadas. Los despiojé, les enseñé lo que pude y los obligué a que se bañaran y usaran zapatos o botas. Mis muchachos solo saben cumplir órdenes. Tienen una puntería del carajo. Los quiero como si fueran mis hijos y ellos a mí como si yo fuese su padre —dijo, con voz de plenitud moral, henchido de orgullo y sintiendo su patria potestad de padre putativo.

—¡Qué contento me pone formar parte de esta gran familia. No te fallaré y haré lo que me ordenes! —exclamó Andrés, con voz de sometimiento militar.

—Por ahora te vas a quedar a mi lado. Todavía te falta mucho para salir a la calle. Como está escrito en la Biblia, todo a su tiempo. Si eres vivo como pienso tienes que aprender mirando y escuchando lo que yo diga. Te cambié de nombre y te voy a cambiar de apariencia. Los muchachos te van a enseñar a pelear y a disparar, a acuchillar y a poner explosivos. Te vamos a enseñar cómo se sobrevive y se puede huir de una cárcel. Mis planes contigo son grandes. En un par de años te necesito donde ni yo ni los muchachos podemos entrar. Vas a representarme en los salones, en las embajadas y en los gremios empresariales —dijo el Polaco con voz mesiánica.

—Soy todo oídos —dijo Andrés, con voz de peregrino.

33. DSQUISICIONES SOBRE EL UNIVERSO FEMENINO

Ignacio no podía seguir esperando. Conocía los límites de su ansiedad, su impaciencia empezó a consumirlo. La vida nocturna, desenfadada y lujuriosa lo graduó de embustero y polígamo. Se consideraba un versado en tejer emociones en las fibras íntimas de los corazones quebrantados. Presumía que las mujeres que más rápido sucumbían a sus seducciones eran las que sentían que habían perdido su vida detrás de un desagradecido.

Para sus adentros se decía que las ansias de desagravio endosaban la sed de venganza. El anhelo de la mujer herida de ajustar cuentas con el agraviador, con el marido infiel o con el novio que la dejó plantada hacía que la cólera revanchista sellara su suerte. Hacer el amor con el corazón despechado conlleva la transgresión del canon del amor puro y púdico. El sexo pueril es desbancado por los preceptos del amor descocado. El resentimiento provocaba en las mujeres la sensación de que fueron tontamente mojigatas y de que se debe recuperar el tiempo perdido. Los hombres que pescan en río revuelto se benefician de estas situaciones.

Para sacar ventajas de estas reacciones furibundas y de descarrilamiento, la estrategia de Zubeldía Loyola consistía en saber escuchar y poner el hombro. Razonaba que las mujeres necesitan encontrar en los varones seguridad y consuelo. En todas las ocasiones en que hizo de pañuelo de lágrimas, el final fue siempre concluyente: la cama.

El hombre solo sabe ser tierno —pensaba Ignacio— cuando es compasivo y no lo sabe ser por mucho tiempo. La ternura era ajena al sexo masculino y los varones se prodigaban menos en los compromisos afectivos que las mujeres. Cerraba su razonamiento

anotando que el egoísmo varonil abominaba de las sensiblerías y de que dos tetas amanzanadas sobresaltaban las pupilas masculinas.

Puede sonar redundante la reconfirmación de que el más pequeño de los Zubeldía Loyola tenía en su haber más amores mercenarios que Mesalina. Entre sus romances figuraban un sinnúmero de divorciadas que fueron amonestadas por sus respectivos fracasos matrimoniales. Debido al acopio de tantas experiencias fugaces, Ignacio barruntaba que siempre tenía la de ganar.

No obstante, se enfrascó en el pensamiento de que Lluïsa parecía envuelta en un misterio que la hostigaba. La experiencia acumulada durante tantos años de socorrer a mujeres que padecían la pesadilla de su pasado, lo hizo pensar que Lluïsa estaría necesitada de un *affaire* que le fuera a servir como válvula de escape a sus demonios existenciales.

Se interrogaba: "¿A quién no le vienen como anillo al dedo unos polvos extras? ¿No es acaso el sexo la mejor medicina contra el tedio y la angustia? ¿Es excitante que te muevan la estantería con la tentación del sexo pecaminoso? A nadie le disgusta sexo y erotismo por más que se finja el orgasmo y el polvo no sea más que un tiro de aire comprimido. El hecho de la desnudez y la compenetración de dos cuerpos desconocidos es lo más excitante que puede suceder hasta los ochenta años".

Con la soberbia que daba el sentirse imbatible en las lides del corazón, acometió el ataque con la confianza de que se complacerían sus requerimientos. Por lo demás, era un experimentado aprovechador de las ventajas que acarreaba ser un hombre con poder. Presumía que el poder no era neutral en la relación de un hombre con una mujer y que la expresión política o económica de este persuadía, seducía y hacía que te viesen más esbelto, interesante y elegante. Pensaba que sus premoniciones siempre se hicieron realidad y que dejar que las cosas se enfriaran constituía un craso error.

Su instinto y su tacto de seductor lo impulsaban a la acción y a ir hasta las últimas consecuencias. Obraba como un prestidigitador guiado por una acerada certidumbre. Determinó que debía acorralarla, enviarle flores, llenar sus silencios, idolatrarla y vencer sus

precauciones.

Ignacio se sumergió en un monólogo interior y se puso a desgranar sus presunciones: “Noté que le caí en gracia y que sintió que soy un caso de escopeta. Las mujeres bajo ese estrés quieren divertirse y pasarla bien. ¿Quién no desea huir de su cotidianeidad? Es cierto, tengo la desventaja ventajosa de estar casado pero sigo siendo un buen partido. Soy famoso, divertido y todas quieren sentarse en mi mesa o ir de esparcimiento conmigo. A esta edad las mujeres son menos exigentes, más escépticas y cínicas con la vida. A partir de los cuarenta ya se dan cuenta de que la vida, el amor, el matrimonio y la puta que nos parió no era lo que de joven se pensaban que era. Uno se cura de espanto cuando recapacita y comprende que la vida es el territorio en donde se desvanecen las ilusiones. El matrimonio no es la panacea y el amor que menos vale la pena es el platónico. La madurez impone moderar las expectativas y los fracasos avinagran los sentimientos. Es natural que a partir de los cuarenta años las mujeres bajen la vara de sus pretensiones. Las mujeres que median las cuatro décadas no esperan encontrarse con un príncipe azul. Esa búsqueda se eteriza como la esperanza de los pobres. Una vez producida la emancipación de los hijos aflora la segunda soledad y es en ese periodo cuando empiezan a decrepitar los encantos de la belleza corporal.

”Es ahí entonces cuando se ven en figuritas y consideran llevar una vida en la que todas las decisiones están atravesadas por un inclemente pragmatismo. Se apuesta por establecer relaciones provisionales y se volatiliza la ilusión de comprometerse en amores que desgarran o que pretendan abrirse paso en el futuro.

”Desde los cuarenta hasta los mediados de los cincuenta, se obtiene una nueva perspectiva de la vida. La longevidad y el avance de la medicina ponen en ascuas la monogamia. Esta y el celibato solo se justifican como profilaxis contra las infecciones venéreas. En cualquier momento, la monogamia deberá ser declarada enemiga de la fertilidad y de la felicidad. La monogamia y el celibato son las camisas de fuerza que la cursilería pone a los deseos. ¡¿O si no cómo explicar el catálogo de deseos que laten en la pasión y contradicen la ley mosaica y el

código de las Siete Partidas?!

”El ascetismo conventual daña la imagen que se tiene de la naturaleza y devalúa el amor propio. Al fin de cuentas todas las vidas se someten al rigor de las edades. Nadie se libra de los vaivenes de la edad y menos aún las mujeres. El ocaso físico les juega una mala pasada. Es increíble la inmisericordia de la naturaleza. Las apergamina cuando no las hace fofas. Con la misma generosidad que la naturaleza las dotó de belleza y de seducción el transcurrir de los años les arrebata los encantos y las sensualidades que revelan a la sexualidad masculina”.

34. Blancanieves

Ignacio ejercía la presidencia del Congreso de la República y estaba considerado como el único político esperanzador de la fauna villanera. Durante el transcurso de la presidencia tenía su oficina en la sede del Parlamento y los funcionarios resaltaban que era el más tempranero de los madrugadores.

Aquellos que tenían una vaga idea de su vida familiar y conocían los estragos de sus trasnochadas y el estrés de la actividad política se interrogaban cómo hacía Ignacio para soportar ese trajinar entre la disoluta bohemia y la carga ceremoniosa de la labor legislativa.

Es cierto que el presidente de los congresistas se encontraba espléndido y gozaba de un temperamento inaccesible al desaliento, pero tampoco era menos cierto que no había físico de fondista que aguantase noches y madrugadas de excesos y sin cerrar los ojos. Ignacio había adquirido el mal hábito de utilizar como despabilador de sus neuronas cerebrales cocaína de rancia calidad.

Ignacio y el Norteño bautizaron la droga con el seudónimo de Blancanieves. El consumo del polvito reanimador adquirió la fuerza de aquello que se cree que es una sanación. El empleo de la materia catártica se regía por el ritual y la ceremonia de lo que es sentido en carne propia como sagrado. Al término de una bacanal y antes de que Ignacio retomase su camino a la normalidad, este ponía sobre la mesa el polvo que se asemejaba al talco pulverizado y producía efectos energizantes.

La técnica de la aspiración exigía un esfuerzo físico mínimo y que la cervical pudiera alongarse. Con la cabeza inclinada sobre la mesa, recorría y jalaba por el orificio nasal la línea recta, nevada e inmaculada mientras que, con el dedo pulgar, mantenía el otro orificio cerrado para vigorizar la aspiración. El alcaloide de convulsión se

introducía vertiginosamente y suscitaba una sensación electrizante y helada. Luego de una respiración profunda que lo zarandeaba e incluso le removía las entrañas, se incorporaba. Daba unos pasos alrededor de su santuario y una vez que estaba en sí, reponía la energía y excitación de continuar al borde de las emociones.

Ignacio era de las personas que no buscaba complicarse la vida con variables o eventualidades que no figuraban en el libreto. Por tal razón, cuando valoraba que la manzana ya estaba madura y que debía ser arrancada para que no cayese al suelo, hacía lo que se recomienda hacer en esos casos: con sus manos la arrancaba.

Una tarde oscurecida por nubarrones que amenazaban con una tormenta tropical, digitó el nombre de la parlamentaria María Busto Jiménez y escuchó cómo el celular sonaba sin que nadie lo atendiese. La astucia de Ignacio lo indujo a ordenar un listado de nombres que encubrían a los auténticos destinatarios. Inventó una engañifa cuyo objetivo apuntaba a mantener en las sombras sus contubernios adulterinos y la identidad de las cómplices.

El presidente del Congreso que, como se relató, era un gaucho consagrado y redomado, encubría los nombres de sus amantes con el de otras mujeres cuyo tránsito alrededor suyo no despertara sospechas.

Sabía que era mejor prevenir que curar y por ello recomendaba a sus camaradas de aventuras tener dos listados de nombres simulados y memorizados. Aunque eso significase muscular las células cerebrales, tenía, sin embargo, a su favor la abolición de toda probabilidad de que estallase una bomba atómica y de que impetuosamente se viera compelido a salir pitando por la airada y colérica reacción de un desnucado con astas.

35. Conquistando a Lluïsa

Finalmente, y sintiendo que su momento había llegado, Ignacio se decidió a llamar a Lluïsa.

—¿Diga?

—¿Podría hablar con Lluïsa?

—Al habla. ¿Quién llama?

—Ignacio Zubeldía Loyola, y me alegra comprobar que el teléfono que me dieron es el correcto —afirmó, solícito, el pretendiente.

—Y por lo visto, tus servicios de espionaje son los mejores que los israelíes —dijo, quedamente, ella.

—¿Qué se hizo de ti, señora misterio? —inquirió, mariposeando la voz, Ignacio.

—Aquí estoy, sobreviviendo. Justo me acabo de pegar una ducha y pensaba continuar leyendo unos cuentos de Borges —dijo ella con voz de alivio y aire de suficiencia intelectual—, y tú ¿qué hacías?

—Tu imagen atravesó mi mente, pues estaba pensando en por qué el misterio agranda la imagen que se tiene de otra persona —dijo él con voz ingenua, como si estuviese en las nubes.

—Espero que tengas una buena imagen de mí —replicó, dándole un doble sentido a sus palabras.

—Eres como la luna llena. Tienes luz y carácter, forma y belleza, garbo, senos caudalosos y boca y labios platinados. Tu estética tiene formas puras y simétricas. El problema es tu humor. Te gusta que te contemplen y, como los perros, que te pongan los ojos en tu ombligo y que solo aúllen cuando te miran —repuso el especulador con falsa entonación nerudiana.

—¡Hombre, jamás me hablaron así! —exclamó Lluïsa palpitando de excitación y asombro.

—Eres lo más bello que se cruzó por mi camino —resaltó, con

ímpetu, el susodicho.

—Déjate de bromas. Eres un embaucador, ¡que te compre quien no te conoce! —sentenció la aludida, con intenciones censuradoras.

—Es lógico que pienses eso. Todavía no me conoces —dijo con voz excusadora el engatusador.

—Sé quién eres. Entre otras cosas, eres una de las personas más importantes que hay en el país. Conozco a gente que te votó y que confía en que puedes ser un gran estadista. Pero también sé que no puedes ver una falda sin sufrir una erección —manifestó ella, con ánimo provocador.

—¡Pero, qué bien! Así que eres agresiva y todóloga. ¿Hablabas recién de espionaje? —preguntó Ignacio, fingiendo enojo.

—Además de atrevido, sensible y encaprichado como un niño —dijo Lluïsa, con voz reparadora.

—Te propongo que acabemos, como dicen los abogados, con nuestra *litis*. Tengo una propuesta. Si te parece bien, me gustaría pasar a visitarte. Me han suspendido una reunión en las afueras de la capital debido a las condiciones climatológicas —ofertó bacanamente Ignacio.

—Necesitaría algo de tiempo para prepararme —respondió Lluïsa.

—No te apresures que con estos embotellamientos, sí o sí me retraso —externó con alegría y febril entusiasmo.

—Anota mi dirección. Nos vemos en un rato.

La lluvia caía sobre la capital complicando el tráfico. Los días tormentosos provocaban un caos en los accesos vehiculares a la capital. En las avenidas se reflejaban las luces de los autos y el ruido ensordecedor de los motores.

El atascamiento se alargaba por más de un kilómetro y la audiencia de los que sintonizaban los programas radiales crecía. La radio se convirtió en el sucedáneo fustigador del aburrimiento. Durante la espera en la luz roja del semáforo, parte significativa de los escuchas enviaban mensajes de WhatsApp que pretendían contrapuntear o avalar las opiniones del señor Montaña.

Ignacio esperó en su oficina a que la lluvia cediera y se despejasen las calles. Como todos, se impacientaba y blasfemaba contra el progreso y sus arquitectos imprevisores. Mientras tanto, siendo que

también estaba comprendido en las generales de la ley, no separaba la oreja de la radio en los momentos en que Montaña arremetía contra alguien. Cuando no podía sintonizar “Sin pelos en la lengua”, interrogaba a su jefe de prensa sobre qué se había opinado en la radio.

Su desarrollado sentido de ubicuidad le impedía incordiar a los transeúntes con el estruendo de las sirenas y las impertinencias de los motoristas. Desobedeciendo las indicaciones del manual de seguridad, cada vez que tenía un evento que lo podía abochornar, se deshacía de sus pretorianos. Los liberaba de la obligación de cautelar por su integridad física y nunca explicaba el porqué. Estos trámites los liquidaba con el director de seguridad del Parlamento. Con la escueta indicación de que “que se vayan a sus casas que tienen el descanso bien merecido” quedaba decretada la tregua laboral de su custodia.

Ignacio no sucumbía al *glamour* y la obsecuencia que configuran el boato del poder. A él le correspondían, en su condición de presidente del Congreso, una veintena de policías encasquetados y pertrechados con revólveres y cachiporras. También, para no dejar nada en el tintero es conveniente y procedente señalar que su sentido de independencia reñía con el protocolo de velar por la seguridad de los mandatarios. En verdad, su vocación pacifista y su tolerancia borraban de su mente lo que para él constituía la ignota idea de un magnicidio.

Había, entre todos los escoltas, uno que lo acompañaba siempre. Pastor Ovejero Alemán. Lo apodaron “la Sombra” porque era inseparable de su jefe. Estaba adiestrado en el arte de la discreción y jamás parloteó acerca de lo que veía y escuchaba. Impertérrito como una estatua de bronce, solo reaccionaba a las órdenes de Ignacio. Había hecho en el extranjero el curso de adiestramiento de escolta presidencial y ceremonial de Estado. Ganó las competencias de tiro al blanco y con creces era el mejor tirador del pelotón. Había perdido el ojo derecho con juegos de pirotecnia en un festejo del año nuevo.

No obstante, en el polígono empuñaba el arma y ladeando la cabeza hacia la derecha y cerrando el ojo malogrado, disparaba y acertaba en el punto central del blanco con silueta humana. Pastor se granjeó la confianza de toda la familia Zubeldía Loyola y por solicitud del padre estaba encargado de custodiar a Ignacio y no dejarlo libre ni cuando

fuera al baño.

Cuando la lluvia amainó, Pastor se apersonó para comunicar a su jefe la buena nueva de que el cielo se estaba despejando y que el tránsito se había aligerado. El presidente preguntó si habían cambiado la matrícula del automóvil, a lo que el confidente indicó que todo estaba en orden. Con el camino libre de imponderables, el congresista informó a su secretaria que se marchaba y que le daba licencia para irse a descansar.

Ignacio solía abandonar su oficina tomando el ascensor presidencial, llamado así pues solo podía ser utilizado por el presidente y su *staff*. Esta escapatoria semiclandestina se usaba para mantener la privacidad del presidente tanto en lo que hacía a las reuniones políticas ultrasecretas como a las visitas de las solícitas cortesanas.

Ignacio merodeó por las calles adyacentes y cuando confirmó que no corría riesgo, telefoneó a Lluïsa para informarle que había llegado. Ella le sugirió guardar el auto en el garaje y ante la respuesta positiva de Ignacio, desde dentro de la casa, por un sistema de control automático, se abrió el portón.

Pastor maniobró el auto y lo estacionó en un sitio penumbroso. A él le impresionó el tamaño de la superficie y no le cabía en la cabeza cómo era posible que tras una muralla humilde se pudiese albergar una vivienda y arboledas de esas dimensiones. Pensó que tantos árboles apiñados y rodeando la edificación transmitían un aislamiento nemoroso. “Esta mujer está loca para vivir aquí sola”, pensó. Cuando notó que se había prendido la luz y la puerta de la sala se había abierto, se bajó del auto y atravesó un predio ajardinado. Tuvo que andar por un camino empedrado y resguardado por hileras de árboles. Se adentró en la vivienda con el presagio de que ambos conformarían una dupla usufructuaria de los beneficios del anonimato.

—¡Qué tal, preciosa! —saludó presurosamente Ignacio.

—Hola. Quisiera saber cuál era el apuro en verme —preguntó ella, con premeditación. Ven, pasa.

—Lo que pasa es que me estaba olvidando de tu rostro. Recordaba que eras bella y desenvuelta. Ahora confirmo que me quedé corto en mis suposiciones… ¡Eres mucho más hermosa de lo que recordaba! ¡Y

más elegante también! —expresó con sosegado ánimo engalanador.

—¡Ay, ay, ay! Tú y tus piropos —replicó con voz enajenada en el ocaso de su resistencia.

—Mi boca dice lo que mis ojos miran… Lo que no me imaginaba es que vivías en una mansión —manifestó Ignacio con sincero y legítimo sentido de sorpresa.

—Es una de las secuelas del divorcio —dijo Lluïsa con aire errabundo de satisfacción.

—No sabía que eras separada —intervino con un tono de voz postizo y actoral.

—No me vengas con el cuento de que no estabas enterado de mi situación civil. Estoy segurísima de que cuando te acercaste en la fiesta ya sabías que estaba divorciada. ¿O me vas a decir que con una mujer casada actúas de la misma forma? ¿Tienes un complejo de traumatólogo? —exclamó con voz granítica y litigiosa.

—Sucede que palpar las rodillas sirve para el noble propósito de establecer el arco de la complicidad. Si una mujer de tu apariencia está sola es porque está divorciada. Es incomprensible que tanta belleza sea ignorada —acotó con voz fresca, depurada e indiferente.

—¡Mi Dios, señor mío, ayúdame! ¡Aparta de mí el pecado! Jamás tuve un admirador que supiera descifrar los vaivenes de la soltería femenina —dijo con espíritu provocador.

—No te hagas la inocentona ¡Cuántas trifulcas tendrás encima! —inquirió con curiosidad detectivesca.

—No te voy a negar que también tengo mis historias, pero si las sumo no superan los dedos de mis manos. No son tantas como para extraer conclusiones y elaborar una teoría sobre porqué una mujer prefiere estar sola que mal acompañada —externó con voz modesta e imperativa.

—Da igual. La vida privada es privada. Yo soy yo y mi pasado y tú eres tú y tu pasado. Puede ser un pasado de luz o de sombra pero siempre es igual a una mochila que está cargada de ladrillos. Cambiemos de tema o si no esta conversación aparte de policial se volverá aburrida. ¿Cuéntame a qué te dedicas? ¡Tu casa y las arboledas son preciosas! —exclamó con sincero espíritu conciliador.

—Todo lo que ves no es mío. La propiedad es de mis hijos y mi exmarido. Presumo que estarás enterado de que estuve casada con un multimillonario. Antes de casarme con él sus padres pidieron la separación conyugal. Cedí en todo lo patrimonial y me casé con separación de bienes. Quise demostrar que me casaba por amor. Viví con mi marido veinte años. Tengo tres hijos. Fui ama de casa que sacrificó toda su vida en pos de la familia y los hijos. Luego me divorcié y mi exmarido se quedó con lo que era suyo y yo con lo que era mío. Vivo holgadamente, no me falta nada. Tengo mis rentas. A mi ex casi no le quité nada. No lo demandé en los tribunales porque mi ex tiene influencia política. ¿Qué juez iba a sentenciar a mi favor, en contra de él y a favor de una extranjera? Mi exmarido me indemnizó con algunas acciones de sus empresas. Mi sustituta está disfrutando del dinero que con mi ayuda él amasó. Continúo viviendo aquí porque vivo con mis hijos. El título de propiedad de la casa está a nombre de ellos. Dependo de su generosidad. Por suerte la relación con mis críos es buenísima —explicó con honesta resignación.

—Existen los bienes gananciales ¿Por qué no le exiges a tu ex que te indemnice por los años de matrimonio? —indagó con intención tuitiva Ignacio.

—¿¡Con esta justicia...!? Yo, extranjera contra un multimillonario que no va a tener problemas de comprar a quien haga falta. ¡Por Dios, en qué planeta vives! No deseo ofenderte, ¡tú eres político! Me imagino que sabes cómo se mueven los hilos del poder en este país… Además, no quiero pelearme con él. Mantenemos una buena relación. El diálogo entre nosotros es fluido. Suele venir a la casa a visitar a los niños. Obviamente, primero pregunta o avisa que va a venir. Es el padre de mis tres hijos. Cuando hubo algo urgente siempre me ayudó —significó con ánimo colmatado de resignación.

36. Sincericidio

La conversación fue tomando un cariz confesional. La excitación del momento los consumía. En esa noche se respiraba un aire de curiosidad bondadosa. Se pusieron a hablar hasta por los codos. No se comportaban como dos que hablaban por primera vez. Presentían que era innecesario tener que oscilar entre lo inquisitivo y desconfiado. Daban por sentado que no debían decirse nada terrible y fulminante. Al principio, hablaban por hablar, se los notaba achispados y aprisionados en sus monomanías babélicas. Sin reparar en el otro, ambos hacían uso en simultáneo de la palabra.

La inundación palabrera hacía que chocasen sus hablares y sin que ninguno lo solicitase retomaron las formas distendidas del conversar. Los paréntesis amansaron las ansiedades y acortaron las alocuciones. Parecía que Lluïsa e Ignacio se hubiesen conocido en la infancia y se hubiesen granjeado la familiaridad en la etapa estudiantil.

Después de un intercambio de pareceres estéticos y de constatar que tenían los mismos gustos musicales, todo lo demás parecía mera coincidencia. Los nuevos amigos se rindieron al inconfesable deseo de amigarse más de la cuenta. Los relatos de las facetas insólitas de la vida de cada uno de ellos y de las peculiaridades de los eventos protagonizados en la niñez y mocedad eran narrados con benévola infidelidad y juvenil entusiasmo.

En el aire flotaba la intención de exagerar para asombrar al interlocutor. Un acto de vida se convertía en una hazaña y un capítulo cerrado del pasado en una enciclopedia de conocimientos y experiencias vitales. Uno afirmaba y el otro *ad nutum* asentía las travesías fantaseadas. La fabulación no perseguía el propósito de embromar, sino el de rescatar del alma la ingenuidad y el asombro. Actuaban como adolescentes que deseaban demostrar que su deseo de

volver a empezar seguía con el mismo fervor virginal. Abonaron el terreno con las ganas de los que quieren enamorarse. Todo estaba preparado para embobar y hacer que prendiera el primer síntoma de mutua dependencia.

Como es sabido, la desmesura y el fantaseo no son monopolio de los relatos pueriles y febriles, sino también son una cualidad atribuible al relato que engrandece el pleito cotidiano en epopeya ciclópea. Las pintorescas narraciones eran endosadas con los escolios que se añadían, como comentarios al margen, para agitar la necesidad de creer en alguien.

Todo daba a entender que Ignacio enconaba el escepticismo y que Lluïsa entallaba la esperanza que él estaba buscando. Anatemizaron cualquier posibilidad de recompensa en solitario. Como nunca antes tomaron consciencia de la soledad. El regocijo y el humor no estuvieron ausentes en el encuentro. Los relatos eran amenizados con chistes y se intercalaban con risotadas que catalizaban un desahogo emocional catártico.

Asimismo, cuando referían una anécdota un poco subida de tono o con contenido erótico, irrumpía un cuchicheo que se disipaba tras una risotada legitimadora. Lluïsa festejaba reírse en pareja porque según decía: "Quien ríe solo, ríe de su picardía". En la medida que la conversación avanzaba se percibía una camaradería fraguándose, que iría más lejos que los insípidos y fraternales abrazos.

Cuando se pusieron a secretear sobre los miedos y las angustias que los asediaban, buscaron abanicar en la memoria los dictados del destino que fragilizan la condición humana. Ni ella ni él querían mostrarse como sujetos que podían prescindir el uno del otro. Querían intoxicarse con un beso y ser sitiados por el fuego insinuante y sutil del amor. Desde el inicio, se avizoraba que él quería sumergirse en sus brazos y ella quería abrazarse a él.

A eso se debieron las referencias a las respectivas experiencias inaugurales y la promesa de resguardar las confidencias como "nuestros secretos". *Ad initium* gestaron una implicancia tutelar, comprensiva e intimista. Hablaban obsesionados de que no se los descubriera y de que nadie se enterase de lo que estaba gestándose.

Tanto celaban que se podía suponer que los recaudos serían un corsé que inmovilizaría la relación. Parecían presentir y temer ser observados por ojos mirones, morbosos y maldicientes de los que solo saben envidiar la dicha ajena. Por lo demás, casi no existieron temas tabú, la consigna era clara: aceptarse como eran. Sin embargo, Lluïsa no podía ser totalmente sincera.

Durante la conversación surgieron temas de diversa índole. Sin prejuicio se habló de las familias, los hijos, los cónyuges, el trabajo, la vocación y las encendidas ganas de seguir activos en este tranco de la vida. Ignacio refirió su maridaje con la política y la definió como un matrimonio forzado y agotador en el que se sobrevive "cuando se desconsidera la gravedad de los hechos y el cinismo expropia lo que queda de dignidad en uno".

Ella estaba descolocada con la confesión de Ignacio. Este contaba y enumeraba hechos, fechas y financiamiento de campañas como la cosa más natural del mundo. Como hombre de Estado y legislador, entendía que lo declarado desnudaba aspectos sombríos que desdibujaban su imagen de estadista. A Ignacio parecía que todo le daba igual o que como catador de la mentira relativizaba la influencia que el descubrimiento de la verdad tendría en ella. Para él era axiomático que los humanos se preocupasen más en defender sus intereses y menos en revelar y divulgar la verdad.

No se cansó de reiterar que ella estaba eximida de recoger argumentos contra él. Cada vez que pudo, él le dijo a ella "conmigo debes sacrificar tu inocencia. Aunque te cueste creerlo soy una buena persona", "me entrego a ti de cuerpo y alma", "tenme paciencia y un poco de piedad".

Describió con lujo de detalles los cargos que había ocupado y con qué aliados había llegado y hasta dónde había llegado. En un momento de su relatoría señaló que la política le provocaba cada día menos excitación y que si no fuera por los demás, la dejaría. Declaró su enamoramiento con la literatura y dijo: "A ella nunca le fui infiel" y agregó que sobre todas las cosas lo deleitaban y entretenían las novelas del género de ficción histórica. También confesó que su inclinación cinéfila era la consecuencia directa e inmediata de su

adicción a la novela. Afirmaba que el cine lo fascinaba, pero que por más bien hecha que estuviera la película, nunca superaría a la versión novelada. Ratificaba su convencimiento aludiendo que la única excepción a la regla que él conocía era la versión cinematográfica de *Doctor Zhivago*, producida a la hechura de la novela, que tuvo un éxito taquillero impresionante. Fue una superproducción más entretenida y conmovedora que el libro, con una banda sonora que amplificaba la dimensión artística de la obra de Boris Pasternak.

Lluïsa quedaba embobada cuando comprobaba que el pretendiente podía hablar de otras cosas que no fueran de política. Cuando lo escuchaba relatar cosas alejadas del cabildeo político, barruntaba que se estaba embalando —sentimentalmente— con alguien que podía ofrecer algo más que frivolidades.

En un momento, Lluïsa distinguió que él había caído en un tren de sinceramiento y fue cuando comenzó a despotricar contra el mundo político al que calificó de “facineroso”. Expresó estar hastiado de los simbolismos que hacen sonámbulos de los muy listos y de las crédulas carnes de cañón.

Reveló que la práctica política exigía sacrificios y que tenía en su contra que contagiaba el virus de la fama. Textualmente dijo: “Los políticos nos enamoramos de la fama porque la fama alimenta el ego. Pero ojo, la fama se revierte. El averiado esmalta su reputación con galardones comprados. Toda fama adquirida con artimañas es maligna. Aquello de que hacerse fama y echarse a dormir es lo más falso que se ha dicho. La mala fama es benigna cuando las habladurías no son más que habladurías. Un señor de los de antes, se diga lo que se diga de él, no revierte en un rufián. La notoriedad es como la llama del fuego, moldeada por el viento. Así, por ejemplo: el que fue injustamente tildado de rufián terminará siendo un caballero y el impostor o la impostora acabarán sufriendo las sentencias de la sabiduría salomónica. La popularidad, así como viene, se va. Es como el agua que no se la puede juntar con las manos, se escurre sin dejar estela. La fama es un eco, un sueño, más bien la sombra de un sueño que, al menor viento, se disipa y desvanece”.

Impertérrita, Lluïsa escuchaba a Ignacio pensando que este estaba

cometiendo un *sincericidio*. De tanto en tanto algunas anécdotas le causaban escozor, sin embargo, le era grato descubrir la honestidad del hombre que ella quería amar. También el pretendiente se sentía cómodo y libre de toda atadura. Estaba a sus anchas, embriagado por la empatía que se había forjado. Gozaba con el relato y en el fondo quería que ella fuese la mujer que conociese la duplicidad que tenían sus cosas.

Continuó con sus historias, sus conclusiones y sus razonamientos hasta que se quedó sin saliva. Cualquier otra persona que hubiese estado presenciando el conversatorio garantizaría que Ignacio no se libraría de plantear algo desatinado. Era probable que durante su dilatado discurso surgiesen contradicciones en lo que él estaba confesando.

Ignacio era un maestro de la oralidad cuando se lo proponía. Cuando alargaba sus intervenciones llevaba el registro de todo lo que había dicho en el presente y en el pasado. Si cometía un error, no se debía a su insuficiencia retórica. El dilema del protagonista residía en otra cuestión. Como todo hombre sensual era ambiguo y subjetivo en sus apreciaciones.

Sus contradicciones se debían más a la anfibología de su temperamento que al largor de sus discursos. Porque cuando quería ser comedido era más comedido que un sacristán. Esa noche sus contradicciones se hicieron notar a partir del momento que comenzó su defensa de la clase política y denostó contra la prensa. Argumentó la impiedad de los reporteros, columnistas, comentaristas, fotógrafos, camarógrafos y majaderos que con encono y tesón odiaban a los políticos. Mantuvo su monólogo sin dar pie a ningún tipo de interrupción. Quería personificar a su enemigo, por eso redobló el peso de sus ataques. Por un instante dirigió sus imprecaciones contra un chiflado que según afirmó “estaba más loco que una cabra”. Siguió disparando contra ese periodista agusanado y acomplejado que se creía Dios en la tierra y ni siquiera sabía dónde estaba parado y menos aún hacia dónde marchaba el mundo. Se quejaba de que ese maldito hijo de perra no paraba sus ataques en su contra y de que ese tarado era el único incorruptible. Al sentenciar tajantemente que su odiado

periodista era invendible, Lluïsa pudo interrumpirlo para preguntarle a qué se debía que el único periodista que no era venal atacase al único político que tampoco era comprable. Ignacio meditó a pesar de que ya tenía la respuesta en los labios. Con un suspiro de simpatía le comentó que hay personas que nunca se quedan satisfechas y que no captan lo difícil que es llevar a la práctica las ideas nobles. Esta clase de gente es la que nunca hizo nada en su vida y de su vida. Son los auténticos inútiles que no sirven ni para tranca de puerta. Continuó, meticulosamente, con su rosario de reclamos diciendo que el tipejo lo fastidiaba y lo machucaba con acusaciones que eran pura calumnia. Lluïsa le inquirió sobre el porqué de la difamación del prístino hombre de prensa. Ignacio esgrimió el argumento blandido por los que se achatan cuando, a pesar de ser mayores de edad, creen estar desobedeciendo a su papá. Confesó que el aludido parlanchín pensaba que como él era el más lúcido, preparado, pudiente, viajado y de limpios antecedentes familiares tenía la obligación de petardear y reducir a ruinas la relación carnal y descarada de cleptomanía y la política. Definió la personalidad del cuestionado periodista como el arquetipo del idiota útil, ese que no se percataba de que la política se rige por el más crudo de los maquiavelismos en el que no solo el fin justifica los medios, si no que muchas veces para alcanzar el bien había incluso que hacer el mal. Esa vetusta verdad gobierna los pasos y los actos de los que se encaminan hacia la gloria y el reino de los cielos.

Lluïsa estaba anonadada. Las revelaciones repiqueteaban en sus oídos como el jadeo y el sollozo del luchador que quiere tirar la toalla. No podía entender cómo a quien le fue dado todo se quejaba de su suerte. El vago sentimiento de la envidia sana se adueñó de ella. Lo miraba y cavilaba y se decía para sí misma: “Pensar que no me quejo de mi suerte. Todo lo negativo que me pasó y ni digo miau. El odio entre mis padres, el alejamiento de los abuelos, el extrañamiento de mi tierra, el violador de mi padre y la destrucción de mi matrimonio. No tengo ni dónde caerme muerta”. Después de muchos años se sintió visitada por el sentimiento de maternidad. Un rapto súbito de dulzura se apoderó de su corazón. Hacía tiempo que no sentía esas ganas

desbordantes de querer. Necesitaba auparlo y resguardarlo de ese medio hostil. Deseaba acunarlo y prodigarle caricias. Renunció a la idea de la invulnerabilidad e imbatibilidad de quien supuestamente nació y fue preparado para ser el Mesías de la democracia. Le comenzó a parecer ocioso contemplar a Ignacio como el estereotipo del hombre prodigio siempre victorioso e invicto. Ver el eclipse de un hombre que para ella era un superdotado le resultaba un hecho insólito y triste. En sus retinas él había dejado de ser el arquetipo del triunfador que se lo llevaba todo por delante. Ahí, en ese instante, como nunca antes, ella se percató de que en la fragilidad de él se insuflaba la fogata de su pasión.

Cuando acabó de hablar, Ignacio estaba cabizbajo y desganado. Lanzó un suspiro, acomodó su mandíbula en sus manos y se acodó sobre sus piernas. Lluïsa no pudo retener sus ansias de acariciarlo y mimarlo. Ella alargó sus manos y se las repasó sobre la cabellera. El gesto fue acompañado de un beso inesperado, frugal y dulce. El roce de los labios hizo que él se despabilase y se pusiese de pie. Se aproximó y apoyó sus manos en la silueta de ella y con suavidad los cuerpos se acercaron y despoblaron el camino para un beso excitador. Los labios tímidos y adormecidos empezaron a forcejear y las bocas a friccionarse. La energía de las lenguas demostraba que se trataba de un beso nocturno de dos bocas que querían ser una boca.

Se besaban y abrazaban como dos confinados que habían renunciado al fastidio de la soledad. El besuqueo fue interrumpido por ella. De sopetón recordó que su hijo estaba dando vueltas en la casa y que a este no le gustaría ver a su madre arropada en los brazos de un desconocido que era famoso, adinerado y que estaba casado. Además ¡qué embrollo se armaría considerando que sus hijos eran amigos o que socializaban en el club! Ella le dijo a él que ya era suficiente y que su casa no era el sitio apropiado para desatar el romanticismo. Pidió comprensión y con voz calmada y tenue, le solicitó que no volviera a besarla. Después de haber transcurrido una breve pausa silenciosa aprovechó para recordarle que seguía viviendo allí gracias a sus hijos y que por nada del mundo podía darse el lujo de arruinar su imagen de madre decorosa y respetuosa del hogar.

Lluïsa, que desde niña se había hecho experta en escapar de situaciones extremas, pudo salirse con la suya. Sintiendo el silencio compacto y el desconcierto del instante, ella recobró la iniciativa y se puso a historiar lo que hubo de sobrellevar en su vida. Según su lacónica definición, había llevado una vida de ilusiones raquíticas en las que siempre tuvo que contentarse con lo que había a mano. Jamás pudo elegir lo que más le gustaba.

37. Convirtiéndose en amantes

Lluïsa observó la calma en el rostro de Ignacio y consideró que era el momento adecuado para reencauzar la conversación refiriendo aspectos de su vida. En comparación con Ignacio era perceptible que había temas y situaciones de su vida pasada de las cuales no quería hablar. Era duro poner en relieve las huellas y las cavidades de las heridas que todavía le producían dolor. Olfateaba que desangrar las heridas podía hacer huir al pretendiente.

Estaba convencida de que para los del sexo masculino una mujer violada vivía con un enigma insuperable. Su razonamiento culposo la llevó a pensar que la mujer abusada perdía el derecho a ser feliz. En su caso en particular conjeturaba que su silencio era sinónimo de beneplácito y que el miedo era la manera más indigna de decir sí.

Hay que subrayar que entre las hermanas —entre ellas— ni en lo más remoto hicieron alusión al incesto que su padre practicaba con ellas.

Lluïsa pensaba que nadie podría enamorarse ni comprometerse con una mujer violada. ¿Quién le haría caso a una minusválida moral? ¿Habrá hombres que acepten como madre de sus hijos a una mujer estuprada por su padre?

Para ella la respuesta tenía un sentido unívoco e irrefutable: “Nadie en su sano juicio eximiría a una mujer de ese pecado, las marías magdalenas solo son perdonadas por Cristo”. Había aprendido a vivir con esta pena, no se lo había comentado a su exesposo y menos aún a su única hija mujer. Ni se le pasaba por la mente comentarlo con sus dos hijos varones.

El transcurrir de los años achicaba la pena y el odio al padre y a ella misma. Había aprendido a encapsular, dulcificar y aletargar las experiencias que retorcían sus sentimientos. Durante el diálogo con

Ignacio se notaba que no estaba dispuesta a inventariar todas las espinas que tenía clavadas en el corazón. Describía y redondeaba sus relatos con un anecdotario apto para todo público. Igual que siempre se vedaba el derecho de referir lo que le causaba dolor. Con disimulo y exageración, recordaba con nostalgia sus años de infancia y apuntaba que su madre Manuela era el ejemplo de lo que era capaz una mujer cuando era obligada a amar a quien no se amaba.

Puede ser que su madre haya sido egoísta —acotaba— pero, sin embargo, representaba la emancipación femenina. Relató que ella y sus hermanas fueron secuestradas por su padre y que después de casi una década volvieron a encontrarse con su madre. Remarcaba lo que sufrían los hijos por las peleas de los padres. Destacaba que José Antonio —su padre— nunca les consultó su decisión y que una mañana cualquiera se presentó y de manera autoritaria les ordenó que con lo que llevaban puesto y con algunas mudas se preparasen para viajar. No tenían idea de a dónde iban.

Lluïsa comentó: “Arribamos aquí como marcianas sin tener la peregrina idea de qué nos deparaba el futuro. Para nosotras fue como descubrir un nuevo mundo. Nos llamaba la atención la pronunciación de la gente y los distintos significados que se le atribuían a las palabras. ¡Cómo se reían cuando utilizábamos el verbo coger en sus varias acepciones! Se burlaban de nosotras, ante lo cual nosotras replicábamos que hablaban como indiecitos”. Comentó también las desavenencias que surgieron entre las hermanas en la edad de la pubertad y lo problemático que fue la adaptación a una sociedad que conservaba una rigidez moral prehistórica.

Con Monserrat se disputaban los amigos y novios. Puntualizaba que la segunda hermana se fastidiaba con ella porque los muchachos que la visitaban “terminaban invitándome a salir. No había forma de evitar que se quisiesen liar conmigo. Yo era bonita y exótica para esa época y para los chicos era la más atractiva de entre todas las chicas del colegio y el barrio; les gustaba mi forma de hablar y mis precoces nalgas”.

Explicaba que su hermana Monserrat competía con ella pero, era evidente que Monserrat era la menos agraciada de las dos. Continuó

diciendo: “Ella tenía desparpajo y yo dominaba el misterio. Ahora ya pasó esa etapa juvenil y nos llevamos de maravilla. Nunca hubo entre nosotras una pelea o disputa por algo serio. Me acompañan en lo que pueden. Monserrat todavía tienen hijos en edad de criar. Nos queremos y nos vemos muy a menudo. Creo que la separación de nuestra madre y el abandono forzado de Barcelona, desarrolló entre nosotras una hermandad muy peculiar. Cuando estamos entre las tres hablamos en catalán. Marixel, que es la menor, fue la última en destetarse. Yo me casé joven por eso me liberé pronto del yugo paternal para pasar al yugo del que iba a ser mi marido. Durante veinte años estuvimos casados. Su nombre es Ismael, hijo de una familia árabe multimillonaria. Era celoso y controlador pero debo reconocer que nunca me faltó el respeto. He sido una gran esposa, trabajé a su lado hasta que él también hizo su fortuna. Mi suegro era duro con el dinero; a pesar de sus riquezas no nos aflojaba nada de nada. Ni cuando nacieron los nietos nos aflojó algo. Durante los veinte años de matrimonio nos mudamos innumerables veces. Mi esposo construía una casa y ni bien entrabamos en ella, la vendía.

”Abrimos un negocio de venta de ropa de bajo precio y calidad. Eran importadas de Asia y sus precios eran accesibles para la gente de bajos ingresos. Era un negocio popular, mi ex decía que en este país había que hacer dinero con la gente pobre. Traíamos ropa barata y la vendíamos como pan caliente.

”Me deslomé trabajando y ahorrando para comprar una fábrica de gaseosas. Después de un mucho sacrificio lo logramos. Con esta industria coronamos el éxito y comenzamos a disfrutar del bienestar económico. Al final, como sucede en la mayoría de los casos, mi esposo se cansó de mí y se agarró una joven funcionaria que le manejaba la cuenta bancaria a la familia. Esta chupa sangre era la bancaria que atendía las cuentas de mi suegro y vaya uno a saber si no se encamó con el viejo. La tipa nunca dio un mal paso, conocía de memoria los millones que poseía la familia. Lo cierto es que me sacó mi esposo y me quedé en esta mansión gracias a las exigencias de mis hijos”.

En ese instante ella fue interrumpida e inquirida por él.

—¿Estás arrepentida de haberte divorciado?

—No, en lo más mínimo —dijo ella—. Desde que estoy sin él me siento súper bien. Había estudiado arquitectura y después del divorcio me inscribí en la facultad de Historia del Arte. Mi relación había perdido todo su sabor y encanto. No hacíamos el amor, él se dedicaba a sus cosas y yo a las mías. Cada uno en su propio mundo. Últimamente conversábamos solamente de los gastos de la casa, por iniciativa de él no hablábamos de los otros negocios. Fui muy tonta en lo referente al manejo del dinero, pero gracias a Dios no todo es plata en la vida. La indiferencia se apoderó de los dos. Nos invadía la mudez y ni las broncas nos conmovían. Me daba ni fu ni fa lo que él hacía y con él pasaba lo mismo. Le calentaba un pepino lo que era de mí y mi vida. Obviamente, él estaba segurísimo de que yo jamás cometería una infidelidad. Presumía que no le metería los cuernos. No le di razones para que dudase de mí ¡Y tuve tantas oportunidades! Los hombres e incluso amigos suyos se me insinuaban, pero yo siempre íntegra como Penélope, no me presté a las pretensiones de ningún solícito. Respetaba el contrato matrimonial pero en cambio con mi pasividad auxiliaba a que pereciese por inanición sentimental lo que estaba destinado a morir. Era tan estúpida que los hombres me miraban y yo no respondía a sus miradas. Me hacía la desentendida, la que no prestaba atención ni descifraba los mensajes subliminales y a veces las palabras directas, más directas aún que un tiro de flecha. El cretino de mi marido no se daba cuenta de la joya que tenía a su lado. Me imagino que me habrá sido infiel con putas, pero que sepa, su única relación estable fue con la bancaria. Yo no le fui infiel ni siquiera con el pensamiento. Se convirtió en una relación fría y distante entre dos desconocidos. De la noche a la mañana, un día me pidió el divorcio y se lo di sin pestañear. No tuve tiempo para sopesar lo que implicaba perder la estabilidad económica. Por la vida social y el qué dirán no me preocupé, no hago ni hice vida social y me resbalan las habladurías. Como te comenté trabajé como una mula y como dicen en mi tierra me quedé sin un chavo. Mis hijos se enojaron con él porque se enteraron de que se había enrollado con esa fulana. Mi hija en especial está muy herida, sin embargo, mis hijos varones hace un

año que comenzaron a trabajar con él.

El interlocutor prestó toda su atención. Escuchaba y no se le escapaba un detalle de lo que Lluïsa iba describiendo. Parecían el biógrafo y su biografiada. En su mirada fija y escudriñadora se reflejaba el deseo de acopiar e interpretar todos los datos de la vida de la mujer que le ponía alas a su necesidad de experimentar el amor sin cortapisas. Estaba compungido porque en él había comenzado la pugna entre el deseo y el deber. Para alcanzar la máxima concentración se cruzaba y descruzaba los brazos y con la mano tenía tics de manosear el mentón y la comisura del labio inferior.

—Sé que cuesta y no da gusto que no reconozcan tu esfuerzo —intervino Ignacio—. No tuvo que haber sido fácil nada para ti todo lo que implica el divorcio. Pero si te sientes libre y con ganas de seguir luchando quizás sea lo mejor que pudiste haber hecho.

—Saber si nos equivocamos o no recién lo sabremos al final del camino. En todo caso así es mejor. Estoy tranquila, hago lo que me gusta, me doy mis gustitos, como ves, vivo como rica sin serlo. Mis hijos son buenos y hasta ahora no me dejan sola —admitió Lluïsa.

—¿Y de tu padre, qué se hizo? —preguntó Ignacio.

—Dilapidó la fortuna familiar. Le quedan propiedades y de eso vive. No molesta por el lado económico. Se emparejó con una chiquilina y tiene una casa cerca de la playa. Además, a la vejez, viruela, volvió a ser padre —dijo reflejando en su rostro el deseo de no hablar de su progenitor.

—¿Y con tu mamá? —inquirió como señalando la necesidad de ponerle punto final al capítulo familiar.

—Nos llevamos de maravilla. Ella viene y va, o si no somos nosotras las que la visitamos en Barcelona o Madrid. Rehízo su vida y está súper contenta con su compañero. Cuando le comuniqué que me divorciaba, me alentó a que hiciese lo que mandara mi corazón. Ella me ayudó y me sigue ayudando. La amo con todo mi corazón, es fantástica. Para casi todo la tomo como ejemplo de vida. Es mi mejor amiga, me cuenta todo y no tengo secretos con ella. Me dio mucha confianza. El reencuentro con mi madre fue lo mejor que me pudo haber pasado. Mis hermanas y yo la perdonamos. No hizo falta que

explicara el porqué de su huida. Tampoco yo hubiese soportado a mi padre como esposo. Era insufrible —refirió con voz impotente y acomodada.

—Si me permites, quiero hacerte una oferta y te la voy hacer teniéndote en lo más elevado de mis consideraciones —dijo Ignacio.

—No des tantas vueltas, que ya sé hacia dónde apuntan los tiros —interrumpió ella.

—Desearía que continuemos conversando en un lugar más cómodo. Te prometo que no va a pasar nada que tú no consientas. Pasa que aquí en tu casa me siento cohibido. Sé que tus hijos andan por ahí. No puedo besarte ni abrazarte. Respeto tu decisión de que no arrumemos en tu casa. Tengo un sitio ideal. Nadie lo conoce. Tengo una infraestructura montada. No pienses mal, no lo construí para mis placeres sensuales y mujeriles. Ese es mi espacio. Cuando necesito pensar o escribir un discurso que debe bajar una línea política, me retiro y recluyo en él. Aunque no me creas, en esa soledad y rodeado de mis libros y mis silencios me encuentro a mí mismo —terminó con voz rota y nerviosa.

—Suena tentador.

—Mañana a las once en punto te pasará a recoger mi hombre de estricta confianza. Se llama Pastor. En él es en el que más confío. Es una tumba —indicó Ignacio con voz ansiosa.

—Está bien. Haremos como tú digas —confirmó Lluïsa.

—Confía en mí. No soy ese que tus ojos ven —dijo Ignacio como queriendo cabalgar de la soledad a la empatía.

38. Pasado tenebroso

Lluïsa podía ser de todo menos una mujer desapasionada, sin embargo vivía prisionera de un secreto y el desconsuelo le amordazaba el corazón. Había acopiado golpes y sinsabores y creía que estaba hecha, sobre todo, para la desgracia y no esperaba nada de nadie. El peregrino deseo de que se olvidaran de ella la dominaba. En la infancia incubó el sentimiento de contentarse con lo que los otros no querían. A la hora de recibir los regalos era siempre la última de la fila. No se aventuraba jamás. Las desilusiones que había padecido a lo largo de la vida la habían hecho prudente y austera.

Volver a empezar no la entusiasmaba, pensaba que al final todo termina, que el amor era frágil porque los sentimientos son exiguos. A pesar de que tenía un corazón hambriento de afecto, había logrado forjarse una coraza afectiva. Su carácter acre le servía para alejar a la gente. Temía comprometerse, el miedo a perder lo que amaba la arredraba. Sentir que pasaba desapercibida le originaba placidez y sosiego. Cuando sentía que la miraban más de la cuenta se ofuscaba y se esfumaba sin dejar rastro.

Las sombras se ensanchaban y disimulaban los colores brillosos de las cosas. Una penumbra discreta se estaba adueñando de la habitación. Todavía algunas ranuras de luz penetraban a través de los postigos de las persianas. Con la oscuridad invasora se vislumbraban solamente las siluetas de los muebles. El crepúsculo enceguecía la luz y se constituía en el coladero que la noche ponía para disipar la algarabía y la alegría fácil. Ella despertó con la indiscreta impresión de sentir que no sabía dónde estaba. Hacía años que no dormía la siesta apretujada a un hombre. La promiscuidad y la aproximación la pusieron ante algunos detalles que se le habían pasado desapercibidos. Sentía que él irradiaba ese calor que invitaba a acurrucarse y liarse.

Olía a una fragancia varonil mezcla de sudor y agua de colonia. Se alelaba por el ancho de su caja torácica y el largor del pene. Contrastaba la vellosidad de las axilas y el vello púbico de su sexo. Inhalaba el aire y olfateaba sus pectorales y los bíceps. Tomó nota de que todavía conservaba una notable musculatura.

Pensaba: “Por lo que veo practicó mucho deporte. No me equivoqué. Me gustó desde el primer instante. Es guapísimo y se conserva muy bien. Hay que ver todo lo que tuve que hacer para acostarme con el hombre que me gustaba”.

Ya nada era igual. Ondas concéntricas le cosquilleaban el vientre. Sentía que emociones primigenias y enloquecedoras se adueñaban de ella. No quería resistirse y se propuso continuar con el retozo. Especulaba que quizás para él era una farsa, una aventura, un coito más para inscribir en su libro de bitácora, sin embargo, para ella lo acontecido era el *summum*. Presentía que se estaba germinando un amor que la iba poner en cautiverio y que le podía causar desdichas. Sus resquemores se atenuaron cuando claudicaron sus ansias solitarias. Su espíritu antigregario sucumbió a las persuasiones corporales y sentimentales. Se rindió como la esclava que no deseaba ser manumitida. Tenía hambre de pasiones, deseaba que cicatrizasen sus heridas y necesitaba radicar la esperanza. Era terrible vivir sin porvenir y sin un pasado del cual poder vanagloriarse. Necesitaba aventajarse, no ser la misma tonta de siempre, esa que teniendo todo a su favor terminaba perdiendo. Estaba decidida a absorber el dolor de amar y no ser correspondida. Su estado volcánico y eruptivo hacía que su cuerpo se revelara y amotinara en el roce con la piel extraña. Deseaba abolir la necesidad que la atenazaba. Se sintió acicateada e invitada a lanzarse a la aventura del amor y del placer.

Revisó su pasado y escuchó una voz interior que le reclamaba que no supo poseer ni gozar de nada rectamente. Su voz le decía que nunca supo sacar provecho de ninguna situación. Historiaba su pasado y concluía: “Tuve una niñez infeliz que ni quiero recordar, una adolescencia triste y menesterosa, un matrimonio que terminó en una debacle y amoríos post divorcio que acabaron cuando empezaron. Eran tan artificiales y superficiales que en ningún *affaire* el fuego llegó

a crepitar. Mis malas experiencias me dotaron de un espíritu disperso y de una personalidad de silencios densos. ¿Será que me forjaron un alma inhábil para el amor?”.

Pero esta vez parecía que todo iba a ser diferente y acabaría de otra manera. Se dispuso a sobreponerse y a hacer lo indecible para que las taras y los fantasmas del pasado no tumbasen sus ilusiones. Seguía metida en sus pensamientos: “A mí me jugaron sucio, así que me voy a tomar la revancha. Si él me ama, me quedo con él. No necesito forzarlo a que se divorcie. No me importa su situación civil y si se quiere divorciar que se separe. Yo no le diré que no lo haga. Voy a jugar con las mismas armas y las reglas con las que me jugaron”. En cierto modo, se dispuso a no ser prisionera de dilemas morales. No permitiría que la consciencia sabotease la pasión.

“Me queda un cuarto de vida tan lejos de la cuna y si continuo saboteándome a mí misma, voy en línea recta al ocaso. Que me dejen disfrutar lo que me queda de belleza y salud”.

No es fácil alcanzar los años de vida de Lluïsa y darse cuenta de que para sobrevivir había que cambiar. Quería utilizar las armas de su belleza para seducir y garantizar que no la abandonasen. Se recriminaba que ella la voluptuosa, la lectora, la sacrificada y la tan única en su estilo estaba condenada al hielo de la soledad. Lastraba con la desesperanza de que la lastimaron y de que la vedaron para el sentimiento del amor sencillo y libre. Entrevió que Ignacio la satisfacía más de lo que se había imaginado y que debía prodigarle la pasión y ternura que nunca antes había suministrado a ningún hombre. Confiaba en que los astros se alineasen detrás de ella. Con movimientos meticulosos separó las piernas de él para interponer su muslo derecho y recostar su cuerpo sobre el suyo. Él acusó la sensualidad de los movimientos y con voz pálida le preguntó qué estaba haciendo. Ella repuso que estaba recuperando el tiempo perdido y siguió mordisqueando la comisura de los labios de él. Ella comenzó a sentir que le ardían el vientre y las mejillas, con su sonrisa gatuna sugería que todavía él no se libraría de sus demandas. Su cuerpo seguía siendo sede del deseo y de la pasión indomesticada. Con movimientos insinuadores indicaba que tenía tras de sí una larga

abstinencia. Besó los labios de él para dejar de hablar y retomar la empresa de descubrir con sus caricias y besos los límites de la resistencia física. Se besaron con avidez. Parecía que ella quería ahogarlo en el aroma suave de su boca. Debido a la tibieza de las manos sintió que deleitarse con quien se amaba recompensaba más que cualquier experiencia que había vivido.

Luego de haber hecho el amor por segunda vez, entablaron una tertulia descarnada y sincera. No había tolerancia para los relatos oníricos. Consideraban que no tenían tiempo para oxigenar trivialidades existenciales y para traer a colación temas trillados. Necesitaban sentir la complacencia de la palabra pronunciada con ánimo veraz. Querían averiguar de manera copiosa lo que les interesaba del otro.

Durante el transcurso de la conversación iba creciendo la admiración que el uno empezaba a sentir por el otro. A pesar de las verdades que se revelaban, ni ella ni él se consideraban personas de ajada personalidad. Acreditaban que ya habían vivido lo suficiente para decir la verdad y postular a una vida que estuviera jalonada por la felicidad. Las preguntas y las respuestas fluían. Iban y venían con vertiginosa curiosidad.

Conversaban como si fuera un interrogatorio en el que la suerte de ambos dependía de la revelación de un hecho asombroso. Puntillosamente respetaban el uso de la palabra y los dos notaban que se ilustraban con hechos y situaciones sin el objetivo de aventajarse con la industria de la fanfarronería. Eran veraces y buscaban no herir la sensibilidad del otro. Por ambos lados, se ostentaba un ánimo constructivista que apuntaba a concluir en algo concreto. La pareja en proceso de gestación estaba tras la búsqueda de un *modus operandi* que no llamase la atención y que en una primera etapa no provocase un desbarajuste en el predecible día a día. Eran lo suficientemente mayores para tener tras de sí una vida hecha. El compromiso estaba eximido de penalidades y se reconocían el derecho de amarse en libertad, sin complejo de culpa y con todas las de la ley. Convinieron en que las cosas rodasen de a poco, evitando reacciones intempestivas y tomando los recaudos para no generar una estampida en los medios

de comunicación. En ellos estaba ausente la voluntad de tener que sufrir los escraches y la inmisericordia morbosa de los medios de prensa amarilla. Ignacio mentaba que no tenía ganas ni estaba en condiciones de contender y sostener un casus belli con la prensa del corazón y del chismorreo. Además, ella se cuidaba de no arriesgar y arruinar su imagen de madre dedicada a la casa y a los hijos. Se aferraba a la idea de que sus hijos debían juzgarla como la madre intachable y vestal.

Ignacio y Lluïsa estaban poseídos por la obsesión de inaugurar cosas nuevas en sus vidas. Se sentían a gusto, platicaban con entusiasmo y existía una complementariedad sexual y sensual rica, minuciosa y dulce. Llegaron a pensar que el uno estaba hecho a la medida del otro. El próximo paso consistía en arriesgar y en abordar los secretos que acongojan y desazonan a las almas.

Todavía no se dijo que antes de que Lluïsa conociera en persona a Ignacio, ella tenía un imagen negativa de él. A ojos vistas, la percepción que ella se había hecho de él desentonaba con el Ignacio Zubeldía Loyola de carne y hueso que ella estaba descubriendo. Desde que lo viera por primera vez en la televisión, consideraba que era un acartonado que actuaba y decía las cosas en función del marketing. Para ella, él era la muestra de los resultados esperados de la buena educación. Creía que Ignacio era la esencia de la buena educación convencional, esa que enseña a disimular los deseos y debilidades de la personalidad. Resaltó su error al prejuzgar y añadió que las apariencias engañan. Con voz de memoria arrepentida puntualizó que había contemplado la figura política de Ignacio como el prototipo de un *yuppie* motorizado por la codicia, ensimismado, frívolo y desconsiderado que andaba detrás del éxito por el éxito, sin reparar en el mérito y en el sacrificio de los demás. Consideraba que la escenografía y los libretos políticos eran un fraude organizado para embelesar al elector y que de lo único que podían disfrutar los políticos era de una respetabilidad rutinaria.

Ni ella ni él quisieron fastidiar con el mapeo ni con el rastreo de las ramificaciones de sus árboles genealógicos. No se trataba de una pareja que con pagano delirio necesitaban compararse con otras

duplas amorosas que orillaban al lado opuesto de la legalidad. Era apreciable que eran dos espíritus beligerantes que estaban cansados pero que mantenían intactos y florecientes sus ambiciones amorosas.

39. Cae la noche

La tarde había sido encantadora y la noche se avecinaba como una velada con vino, cena liviana y agradable compañía. Dudaban si salir o permanecer dentro de las instalaciones de la morada. A pesar de que el aire acondicionado les daba catarro y enronquecía la voz, prefirieron quedarse donde estaban. No les apetecía el aire caluroso, húmedo e inmóvil que se respiraba en el jardín. Por lo general, ambos eran de cenar muy poco o casi nada. De noche Ignacio se conformaba con probar un bocado. Este, si debía asistir a un banquete oficial, solía dejar los platos que servían casi sin tocar. Cuando participaba en los festines organizados por el Norteño, tampoco ingería alimentos. En esas noches se mantenía despierto con sustancias espirituosas y con el calor emanado de cuerpos exuberantes. Empecinadamente, al terminar su circuito nocturno, el cuerpo le reclamaba una alta dosis de glucosa. Solicitaba que le sirvieran un helado o un producto con azúcar con el fin de morigerar y neutralizar el efecto de la resaca. En esta circunstancia Lluïsa era también un ejemplo de la austeridad y frugalidad. Durante el día bebía mucho líquido y se alimentaba con frutas, ensaladas y alimentos digestivos. Iba a dormir con un vaso de jugo, un yogur o una fruta. Remarcaba que no cenar le permitía dormir como un tronco y sin tener pesadillas.

Esa noche decidieron meterse en la cocina para que cada uno demostrase sus habilidades en el arte de cocinar. Resolvieron infringirle un golpe a la dieta franciscana. Se pusieron a cocinar sin aspavientos. Inmediatamente él demostró que no podía partir un huevo y que era un analfabeto culinario de la peor calaña. Sin embargo, ella estaba dispuesta a impresionar con lo que en su tierra se mentaba era un arma para contentar a los maridos, o sea, la buena mesa. En un santiamén sacó a relucir sus ansias de servicial amante.

Preparó una ensalada con lechuga, tomate y cebollas y puso a hornear un salmón. Aliñó la ensalada con abundante aceite de oliva, vinagre y sal. Mientras se horneaba el pescado, ella se empeñó en hermosear el ambiente. En un mueble que se hallaba en el comedor encontró un puñado de velas y espirales de incienso que estaban arrollados por un cordón de hilo. Extrajo los materiales inflamables del cajón y los preparó para darles uso. Encendió dos velas y las puso en sus respectivos candelabros. Hizo lo mismo con el incienso, los encendió para aromatizar el ambiente. Extendió un mantel blanco mediterráneo y puso los candelabros sobre la mesa. Adonizó el lugar como si se tuviese que celebrar el onomástico navideño. Dispuso que cada cubierto de la vajilla ocupase el sitio que le correspondía. Aunque no le gustaba en demasía el champán puso una botella en el refrigerador y una botella de vino blanco. Con voz juguetona y altanera desafiaba a que esa noche fluyesen el néctar báquico y el erotismo oxigenado. Se confesó como alguien que no tenía el hábito de la bebida, pero la obcecaba el deseo de celebrar ese momento de espectacular felicidad a la bacanal. Colocó una hilera de tres copas, la del brindis, la del vino y la del agua. Estaba excitada y entusiasmada. Esa noche la abstemia estaba prohibida.

Pasaron a sentarse a la mesa. Casi se dieron un atracón con lo que zamparon. Limpiaron los platos hasta que ni una miga de pan quedó en el mantel. En los postres liquidaron todo el queso además de los dulces y uvas que había en la despensa. La pareja coincidía en que improvisar era mejor que planificar. A esta aseveración Ignacio adicionó, con la intención de cumplimentar a la cocinera, que la comida había estado como para chuparse los dedos y que con la panza llena entendía las razones del dicho que rezaba: “He comido como un obispo”. En son de alegrar y de provocar el afecto, ella complementó lo que había escuchado sugiriendo que habían comido opíparamente y que como los deportistas del sexo debían reponer la energía consumida. Él le preguntó a ella si deseaba que enfriase más champán a lo que ella repuso encogiéndose de hombros y en un doble sentido: “Donde manda capitán no manda marinero”.

Acto seguido y de forma solícita, ella anunció que necesitaba

telefonear a sus hijos para averiguar a dónde iban a pasar la noche. Una vez terminadas las llamadas le comunicó a él que sus hijos no iban a pernoctar en la casa, lo que la tranquilizó y la predispuso a prolongar la velada. De igual manera Ignacio se oponía a levantar el campamento. Todavía flotaban incógnitas en el aire o ¿sería que hacía falta el broche de oro para la despedida? En medio de tanto entusiasmo, él delató que su situación familiar estaba agonizando y que si no estallaba era porque siempre tuvo una relación civilizada con su esposa. En todas sus declaraciones anteladas se insinuaba que su matrimonio atravesaba un momento difícil pero fue en ese instante cuando él explicitó sin ambages que su relación con Silvia era como un armatoste que no iba ni para atrás ni para adelante. Completó lo manifestado subrayando que su mujer era una gran señora, una excelente madre y un ser humano entrañable, pero que el amor también muere cuando se intoxica de rutina y abulia.

Las reservas referidas a la necesidad de conservar su relación en las sombras eran confirmadas por sus temores. Ni a ella le venía bien una batahola ni a él le agradaba la idea de convertirse en un personaje de oropel y opereta. Convinieron en no alborotar el ambiente social, político y de sus respectivas familias. De qué valía transparentar o dar a conocer asuntos de la vida privada si en nada afectaba los negocios del Estado. Al fin y al cabo, ni él ni ella tenían pensado financiar sus lujos y sus placeres con el dinero público. Ignacio externó su idea medular en la que se debe fundamentar el Estado de derecho. De acuerdo con su razonamiento, la tensión y la dicotomía entre lo público y lo privado era la garantía de seguridad democrática y jurídica. Aventar en público lo que por naturaleza es de dominio privado contraviene el sentido común y atropella los derechos individuales. El principio de defensa de la privacidad era compartida por ella que sin remordimientos expuso que bajo ningún concepto le habría interesado que la gente opinase o se inmiscuyese en la vida privada de ella o de nadie.

Calcularon y se propusieron remediar y combatir a quien quisiese entrometerse en sus vidas. La invisibilidad de la relación se debía mantener a cualquier precio y para tal efecto estaban dispuestos a

ponerle límites al placer de estar juntos y a sacrificar momentos de felicidad. Ignacio se mostró aprehensivo cuando dijo que no podía provocar un follón sentimental considerando la avanzada edad de sus padres puesto que a él le angustiaba más lo que sentirían sus padres que el qué dirán. Reiteró que lo que menos deseaba era causarles un disgusto a los viejos y que lo que dijesen de él no le quitaba el sueño. “Pueden decir todo lo que quieran de mí pero nunca podrán decir que robé, cobré un peaje o me quedé con la propina”. Enfocando el tema de la pésima reputación de los políticos tendía a vincular la mala reputación de estos a la naturaleza del oficio de la actividad pública. “De la política y los políticos siempre se habló mal. Es preferible un político corrupto a un dictador sanguinario. Por eso no hay mal que por bien no venga y gracias a Dios no hay mal que dure mil años”.

“Para el político —profería Ignacio— forma parte de su vida claudicar en su honor. Impedir que hablen mal y dañen el buen nombre es imposible, lo que nunca debe suceder es que tengan razón en lo que dicen. Total, lo hagas bien o lo hagas mal igual echan pestes de uno”.

El daño que hipotéticamente podían ocasionar era ínfimo en comparación con la alegría que los asaltaba, de modo que se cobijaron en un abrazo para vitorear la hondura de ese instante. Presentían que dentro de los límites que imponía lo recóndito eran libres en cuerpo y alma y que no estaban sujetos a ninguna obligación que pudiese restringir los minúsculos soplidos que anuncia una pasión.

Ambos hacían gala de una energía indomable. Parecía que se estaban desvirgando en las faenas de la anatomía y el amor. En la mente de la pareja no se vislumbraba el final de la jornada. Experimentaban lo que se siente al vivir el último renglón de una etapa larga. Se sentían socorridos y capturados por emociones subterráneas y virginales. Hablaron hasta el amanecer como sonámbulos. Todo daba a entender que el cansancio y el avance de la madrugada estaban pudiendo más que el deseo de comparecencia. Cuando comenzó avecinarse la vigilia, se instaló un comentario que pretendía poner el moño final al encuentro en el que unos cuerpos se hicieron como flores. Ignacio entendía que antes de despedirse había

una circunstancia de la vida de ella que quería esclarecer.

—¿Te puedo hacer una pregunta íntima? Si no quieres, puedes no responder —inquirió él.

—Mi cielo, no te he ocultado nada de mi vida. Pregunta lo que te dé la gana. No hay nada de lo que me pueda avergonzar —dijo ella.

—¿Por qué odias a tu padre?

—¿Por qué dices que odio a mi padre? —replicó Lluïsa, a su vez, con una pregunta.

—Puede ser que el hombre no atienda y comprenda cuándo la mujer ama, pero, sin embargo, siempre sabe cuándo la mujer odia. Tus palabras son más que evidentes. A tu madre la elogiaste toda la noche y a tu padre no lo enlodaste por falta de tiempo. El odio hacia él está latente en tu corazón y no puedes disimular. No pretendo remover heridas que cicatrizaron, pero que quizás no han sanado. Tampoco quiero ponerte en contra de tu padre, es que me sorprende que destiles odio contra él ¿Sabes cómo se ejercita el peor de los odios? —preguntó Ignacio.

—No. No lo sé, ni se me ocurre odiar de forma sofisticada —repuso ella.

—El olvido. Se nota y percibí que buscas olvidarte de él, pero no lo puedes hacer. Parece que el recuerdo de él te tortura —dijo, sintiendo que había tocado una herida secreta y dolorosa.

Al terminar su inquisitoria él notó que ella quedó patitiesa del susto que supusieron sus preguntas. En el rostro de ella se afincó una palidez conventual, y lentamente, como una brizna de invierno, su cuerpo comenzó a tremolar. Un temblor intenso y fugaz, como si acabara de darse una ducha con agua helada, se adueñó de ella. Daba la impresión de que para ella el mundo se venía abajo y que de pronto sintió que estaba en un mundo inundado de crepúsculo y silencio. Enmudeció como si una idea ignota y escabrosa se apoderase de su alma. Sintió el frío, el miedo y la soledad de los que peregrinan en una estepa. En su memoria aleteaba el dolor de los recuerdos y como quien se rinde a lo inexorable deseaba que una mano del cielo la arrancase de la tierra.

—Sí, es cierto. Odio a mi padre. Por lo visto eres muy aprehensivo o

es que quizás sea muy sincera o esté tan adolorida con lo que me pasó que me es imposible disimular —comentó con rencor en los ojos Lluïsa.

—Cuéntame lo que te pasó. Me interesa saber todo lo que sucedió. No es un interés morboso el que persigo. Es solo que necesito entenderte y saber qué te disgusta o te hace feliz. Yo he sido muy sincero contigo. De entrada no te escondí mi situación de hombre casado. Conoces, por lo que te escuché, mucho de mis actividades públicas y de mi boca escuchaste la verdad sobre la crisis terminal de mi matrimonio. Necesito que confíes en mí así como necesito confiar en ti. Por nuestra situación nos debemos decir siempre la verdad y, por favor, nunca hablemos por boca de ganso —acotó Ignacio con voz honrada y convincente.

—Entiendo todo lo que me quieres decir. Estoy totalmente de acuerdo. De qué sirve engañar a esta altura de la vida. Yo también te pido… y te lo pido, por favor, no viciemos nuestros deseos con la hipocresía. Te ruego que me des un poco más de tiempo para que te cuente sobre esa etapa sombría de mi vida. No sé si ya estoy preparada, ese es un tema que nunca hablé con nadie. Ni con mamá ni con mis hermanas, tampoco con mi ex. Enfada más hablar del dolor propio que oír el dolor de otro. No es sencillo. Recordar ciertas circunstancias me asusta, me da miedo. No quiero soñar con cosas que no me dejan dormir de noche. Me doy vergüenza yo misma, me doy pena. Me entran ganas de llorar y de matar a mi padre —afirmó con voz trémula y acobardada.

—¿Pero, qué carajo te hizo tu padre? —preguntó con voz soliviantada.

—No puedo hablar. Me cuesta hablar de eso. No te puedo contar. Es el calvario de mi vida. La procesión la llevo por dentro —dijo ella.

—¡Lo peor que te pudo haber hecho sería abusar de ti! ¿Te violó tu papá? —inquirió enérgicamente, sujetándole las manos y mirándola a los ojos.

—Mi padre me violó. Abusó sistemáticamente de mí y de mis hermanas —dijo Lluïsa con presuntuosa humillación, desviando la mirada y poniendo sus ojos hacia abajo.

Por suerte, Ignacio estaba dispuesto a recibirla en un abrazo y contenerla allí hasta que ella, luego de las lágrimas, lograra conquistar el sueño.

40. EL MUNDO GIRA Y EL TIEMPO PASA RÁPIDO

¿Y qué ocurría entre tanto con el señor Montaña? Con el transcurso del tiempo se agravaron sus defectos y comenzó menguar su lucidez para capturar la obsolescencia de ciertos razonamientos. El señor Montaña perseveraba en su intención de sanear y desinfectar de plagas y de alimañas la República de O y su capital, Villana.

A él, a causa de su insólita personalidad se lo presentía más de lo que se lo comprendía. Como ya se ha mencionado, la audición radial que él conducía era la más escuchada en el horario vespertino. “Sin pelos en la lengua” era el programa donde caían y rodaban las cabezas de los personajes fulgurantes en la República de O. No existía amenaza de suplicio que acallara la indisimulada voz de protesta. Desmitificaba las supersticiones que el empecinamiento y la imbecilidad humana deificaban. De un zarpazo y con voz sagaz y cáustica descalificaba a la democrática republiquita de O. Tomando prestado aforismos de otro pensador blandía que la democracia no es tanto el imperio de las palabras como el de las mentiras.

Su voluntad enmendadora de entuertos no conocía de descanso y sus palabras resonaban como cuchillos siendo afilados. En sus monsergas no andaba con macanadas y sus acusaciones empezaron a tener nombre y apellido. Apellidaba a los desprestigiados que desprestigiaban la virtud robespiriana. El acabose de la blandura ética de los villaneros se expresaba en el hecho de que la vileza era utilizada para hacer que el crimen y el latrocinio pareciesen respetables. Barruntaba que quería que su vida fuera una escuela y su retórica admirada por su destreza.

Vapuleaba con sus acusaciones y las vertía hasta que sus cuerdas vocales dejaban de responder. Era ahí, en ese instante de afonía, cuando carraspeaba la garganta y elevaba la voz en un tono

ligeramente ronco, grave y pausado. Nunca se supo si esto era un tic o si reflejaba un estrés de las cuerdas vocales. De lo que sí se tenía constancia era de que el preludio afónico proporcionaba respetabilidad y contundencia a sus acusaciones punzantes. El hecho de redondear su mayéutica socrática con la gravedad de su voz y con un silencio mortuorio hacía que él creyese en la inmunidad de su conducta. La jactancia lo indujo a creer que sus diatribas constituían el ABC de la ética de la razón práctica y que su didáctica sobre la metafísica de la podredumbre moral de los villaneros debía ser considerada como el abecedario de la razón pura.

El montaraz Montaña creía identificar los rasgos permanentes de la psicología de los habitantes de la República de O. Hacía más de una docena de programas que expresaba un escepticismo atroz con respecto a lo que él denominaba el proceso de rehabilitación y redención republicana. La ortodoxia, el aislamiento, el dogmatismo y la pérdida de contacto con la realidad habían hecho mella en su acritud y radicalizaron sus puntos de vista. Incluso el mismo Montaña se reprochaba no haber asumido una posición neutral en la discordia entre el bien y el mal. La audiencia se percataba de que antes de ir a la pausa y estando al aire se escuchaba cuando Montaña balbuceaba que “habría sido mejor haber optado por el eclecticismo conciliador que huye de los extremos”.

Obviamente se notaba que Montaña empezaba a acusar recibo de las decepciones que sufren aquellos que fueron entrenados en lo diáfano y verdadero. Sentía que sobre él el cielo estaba encapotado y que bajo sus pies la tierra helaba y enmudecía. Por momentos se lo sentía dubitativo, como tratando de volverse sobre sus talones para evitar confrontar su entorno. Exteriorizaba un deseo menguante de vivir y descartaba que incluso la providencia divina pudiera resucitar el potencial noble del ser humano. En definitiva, sus falsas impresiones delataban un desapego de las ansias de vivir y el eclipse de un destino descalabrado. En definitiva el tiempo pasaba factura.

Las frustraciones hicieron el trabajo de zapa que, como siempre, surtieron su efecto. La personalidad de Montaña estaba yendo de más a menos. Su constitución física comenzó a reblandecerse y su

liberalismo amante de la libertad se volcó hacia un conservadurismo partidario del *Leviatán*. Como signo revelador de su nueva inclinación valga su tajante juicio: “Cuando la libertad no garantiza el orden, hay que suprimirla. Sin orden no hay libertad, en cambio, hay orden sin libertad”.

Las críticas que disparaba se dirigían contra la democracia representativa y el plexo constitucional. Sus cuestionamientos englobaban su desencanto de la República libertaria, el igualitarismo y el liberalismo decimonónico. El sentido de sus editoriales iba girando hacia el bando más conservador y ultramontano de la teoría social. Durante casi toda su vida había defendido encendidamente el darwinismo social, la libertad económica, el republicanismo y el progreso fundado en el esfuerzo y la inteligencia. Asimismo abogó a favor de la expansión de la civilización, de la racionalidad del poder político, de la secularización del Estado y de la prevalencia de la modernidad sobre lo tradicional.

A todas luces cabe destacar que en sus años postreros sus ideas cambiaron de dirección y se decantaron a favor de posiciones reaccionarias. Los valores religiosos y los conceptos de propiedad, familia, escalafón social, orden y nacionalismo desbancaron de su léxico a los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Montaña pasó de ser un liberal hijo del racionalismo a transfigurarse en un momio, en un corporativista, en un reaccionario que veía la edad de oro en el pasado y no en el futuro. Viró, como su temperamento fogoso se lo permitía, hacia la derecha. Se convirtió en el defensor de un orden jerárquico e inamovible y en el policía de la libertad. Era lapidario cuando revalidaba el decreto de defunción de la “libertad liberticida” y de la “libertad libertinaje”.

Sin remordimientos endosaba la sentencia: “Libertad, este nombre terrible escrito en el carro de las tempestades”. De predicador de un orden social en el que la libertad era la madre de las cosas mudó hacia el dogma según el cual Dios era el creador de la estratificación social y, por esa razón, porque era obra divina devenía en inmutable e insuperable. Exponía sus reservas al igualitarismo democrático. Desde su neófito conservadurismo atribulaba una escala de valores

ontológicos inalterables en la que estaban excluidas las colisiones axiológicas. El peregrinaje hierático hacia la negación de sus creencias primigenias se debía a la dolencia que le causaba la decrepitud institucional de la República de O.

Compartía con su audiencia su desazón existencial: “Yo que traspasé el umbral de la triste vejez no debo ni puedo tolerar el bandidaje de los pelafustanes”. El cambio político que sucedió en la persona de Montaña no podía ser calificado como el asiduo caso del transfuguismo político. En él la palinodia doctrinaria no se originaba en una fiebre juvenil ni tampoco en su deseo de acoplarse a una moda intelectual.

El señor Montaña no devaneaba ni era un travestido que por una o unas canonjías mutaba sus proclamas teóricas. Era un devoto practicante de la decencia y de la honradez, se revelaba contra el pacto del poder con la corrupción y la impunidad. En sus filípicas ratificaba que la ética y la estética no debían divorciarse, que debían ir de la mano porque si se separan lo indebido se vuelve dantesco y ordinario. En su larga etapa de tribuno republicano imprecaba contra el *glamour* que fascinaba a los politicastros, en contrario patrocinaba una República dotada de majestad y austeridad. Cuando se ponía hosco rezongaba: “El hombre ordinario es peor que un tartufo. Cuando la chusma siente que es la mayoría impregna de chabacanería y de mediocridad todo lo que toca”. En este punto vale la pena adjuntar al relato biográfico que el señor Montaña fundaba su autoridad moral en sus antecedentes familiares, su acabado conocimiento de los textos sagrados, de la *Enciclopedia Británica* y en una existencia inspirada en el ejemplo de Diógenes del Tonel.

“Siempre viví con lo justo”, decía Montaña y remachaba sus testimonios esgrimiendo que la austeridad era una virtud republicana y lo faraónico era una deformación monárquica. Encomendaba a su audiencia a no gastar más de lo que ingresaba y a ahorrar para la época de las vacas flacas.

En lo que él llamaba “comentarios al margen” asesoraba que nadie se endeudase para consumir y apuntillaba: “Quien pretenda que su gasto sea justo deberá ser estricto y forzado en sus gastos”. Nunca

estuvo dominado por una personalidad errática ni tampoco ninguna etapa de su existencia estuvo sesgada por el sosiego y la serenidad.

Pasó con él lo que pasa con los que tardíamente descubren que la lealtad a las creencias e ideas no es un negocio rentable en esta corta vida. Por eso es que en sus años finales cierta ambigüedad le hacía parecer un bólido en cautiverio que actuaba como si estuviese imitando a un farmacéutico explicando las propiedades de un bálsamo esotérico. Su conducta férrea no abdicó en beneficio de un sentido estéreo de la existencia. La indefinición, indecisión o flaqueza que se cerníain y atalayaban sobre sus actos, en esta etapa, eran la consecuencia del desenamoramiento casto. El señor Montaña experimentó en carne propia el sentimiento de oquedad, esa vaguedad que se siente cuando las palabras no arroban ni enamoran al enamorado de ellas.

Desde que se mimetizó con las corrientes conservadoras, Montaña asumió un sitio predominante en el ala ortodoxa del espectro político. Germinó en él un altivo desdén, producto de su conciencia ofendida, contra la villanería de la política. En su vocabulario y sus categorías sociológicas Villana dejó de llamarse Villana y pasó a constituirse en *Poneropolis,* que quiere decir “la ciudad de los malvados”. De acuerdo con su cronología de las eras de la humanidad, con los desenlaces de los acontecimientos pandémicos y con su interpretación del calendario gregoriano, la época que le tocaba vivir y en la cual debía batallar era menesterosa y mezquina. Era una época infértil para un Príapo de la fecundidad.

41. EL CANDIDATO DE MONTAÑA

Como ya se dijo, Ignacio Zubeldía animaba simpatías y esperanzas. La sociedad veía con buenos ojos la presencia de un político talentoso que abrazaba la causa del regeneracionismo moral e institucional. El rol desempeñado por Ignacio fue auspicioso y este sirvió de ariete para favorecer las políticas que tendían a plantear un nuevo pacto entre el Estado y la sociedad. Por otro lado, el emporio económico de la familia Zubeldía Loyola constituía un paradigma empresarial de responsabilidad social, eficacia, esfuerzo y honestidad. El electorado valoraba la circunstancia de que Ignacio y su familia tuvieran sus negocios privados desvinculados del gasto público y que los llevaran con prolijidad, profesionalismo, severidad y eficiencia. No proveían bienes ni prestaban servicios al Estado, no eran contrabandistas, no estaban implicados en el narcotráfico ni el comercio fronterizo, no evadían impuestos, sus empresas cumplían con las cargas sociales y no llevaban una doble contabilidad. Los negocios familiares estaban vinculados a la ganadería, agricultura e industria alimenticia. Fácticamente era imposible echarles en cara o cuestionarles haberse enriquecido a costa del erario.

Se presumía erróneamente que Ignacio, por poseer una aptitud para lo privado, estaba, *ipso facto*, dotado para el servicio público. La pedantería simplista y holgazana de las clases altas y medias homologaba la aptitud para ganar dinero con la aptitud adiestrada para el logro del bien común. El señor Montaña estuvo también comprendido en las generales de esa ley. Él creyó ciegamente que Ignacio era el hombre que encarnaba los valores de su abuelo el expresidente Policarpo Monte de Oca. Congratuló al matrimonio Zubeldía Loyola por alentar y permitir que su benjamín identificase el destino de su vida con el de la patria y las instituciones. Nombraba en

sus audiciones radiales a Ignacio como el ejemplo de la sangre y la savia nueva que demandaba la política villanera. Montaña había sido el propiciador, promotor y propagandista de Ignacio Zubeldía como el próximo Pericles de la política criolla. El programa “Sin pelos en la lengua” estuvo a disposición del novel político, y este tuvo la inteligencia y la intuición de utilizarlo como el trampolín que le permitió saltar a las altas esferas de la política.

El sagaz y desconfiado Montaña se tragó la píldora, como él decía, de que Ignacio estaba elegido para purificar el alma de una sociedad que veneraba falsos dioses y reverenciaba a los falsos profetas. La expectativa de Montaña con respecto a Ignacio estuvo marcada por la esperanza inicial y por el desencanto final. La adhesión original era de carácter cuasi religioso, mágica y volcánica.

Con su boca dentada, afilada y vilipendiadora floreaba y ornamentaba todas las actividades de Ignacio, la admiración que le profesaba era incondicional, honesta y paternal. Montaña, al igual que siempre, no iba tras una prebenda o apoyo pecuniario, estaba convencido de que sus editoriales radiales habían echado raíces para hacer posible que emergiese un talento político de la categoría de Ignacio. La manida y bíblica frase “por sus frutos los conoceréis” estimulaba la fantasía y la excitación en Montaña; este rumiaba la idea de que el carismático Zubeldía Loyola era el fruto de los malabares que hacía con la dialéctica *quintiliana*.

La adhesión de Montaña denotaba su inocencia pueril. Como individuo creyente de sus ideas actuaba bajo el peso de la fe fanática y fabuladora, sus razonamientos y sentimientos de odio y amor estaban intoxicados por la pureza de sus ideas. Cabe resaltar que sus ideas del mundo y de las cosas no se compadecían con la realidad, sin embargo, sus nociones antropológicas parecían acertadas a la hora de juzgar la conducta del transfuguismo de los villaneros.

Para Montaña, la República de O se había convertido en una tierra poblada de plebe y sin patriciado. La masa villerana obliteraba y se rebelaba contra la decencia y la inteligencia, el politicismo integral dentellaba y descuajeringaba los pilares que sostienen el dintel de occidente.

El villanero citadino como paladín del hombre-masa no toleraba ser corregido y con su conducta se dirigía al inexorable destino de la degradación individual y colectiva. Con la misma arrogancia e ignorancia con la que Atila aniquilaba lo que pisaba "mis coterráneos y contemporáneos —decía Montaña— banalizaron la civilización y la cultura". Redondeaba sus escolios con la afirmación de que hoy primaba sobre la razón de Estado la razón del espectáculo. En lo largo, ancho y alto de la República de O se había perdido la capacidad de asombro y contemplación. Estas eran "cualidades propias, escrupulosas, dominantes, constantes e incorruptibles de los pueblos templados y epicureístas".

El esplendor político de Ignacio Zubeldía Loyola empezó a declinar cuando todos se percataron de que Ignacio era de aquellos que no se jugaba el pellejo y que ante una situación límite no se arriesgaba al todo o nada. Proyectaba la impresión de querer lavarse las manos y de desear abarcar mucho para no tener que apretar en ningún sitio. Montaña fue el primero en levantar su voz de protesta contra la liviandad y la actitud errática que asumía el esperanzador de la esperanza. Así como Montaña había ensalzado la imagen de Ignacio, luego se convirtió en su principal detractor. Las críticas comenzaron siendo suaves y más que nada hacían alusión al estado de vaguedad y de desconcierto en el que aparentemente se hallaba Ignacio. Este había ocupado y ejercido responsabilidades de envergadura y de una magnificencia peculiar. La figura del benjamín de los Zubeldía Loyola estaba asociada al *glamour* y cotilleo que ocasionan los apellidos célebres en los escenarios actorales en los que el cómo se dice era más importante que el qué se dice. Las críticas apuntaban a señalar el tenue y borroso liderazgo que ejercía Ignacio en momentos en los cuales las circunstancias convocaban a una figura con su perfil.

Las preguntas que se hacía la gente eran: ¿Cómo alguien que había forjado su carrera en el estudio y en la práctica política no asumía las riendas del gobierno? ¿Cómo un político tan versado no hablaba con la precisión que el momento histórico exige? ¿Por qué si no le faltaba nada no usaba la mano dura y ponía coto al desorden? ¿Quién si no él podía rescatar a la democracia de las manos del narcotráfico? ¿Por

qué si ya era presidente del Congreso no se lanzaba a la campaña presidencial? ¿Qué le pasaba por la cabeza? ¿Por qué estaba desconcentrado? ¿Qué era lo que lo abatataba y lo hacía aparecer como una persona insegura?

El horno no estaba para bollos, el orden político se desmoronaba, las mafias enfeudaban al Estado y en la población se cernía un desconcierto e incertidumbre. Todos tenían puestos los ojos en él, ya no era época de cuartelazos o pronunciamientos castrenses y se necesitaba de alguien que volviese a prestigiar la política. Se había probado con candidatos que no fueron reclutados del sistema tradicional y que demostraron ser excelentes candidatos e inútiles en la gestión de gobierno. Ignacio era para aquel entonces el personaje reseteado para elevar la política y que además contaba con una vasta red de contactos fuera de ella.

El señor Montaña echaba pestes en contra de los pactos de las elites villaneras, apelaba a referencias históricas para denostar los acuerdos de cúpulas. Con su historicismo en la punta de los labios aparejaba las transadas cupulares a los espurios y siniestros encuentros en los que la perfidia cuerpeaba la lealtad: “esas ambiciones inmundas que desvertebran el alma humana”.

Usando su versación histórica citaba a Chateaubriand, al que llamaba el único conservador que lo conmovía, cuando este hacía referencia al encuentro de estos dos barrabases de la villanería “Talleyrand y Fouché, el vicio apoyado en la traición” o, en el mismo sentido, recurría al dramaturgo Brisville, quien describió el encuentro acaecido entre ese par de felones como el *rendez-vous* en el que se regocijaron “el vicio apoyado en el brazo del crimen”. El señor Montaña procuraba persuadir y deslegitimar los pactos realizados entre los tránsfugas y los convertidos; “entre quienes se traicionaron los pactos no se preservan y sucumbían por el mismo vicio que les dio razón de ser”.

El señor Montaña pretendía allanar el camino intelectual para que surgiese un líder que efectuase el único pacto posible, necesario e históricamente justificado: el pacto entre el líder carismático y su pueblo. Montaña presuponía que la muchedumbre, con tal de alcanzar

la calma y el orden, se desembarazaría de la libertad. Los pueblos se mueren por escuchar una orden, enajenan su libertad, y buscan a un salvador que restablezca la paz y la seguridad. El vulgo deseaba superar la crisis terminal y encumbrar a un Cincinato que asegurase la vida y la propiedad, y que después regresase a su chacra a seguir cultivando con el arado.

Salvador Monte de Oca persistió en sus cuestionamientos contra la gandulería de Ignacio. Empezó a tratarlo de gandul y de personalidad vacilante, la típica oscilación del hijo de rico que no sabe ni siquiera lo que quiere. Montaña se preguntaba cómo era posible haraganear en blandas y vanas ocupaciones cuando Troya estaba por arder. En cierta medida, el locutor expresaba el sentir ciudadano que consideraba el mutismo de Ignacio como un acto de deserción. Ignacio demostraba con su afonía su incapacidad para sortear las críticas que le llovían. En vez de sacar el pecho, contrarrestar, desmentir y desacreditar las acusaciones que le endilgaban se emperraba en su silencio que preludiaba su resignación. Disminuyeron sus apariciones en público y se tornó taciturno y meditabundo como los que parecen haber perdido el centro de la gravedad.

Mientras tanto, la dinámica del proceso político erosionaba la credibilidad en las instituciones y desacreditaba a los políticos. Montaña se empeñaba en atacar a los políticos para arruinar su reputación. Sustentaba la tesis de que si los rascaba, lo que se hallaría bajo la piel sería un bufón de farsa.

En sus editoriales seguía proclamando con sus críticas acres que el peor de todos los políticos era aquel en el que se cifraron las esperanzas y que no tuvo la envergadura moral para interpretar y realizar aquello que se le solicitaba. El más ruin de los políticos era ese que hacía lo que él deseaba y no lo que se necesitaba. Reconocía que había puesto toda su esperanza en un joven prometedor que lo estaba defraudando porque mostraba su indiferencia “justo ahora que las papas queman”.

En la República de O se vivía un ambiente prerrevolucionario en el que por contraste la nueva mayoría social reclamaba ponerle coto a los negocios ilícitos y a la narcopolítica, ante estos requerimientos los

políticos no hacían más que la vista gorda. En sus monsergas Montaña procedió a arremeter contra Ignacio con ironía y mayor dureza. Editorializaba que Ignacio era uno más de la banda de asaltantes de camino, que en Villana el gobierno central estaba cayendo en la anarquía y mientras eso sucedía, Ignacio Zubeldía se las pasaba papando moscas. Concluía sus editoriales con el escepticismo de que la búsqueda había sido infructuosa y que la persona en la que había confiado se había convertido en un papanatas que se puso en la cabeza una olla de grillos.

Con el transcurso del tiempo Montaña se convenció de que los políticos razonaban con la simpleza y la precariedad de un *homo habilis*. Últimamente ni sabían robar y enviaban señales infames que desnudaban sus jugarretas. Soliviantaba los escrúpulos de la gente, la aviesa manera en la que se comprobaba que en la política circulaba el dinero contante y sonante. Nada más paupérrimo ni patético para los televidentes que el hecho de ver a estos trogloditas ataviados como berenjenas y luciendo sus dedos anillados de oro. Las mansiones de estos primates eran obscenidades con las que se abofeteaba a los villaneros.

Regía, en la República de O, un marco de impunidad que desinhibía a los usufructuarios del poder que sin ningún embarazo no dudaban en ostentar las pruebas fehacientes de que poseían una riqueza mal habida. El aire estaba empestado. Esta situación irritaba a Montaña quien reaccionaba con desprecio y ferocidad. Desde su lógica *guillotinera* no le quedaba más remedio que arreciar con sus ataques.

Los editoriales no cesaban y cada vez los tiros apuntaban con más precisión contra la humanidad de Ignacio. El editorialista ardía de frenesí porque pensaba que sus mensajes eran reveladores de lo que debía hacerse para liberar al pueblo de las taras y pestes sociales. Se había convertido en un obrero de la palabra y en el preconizador de una moral sana y rescatadora del decálogo fundacional. Alarmaba a la audiencia con una retórica *sinaítica* que preconizaba libertar a los villaneros de sus flaquezas.

Montaña comparaba la eufonía de sus disquisiciones con el simbolismo bíblico de cuando Dios le dirigió la palabra a Moisés y le

entregó los mandamientos. Al inicio del periodo, Montaña hacía las críticas a cuentagotas, luego sus tiros eran los de un francotirador, y al final ametrallaba a discreción. Disparaba contra dos objetivos. Denunciaba las barrabasadas de los villaneros y decía también que la actitud del indolente Zubeldía Loyola le estaba provocando problemas de salud, ya que por su culpa no podía ir bien de cuerpo. Estableció la correspondencia entre sus dificultades estomacales y la perenne indefinición de Ignacio. Resaltaba con acritud que el presidenciable creía que la historia tenía un tiempo infinito y que la impavidez de este lo ulceraba. No comprendía cómo le daba igual quedar mal parado ante la posteridad y que con su cultura no percibiese que la historia no reparaba en cómo se entra en ella, sino en cómo se salía de ella.

“Por lo visto, en la vida el éxito fácil tiene un efecto anestésico —decía Montaña—, erré con él porque muchos son los llamados y pocos los escogidos”. Continuaba sus invectivas daltonianas lanzando dardos venenosos: “Este muchacho reúne las condiciones anfibias para ser considerado un renacuajo y por lo que demostró hasta ahora puedo sentenciar que tiene vicios por naturaleza y sus virtudes por fortuna. A todo esto habrá que agregarle su manifiesta cobardía que contradice su sangre vasca y su naufragar en una ciénaga de confusiones que no le permiten distinguir lo urgente de lo necesario”.

42. VICARIO Y FENICIO

Que se sepa, ningún protagonista de esta historia había renunciado a sus planes, y las cosas se hacían adrede para que terminasen como debían terminar. En la República de O el ambiente social y político se estaba caldeando y mientras tanto ¿qué hacía Juan Casimiro Valdez? La conducta del referido se ubicaba en las antípodas de la conducta montañesa. La personalidad de Juan Casimiro no se podía encasillar en la categoría del lameculos, no era un sirviente fiel ni tampoco era un seguidor obnubilado por la sapiencia de su patrón. Describirlo como un quiromántico con facultades de hechicero sería un grave error. Simplemente, era un avivado que usurpó y se benefició monopólicamente de la soledad del huraño Montaña.

El cortejo contiguo y persistente se sintetizaba con la conducta del típico chupamedias de giro copernicano, esta caterva de sarracenos eran capaces de reír a carcajadas de los chistes insípidos y sosos de sus amos. Actuaba a la sombra, transmitía un fervoroso sentimiento de subordinación, abonaba con ejemplos prácticos los razonamientos del augur, y ladeaba a su jefe cuando daban un paseo por el *promenade* o en las apariciones en sociedad. En compañía de otras gentes no hacía uso de la palabra sin antes solicitar la venia correspondiente. El señor Montaña se congratulaba de que la relación de ambos era perfecta porque él sabía mandar y Juan Casimiro obedecer. Diciendo siempre que sí se granjeó la confianza de su jefe quien cayó como cabeza de chorlito en la trampa de su sirviente.

Los problemas asimétricos de este matrimonio por conveniencia eran manejados por el vicario arteramente, ladinamente y tragándose el orgullo. Cabe advertir que, como sucede en muchas relaciones humanas, las apariencias son más engañosas de lo que se supone. Los bocetos en donde el peso de la balanza se desequilibra y beneficia a

una de las partes pueden ser aparentemente desparejos, pero en las sombras de la realidad las cosas suceden de otra manera.

Con su cabeza inclinada, su mirada oblicua, y su silencio de discípulo anonadado, Juan Casimiro no emitía un sonido ni efectuaba un movimiento que revelase su capacidad de pensar por sí mismo. Montaña pretendía ofender a Juan Casimiro echándole en cara que lo había liberado de un ergástulo. Cuando el jefe comenzaba con el sermón y los comentarios denigratorios, el servidor asentía con un movimiento vertical de la cabeza y con una sonrisita legitimadora del sarcasmo.

Montaña estaba a ciegas, era más tonto y dependiente que un pollito. Pensaba y sentía que había encanallado al ayudante de una manera tal que este nunca soñase o pensase que se podía librar de peso de las cadenas, del grillete, de la picota y del trabajo forzado de las galeras. La ingenuidad no le permitió entrever que para delinquir la nebulosidad era más generosa que la luz. Bajo el rayo del sol se acciona con timidez y mostrando el rostro, en las penumbras con sigilo y escondiendo la mano. Es en la negrura de la opacidad cuando el fingidor saca a flote su verdadera esencia.

Juan Casimiro tragó muchos sapos y culebras e hizo mucho teatro para copar las expectativas que Montaña demandaba de un ayudante. Acompañó, soliviantó y apañó las travesuras de su amo hasta el día que Montaña tomó cuenta de que estaba siendo utilizado y embromado en su buena fe.

Montaña descubrió, por un acontecimiento aleatorio, que el esmirriado Juan Casimiro Valdez se reía de él, y que cuando escribía el libreto para “Sin pelos en la lengua” lo que perseguía era el logro de sus espurios e indecentes intereses y no la defensa de lo políticamente correcto.

La existencia de Montaña era unidireccional. Su modo de vida, su retraimiento, su visión apocalíptica, su honorabilidad, su noción de la pureza pueril y casta, sus cambios extremistas de consideración con respecto a las personas y sus obsesiones temáticas eran genuina expresión de lo que él era por dentro, un volcán en ebullición.

Juan Casimiro abordó a su jefe como lo hace un experimentado

fisgón de la psicología de los que se creen benefactores de la verdad, el ayudante captó que Montaña era un lunático y un taciturno que no se fatigaba de ejercer la soledad. El badulaque del amanuense reconoció el hueco a través del cual se podía vulnerar la personalidad de un individuo hermético, talentoso, consciente de su destino, culto y preparado para vivir entre precipicios. Cualquiera intuirá que la flaqueza de un sujeto de esa autosuficiencia sería la soberbia. Nada más alejado de la realidad. El secretario vislumbró que su misión para defraudar a Montaña consistía en desenterrar la piedra Rosetta que cada solitario entierra en sí mismo.

Juan Casimiro tuvo la genialidad de Champollion, quien había descifrado los jeroglíficos egipcios que permitieron traducir la escritura de los papiros. Siguiendo el ejemplo del hermeneuta francés y el precepto de Horacio de que una letra te llevará a una palabra, una palabra a una frase y una frase al resto, fue sonsacando y descubriendo que el dilema existencial de este agreste misántropo consistía en el *taedium vitae*.

Juan Casimiro observaba, conjeturaba y razonaba que la individualidad de un solitario respondía a razones que no eran atribuibles a otro ermitaño. La teoría del asistente se fundaba en la hipótesis de que cada alma eremita esconde un anacoreta. Cavilaba que un antigregario era el espécimen más raro de la raza humana y cada uno de estos individuos envolvía personalidades ensimismadas, diferentes y hasta opuestas a otros huraños de la laya de Montaña.

En el sentido lato del vocablo, para Juan Casimiro, Montaña era un asceta que no estaba intoxicado de vanidad ni de avaricia pecuniaria. Juan Casimiro se decía a sí mismo que si no fuera por su irascibilidad, su intolerancia a la mediocridad y, últimamente, su actitud reverencial hacia el despotismo ilustrado, el señor Montaña debería ser considerado un santo varón al que habría que prenderle cirios e incienso. Sin necesidad de especulaciones ladrillosas era constatable que el hidalgo montañero odiaba extorsionar y, aunque se declaraba librepensador, no le gustaba contravenir los diez mandamientos. El excesivo peso que tenían las ideas sobre él no le permitían reconocer los matices de la heterogénea realidad social que imperaba en Villana.

El aciago secretario no era el par de su jefe en la batalla de exorcizar la venalidad de la República de O. Más bien era su impar en la gigantesca tarea de desendemoniar a los villaneros. Mientras que con Montaña no había opción para el peculado ni para el chantajismo intelectual, para el secretario las adulteraciones y las ventas de indulgencias eran el pan nuestro de cada día.

Juan Casimiro era lacayo de origen pero no de aptitud vocacional, este individuo nació con el salvoconducto para hacer el mal, su inclinación delincuencial era lo menos forzado que tenía su actitud. Crecido y criado en un lupanar, conocía de memoria las letras del alfabeto que aúnan y subyacen en la semántica de la política con la del periodismo. Era ducho en conducir a Montaña hacia donde él quería. Su arte para infiltrar sus ideas a través de la única rendija que tenía la coraza de Montaña era excepcional. Claro está que en vez de introducir la luz Juan Casimiro contrabandeaba opiniones infectadas de manipuleo y de distorsiones. Una de ellas hundió a Montaña en la peor inquina, la inquina que Montaña nunca le perdonaría ni se perdonaría.

No contrapuntear al amo y asentir diciendo a todo que sí formaba parte del protocolo, pero indiquemos que eso solo no era suficiente para engrupir a Montaña. En el fondo, Montaña oteaba el mundo desde la cúspide de la sabiduría y no le quitaba el sueño que no se reconociera su genio y su prédica. Era imperturbable en sus hábitos y manías, cuando se emperraba en sus ideas era más fácil extraerle una muela que convencerlo de lo contrario. No había forma de desviarlo de su cauce ni soborno posible que morigerase su lengua. Como ya se reveló, Montaña no era un sujeto pedante, oscuro y pretencioso, pero cuando se dejaba guiar por su inflamable retórica parecía que en él se producía un estado literal de *delirium tremens*. La inclemencia de sus inquisiciones traspasaba las demarcaciones impuestas por razones humanitarias o de parentesco. Acusaba con la autoridad moral que otorga la honestidad. Ni por asomo se le pasó por la cabeza conseguir un favor del poder y, más aún a su favor, no tenía la peregrina idea de cómo se solicitaba la ayuda.

La voluntad de Montaña, el montaraz, se insubordinaba y

renunciaba a los placeres del sexo y de cualquier otro entrenamiento que le insinuase una gimnasia disoluta. A Montaña el aburrimiento lo abrumaba y le hacía percibir lo desértica y yerma que era su vida. El personaje principal de esta novela se educó en la indiferencia del mundo y en el absurdo de no hallar respuestas en la mudez del cielo y la tierra. Hablar sin pensar y pensar sin hablar era la receta para bloquear los sentimientos. Adornaba su vacío irreparable con palabras, doctrinas, teoremas y teorías de toda clase e incluso algunas que aún no habían sido lanzadas al mercado de las ideas y de las ciencias.

Montaña transitaba las neblinosas avenidas del conocimiento para, finalmente, enfrentarse a un silencio compacto. El haber sido el único hijo de padres mayores, lo puso desde pequeño en contacto con el régimen penitenciario de la soledad. El ostracismo en el que estaba inmerso le permitía escuchar el silencio de los ruidos. Estaba habituado a que en su casa él escuchase el timbre de su voz, la inhalación de su respiración y la taquicardia del corazón. Nadie lo espulgaba, reñía, ni le solicitaba que rindiese cuentas de sus actos. Tampoco poseía una mascota que acariciar, ni siquiera tenía un perro que le ladrase. Pero como a todo solitario que la vida no le dio la posibilidad de elegir, comenzó a sentir los achaques de lo que significaba haber llevado a cuestas durante tantos años una vida eremita y esteparia.

El vicario era la única persona que entendía el desorden delirante de las ideas de su jefe. Juan Casimiro captaba las señales que Montaña emitía a consecuencia del declive que conlleva la existencia prolongada. Montaña comenzó a arrastrar los pies y a caminar de manera fatigada y deprimida. Proporcionalmente, a medida que pasaban los días, aumentaba su dependencia práctica y se acrecentaba la influencia del auxiliar. El suspicaz de Juan Casimiro, como buen diablo que era, atendía todos los detalles. De manera desapercibida manipulaba la grilla del programa e incidía subrepticiamente en la insidia que Montaña tiraba en contra de los renombrados representantes de la fauna y flora de la República de O. Huelga decir que lo que el ayudante hacía o dejaba de hacer respondía a un cálculo

matemático y dinerario. De acuerdo a lo que percibía, Juan Casimiro cobraba por apuntar y municionar el revolver de su jefe. Nada era gratis, el secretario facturaba por manipular a su jefe. Muy pronto, y sin ruborizarse, aprendió cómo se desarrollaban los negocios ilícitos como si fueran lícitos, cómo se decían mentiras como si fueran las últimas verdades, y cómo se defendía el bolsillo como si fuera la libertad de expresión.

Juan Casimiro había ganado dinero y se había enriquecido a expensas de la verborrea, el denuedo, la probidad y la temeridad del señor Montaña. Educado en la escuela teatral de la farsa, tuvo la precaución de sellarse en el cerebro que su jefe no debía notar que él había cambiado sus hábitos de consumo y su nivel de vida. La consigna era escueta y taxativa: por ningún medio notificar a Montaña que había ganado la lotería.

Nada de lo que llevaba en su maletín, de lo que decía y hacía debían revelar su acrecentamiento patrimonial. Entre las medidas que había tomado para mantener la apariencia de su sempiterna pobreza franciscana estaba la de no modificar su forma de ataviarse y la de no estacionar sus vehículos último modelo cerca de la radio o de la casa de Montaña. Montaña ni se imaginaba que Juan Casimiro, el pobrecito que supuestamente hizo voto de pobreza, había cambiado todos sus usos y preferencias. Por ejemplo, comenzó a frecuentar los casinos y los lupanares concurridos por los comerciantes adinerados. No empero, en otros aspectos de la vida, Juan Casimiro siguió disimulando su desfachatez. El ayudante no cambió de señora porque no creía en el divorcio y consideraba que la familia era el núcleo orgánico y originario de la sociedad. Juan Casimiro constituía el arquetipo de los individuos que no abdicaban ante la ilusión de soñar que cuando hacen el mal lo hacen para luego hacer el bien.

El jefe y su amanuense nunca mantuvieron contactos familiares. Para Juan Casimiro intimar con Montaña era un asunto áspero y espinoso y para Montaña intimar con Juan Casimiro era una cuestión insulsa e diminuta. Demás está decir que el jefe sabía del estado civil de su escudero, pero Montaña nunca atinó a preguntarle por el nombre de su esposa que, dicho sea de paso, se llamaba Inés Ester

Apodaca. Debido a que se trataba de un vínculo de compartimentos estancos en donde no existían vasos comunicantes, el secretario no tuvo la necesidad de explicar la causa de por qué en la cochera había aflorado una flotilla de autos y de dónde había salido el dinero para la compra de una nueva casa lujosa en un barrio bacán. Juan Casimiro partía su relación con Montaña en dos, por una parte, se lo veía como el ayudante circunspecto y sumiso, y por la otra parte, actuaba como el abanderado de la manipulación periodística, la adulteración de la verdad, la caza de brujas y la narcopolítica. El ayudante nunca dejó deslizar un comentario que alentase algún tipo de sospecha. Cuando se dirigía a los demás, encandilaba y enternecía como un actor de telenovela que encarnaba al bueno de la serie. Tampoco era un tipo soberbio que mostrara sus adquisiciones u ostentase su meteórico ascenso social. La gran virtud actoral de Juan Casimiro consistía en no desnudar la esencia de la calaña de ser humano que era. Los compañeros de trabajo no se enteraron de la transformación económica del productor de "Sin pelos en la lengua". Aunque había adinerado su existencia, no había perdido el trato afable, fraternal, cálido, amable y cariñoso con los cuates del laburo. La cautela y la sencillez que le imprimía a sus acciones posibilitaron que Juan Casimiro fuera el único millonario de Villana que luciera como un comprometido laburador de clase media. Su adiestramiento en la mentira alcanzaba la perfección de tener que fingir delante de sus compañeros. En el pasado se había hecho costumbre que entre los cuates de la radio se prestasen un dinerito para llegar a fin de mes y poder tapar todos los agujeros pecuniarios. Juan Casimiro, con espíritu solidario y sin fines de lucro, organizó un sistema de préstamos en el que, con el disimulo que lo caracterizaba, integró el capital operativo, puso a funcionar una cuasi cooperativa y así, de esa forma, libró a sus compañeros de las angustias financieras.

El relato biográfico de Juan Casimiro rebasaba la pintura de lo que comúnmente se entiende por un secretario devoto de su jefe y de su credo. La historia del asistente revelaba que se distanciaba de su jefe en el hecho de que no se conformaba con lo que tenía puesto. Hablando con el instinto soliviantado de veracidad y más allá de sus

exabruptos, Montaña era una persona guiada por sus ideas, sus ideales y sus impulsos altruistas. En el arte de la palabra era ingenioso y en el arte del vivir ingenuo. Si se le agarraba la vuelta, Montaña podía ser tan iluso que hasta terminaba creyendo en los Reyes Magos. Sin embargo, el ayudante simbolizaba la figura principesca del maquiavelismo renacentista.

Después de todos los datos factuales relativos a la angurria y a la fe púnica de Juan Casimiro, el lector estará apercibido de todo lo que este redomado era capaz de hacer por treinta siclos de plata. ¡Que nadie se consterne ni suelte un grito al cielo ni se rasgue las vestiduras por lo que se pasará a relatar! Así como Juan Casimiro no despilfarraba el tiempo dándose ínfulas de grandeza, tampoco se quedó a esperar que la suerte le cayese del cielo.

No perdió el tiempo ni las oportunidades que se le presentaron para multiplicar su fortuna y exprimir al señor Montaña en su mal carácter y buena fe. Ni bien empezó a producir el programa "Sin pelos en la lengua", el que debía ser el escudero y pararrayos de su jefe, se empeñó en abolir las barreras éticas que divorcian el periodismo de la venalidad y de las truculencias morales.

En reiteradas ocasiones se manifestó que Juan Casimiro tenía alma de traidor y madera de mercenario. En calidad de mercenario a la vieja usanza daba su colaboración al mejor postor. Para él no había ni Dios ni patria, y solo existía un avieso compromiso entre la libertad de prensa y los tejemanejes de las mafias corporativas. Desde el mismo instante que estrechó la mano de Montaña a modo de demostración y expresión de "trato hecho", se puso a vender parcelas de influencia del espacio radial.

43. La dupla de oro

Andrés Santander buscó a Juan Casimiro porque necesitaba de sus servicios periodísticos y Juan Casimiro buscó a Andrés Santander porque deseaba amplificar sus posibilidades de inversiones bursátiles.

Por entonces, en la República de O, se declaró un asueto ético. La ciudadanía arrió la bandera de la decencia y las instituciones se satelizaron en función de la anarquía emergente. El Estado enfeudado estaba repartido entre grupúsculos que se habían convertido en voraces usufructuarios de las mieles del poder. Los políticos, la actividad política y las campañas electorales debían ser financiados, y para ese fin se necesitaba cada vez más dinero. Los especialistas en ingeniería financiera se pusieron de acuerdo en diseñar un sistema de financiamiento en donde importara el color y no olor del dinero.

Las fuentes tradicionales desde las cuales se alimentaban las exigencias estomacales de los mandatarios eran las arcas estatales, empero estas se hallaban colapsadas y exhaustas debido al incremento de los costos de la actividad política, a la paquidérmica dimensión del Estado y a la glotonería de los mandamases, de los compadres y de las comadres. El precio de la influencia, como la compra de votos, la sumisión de un juez, la adhesión de un congresista o la adquisición de un operador aumentaron por encima del costo de vida.

El valor nominal y real de los bienes y servicios en el mercado político se centuplicó y, por el contrario, la variación del precio de las hortalizas, las verduras, las carnes, los productos panificados, los productos lácteos, los medios de transporte, el combustible, la ropa y demás bienes de consumo y primera necesidad sufrieron una inflación residual casi indetectable.

¿Cuál era la razón que explicaba la inflación inicua del precio de las transacciones en el mercado político siendo que los costos de vida se

mantenían invariables? ¿Por qué el costo de la contratación de un peón se había equiparado al de un médico o ingeniero? ¿Qué situación hizo posible el encarecimiento de las prestaciones políticas? ¿A razón de qué se intensificó y diversificó la demanda de las actividades parapolíticas? ¿Cuál fue la causa de que en primera instancia se incrementase la masa monetaria en el circuito político y no en otras áreas del activismo económico? ¿En detrimento de qué se había encarecido la política?

Las respuestas a todas estas interrogantes hallaban su explicación en dos palabras: la droga y la lavandería que era un subproducto necesario y deseado de la primera. Obviamente que el exceso de la masa monetaria que recorría el circuito político pronto se desbordó y comenzó a chorrear y transitar en las esferas de los negocios inmobiliarios, financieros, ganaderos y en las industrias de servicios que permitiesen el blanqueo de capitales. Lo más conspicuo de la sociedad villanera proclamaba que Villana era una fiesta y los precios de las propiedades estaban regalados.

Y mientras se subastaban los bienes colectivos de la justicia, el orden y la libertad ¿qué hacía la ciudadanía adormilada y liliputiense? No hay peor ciego que el que no quiere ver y esto pone sobre el tapete las deficiencias y las limitaciones del método científico. Como es dogmáticamente sabido, la observación es el método más elemental y el menos oneroso. Obviamente, la misma no garantiza una comprensión abarcadora y explicativa de la totalidad, sin embargo permite una aproximación sesgada y una visión subjetiva de la contingencia. La observación depende de que se quieran ver las cosas legítimamente y de que se pretenda nominarlas para luego poder distinguir los diversos fenómenos que se suceden en la realidad. Las personas que no diseccionan la realidad y se niegan constantemente a no reconocerla tal cual es terminan con una actitud errática y errabunda. La diferencia entre el andar del ciego y el andar del que cierra los ojos es que el ciego catea con el bastón antes de dar un paso de avanzada, y el que cierra los ojos no catea porque se paraliza o circunscribe sus movimientos circulares al mismo perímetro. Del mismo modo, las ideologías son transparencias a través de las cuales

se observa de forma alterada las cosas.

Los habitantes de la República de O y los villaneros, como los denominaba el señor Montaña, no quisieron abrir los ojos a la realidad, o quizás ambicionaron cerrarlos para beneficiarse de los frutos de la ignorancia. El señor Montaña solía expresar su hastío ante el declinar de una ciudadanía que abjuraba de sus derechos y obligaciones con la arcaica anotación de que "*stultorum infinitus est numerus*"; vale decir: "el número de los tontos es infinito".

Por lo general, los pueblos acomodados se aturden y, como el avestruz, esconden la cabeza cuando deben enfrentar un desafío que les exija sangre, sudor y lágrimas. Está claro que en este país todos se hacían los desentendidos porque quizás no había quién pudiese tirar la primera piedra. En este sentido, Montaña luchaba en solitario contra viento y marea. La gente hacía caso omiso de sus denuncias. Nadie lo tomaba en serio, o tal vez pudiese haber sucedido que no le quisiesen hacer caso cuando oracularmente anunciaba y despotricaba en contra de la obscena invasión que padecía la República de O. De igual modo, palidecía su voz cuando ponía en tela de juicio la colonización de la que era objeto la patria y denunciaba a personajes sinuosos que no contaban con antecedentes limpios y pedigrí social.

El locutor presumía que al ser individuos aparecidos de la nada y con un exceso de disponibilidad financiera eran capaces de socavar las bases morales de la República de O. A Montaña lo sorprendía y decepcionaba que esta situación insólita no llamara la atención de los villaneros. Con la candidez del hombre mayor aniñado se preguntaba por qué no se prendía la luz roja de alarma. Montaña no encontraba la respuesta ni la razón de ser del por qué el abajamiento de los villaneros y olvidosos.

El escenario social abúlico y acrático constituye el caldo de cultivo ideal para que emerjan y se reproduzcan la especie de los encopetados. Estos, con sus ostentaciones pornográficas, avisan que son los representantes de la *crème de la crème*. La clase de los nuevos ricos avenidos a plutócratas arrasan con el cielo y la tierra. Los mandatarios de la chusma enriquecida son tipos arrogantes e inconscientes de que la abundancia de sus mandantes pudiera

terminar. Sin ser propietarios, son petulantes como el fanfarrón que se cree descendiente de europeo. De acuerdo a las características psicológicas de su poderdante, es menester que los representantes tengan que pasar las de Caín a fin de obtener la confianza de este. Si traemos a colación los casos en cuestión comprobaremos que quienes en este relato fungen de representantes tuvieron que realizar las más censurables tareas para adecuarse a las expectativas de los jefes. No olvidemos que Andrés Santander, para apoderarse de la confianza del Polaco, tuvo que introducir su cabeza en las fauces del león. Y en el caso de Juan Casimiro serpenteó, aduló y anduvo a rastras para granjearse la confianza de Montaña. En la circunstancia opuesta, se puede comparar que la naturaleza de la representación se modifica en consonancia con la fidelidad del representante. Este acuerdo de adhesión no permite que ni por asomo el mandatario pueda ir más lejos de lo que manda su mandante. Se asegura la muerte el delegado que actúa más allá de lo que su mandato establece.

Andrés Santander siempre se había contemplado a sí mismo como una pieza del engranaje mafioso del Polaco. Para él solo había vida dentro de las estructuras mafiosas. La sencillez de sus planes facilitaron su proceder que consistía en delinquir con el equipo y no contra el equipo. Tenía el convencimiento de que cuando se alistó en las filas del capo mafioso había quemado sus naves y se habían volatilizado todas sus chances de vida fuera de la banda. Andrés Santander supo que, desde que se aposentó en el escondite del Polaco, había sellado su pacto con la muerte. Sin embargo, Juan Casimiro intuía que él pagaría su deslealtad con el famoso despido justificado, lo que a fin de cuentas significaba solamente la pérdida de algunos beneficios jubilatorios donde otros perderían la vida.

Como sucede, sin excepción en las historias reales, los que se necesitan para transgredir la legalidad se encuentran en los lugares más pensados y deseados por ellos. Los necesitados para el crimen no se topan por azar o porque una mano invisible los condujo hasta ese sitio común. El necesitado tampoco deja su accionar librado a su libre albedrío o a su conocimiento de la literatura policial y gansteril. Desde ningún punto de vista se deja guiar por la intuición barnizada de

racionalidad. El actuar de esta clase de necesitados es conducido por el olfato azuzador de las complicidades. Los que se necesitan para las actividades delincuenciales huelen que en el aire flota el deseo de los que desean delinquir. Guiados por la inhalación nasal, estos dos personajes coincidieron en el sitio y a la hora que era la mejor para los dos.

Andrés Santander ejercía la representación *de facto* del Polaco y con su rostro rehecho y angelical se convirtió en el substituto de aquel. Ya se dijo que el Polaco era físicamente inconfundible, de ahí que no se podía dar el lujo de abandonar la clandestinidad. Así como Andrés escuchaba y obedecía estrictamente las órdenes de su jefe, así también Juan Casimiro oía a su jefe pero no le obedecía. Este can sin alma perruna ponía sus oídos para registrar las informaciones que inocentemente su jefe desembuchaba. Con su silencio lúgubre e inamovible espiaba cuando el señor Montaña parloteaba y hablaba a solas en voz alta. A través de este procedimiento descortés y felino Juan Casimiro pudo acceder a informaciones y razonamientos de contenido sensible y metafísico. Este indecente no hacía más que escuchar para luego procesar, catalogar y seleccionar los datos que ventilaba Montaña. Juan Casimiro era comedido como esos individuos que se ubican a la sombra de un gran hombre, ante su jefe declinaba cualquier protagonismo y solo demostraba su sed escolar de nuevos conocimientos. Se jactaba de que como una esponja chupaba los sabios comentarios y reflexiones de Montaña y de que debido a su vasta cultura su jefe era un libro abierto de sabiduría. Había veces que Montaña repetía los nombres y los datos biográficos de sus proscriptos en cuarentena como un disco rayado, la incontinencia verbal del jefe había servido para que el discípulo aventajado pudiese corroborar y cerciorarse de los antecedentes de las personas y personajes con los que debía contactar para expandir sus cuestiones monetarias.

Montaña le informó de la existencia del Polaco y de su lugarteniente y, además, de la magia y el misticismo que rodeaba la figura enigmática de este. Se rumoreaba en los cafés y en las tertulias de cinéfilos que el matón de piel enharinada era un ícono del que incluso se justificaba rodar para el cine o la televisión la historia amorosa de

su vida y vagabundeo juvenil.

Desde que Juan Casimiro escuchó la leyenda de boca de Montaña pensó que esa era la oportunidad de foguearse con lo granado de la mafia local e internacional. Quería elevar su estatus y él mismo convertirse en un tiburón dentro de una bañera. En cada ocasión que su jefe refería las características novelescas de estos personajes, el secretario copiaba como si estuviese labrando acta notarial. Aparentemente impávido ponía su concentración al tope. Todo lo que su jefe decía lo asentaba y grababa en su cerebro como queriendo petrificar en su memoria los nombres de quien o quienes le abrirían las puertas del paraíso terrenal. Registraba hasta el detalle más insignificante con el objeto de que le permitiese llegar al paradero del Polaco. Juan Casimiro captaba los riesgos que suponía una alianza estratégica con este peso pesado de la mafia, pero como él mismo se decía, en el riesgo estaba la ganancia. Las ganas de encontrarse con su contraparte no permitían perder ni un minuto más. Utilizando su olfato de sabueso, estableció contacto antes de lo previsto con el adlátere del arcano Polaco.

Andrés Santander y Juan Casimiro no se encontraron de forma casual. Se miraron a los ojos por primera vez en la antesala del despacho de un prestigioso estudio jurídico. En este sitio en el que se quitaba más de un as de la manga y un conejo de la galera se ofrecían servicios legales, paralegales, aduaneros, contables, financieros, notariales, bancarios, inmobiliarios, campestres e inclusive asesoramiento matrimonial. Este tándem de malhechores había acudido al despacho jurídico para solicitar a estos transgresores de la legalidad el asesoramiento sobre posibles operaciones de blanqueamiento de capitales. A pesar de la precariedad jurídica y del zapeo institucional, la conducta de los delincuentes daba cuenta de su inclinación a favor de la legalización de sus capitales. Los dos tenían la necesidad de trocar su disponibilidad monetaria en efectivo en títulos de propiedad, acciones, propiedades de hoteles u hospitales y cuentas bancarias blanqueadas y acreditadas jurídica y legalmente.

Estos apóstatas del derecho se habían convertido en glosadores y fulminadores de lo que ellos conceptuaban como el moderno código

de Justiniano. Se los podría graficar como mentes torcidas que torcían y forzaban interpretaciones legales que hacían del entuerto la consecuencia más significativa de la legitimidad. Con la frescura, la doble moral y la deshonestidad intelectual de los filántropos de la judicatura navegaban y se desplazaban como Marco Polo en las lagunas de las leyes. Conocían como las palmas de sus manos las triquiñuelas legales y procesales que la ley misma. Sin cortapisas ponían en pie de igualdad el derecho y el envés oscuro de las cosas. Con engreimiento y obscena pedantería, y sin tomarse el tiempo debido en recabar copiosamente las doctrinas de los jurisconsultos romanos, mechaban sus dictámenes jurisprudenciales con argumentos extraídos de los sabinianos y de los proculeyanos.

Juan Casimiro había inferido que su abogado, por los consejos que le daba y por su aviesa manera de florear lo indefendible, debía ser el defensor de los hampones más destacados de la República de O. La sospecha del sagaz secretario se confirmó luego de mantener una conversación con el abogado, quien le resaltó la necesidad de que entre los del mismo oficio reinase la coordinación y la hermandad. No había peor cosa que la lucha fratricida entre los sindicatos. Arrancarse los ojos o colgar al colega de las tripas por una tajada del botín no se justificaba teniendo en cuenta que había suficiente mercado para todos. Subrayaba que hablando se entiende la gente y que con paciencia se llega al cielo. Por eso existía la división del trabajo, y por lo mismo cada banda debía aprovechar su ventaja comparativa. El jurista pregonaba el equilibrio de poder y la zonificación del área de influencia de cada falansterio. Con la equitativa fórmula del *uti possidetis* se garantizaban los derechos adquiridos, y que cada pandilla tuviera su zona del territorio bien demarcada. En esta actividad la paz depende de que nadie penetre en la región o interfiera en la actividad del otro. Recalcaba que las peleas entre pandillas solo sirvieron para indisciplinar al gremio, y que del desorden, las bravatas y los tiroteos solo salían gananciosos los intoxicados del poder judicial y de la policía. La ecuación era sencilla: cuando se sucedían baños de sangre entre los agremiados, los polizontes y los jueces exigían más por el cobro de sus atenciones. Las desavenencias entre las asociaciones se

pagaban con creces. Además de sangre y plomo se pagaba con el incremento de las tasas judiciales y con el aumento del diezmo a la comisaría del barrio. Los polizontes no tienen código, no cumplen su palabra, y cada vez que pueden te joden con el chantaje.

So pretexto de todas estas divagaciones lúdicas y criminológicas, Juan Casimiro solicitó la ayuda del abogado para su inserción en los círculos de la mafia. Quería aplicar y convertirse en miembro pleno de uno de los sindicatos. Pensaba que con su tenacidad y su versatilidad podía alcanzar el pódium de los mafiosos. Por lo menos, se decía para sus adentros, que se sepa que no estoy del lado de la ley, que no sea que me peguen un tiro por equivocación. El leguleyo en cuestión se llamaba Arquímedes Dios de los Santos. Su clientela lo definía como un tipo todo terreno, preparado para hacer el mal de noche y continuar haciendo el bien durante el día. Un ambidiestro capaz de escribir simultáneamente con ambas manos, hacer una raíz cuadrada en la ducha, y repasar el rosario doctrinario sentado en el wáter. Dentro de la nómina de abogados inscriptos en el registro de la Corte Suprema de Justicia no existía ninguno letrado que tuviera una noción tan leve del delito y las penas como Arquímedes defensor de reos pobres y ausentes. El picapleitos razonaba sesudamente que el universo delictivo se regía, como las moléculas y la materia, por leyes físicas y no por leyes morales. Cuando socializaba con otros del mismo ramo se lo veía rígido y envarado como un embalsamado. Con su estatura de eucalipto, su facha de endomingado, sus zapatos de brillo espejado, su cabellera negra aplanada y engominada, su bigotito a lo Chaplin, su rostro huesudo, su frente amplia y curvada, sus manos delgadas, sus uñas alargadas configuraban una personalidad cadavérica, enfermiza, diáfana, pulcra, honesta, pacienzuda y paternal.

Arquímedes, con su oculto talento de pitonisa, le proporcionó a su cliente la información de que por ahí andaba dando vueltas un muchacho carilindo que manejaba una chequera que era más grande y gorda que un vacuno de feria. Así mismo le garantizaba que ese mozuelo estaba interesado en vincularse con personas emparentadas a aquellos generadores de opinión pública. El joven era, seguía diciendo

Dios de los Santos, el rostro adecentado del Polaco que se aferraba a la clandestinidad por comodidad y para no aguijonear la suspicacia de los padrinos.

Juan Casimiro prestó atención a la oferta que le había hecho Arquímedes Dios de los Santos y, como quien que no quiere la cosa, le sugirió que quizás lo mejor fuese que conversase personalmente con Andrés Santander. Como si hubiese sido un requerimiento procesal de mero trámite y especial pronunciamiento, el docto preparó un encuentro que se llevó a cabo en su bufete. Supuestamente, la reunión se realizaba en esa plaza porque se trataba de un sitio neutral y estaba asegurada la privacidad del encuentro. Ni la prensa ni los policías, como tampoco las otras fraternidades, debían tener noticia de que se hubiera efectuado una reunión de trabajo en la que solamente participaron Juan Casimiro, Andrés Santander y Arquímedes Dios de los Santos.

44. La negociación

Andrés Santander y Juan Casimiro eran hombres de acción que sabían lo que querían. Se caracterizaban por traducir inmediatamente las palabras al idioma irrefutable de los hechos. Desde el ángulo que se los analice se los podría considerar como el prototipo de hacedores que anatemizaban el desperdicio del tiempo y la holgazanería.

La primera toma de contacto entre el alter ego del Polaco y el ascendido Juan Casimiro se desarrolló al día siguiente teniendo como único testigo del evento al físico relativista Arquímedes Dios de los Santos. Este se encargó de preparar la escenografía y los prolegómenos de la conversación. Los mafiosos se apersonaron a la hora convenida.

El rasgo paternal de Arquímedes se constataba en el hecho de que conocía lo que cada cliente necesitaba y, por supuesto, que su tarea de asesoramiento no se agotaba en la circunstancia de dar buenos consejos, sino que se esmeraba en esbozar y actuar de facilitador de las soluciones que eran practicables y tenían un costo módico.

El abogado nuclear con espíritu de químico materialista estaba en su salsa cuando concretó la cumbre entre un poder establecido y un poder en ascenso. El diálogo estuvo marcado por el calor humano y la intimidad de dos interlocutores que sabían que se necesitaban y que con un poco de esmero hasta podían llegar a quererse. Tenían la certeza de que no competirían por establecer un monopolio o por subsidiar un producto cuyo subsidio quebrantase las reglas de la sana competencia. Lo más destacable de esta reunión era que estaba desafectada de pláticas babilónicas, hablaban sin cortejarse como queriendo impedir que la conversación se perdiese por las ramas. Parecía que ambos se hubieran puesto de acuerdo para ir directamente a la cuestión que los convocaba.

—Casimiro, siempre me pregunto cómo logras que Montaña diga lo

que quieres —comentó Andrés, con la misionaria intención de romper el hielo.

—Mi jefe es un caso de escopeta. A él hay que decirle lo que quiere escuchar. Vive en el aire. Ya ni lee los diarios, ni oye la radio, y de hecho jamás vio televisión. Tampoco se maneja bien con los medios digitales. Piensa que es un despropósito de la tecnología que cualquier verraco pueda tener derecho a la palabra. Según él, ahora más que nunca los periodistas deben saber lo que dicen porque Facebook y Twitter dan la posibilidad de matar a un águila con un tiro de hondita. Pero en fin, como te darás cuenta, Montaña es un caso excepcional e irrepetible. Con él hay que prestar mucha atención. No se lo engaña con tonterías y, para él, el cómo y el qué son igual de importantes que el cuándo —respondió Juan Casimiro, imbuido por la idea de que debía demostrar que poseía un conocimiento palmario de su jefe.

—Por lo que me cuentas parecería que a pesar de su tilinguearía es un tipo predecible —acotó Andrés con la forma disfrazada de sugerencia, esperando que Juan ampliara la información sobre Montaña.

—Así es. El mejor horario para conversar con él es por la mañana temprano. Alrededor del mediodía siempre está exasperado. Después de la siesta se levanta renovado, pero en la medida en que se acerca al inicio del programa vuelve a tornarse belicoso. El clima frío lo atempera y el calor del verano lo agobia e irrita. Cuando no sale el sol por un par de días se deprime y las horas crepusculares parecerían molestarle como un dolor de muelas —aseveró Juan Casimiro con la versación del que observa y saca sus conclusiones.

—Por lo que escuché veo que has estudiado a tu patrón microscópicamente —comentó Andrés, intentando de que su receptor delatase todo lo relacionado con Montaña.

—De Montaña podemos hablar horas enteras inclusive hasta el amanecer. Lo manejo a mi antojo porque me tomé el tiempo que era necesario para saber más de sus pensamientos y sus acciones. Me llevó mucha paciencia y sinsabores. Mi jefe no es un tipo fácil. Pero ahora que conozco sus impulsos, sus creencias, sus gustos, sus pensamientos y su modo de vida puedo decir que soy capaz de manipularlo como a

un arlequín. Ya hablé mucho de mi jefe. ¿Qué tal es el tuyo? ¿Es cierto lo que se dice por ahí que es cruel y que estrangula a sus víctimas con sus manos? A mí me daría miedo trabajar con alguien así —dijo Juan Casimiro intentando provocar una respuesta apológica de su destinatario.

—Del Polaco se dicen muchas mentiras y exageraciones. En sus inicios tuvo que usar la crueldad para imponer su autoridad. Te aseguro que no le tiemblan las manos si es que hay que licuar a un traidor. Con la edad se volvió más quisquilloso, lo que significa que cuando da una orden, quiere que su orden se cumpla sin dilación. ¡Guay de quien le desobedezca o que no se cumplan sus órdenes! Lo que no se puede negar es que a la hora de repartir el botín el Polaco es generoso y paga como Dios manda —relató Andrés, con la admiración mistificadora de un adolescente.

—Me alegro de que las cosas les vayan bien a ti y al Polaco. Me parece maravilloso que te permita desarrollarte en lo profesional. En cambio Montaña es más jodido. Para él, el mundo comienza y termina en él. Su soberbia lo enceguece. Cree que cuando habla me cago hasta las patas y piensa que soy un bobalicón incapaz de contradecir sus instrucciones —dijo Juan Casimiro, buscando direccionar el diálogo hacia otro punto del orden del día.

—El Polaco sabe que no soy un boludo y no le gusta estar rodeado de boludos. A pesar del manto de misterio que se cierne alrededor de su persona, el Polaco es un líder moderno. Se entusiasma con los colaboradores que saben gestionar y obtienen resultados —destacó Andrés con la intención de aventajarse en una conversación que comenzaba a revelarse como una negociación.

—Dime, pues, Santander: ¿Qué puedo hacer por ustedes? En lo que pueda ser útil estoy a tu disposición. Además, me imagino que nuestro doctor Dios de los Santos ya te habrá comentado cuáles son mis intenciones —expresó Juan Casimiro con la lacrada indiferencia de quien no quiere la cosa.

—Sin duda nos podemos complementar. El Polaco sabe que en este instante estoy contigo. Mi situación es diametralmente opuesta a la tuya, yo obedezco y cumplo con lealtad todas las órdenes de mi jefe.

Él está al tanto de todas mis actuaciones, es más, no hago nada sin su consentimiento. La idea de buscar tu ayuda forma parte de su estrategia. Somos conscientes de la fortaleza mediática de Montaña. Por eso buscamos establecer una sinergia contigo. Creemos que podemos serte de mucha utilidad y asimismo pensamos que tú puedes hacernos un gran favor —sugirió Andrés con la voluntad de tender entre ambos un puente que permitiese atravesar el Nilo sin mojarse los pies.

—A mí me parece perfecto que colaboremos y coordinemos nuestros esfuerzos con inteligencia y dominando la ansiedad. Ustedes tienen la capacidad de fuego y con mi jefe yo tengo la posibilidad de apuntar y disparar contra quien quiera. Ustedes representan la amenaza física y yo la amenaza moral. Cuando se puede destruir la reputación, ya no hace falta matar. Aquí todos tienen techo de vidrio y tiemblan cuando se publican sus trapisondas. A pesar de la Santísima Trinidad son unos hipócritas y sinvergüenzas. Se rasgan las vestiduras por cualquier insinuación o ataque que se les haga. Les agarra una cagadera cuando Montaña los roza con sus comentarios. Cuando se sienten aludidos e intuyen que los ataques van a continuar, no dejan de llamarme. Mi teléfono no para de sonar y mis oídos escuchan propuestas indecentes. Obviamente, les ofrezco mis servicios tarifados. Ahí reside mi poder y esa es mi principal fuente de ingresos. Para mi suerte, mi jefe se informa a través mío, y yo mismo soy el que le sugiere los temas que debe abordar y a quién debe incordiar. Vive en el error de creer que soy su esclavo y presume que soy un inhábil para rebelarme. Irónicamente me reclama que gracias a la ilustración que me dio me convertí en un Séneca y que no tengo la musculatura, ni los nervios y ni el coraje para convertirme en un Spartacus o en Castus. Por eso confía religiosamente en todo lo que le digo. Me cree incapaz. Supone que como la inmensa mayoría le temo más a él que a la ira de los dioses —explicó Juan Casimiro con aires de autosuficiencia y de reivindicación.

—En este trabajo no hay mejor cosa que ponerse de acuerdo. Cuando hay coincidencias y buena voluntad para cumplir lo pactado, todos salimos gananciosos. Rige la lógica de hoy por mí mañana por

ti, o sea que, si hoy tú me ayudas y si mañana fuese necesario, tú ya sabes que puedes contar con mi apoyo. Para mí, este mecanismo de cooperación es el ejemplo más palpable de solidaridad entre los seres humanos. Puede ser que lo que diga parezca una locura, pero mi razonamiento se basa en dos elementos que no deben estar ausentes de cualquier definición de justicia. Por un lado, te devuelvo el favor y por el otro, el sentimiento de previsibilidad de saber que favor con favor se paga —sentenció Andrés, con voz de jurisconsulto.

—Así como tú, estoy seguro de que juntos podemos hacer milagros ¿Quién nos va a parar? Nadie. No dudes ni por un instante de que en el próximo quinquenio nuestro equipo, junto con el de otros colegas, seremos los grandes electores. Aquí se venden los representados y los representantes. Con dinero compramos a todo el mundo. Hay que tener un plan y hay que aliarse con los amigos que estén dispuestos a poner la plata, y que estén convencidos de que entre nosotros no nos podemos cagar. Si alcanzamos un acuerdo en el cual se delimita qué parte del negocio le corresponde a cada quien, puedo dejar constancia de que entre cuatro paredes vamos a elegir al futuro presidente. Si nos ponemos de acuerdo, seremos los amos y señores de este país. Postulando la libertad de mercado y exigiendo la abolición de las barreras arancelarias y paraarancelarias seremos nosotros cuatro, comercializadores de reanimadores espirituales, los que elijamos el presidente para la próxima década. De hecho hoy tenemos más amigos entre los parlamentarios que los que tenía Marcelino pan y vino entre las monjas. Hay que buscar y encontrar a un candidato con el perfil adecuado para esta coyuntura —declaró Juan Casimiro con la misma sinceridad y realismo que Tucídides relató la guerra del Peloponeso.

—Justamente del candidato ideal te quería hablar y pedirte un favor —intervino Andrés, escuetamente, con la intención de profundizar e ir al fondo del tema que era la causa de ese encuentro.

—No me digas que ya tienes un candidato —dijo Juan Casimiro, asombrado de haber tocado la tecla que hizo reaccionar a su oyente.

—Nosotros con el Polaco tenemos códigos y para nosotros no es necesaria la firma de ningún acuerdo. La palabra empeñada es ley superior para mi jefe. El Polaco siempre nos obliga a cumplir con la

palabra empeñada. Él me enseño que primero está el compromiso y después la ambición. Para que nos conozcamos bien esa es nuestra manera de proceder y nuestra línea de trabajo. Por eso es necesario que no nos mintamos y que siempre nos digamos todo lo que sabemos en referencia a una persona o algún negocio. Si vamos a colaborar se impone que no nos guardemos o escondamos informaciones valiosas en el secreter. El método de colaboración es simple y único: juntos en las buenas y en las malas, y las ganancias se distribuyen equitativamente —dictaminó Andrés Santander como el juez que explicaba las reglas y las sanciones antes del inicio de la partida.

—Me encanta que hablemos con sinceridad y respeto mutuo. El refrán dice que a ley pareja nadie se queja. Hiciste bien en aclarar las cláusulas de nuestro contrato de cooperación. Pienso igual que el Polaco. Soy un hombre de palabra y de una sola mujer. No soy como los curas que no se casan con nadie e incumplen el voto de castidad con las parroquianas que confiesan. Si me caso es para no divorciarme y no enriquecerme a costa de mis amigos. En la medida que me vayan conociendo iré demostrando que mi personalidad es íntegra y de una sola pieza. No soy de esos que se pasan de vivos —añadió Juan Casimiro en tono convincente y con ademanes de gentilhombre.

—El Polaco me encomendó una misión en la que tú nos tienes que ayudar. No se trata de que alguien pase a mejor vida. Debemos hundir a un par de políticos sinvergüenzas. No hay que liquidarlos porque eso provocaría un escándalo de dimensiones a escala nacional e internacional. No vale la pena que los matemos, pero debemos destruirlos. Son tan ruines que deberían ser exterminados como cucarachas. Se van a salvar porque todavía no les llegó la hora. Cuando el Polaco les baje el pulgar lo único que les va a quedar es ponerse a rezar y solicitar la extremaunción. Son unos verdaderos crápulas, tan hijos de puta que inclusive son capaces de vender a su propia madre. No cumplieron sus promesas y ahora tienen la insolencia de querer victimizarse y decir que están siendo chantajeados. Cuando sea el momento oportuno, los vamos a rociar con plomo. Por ahora, hay que dejarlos con vida pero debemos hacerlos pelota. Se comprometieron a rechazar un convenio

internacional y ahora salen con la felonía de que les están apretando los tornillos; que la presión es más fuerte que ellos y que si no aprueban la ley van a integrar la lista negra de la embajada. Estos asustadizos recibieron nuestro dinero y están retrocediendo en su promesa de rechazar de plano esta maldita legislación. No nos podemos dejar coger parados. Si permitiésemos que se burlasen de nosotros, estaríamos cometiendo un grave error táctico y estratégico. Es inconcebible que nos crucemos de brazos como si nada hubiese pasado. El Polaco ordena que los felones se atengan a las consecuencias de su felonía. Tienen que tragarse sus palabras y sus promesas. Gratis no les puede salir su artera jugada. Ellos vienen a nosotros cuando necesitan dinero para las campañas electorales, para comprarse una estancia o para mimar a sus amantes. No sé qué se creen esos tipejos ¡Quizás piensen que nos pueden utilizar como un condón! —peroró Andrés con espíritu consternado e inflamado.

—Me parece entender de qué va la cosa. Se trata del convenio de extradición entre la República de O y la potencia hegemónica. El acuerdo permitiría la extradición de connacionales para su juzgamiento y condena. Se suponía que había una mayoría de legisladores que rechazaban el convenio bilateral. El tratado está siendo impugnado porque sería violatorio de las garantías constitucionales. Estoy siguiendo de cerca ese asunto y no entiendo por qué se le da tanta cuerda a una cuestión que lesiona la soberanía nacional. A nuestros congresistas les falta bravura y el actual presidente es un pobre cipayo del imperialismo y del capitalismo. Se arma tanto barullo y escándalo por no animarse a vetar un tratado que adolece de vicios jurídicos. Nuestros parlamentarios hablan con ambages porque tienen el culo sucio. Le tienen más miedo a las represalias del imperio que el gato al agua de una palangana. No quieren que la potencia planetaria les anule la visa. Hacen de alcahuete del poder imperial porque vacacionan y gastan sus dineros o, mejor dicho, los dineros con los que les amansamos en sus chopin y restaurantes. Quien conozca un poco de política exterior se da cuenta de que el gobierno enajenó nuestra soberanía y se bajó los pantalones —dijo Juan Casimiro, con ímpetu doctrinal y con labia de catedrático.

—¿Y de todo esto qué piensa Montaña? —preguntó Andrés.

—Mi jefe cree y difunde en la radio que en la República de O el Poder Judicial es más desmemoriado que la memoria de un anestesiado. Pretextando su tributo a la verdad retrata a los jueces y fiscales en carne y hueso. Montaña denigra a los magistrados diciendo que son los violadores confesos de la constitución. Apoya el tratado de extradición porque, según su punto de vista, aquí la justicia sirve para castigar a los rateros y a los ladrones de gallina. Para Montaña las fechorías de los malos de maldad absoluta siempre quedan impunes. Para él los jueces se ponen de rodillas ante los saboteadores del Estado de derecho. De acuerdo a su parecer, para que funcione la justicia el palacio del Poder Judicial debe ser destruido desde los cimientos hasta la última teja del tejado. En su programa, Montaña se pasa predicando que la punición de los delitos no es asunto divino y que en esta maldita tierra debemos purgar nuestros pecados. Considera que la extradición está justificada en la República de O porque es la única forma de penalizar a los delincuentes. Pero eso no significa que él ahorre sus críticas en contra de aquellos políticos que actúan con ambigüedad y pusilanimidad. Para Montaña ninguno se salva. También los puritanos de la sociedad civil son responsables de que se blanquee la ilicitud y de que el mundo ande al revés. Él cree que de manera directa o indirecta todos los estamentos sociales y todos los partidos están metidos hasta la cabeza en alguna corruptela. Cree que la corrupción es transversal a todo el sistema político y que la dirigencia refleja lo que es la sociedad —dijo Juan Casimiro con la intención de reseñar un diagnóstico y de resaltar que él poseía un plan secreto para revertir la situación con su jefe.

—Sabemos que el señor Montaña es un crítico acérrimo de lo que pasa en Villana. Nuestro equipo tiene un experto en comunicación que se chupa todos los diarios y los programas radiales y televisivos de opinión. El encargado de prensa de nuestro equipo viene detectando que de un tiempo a esta parte el señor Montaña ataca cada día con más fiereza y sarcasmo al presidenciable del congreso, el playboy, Ignacio Zubeldía Loyola. ¿Qué pasó para que tu jefe cambie de opinión al respecto del susodicho? Según los informes que manejamos,

el señor Montaña consideraba que el presidenciable era el más idóneo para asumir el gobierno. Enfatizaba que el presidenciable era el mejor dotado, ética, técnica y políticamente. A todos sorprende este cambio repentino y de ciento ochenta grados de punto de vista. ¿Será que la embajada cambió de candidato? ¿Será acaso que el *establishment* desecha la candidatura de Ignacio a causa de sus devaneos sentimentales? O ¿por las dudas no será que la burguesía nacional está buscando una figura que en nombre del orden público endurezca las acciones de control fronterizo y las medidas de combate contra el libre intercambio de estupefacientes y alucinógenos? Te pregunto todo esto porque estamos preocupados. No le tenemos miedo a nadie. Nuestro método persuasivo es comprar a quien se ponga en el camino y si esta opción no es realizable, recurrimos al chantaje y, finalmente, la última, que es con la que nunca erramos: se pone precio a la cabeza del díscolo y es cien por cien seguro que no escapa a la persecución de los sicarios. Este Zubeldía resultó ser maleable, demostró poseer el don de no molestar. Es un bueno que no sirve para nada. Lo asusta decidir y confrontar por eso siempre está detrás de los grandes consensos. Se presenta como el gran estadista. Como si fuera la última coca cola del desierto y hemos comprobado que no sirve ni siquiera de pintor de brocha gorda. A nosotros nos interesa que alguien de ese perfil gobierne el país. Para el negocio siempre son preferibles los tibios a aquellos que, como se dice, en una *asadeada* no ponen toda la carne en el asador. Recordemos que el agrandamiento del perímetro de nuestros asuntos modificó la naturaleza de los negocios. Nuestra industria cobró tal envergadura que no se puede ni se debe improvisar con la elección del presidente. A los congresistas se los compra por chauchas y palitos, a los jueces y fiscales con un pasaje y viáticos de veraneo, pero ¡en qué lío nos meteríamos si nos toca en la presidencia un tipo con vocación de héroe e influenciado por la embajada! Debemos extirpar de raíz la posibilidad de que triunfe un desubicado que no valore el aporte de nuestra actividad al producto interno bruto. Somos nosotros los que mantenemos la estabilidad cambiaria. Debido a la fluidez local de monedas convertibles la inflación se mantiene bajo control. Gracias al blanqueo aumentaron los precios

inmobiliarios. Nuestras inversiones mejoraron la calidad genética del ganado vacuno. Debido a la liquidez monetaria que genera el comercio de nuestros productos el sistema financiero se ha solidificado más que una roca. El tarado que no valore todo nuestro esfuerzo apeligra la estabilidad económica y la inclusión social. Si alguien se hace el macho, esto terminará en un baño de sangre. Para evitar trastornos, improvisaciones, incertidumbre y jaquecas ¡debemos rescatar y reinstalar el liderazgo de Ignacio Zubeldía Loyola! Por todas las razones expuestas te pregunto: ¿Qué podemos hacer para callar o confundir a Montaña? —indagó Santander, con el ceño fruncido y con la turbación de un estadista que observa y pronostica el catastrofismo social.

—Por tu forma de expresarte y de argumentar tus ideas me da la impresión de que tú tienes que candidatearte. Después de escucharte atentamente, me parece que no hay otro de tu estatura moral y convicción política. Hablando en serio: con el dinero que tenemos no es óbice el no estar afiliado a ningún partido. Desde luego que es más económico y barato comprar un partido hecho que hacer uno nuevo ¿Por qué no te candidateas?

—Voy a candidatearme y ser presidente constitucional. Aún no ha llegado el momento. No te olvides que no tengo la edad que requiere la Constitución. El Polaco ya me dijo que me apoya y me sugirió que me prepare para la candidatura. De hecho retomé mis estudios en Ciencias Políticas y Macroeconomía. Mi jefe dice que la disciplina personal debe ser integral, hay que prepararse y saber esperar. Lo segundo es lo más difícil porque se cree que las circunstancias son las que nos escogen, pero el Polaco piensa que debe ser al revés: uno debe elegir el cuándo y el cómo y las circunstancias deben estar en consonancia, o si no, la decisión que se tome debe inclinarse al dilema del todo o nada. Volvamos a nuestro tema porque esta noche me reúno con el Polaco y me preguntará sobre los pasos concretos que se deben dar para acallar a Montaña —comentó Andrés, como hacen los estadistas que entendieron la respuesta, pero que no están de acuerdo con ella.

—¡Es imposible que el señor Montaña cambie de posición! Toda su

vida ha sido un testarudo y un penitente. Puede ser que corrija sus opiniones sobre las cosas y situaciones, pero jamás su juicio sobre las personas. Su odio hacia las personas que odia es un aljibe con agua estancada y emponzoñada. Voy a graficar con el ejemplo bíblico: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una ajuga que un rico entre en el reino de los cielos”. Ni a garrotazos el prócer de Montaña va a mudar de parecer. Con Ignacio Zubeldía Loyola sucedió lo que sucede con el enamorado que descubre que su enamorada no era la guinda de la torta que hacía falta. Montaña se jugó por el aspirante a hombre de Estado. Había cifrado todas sus esperanzas en él, que se presentaba como la revelación de la esperanza regeneracionista. Aplaudió la decisión del joven Ignacio de lanzarse a la arena política. Recuerdo que decía que en la persona del benjamín de los Zubeldía Loyola había más compromiso con la patria que ambición personal. Lo elogiaba a como dé lugar, con voz grave y doctoral anunciaba que en el corazón de Ignacio Zubeldía Loyola latía el tribuno romano con la firmeza de enmendar lo que hiciera falta para construir lo que fuese necesario. Para mi jefe el joven era el abanderado de los valores fundacionales de los padres de la independencia. Incluso llegó al sacrilegio de homologar al joven con su abuelo Policarpo Monte de Oca que, de acuerdo con las meditaciones históricas del nieto, fue el último gran estadista de la República de O. El análisis que hacía era muy simple: con el fallecimiento del abuelo Policarpo desaparece el último cónsul con patricio don de mando y sensibilidad republicana. Desde aquel entonces en este país lo patético supera a las pesadillas. Confirmaba su pesimismo con el determinismo y la añoranza del poeta de que en este país parece que todo lo que nace, nace muerto, lo que vive, vive muerto y lo que muere, muere muerto. Ignacio Zubeldía Loyola simbolizaba la panacea de los méritos de lideratos y los valores de una clase social en eclipse. Imagínate lo enamorado que estaba Montaña de Ignacio que incluso cometió la profanación histórica de igualarlo con los próceres de la independencia. Cualquiera que entendiese algo de los placeres de la vida y de los vicios que son necesarios para cumplir con los diez mandamientos se daba cuenta de que el joven iba a ser un fiasco. El muchacho representaba una vez

más el ejemplo de que la química del cuerpo doblegaba las rebeldías y los amotinamientos del espíritu. Desde siempre supe que así sería. Lo percibí como lo que era: un hedonista, epicureísta y pródigo en aventuras sexuales. En los actos oficiales su rostro testimoniaba el hastío y la impavidez con la que se bancaba la sordidez de la liturgia y la rigidez del protocolo del gobierno. Hizo lo que hacía en sus apariciones públicas porque sus familiares y amigos lo empujaban y entusiasmaban. Los primeros querían tener un hijo presidente, ya tenían dinero e iban en busca del abolengo. Y los segundos querían ver a uno de ellos en el poder. Querían un amigo, no para hacer negociados, sino para decir que se criaron con el presidente y que eran amigos desde la infancia. Para los sonámbulos que viven de las rentas el tener un cuate presidente es algo esnob. El mentado Ignacio Zubeldía Loyola hizo y hace política sin el designio ni el firme propósito de romperse el culo y deslomarse trabajando —narró Juan Casimiro con su óptica historicista.

—No quiero ponerme a remover los hechos del pasado. Si le cuento al Polaco lo que pasó me responderá que no necesita escuchar un cuento de hadas. Le tengo que decir y responder lo que quiere saber. Él me envió con una misión determinada: establecer contacto contigo para acallar o morigerar los ataques del señor Montaña contra nuestro candidato Ignacio Zubeldía Loyola. Con todos los medios al alcance de nuestras manos debemos hacer que Montaña deje de hostigar al hombre que nos permitirá seguir trabajando en paz. Zubeldía es un defensor del *statu quo*. So pretexto de la estabilidad macroeconómica, de salvaguardar la integridad del territorio patrio y de garantizar la seguridad de los ciudadanos no se inmiscuirá en las actividades económicas promovidas por el Polaco. Hemos invertido mucho esfuerzo y dinero para hacer que las fronteras fuesen porosas. A pesar de todo lo gastado es gravoso permear los límites entre dos Estados. Además, estamos en pleno proceso de expansión hacia adentro del mercado doméstico. Depender en exclusiva del mercado externo nos hace muy vulnerables. El Polaco no quiere en el palacio de gobierno a un estúpido que nos escupa en el asado. Gracias a Dios, todavía es más fácil matar a un periodista que a un presidente —acotó Santander con

la solemnidad de quien pronuncia una advertencia mortal e inapelable.

—¡Para la mano, Andrés! Me van a dejar sin trabajo. De mí depende un grupo humano integrado por soplones, cafishos, levantadores de pesas, matones que trabajan a destajo, monjas misericordiosas, jueces y fiscales vendidos, políticos que se alquilan, sacerdotes que no creen en Dios y madres arrepentidas que despotrican contra los padres de sus hijos. Llevo en mi espalda un enjambre de abejas, y si las espantamos pueden causar estragos. Aunque no lo creas, asesinar a Salvador Monte de Oca provocaría un caos. Es la conciencia de la República de O. Nos guste o no nos guste es el periodista más escuchado y creíble. La audiencia ya conoce sus exageraciones, pero el público aprendió a entenderlo. La gente se toma su tiempo para matizar sus exabruptos. Cuando empieza su programa, todos buscan en el dial y se prenden de la radio como si fuese un chupete. La densidad y los desbarajustes del tránsito coadyuvan a que lo escuchen. Es difícil de creer, pero la gran masa prefiere seguir un programa en el que hay inexpugnables. En vez de oír la protesta de los clubes de fútbol en donde se achacan haber comprado el arbitraje o el refrito de las noticias del día, la audiencia opta por Montaña. Ya son casi cinco décadas de "Sin pelos en la lengua" y la audiencia no para de crecer. Según los estudios endoscópicos, la gente continúa dándole su apoyo al programa porque se considera que Montaña informa con pasión, educa a la opinión pública y enseña como un maestro de escuela. Montaña no es una figura desvencijada. Aunque te sorprendas, la gente afirma sin abochornarse que una de la razones por la que se prende de la radio a ese horario y en ese dial es porque se aprende muchísimo —dijo Juan Casimiro, con instinto de ángel de la guarda.

—Tenemos estudios sociológicos y análisis cualitativos de qué es lo que prefiere la gente. Sabemos que Montaña lidera la prensa nacional y estamos convencidos de que si sigue con sus ataques burlones y rebajadores contra Ignacio Zubeldía Loyola este *bon vivant* no será presidente de la República de O. Este bueno para nada debe ser el próximo presidente. No es aliado nuestro, pero su abulia lo traiciona. No obstante, además de las preocupaciones por el futuro mediato

tenemos complicaciones con el futuro inmediato. La cancillería, con esos cancilleres que solo sirven para labrar sus nombres en las placas de bronce, envió a través de la iniciativa legislativa del presidente un convenio de extradición entre nuestro país y la potencia mundial. Nosotros, con nuestro asesor jurídico Arquímedes Dios de los Santos y los colaboradores que tenemos en el Parlamento, estamos tratando de impedir que se ponga en el orden del día de la sesiones el tema de la extradición. Como comprenderás, si se pone en la agenda parlamentaria la presión sobre estos diablos va a ser inmensa y los esbirros del capitalismo imperial se rendirán porque no tolerarán la influencia mediática y la que provendrá del extranjero. El tema en cuestión es grave y tú me dices que tu jefe está a favor de que extraditen a connacionales. A eso se suma que el pusilánime de Ignacio quiere que el tema sea tratado en la plenaria de la cámara. Si no lo hizo hasta ahora es porque varios que integran su bancada fueron aceitados por el Polaco y hacen incluso lo indecible para que el candidato no lo ponga en el orden del día. Ignacio se frena porque siempre supo que sus correligionarios recibían plata de nosotros y parece que él, además de no oponerse, los alentó a que tomasen el dinero del Polaco. La consigna de estos mal agradecidos consistía en que no se sepa y que el secreto sea llevado por cada uno de ellos a la tumba —relató Andrés, revelando un conocimiento detallado de los orígenes y las consecuencias de la dificultad que le afectaba.

—Es mejor dar dos pasos adelante y luego uno atrás que adelantarse todo de una vez. Pero para qué matar a Montaña si yo lo puedo seguir manejando a mi antojo. Sé cómo hay que tratarlo y sé cómo hay que hacer para que cambie de perspectiva. No lo niego, no es un hombre fácil de convencer ni es comprable, ese es el principal problema que tiene: su invulnerabilidad económica es infranqueable. Debemos reconocer que hay métodos y métodos. Asesinar a Montaña puede traer consecuencias imprevistas. No nos debemos encerrar en nuestras ideas. Montaña sintoniza con la gente y está en constante comunicación con la embajada. Si no yerro es una de las pocas personas que apoya incondicionalmente la extradición de connacionales. Cualquier sospecha que se cierna sobre las

circunstancias del fallecimiento del locutor provocará malestar nacional e internacional. Creo que debemos postergar las medidas extremas y antes que nada agotar las opciones de la manipulación. Está un poco chocho, quizás esa situación favorezca que podamos utilizarlo para nuestros fines. Dile al Polaco que me permita hacer mi trabajo y si no resulta, procederemos de la manera más dramática. Evitemos un trauma social y que Montaña se convierta en el paladín del bien en contra del mal. La mente sencilla y desamueblada de los villaneros tiende a hacer de un mártir un héroe. Como dicen los italianos *piano piano si va lontano* —expresó Casimiro, con la presunción del que intuye que las situaciones extremas son las facilitadoras de las salidas imprevistas.

—Está bien, vamos a seguir la ruta que propones. Tengo la autorización del Polaco para negociar los términos de nuestro acuerdo de cooperación. No hay mucho tiempo que perder. Está en juego la estabilidad y el desenvolvimiento pacífico de nuestras actividades. No queremos molestias ni futuras ni presentes. Tómate tu tiempo para hacer que Montaña modere sus ataques en contra de Ignacio Zubeldía Loyola. Pero que no se te vaya la mano con el tiempo. Es menor del que te imaginas. Hay que ayudar a que el Parlamento vuelva a enviar a la comisión el proyecto de ley de extradición. Por nada del mundo ese tratado debe ser estudiado y aprobado por el plenario del congreso. Si existiera la posibilidad de la extradición se avecinan nubarrones y una tormenta de sangre y fuego sobre la República de O. Si la ley se sanciona, Montaña y tú están muertos —terminó Andrés con incalificable voz de agorero.

45. EL FUTURO QUE NO SERÁ

Cuando no se tiene mucha experiencia y todavía no se ha sufrido un revés que hiera las sensibilidades vestales del corazón es más que probable que se miren las vicisitudes y los eventos desde una ilusión lírica de la vida. Previo al sentimiento del dolor, lo que se ha vivido son los capítulos bucólicos y desaprensivos de la existencia. Recién después de padecer las consecuencias del odio humano, de las deslealtades y de los fracasos de la vida, esta última se torna en un legajo de luces y sombras. Realmente inaugurarse en el dolor equivale a dimensionar la voluntad trágica de la existencia. La vida misma se encarga de señalarnos que lo que viene por delante no será tan bello, generoso, sincero y sencillo como todo lo que fue y no fue en el pasado. Aquel juicio de que todo pasado fue mejor adolece del error de los silogismos que parten de premisas erróneas. El adagio separatista que apunta que el pasado y el futuro no se correlacionan contiene la misma necedad que el adagio determinista que apunta que el pasado determina el futuro. Pasado y futuro se correlacionan, pero no se determinan, están aunados por la continuidad en el tiempo infinito de una entidad. La existencia determina la continuidad, pero la continuidad no determina la existencia. El pasado se alimenta del deseo de querer ser futuro y el futuro se alimenta del deseo de pasar a ser pasado, si comprendemos las líneas de esta ecuación nos será posible entender por qué, en el presente, no somos más que la resultante de todo lo que hemos sido y todo lo seremos. Esta reflexión ontológica nos servirá para aclarar la conducta de un hombre que habiendo sido libre en el mundo que crearon para él, prefirió hacerse prisionero de sus propias debilidades.

Ignacio Zubeldía Loyola aparentemente fue dotado por el creador con cualidades poco frecuentes en otras personalidades. Gozaba de

muchos talentos, pero estaba desposeído del instinto de supremacía. Ignacio no deseaba que su destino individual se reflejara en un destino universal. Quizás si no hubiese tenido la presión familiar no hubiera llegado a descollar en la vida pública. La injerencia familiar no era un dato menor en la biografía del joven Zubeldía.

Ya se manifestó que Ignacio había sido desde la niñez un ser gregario, un auténtico animal político, amable y fraterno pero con la limitación que le suponía tener escasa vocación de mando. Para su visión del orden espontáneo e indeliberado la acción de ordenar se convertía en una actividad estéril, estresante y cansadora.

No hubo quien se hubiera percatado de los vicios redhibitorios que estaban ocultos en la personalidad del joven Zubeldía. Como todo aquello que en la historia da muchas vueltas alrededor del mismo punto, Ignacio terminó tropezándose a consecuencia de los pasos mal dados. En el fondo fue defenestrado del escenario político sin estrépito y sin que él opusiese resistencia.

Al final solo quería huir y salirse del embrollo en el que estaba metido. Cuando hubo extinguido su pesadilla se lo veía aligerado, lozano y rozagante. Con él acaeció lo que acaece con los bonachones en las sociedades indulgentes: la bomba estalló en sus manos, el bochorno se instaló, los ataques arreciaron para luego silenciarse, la huida se produjo, el tiempo discurrió, el olvido indolente se impuso y muy pronto fue perdonado.

Salió ileso como siempre salen los que están al corriente de que huir a tiempo no es cobardía. En suma, por lo general la gente no guarda rencor ni le asiste ningún resentimiento en contra de las personas insubstanciales que no le han hecho directamente daño.

Por más que siempre se quiera hacer leña del árbol caído, Ignacio representaba la imagen del ser humano querible, entrañable y empático. No había quien lo odiase, ni siquiera sus adversarios, puesto que él no tenía enemigos en el sentido de entender la política como una relación antagónica entre la vida y la muerte. Ignacio poseía un compañerismo que superaba las barreras partidarias. Sus seguidores destacaban que, a pesar de su alcurnia y de su encumbramiento político, conservaba las inhabituales virtudes de palpitar con el pueblo

y de litigar sin buscar hacer polvo al oponente. Combatía como si las batallas no fuesen algo personal y, concluido el pleito, actuaba de manera amigable, generoso en las victorias y sin lugar a dudas, ecuánime perdedor en las derrotas. Hacía como si a él no le afectase en nada el resultado del combate. Por ello tuvo la sapiencia de no festejar sus triunfos ni amargarse por las derrotas. Esta filosofía, por más simple que parezca, le permitió granjearse la simpatía de propios y extraños.

Ha llegado el momento de descifrar cómo una persona que acrisolaba tantos atributos permitió que la adversidad lo superase. Verdaderamente, lo de la adversidad es una exageración o mejor dicho, un eufemismo que pretende evitar hablar crudamente. Si hablamos, como diría Montaña sin pelos en la lengua, debemos decir que Ignacio torció su conducta de manera gradual, negligente y sin que nadie lo pillase. Se dejó convencer de las bondades del relajamiento moral, no porque quisiese estar más tiempo con Lluïsa o por una ambición desmedida, sino porque la causa explicativa de su comportamiento se hallaba en su estado de ánimo.

46. El subsidio electoral

Ignacio financiaba sus campañas electorales con el peculio familiar. Desde la primera etapa de su actividad proselitista, él había aclarado que su grupo familiar estaba en condiciones y dispuesto a financiar sus compromisos electorales y el presupuesto del movimiento político liderado por él. El respaldo económico y la solidez de sus finanzas supusieron que su grupo familiar nunca tuviese que recurrir a hipotecar un inmueble para obtener liquidez, o a tener que solicitar a terceros ayuda en metálico para el financiamiento de la carrera de Ignacio.

Los padres y parientes de este no querían que su hermano debiera favores a terceros, y abogaban que lo mejor que podía pasar era que el benjamín de la familia accediera al poder con las manos limpias y libres. Además, la parentela expresaba sus desacuerdos al financiamiento obtenido por fuentes oscuras o desconocidas. Para los Zubeldía Loyola el financiamiento que resultaba de las actividades ilícitas y clandestinas era inmoral e indecoroso.

Cuando la familia se reunía en estado asambleario para discutir temas de la actualidad no había oportunidad en la que no saliera a relucir el dinero ofertado por las mafias locales. Cada miembro de la asamblea familiar refería el testimonio probatorio e irrefutable de que los malevos y los conocidos agiotistas subsidiaban las actividades de varios destacados sectores del espectro político. Acusaban y denunciaban que había políticos que estaban siendo mantenidos y sobornados por fuerzas subterráneas supeditadas a los negocios del narcotráfico. Sin diferenciación ideológica, credo religioso o género, las mafias cooperaban con todas las fuerzas representativas. El plan de los mafiosos pretendía establecer un arco de solidaridad entre todos los que se alimentan de la misma mano.

Hasta ese momento los Zubeldía Loyola no tenían la necesidad de aportes extra familiares. El dinero les sobraba y consideraban que la madre de las batallas todavía no estaba en disputa. La familia había contratado un binomio integrado por un contable y un auditor para que llevasen la contabilidad del candidato. Los supervisores recibieron la orden de mantener los asientos contables con exactitud, pulcritud y transparencia. Esto quería decir que los ingresos y los egresos debían de ser rastreados desde su inicio hasta su erogación. Tampoco eran tolerados el registro de cifras fraudulentas, de aportes y gastos inexistentes o el maquillaje de las sumas y las restas. Se pretendía una contabilidad veraz y creíble que pudiese ser escrutada por los auditores del Banco Central, de la Secretaría de Tributación, de la Justicia electoral y de la embajada.

La familia todavía prescindía de los grandes aportantes por la sencilla razón de que el benjamín hasta ese momento no se había postulado para la presidencia de la República.

Ignacio encabezó la lista de senadores de su partido en la última elección y como cabeza de lista le correspondió presidir la rama legislativa del gobierno. Para ese entonces, la presidencia del congreso le venía al postulante como anillo al dedo. Este hecho se constituía en un eslabón clave en su ascendente carrera política. En las elecciones nacionales era usual que el partido financiase todas las candidaturas que se ponían a consideración del electorado, pero en las elecciones internas o primarias cada candidato debía conseguir los recursos indispensables para su postulación. Este sistema de doble vuelta electoral hacía que los compromisos resecasen las fuentes tradicionales del financiamiento. Las prebendas y los privilegios estatales no alcanzaban para satisfacer al electorado creciente y con nuevas necesidades. Esta situación obligaba a que muchos candidatos se tuviesen que ver a solas con el dilema de cómo obtener recursos. Se podía decir que los gastos de la campaña nacional estaban cubiertos por los fondos que el gobierno transfería a los partidos en concepto de subsidio electoral. En cambio, para la interna de los partidos regía la norma de sálvese quien pueda. En las elecciones partidarias cada quien buscaba su mecenas sin juzgar la catadura moral de este y sin

pasar por un astrolabio el origen del dinero y el porqué de la magnificencia del donante. Obviamente, el financiamiento público a los partidos tenía el propósito de garantizar la igualdad de oportunidades entre los concursantes a los cargos electivos. Las jornadas comiciales se encarecían por elementos de distinta índole. El imperativo de agresivas campañas publicitarias y la práctica de la compra de los votos hicieron que los costos de las campañas aumentasen de manera exorbitante. En lo relativo al soborno electoral, cabe resaltar que Montaña criticaba la práctica a través de la cual el individuo enajenaba su voluntad por un emolumento pecuniario. Para él esto significaba la negación del principio de la soberanía popular. La compra y la venta de los votos constituían la culminación de un proceso degradante de la cultura villanera. Remataba sus ataques en contra de esta práctica vil acudiendo al pensamiento de la soberanía única e indivisible. Traía en perspectiva las truculencias comiciales y las asociaba al apotegma roussoniano que versa que "el hombre ha nacido libre y, sin embargo, vive en todas partes entre cadenas".

Continuando con el relato del financiamiento privado vale la pena recalcar que los favores en política se pagan, pues en la política nada sale gratis, cada cosa y cada servicio tiene una tarifa establecida y no hay quien se libre de honrar los compromisos asumidos. A los representantes que no cumplen con las contraprestaciones se los denomina fallutos o sepultureros porque con su acto de deslealtad están cavando su propia tumba.

Para los dueños de la plata dulce, a los políticos que perciben una doble remuneración y no son capaces de honrar sus obligaciones les queda menos vida útil que una plancha a carbón. Los candidatos y sus financistas se vinculan a partir de un mutuo reconocimiento de las necesidades. Unos necesitan ganar las elecciones a toda costa y los otros necesitan que sus candidatos no pierdan las elecciones por nada del mundo. Por eso es que aunque parezca un asunto baladí, el candidato no puede ni debe quedar sin combustible al final de la campaña. Para garantizar el mejor desempeño posible y llegar a la meta sin sobresaltos, los candidatos se reaseguran los apoyos de los

dadivosos y acaudalados empresarios del desfalco y del lavado de dinero. Lo inadmisible es que un amigo se quede fuera de la lista por no haber contado con suficientes medios para persuadir a sus electores. Los apostadores en este tipo de campaña lo hacen porque buscan mantener un canal de comunicación fluido y lubricado con los responsables de fraguar la voluntad gubernamental. Las corporaciones o el gran capital aprovechan esta oportunidad, en la que los líderes necesitan de oxígeno, para acercar sus reclamos y sus reivindicaciones sectoriales. No solo se arriman para traer su óvulo los que tienen sus intereses plantados en el territorio nacional, sino también se aproximan aquellos que buscan y necesitan cobertura política, inmunidad e impunidad para sus actividades extralegales y para los miembros de su clan. Entre empresarios, magistrados y políticos se origina un *clanismo* fóbico al altruismo.

Las obligaciones que se generan son contraprestaciones que por el lado de los ecuménicos políticos consisten en una prestación de servicio y por la parte de los aportantes consiste en la obligación de dar cosas ciertas no fungibles. Los más necesitados de entablar el mutualismo benefactor son los negociantes que esperan del Estado una obligación de hacer o de no hacer. En la hipótesis de que una candidatura se destaque como ganadora, sería habitual que los inversionistas y especuladores se decanten a favor de la figura triunfante.

Otra circunstancia que puede servir para seguir describiendo la relación carnal que se genera entre la política y los negocios fraudulentos es la emblemática figura del peajero. El peaje es el gravamen que el empresario tiene que oblar para obtener un servicio específico, verbigracia: la sanción o derogación de una ley o la de un decreto reglamentario. Supuestamente la cultura del peajero se implantó como respuesta a la morosidad provocada por los trámites burocráticos y de las deliberaciones parlamentarias. La necesidad de contar con un peajero radica en que este obtiene la aprobación de lo que se necesita apelando a las vías expeditas. En cierto modo, la deliberación parlamentaria es onerosa y morosa. Las cosas deben entenderse como son, el tal sentido, el cabildeo parlamentario es el

procedimiento que utilizan los políticos para concienciar a los paganinis de la existencia del gravamen, quiere decir: el pago del peaje.

47. Belisario Devoto de la Cruz

Es hora de retomar los vaivenes políticos de Ignacio Zubeldía Loyola. Como dijimos en repetidas oportunidades, Ignacio se desempeñaba como presidente del Congreso y fungía ser el próximo candidato a la presidencia de la República. En el esquema del flamante aspirante se agavillaba un sinnúmero de individualidades que conformaban un archipiélago de salteadores de caminos. Con semejante compañía era recomendable andar con los cinco sentidos atentos y hacerse el desentendido con respecto a las transacciones que estos llevaban a cabo.

En esta órbita pululaban toda clase de politicastros que tenían un pleito pendiente o que estaban por tener un litigio con la justicia. Un egregio puñado de ellos había conquistado su curul gracias a la fórmula algebraica que armonizaba el asistencialismo, el patrimonialismo y el platal donado por algún capo mafioso. El candidato Zubeldía Loyola cavilaba que su punto de apoyo debía estar en la base de esa pirámide de intereses.

La indulgencia que dirigía su actuar era porosa y permisiva como para tolerar que cualquier pelafustán integrase su grupo de acólitos. Estaba dominado por la idea de tener mayoría sin indagar ni recelar de los antecedentes de sus seguidores. A la hora de las votaciones no reparaba en hacer concesiones con tal de garantizar su mayoría parlamentaria. Nunca tuvo una actitud reacia o arisca en contra de la pléyade de representantes que alquilaban sus servicios de peajeros o que comerciaban sus votos con los poderes fácticos. Al contrario, su indolencia era vista como un síntoma alentador de los contubernios. Jamás oteó a través de una lupa la forma acelerada en la que sus colegas abandonaban el voto de pobreza. El ejercicio del poder para Ignacio debía ser compatible y funcional con las necesidades de la

unanimidad. Cualquier convicto de la Justicia se colaba en su grupo de asesores. Deducía su accionar de un enfoque abúlico y endeble que tendía a evitar las situaciones que se podían encorajinar. Por eso es que sin miramientos o libre de prejuicios se granjeó la simpatía de todos los impresentables que retoñaban en sus escaños.

El ambiente político en Villana tenía las convulsiones que son consustanciales al régimen democrático. Las desavenencias características de los trámites legislativos no llegaban a cobrar cuerpo y no expresaban antagonismos irreconciliables. Las diferencias se resolvían a través de componendas en las cuales cada quien recibía según lo que cada cual representaba en números de votos. El peso específico que cada representante se retribuía iba de acuerdo a su liderazgo popular, su presencia mediática y su influjo en las redes sociales. Todos obtenían una porción del convite para que nadie se fuese a la cama sin cenar y todos participasen de la comilona. La gobernabilidad consistía en el esfuerzo de equilibrar, acomodar y acoplar los intereses de las minorías con los de las mayorías. Cada decisión era un tira y afloja en que todos cedían parte de sus pretensiones para alcanzar mayorías legislativas obedientes al mandato de la entrecomillada estabilidad jurídica y continuidad institucional. De este contexto sórdido, ambiguo y benevolente debía surgir Ignacio Zubeldía Loyola como el líder esperanzador.

Dentro del puñado de legisladores que tenían ligazón con el narcotráfico, resaltaba la señera figura de Belisario Devoto de la Cruz, quien se había convertido en la figura congresal que acomodaba la altisonante agenda parlamentaria y alineaba a los senadores en fila india. Tenía el perfil pero no el liderazgo de Moisés. Podía forzar a sus colegas sobre qué votar y cómo distorsionar el sentido original de una ley, sin embargo, estaba privado del carisma capaz de guiar a la manada a través del desierto. Era muy burgués y señorito para luchar por una fe y para padecer las privaciones corporales.

Por sus antecedentes familiares no era un peajero de poca monta ni un ladrón de gallinas. Era hijo de un destacado caudillo que de joven predicaba el odio entre las clases sociales y la eliminación de las oligarquías. Después de tanta protesta social, el padre de don Belisario

terminó esposando a la heredera de un emporio industrial. El matrimonio supuso para el padre el ascenso social y el abandono de las reivindicaciones igualitaristas y de la creencia de que los conflictos sociales motorizan la historia. La madre era la única descendiente de una familia vinculada a la industria química. La personalidad de la mamá era la de una mujer culta que se había memorizado todas las encíclicas papales. Además de haber sido caritativa y piadosa, había sido electa reina de belleza de la República de O. La familia materna era acaudalada y solidaria con los pobres. Descendía de inmigrantes italianos orgullosos de sus orígenes lombardos y poseedores de la cultura del trabajo y del progreso. Algunos integrantes de la parentela fueron a recalar en la industria del cuero, pero el grueso se involucró en la instalación de laboratorios de medicamentos. Una vez consolidadas las empresas, se pusieron a comercializar e industrializar ansiolíticos, analgésicos, pastillas para dormir, diuréticos, medicamentos contra la fiebre y el dolor de barriga, y pastillas para adelgazar entre otros tantos productos farmacéuticos.

Belisario Devoto de la Cruz asimiló todo el bagaje familiar de conocimientos químicos, lo que se notaba en su precisión para ilustrar, cada vez que le correspondía, sobre el efecto inane de la marihuana. Siempre lo hacía como si fuese un profesor de Química y Farmacia. Esto lo convirtió en el científico *in pectore* del Parlamento. Todo lo relativo a las sustancias químicas, estupefacientes y yerbas medicinales era de su incumbencia. De hecho, fue el eterno presidente de la Comisión de Combate contra el Narcotráfico y vicepresidente de la Comisión de Salud Pública. Debido a su avezada cultura materialista lo denominaban “el Químico”.

Entre todos los congresistas era el que había sido electo por varios mandatos y su larga membresía lo había convertido en el decano de los legisladores. La veteranía parlamentaria le permitía actuar por encima de las facciones y también por encima del bien y por debajo del mal. Todas las veces que se debía incentivar o cambiar las votaciones del orden del día era el legendario don Belisario el portador de los maletines y el distribuidor de las canonjías y de las exoneraciones fiscales. Todas las votaciones de leyes que modificaran

el código penal y el de procedimientos penales pasaban por sus manos. Desde que estuvo en el Parlamento fue su ojo clínico el que dio de alta a los proyectos que legislaban sobre estas materias. Ni qué decir de los tratados internacionales con los que se podían extraditar connacionales o viceversa. Asimismo no escapaban a su supervisión las normativas que regulasen el sistema bancario y el aduanero. Su prolongada antigüedad en el recinto congresal lo dotaba de una aureola de sabelotodo. Cuando en el plenario no había acuerdo con respecto a la aplicación del reglamento o a la eliminación del articulado de un código, era don Belisario el que terciaba entre las partes e imponía el criterio conveniente al normal desarrollo de la sesión. Sus colegas de la mayoría lo trataban como el mensajero de la paz y los de la minoría como la voz de los sin voz. Don Belisario Devoto de la Cruz era de constitución media. Tenía una abundante cabellera blanca y unos ojos celestes azulados que le proporcionaban un aire aristocrático e impoluto. La sonrisa era permanente y socarrona en su rostro. Trataba con afabilidad a los funcionarios y a los correligionarios de las bases partidarias. Su rostro lozano y su contextura patriarcal lo perfilaban como el arquetipo del senador ex cátedra. Se había transformado en el padre confesor de sus acólitos, lo que amplió su área de influencia política.

El que siempre lo tuvo entre ceja y ceja fue Salvador Monte de Oca, quien le profesaba una animadversión que era pública y de antigua data. Para los compañeros de aula, la hosquedad de Montaña se originaba en la clásica rivalidad que existía entre dos jóvenes de alcurnia que competían por los grandes trofeos colegiales. Circulaba en los chismorreos que esta rivalidad se extendía desde que ambos eran camaradas del preescolar. La dupla que conformaban competía por alcanzar las mejores calificaciones y los honores más relumbrantes de la malla curricular. Fueron educados en el mejor colegio católico de la República de O. Mientras que Salvador Monte de Oca demostró una prematura inclinación por la antigüedad, la filosofía y las letras, por el contrario, Belisario Devoto de la Cruz destacó por su precoz dedicación a las ciencias naturales. De mayor, en sus peroratas radiales, Montaña sacaba a relucir que el innombrable era la copia fiel

de su progenitor. Montaña comparaba al padre y al hijo insistiendo que eran unos farsantes pantagruélicos que abdicaron del materialismo dialéctico y revolucionario en pos del vil metal y del confort de la vida burguesa. Padre e hijo eran el resultado del incesto de las ganas de comer con el hambre. La animosidad llegó al colmo cuando Montaña rehusó llamar a Belisario por su nombre de pila. Aseveraba con conocimiento de causa que el nombre Belisario atraía la yeta y que para evitar alguna catástrofe él decidió que en vez de nombrarlo como Belisario lo denominaría "il yetatore". Confesaba que jugando con los compañeritos había pronunciado el nombre de Belisario y que tan pronto como había terminado de pronunciar la última vocal, una viga había caído del techo sobre el calefón del baño y el ventilador del dormitorio. Con posteridad comprobó que el loro había perdido el habla, que el perro, llamado Tom, nunca más ladró y que la gata Felicia dejó de maullar.

Anotaba estas experiencias en las que se podía asociar el nombre Belisario con otras desgracias. Refería que su madre en una oportunidad invitó a Belisario a que pasase a merendar y que cuando ella dijo ese patronímico, Tatana, la cocinera, que era de cabellos enrizados y negra como el carbón, rodó por las escaleras, se quebró las dos piernas, se amorataron sus nalgas, y por poco no se desnuca.

Montaña concluía sus afirmaciones señalando que desde ese instante nunca más pronunció el desgraciado nombre. Además, presagiaba que si voceara el nombre del yetatore se alelarían todos los ministros de la fe cristiana, los ujieres de los casinos, las madamas de los burdeles, los panaderos que cocían el pan flauta y la rosquita, los carpinteros que encofraban ataúdes y de los maestros de Instrucción Cívica de Villana.

La querella de los dos amigos de la infancia nunca tuvo altibajos, siempre fue de baja intensidad, pero duradera en los años de vida. Montaña lo definía como el más nefasto y falaz de los corruptos legisladores. En cambio, Belisario nunca perdió la compostura y sus dardos iban envenenados con la ironía del que se cree ganador. Indicaba que Montaña terminaría sus días en un manicomio como un loco de remate pues cuando le daban un micrófono diableaba diciendo disparates.

Menospreciaba las declaraciones al sentenciar que no había que tomar en serio a ese disparatero pues no sabe lo que dice. Adjuntaba a sus descalificaciones que Montaña se la pasaba acusando y revelando supuestos hechos de corrupción que solo existían en su imaginación. Belisario Devoto de la Cruz atribuía a Montaña la acusación de que este encontraba problemas donde solo había soluciones.

En pocas palabras, Belisario trataba a Montaña de loco y de reprimido sexual. Apuntaba que había leído el diagnóstico en el que se confirmaba que Montaña padecía de neurosis y que la enfermedad era la consecuencia de su celibato. ¿Qué se podía esperar de un varón que renunció a los encantos y a la compañía de una mujer? ¿Qué se podía esperar de un hombre que no experimentó el sentimiento de la paternidad? ¡¿Qué estragos causa la castidad cuando es el resultado del desbalance hormonal?! Continuaba diciendo que era un hablador: "lo que dice es puro bla, bla, bla… Nunca supo hacer nada, es más, era tan inepto que jamás hizo un avión de papel ni hizo bailar el trompo ni chutar la pelota". Belisario ponía punto final a sus ataques disparando su tiro de gracia: "Montaña se puede poner el sayo de que perro que ladra no muerde". La enemistad entre ambos alcanzó su punto culminante cuando Montaña intensificó sus ataques contra Belisario e Ignacio Zubeldía Loyola.

48. El pueblo a favor de la extradición

Retomemos el eje central de la historia. La presión que la embajada ejercía para la aprobación del tratado de extradición se incrementaba día tras día. Los lobistas del Parlamento sudaban la gota gorda pues existían de los dos bandos, los que estaban en pro y en contra del tratado.

Ambos coincidían en que lo mejor para sus causas era que no se levantase mucha polvareda. En concomitancia y de manera inusual, los medios de prensa comenzaron una campaña a favor de la aceptación de la extradición.

Asimismo, prominentes personalidades y representantes significativos de la sociedad civil comenzaron a bregar por un sistema de justicia que no resguardase ni amparase a mafiosos y a traficantes. El clima de violencia urbana y el efecto degradador que el consumo de drogas producía en la juventud hizo que padres e hijos se decantasen por batallar contra este flagelo.

Por primera vez después de mucho tiempo se sentía que se podía combatir ese mal endémico que se había convertido en una calamidad que destruía vidas y familias. Los citadinos se agolparon y recapacitaron acerca de la necesidad de hallar la solución al problema del consumo de drogas. Se propalaba un debate que comprometió a más gente de lo que se esperaba. Renació la fe y se radicó el deseo de rescatar a las instituciones de las manos de los poderes económicos. Proliferaron las marchas de protesta y las expresiones que incitaban a la desobediencia civil. La ciudadanía estaba dispuesta a plantarle cara a una dirigencia política que solo defendía sus subterfugios y sus intereses subterráneos. En la República de O la ciudadanía se sentía indefensa y consideraba que había dos corporaciones que actuaban sometidas a una misma lógica. Estas cuatro agrupaciones que se

abroquelaban para mantener sus privilegios eran el sindicato de los políticos, el de los narcotraficantes, el de los eficientes contratistas del Estado y el de los sepultureros.

El pueblo comprendió que la única forma de vencer esta epidemia era con la herramienta de la extradición. La mayoría silenciosa e indolente se tornó en una mayoría participativa y protestona. Los citadinos no comprometidos con la venalidad y que a su vez no dependían del tráfico de estupefacientes y de la venta de golosinas al por mayor asumieron una actitud de beligerancia contra los políticos y sus adeptos. Los ciudadanos consideraban que no había sinceridad en las palabras y en las intenciones de sus representantes. Es más, el cambio de opinión de la ciudadanía fue radical.

Los políticos, de ser considerados la grey de los redentores, pasaron a ser considerados una pléyade de piratas que utilizaban el garfio de la mano como escarbadientes. Se vivía una psicosis social de incertidumbre y descreimiento. Las promesas y el discurso se devaluaron. Las redes sociales reflejaban un estado de ánimo en el que nadie creía en nadie ni en nada. El show mediático organizado por los políticos se consideraba fútil y obsceno. Se juzgaba que el lenguaje del momento era el de los hechos y la acción. Los cuartelazos del pasado no tenían cabida en el presente ni la política pendular que por etapas se desviaba al lado de los políticos y las otras al lado de los militares. No era el momento de retóricos y filosóficos pronunciamientos, sino el de las grandes decisiones. El palabrerío se debía sustituir por la actitud valiente y transparente. Casi por unanimidad se coincidía en que el triunfo era posible siempre y cuando se extirpasen de raíz las lacras sociales.

Montaña dijo en "Sin pelos en la lengua"

Llama la atención la actitud tibia del presidenciable Ignacio Zubeldía Loyola. Justo en este momento en que la incertidumbre amenaza a la República de O, el aludido se llamó a silencio. Las épocas tormentosas demandan la existencia de líderes robustos y decididos. Necesitamos de alguien que con la palma de la mano ofrezca la paz y con el puño cerrado declare la guerra. Nos estamos yendo hacia el abismo y la indiferencia de Zubeldía Loyola nos empuja hacia el pozo más oscuro de nuestra historia. Para ser fieles intérpretes del legado de nuestro prócer Policarpo Monte de Oca se requiere de un líder que le ponga coto a los delirios cesaristas del presidente, a los abusos del Parlamento y a la corrupción del sistema judicial, o si no, corremos el riesgo de que el gremio de los mafiosos se apropien del poder y nos pongan a todos a parir perdices. He prendado mi credibilidad al darle mi apoyo al más pequeño de los Zubeldía Loyola. Lo consideraba una persona dispuesta a sacrificarse para enderezar el camino torcido por donde deambulan los olvidosos y los villaneros. El presidente del Congreso se presentaba como un hombre de carácter extrovertido. Siempre había demostrado conceptos claros y una gran capacidad de conectar con los súbditos. De haber tenido un humor alegre, juvenil y entusiasta, pasó a tener un humor parejo y con afición al encierro. De haber sido el líder que prometiera liderazgo, se convirtió en un político parco, timorato y anacrónico. Su dinamismo y agilidad fueron reemplazados por una morosidad caracolada. Es necesario recordar estos datos biográficos porque nunca es posible entender la parte sin el todo. Este Ignacio Zubeldía Loyola está resultando ser un pelele que no tiene los huevos bien puestos para poner orden y garantizar la salubridad pública. Hay que restablecer la autoridad del gobierno. Mientras que la República de O se desintegra, este pelafustán se pasa el día deshojando margaritas. En vez de preguntarse adónde va a parar el dinero del pueblo, se pasa preguntándose si su nueva amante lo quiere o no lo quiere. Zubeldía

Loyola está actuando como el político que le tiene miedo a la responsabilidad histórica. No está navegando en las dudas que impone la ética de la responsabilidad o la de la convicción, este personaje divaga en un romanticismo juvenil. Cuando se quiere servir a la patria solo hay amor para la patria. Al estadista le está vedado amar a su familia o a su mujer. La patria ocupa el primer y el segundo lugar. El líder solo tiene corazón para la razón histórica. Para el hombre de Estado el poder representa la soledad en llamas. Cifré mi esperanza en este polluelo y ahora me doy cuenta de que no sirve ni para hacer de él caldo de gallina.

Algunos informantes me comunicaron que el personajillo justifica su temor e inactividad con el simple hecho de estar enamorado. Su calmoso existir lo ha convertido en una personalidad huidiza y descomprometida. Hoy necesitamos un restaurador de la era policarpiana… Ignacio Zubeldía Loyola no llega a ser ni siquiera una caricatura del más valiente entre los valientes… del más honrado entre los honestos… don Policarpo Monte de Oca.

49. METIDO EN UN ANTRO DE RATAS

Ignacio dirigía el Senado y dentro de sus facultades como presidente le correspondía la obligación de elaborar el orden del día de la sesión ordinaria que se avecinaba.

Como ya hemos mencionado, había un grupo dentro de los que conformaban el arcoíris político que se resistía a que se inscribiese como tema, dentro del orden del día, el anteproyecto del tratado de extradición.

Como se infiere de lo relatado, también se congregaba un grupo de parlamentarios que ejercitaban una opaca resistencia al rechazo de la extradición.

Este pequeño grupo de representantes del pueblo más que resistirse bostezaban cada vez que se insinuaba tratar la extradición.

El que lideraba la contracorriente a favor de la aprobación del tratado era el embajador de la potencia extranjera, quien empezó a moverse, utilizando todos sus recursos, ofreciendo el oro y el moro. Como nadie lo tomó en serio aplicó otra táctica y se puso a ofrecer becas de posgrado para las egresadas en Psicología parvularia y para los que se licenciaron en agentes secretos por correspondencia.

Parejo al trámite legislativo, la ciudadanía embestía contra las barreras de la abstinencia participativa, parecía que se hubiese recuperado el coraje cívico, y al unísono se escuchaban las voces que clamaban por la admisión de la entrega de los narcotraficantes a la potencia extranjera. La República de O era insultada en las redes globales como el paraíso en donde se abanicaba a los tránsfugas, y los olvidosos eran vejados como los espabilados que con tal de tener un poco de efectivo en el bolsillo eran capaces de negar a Cristo.

La situación cambiaba a ritmo vertiginoso e Ignacio se encontraba entre la espada y la pared, por vez primera, desde que tuvo razón de

ser, sentía el peso arrollador de un problema gordo. Se encontraba en una encrucijada. Reconoció que si no salía por la puerta grande, su futuro se vería comprometido. El desenlace de esta historia podía significar el final de su carrera y la de muchos de sus colegas.

El presidente de la rama legislativa del Estado estaba al tanto de que sus pares habían recibido un estipendio de las mafias. Estaba enterado de todo y en varios casos alentó a sus correligionarios a que tomasen el dinero. Los colegas apreciaban de Ignacio que este conversaba con ellos a calzón quitado. De una u otra manera era cómplice por omisión o por comisión de un delito.

La dificultad de Ignacio consistía en que de estos temas no podía hablar con su parentela y menos aún con su padre. En su familia no había con quién desahogarse y se sentía desesperado porque las horas pasaban y no vislumbraba una salida ordenada del problemón. Daba por descontado que la única persona con la que podía tratar el tema espinoso era con Belisario Devoto de la Cruz. Obviamente, el decano del cuerpo de legisladores era la persona indicada con la cual podía discutir y pergeñar un plan que permitiese el abordaje del problema sin que la bomba detonara y amputara su notoriedad.

Ignacio entendía que estas materias de la agenda parlamentaria estaban reservadas para el insigne Belisario Devoto de la Cruz.

Ahora bien, si don Belisario era la persona con la que se podía examinar las consecuencias del tratamiento legislativo de la extradición ¿por qué Ignacio no acudió inmediatamente al susodicho? ¿Por qué la espera y la duda? ¿Por qué sopesó la posibilidad de resolver solo el problemón? ¿Por qué si él era el *primus inter pares* no convocó y solicitó el consejo de don Belisario? La respuesta está a la vista, Ignacio recelaba del veterano político. No solo recelaba de su liderazgo, sino también de su confianza. Imaginaba que confiar en él era lo mismo que venderle el alma al diablo.

Como ya hemos mencionado, Ignacio, al igual que toda la dirigencia villanera, era un asiduo escucha del programa “Sin pelos en la lengua” y como persona que vivía en la duplicidad, la ambivalencia y el embuste, reconocía que Montaña no mentía. Acostumbrado a la existencia pendular, poseía más que indicios para recelar de don

Belisario.

Para sus adentros se decía: “Sí, es cierto, Montaña no miente. Si no dice mentiras con respecto a mi persona ¿por qué sería mentira todo lo que cuenta del viejo?”. Había que pensarlo dos veces. Intimar con el anciano que en su prolongado trajinar había sobornado a presidentes, legisladores, jueces y fiscales era algo que acarreaba un riesgo inusual.

¿Cómo acreditar la lealtad del que vio rodar la cabeza de tantos reyes? Depositar la confianza en un manipulador y quién sabe, quizás en un extorsionador, era una acción recomendada solamente por la necesidad.

Ignacio, que era disoluto, pero que de tonto no tenía un pelo, barruntaba que transferir un cúmulo de información a una persona como Belisario Devoto de la Cruz significaba el endoso de más poder que el deseado. En su razonamiento se revelaban las impaciencias de quien se siente débil y vulnerable.

En manos de cualquiera la información era poder, se decía a sí mismo, y en manos de un gélido timador se convertía en una bomba atómica, en un arma mortal y letal.

Sin embargo, Ignacio entrevió que la única chance que él tenía de sobrellevar la situación era con el soporte intelectual y político del viejo parlamentario. No tenía duda de que con la ayuda de Belisario encontraría una salida *sui generis* a la crisis. Desde el instante en que se inclinó por la solicitud de auxilio dio por hecho que su claudicación significaba para él un costo. Había un precio político que debería pagar.

Comprendía que las cosas se le escaparon de las manos y visualizaba un cielo encapotado. Entendía que tenía que llamarse a silencio y pasar al segundo plano. Estaba sobrecogido y superado por las circunstancias. Se sabía metido en un antro de ratas famélicas, pero sentía que él no tenía las manos limpias. Se le hacía dificultoso terciar entre la emergente demanda social de transparencia y la lógica del accionar colectivo de sus colegas legisladores. Palpaba que la ambición de ética se había colado y el impulso renovador iba a demandar una política en la que no tendrían acogida los rufianes identificados con las corruptelas y con los traficantes. Los nuevos aires

estaban preñados de instintos adecentados y libertarios. Ignacio estaba convencido de que para no perecer había que ningunear a los amigos. Necesitaba que alguien lo hincase para que él actuara y obrara en beneficio de sus intereses.

50. RUPTURAS, REENCUENTROS, SALVACIÓN

Aunque parezca mentira hay veces en que los sentimientos no prescriben y lo que se pensaba que había muerto renace reverdecido.

Ignacio y Silvia se habían separado de hecho, pero jurídicamente el lazo matrimonial se mantenía intacto. La separación fue consentida y deseada por los dos. Recordemos que Ignacio y Silvia contrajeron nupcias cuando eran muy jóvenes. Él se embarcó en sus proyectos personales y ella estuvo ocupada cuidando a los niños. Él se convirtió en un personaje público y ella en un ama de casa. Mientras convivieron Silvia jamás se distrajo con otro hombre ni la tentaron las experiencias extramatrimoniales furtivas y efímeras.

Sin embargo, conforme pasó el tiempo, Silvia sintió que ya no tenía sentido seguir junto a Ignacio, lo que allanó el camino para el amante enamorado de Lluïsa. Así que de la manera más soberana que pudiese existir se impusieron alejarse del gravamen matrimonial. Convinieron que el matrimonio se estaba convirtiendo en un yugo del que debían liberarse a como dé lugar.

Ignacio, con su vida en paralelo, había experimentado sensaciones frívolas, vulgares, salvajes y precarias. Silvia venía madurando la idea de probar nuevas experiencias y la de tantear enamorarse de otro hombre.

Libres de querellas, decidieron andar caminos dispares y esperar un plazo mayor para que el divorcio se finiquitara en los estrados judiciales. Prefirieron la paz y una separación sin sobresaltos en lugar de tener que crispar la relación armoniosa que reinaba entre ellos.

Por su forma de ser, Ignacio evitó tener que enfrentar un embrollado divorcio y la publicidad que implicaba una separación de bienes. Ninguno de los dos presentó ante los tribunales la demanda de divorcio ni la separación de la sociedad conyugal. No entraron a

dilucidar a quién pertenecía tal o cual cosa. Tampoco se pusieron a diferenciar cuál bien era ganancial y cuál no lo era. Parecía que se separaron para no divorciarse. Y lo que no murió con la separación fue el deseo y la atracción que sentían entre ellos.

Silvia se había emparejado con Diego Manuel Serrano, un multimillonario, y se había marchado a vivir a la ciudad veraniega más bacana de la región. Su novio era un hombre tímido pero apuesto, un año menor que ella, rico, exitoso, soltero y sin hijos tras de sí.

Diego Manuel no había contraído nupcias porque esperaba consolidarse en la vida. No quiso distraer energía en otra cosa que no fuera su trabajo. Con tesón consolidó su emporio empresarial y sentía que había llegado el momento de vivir con alguien que paliase su soledad.

Sin embargo, la experiencia con el novio postizo, postizo porque como el diente nunca echa raíces, no conmovió a Silvia. Solo sirvió para demostrarle que seguía estando ligada con un lazo indisoluble a Ignacio, pues su novio no la había hecho vivir ni sentir experiencias que superasen las vividas con su esposo. El novio postizo se abocó a ella pero no poseía el don de encapricharla.

A pesar del amorío de Ignacio con Lluïsa y el suyo propio con su parco hombre de negocios, la comunicación entre ambos se mantenía fresca y auténtica. Quizás el diálogo era fluido entre ellos porque no se reclamaban nada y no vivían juntos. Huelga decir que durante toda la persistencia del noviazgo, Silvia estaba al tanto de lo que pasaba a lo largo y ancho de la República de O. Todas las mañanas leía los diarios digitales y al mediodía se comunicaba vía Skype con sus hijos y el resto de la parentela. No quería aparentar ser cargosa o estar celosa, por eso siempre esperaba que Ignacio la llamase.

Silvia tenía una personalidad aprehensiva. Estuvo siempre al lado de él como esposa observadora a la que nada se le escapaba e intuía que su exmarido estaba naufragando en una travesía en la que podía romperse las costillas, el cráneo y el dedo gordo del pie derecho.

Desde que iniciaron su relación de pareja ella había desarrollado una vocación tuitiva y trataba los problemas de él como si fueran los suyos propios. Tenía la cualidad de sospechar los riesgos que a él lo

acechaban. Su maternalismo la condujo a ser el pararrayos y a reparar los inconvenientes causados por las metidas de pata de su marido. Cada vez que presumía que él estaba metido en un berenjenal, ella acudía a socorrerlo.

El hecho de que ella estuviese a su lado en momentos de incertidumbre significó para él un espaldarazo y un voto de confianza. Por eso, en esta ocasión la premonición la arrojó a la acción y sin que nadie se lo indicase, Silvia se puso en contacto con Ignacio y puso todo su empeño en ayudarlo.

Fue ella quien tomó la iniciativa y quien quiso resguardar la retaguardia de él.

Usó su celular para comunicarse. Ignacio reconoció que era ella quien llamaba. Las primeras palabras fueron de satisfacción.

—¿A qué se debe la sorpresa?

—Quería saber cómo te encuentras, yo me siento preocupada y quiero saber si hay algo por lo que deba estar así.

—Pues sí, la situación está complicada, creo que se va a armar un quilombo de padre y señor mío. En algún momento va a estallar la bomba. Ya sabes que con las mentiras no se gobierna para siempre.

—¿Sabes cuál es el problema? ¿Puedes intuirlo? —inquirió Silvia.

—Sí —expresó Ignacio.

Y comenzó a explayarse con la sinceridad del que siente y piensa que todo está perdido. Como acontece en esas situaciones de zozobra e incertidumbre, Silvia agarró las riendas del asunto y sugirió lo que consideraba había que hacerse.

La conversación comenzó a tornarse solidaria. Ella comprendía que sin su auxilio él no iba a ser capaz de salir de ese atolladero. Puso en juego su persuasión y su habilidad asesora. Conocedora de su oficio, se adentró en su rol de socorrista y sugirió que él diese los pasos para que pudiera salir ileso del problema.

Fue ella la que lo impulsó y alentó a tomar contacto con Belisario Devoto de la Cruz. Silvia se imaginaba de qué iba la cosa, pero no tenía todo el panorama aclarado. Consideró que no era prudente que continuaran sosteniendo ese tipo de conversación por teléfono. Ambos coincidieron en que las llamadas telefónicas podían ser escuchadas y

grabadas por los grupos mafiosos o por la policía. Para impedirlo decidieron encontrarse en persona. Ella viajaría en el primer vuelo disponible hacia Villana para tratar de colaborar en la solución del problemón.

Él manifestó su conformidad y repitió que estaba profundamente agradecido. Una vez más, ella le estaba demostrando que era una gran mujer y una gran persona.

Antes de colgar, Silvia lo persuadió de que la clave de la solución estaba en las manos de don Belisario Devoto de la Cruz. Recomendó que se pusiera en contacto con el anciano lo antes posible.

Silvia estaba recontra segura de que el tema de la extradición debía resolverse a favor de la aprobación del tratado. Destacó la necesidad de que se debía poner este tema en el orden del día lo antes posible y advirtió que si no lo hiciese él se quedaría pegado a los traficantes de droga. Sería como su estigma. Concluyó que los errores cometidos todavía se podían rectificar.

Ella hablaba como una aventajada en las situaciones de crisis y él como un aprendiz. Se despidió diciendo que se quedase tranquilo y que había visualizado la salida de ese laberinto. Ni bien llegase a Villana se comunicaría con él para continuar operando desde la casa familiar. Al despedirse, pareció que un suspiro se le había resbalado de los labios. Se despidió diciendo “te quiero”, y él, con afecto y maquinalmente, repuso “yo también”.

Ignacio cortó la llamada y se puso a buscar en su listado telefónico el número de don Belisario.

51. Prisionera del pasado

No entendía cómo se enrolló con un hombre casado. Desde su niñez estuvo dominada por la vaguedad y el trauma sentimental. Con Ignacio había comenzado a experimentar la ambigüedad de las pasiones. No se trataba de una relación prendada de romanticismo ni de ingenuidad iniciática. Se trataba de una relación de un hombre y una mujer con sus respectivos pasados y sus efímeros momentos de autenticidad emocional. Los dos ya tenían la vida hecha. Pero atendiendo al pasado de Lluïsa la relación tenía para ella rasgos innovadores. Sensaciones inéditas la conmovían y su emocionalidad oscilaba entre la alegría y el temor. Estaba dominada por la ambigüedad de querer darlo todo, pero sin asumir ningún compromiso que desvencijase su condición de madre soltera. Quería amar y enamorarse, sin embargo no quería perder la cabeza. Deseaba un amor carnal y el compañerismo que nunca encontró en un hombre, aunque no deseaba mudarse de casa o comenzar una convivencia en pareja. En el fondo lo que deseaba era enamorarse a cortapisa. Su descreimiento de los compromisos afectivos hacía de su pasado una oscuridad tenaz e invicta.

Se había casado sin estar enamorada y cuando se hizo pública la sentencia de su divorcio, había saltado en una pata. Arrastraba el lastre de una infancia infeliz y de una adolescencia tributaria de la hipoteca de la infancia. No tenía idea de lo que implicaba el desasosiego y la saciedad afectiva. Se abandonó a la idea de los que creen que el amor es el recipiente en el que se descargan las tensiones fisiológicas y el baldío en el que subyace el miedo a la soledad.

Los recuerdos de la niñez la atribulaban y su incredulidad impedía que germinase en ella la semilla del amor. No sentía la necesidad del amor. Consideraba que no sería gratificada con esa albricia. El

escepticismo soliviantó en ella su sentimiento avaricioso de la soledad. Nunca esperó que la vida le regalara nada. Especulaba con la idea de que no todo el mundo nacía con el derecho de amar y de ser amado. No deseaba desear el amor, por eso sus relaciones amorosas fueron fugaces y desiertas. El compromiso sentimental equivalía a desertar de la celda de los recuerdos.

De joven no se enamoraba como se enamoran las colegialas, siendo esposa no se esmeraba en ser una amante complaciente y como amante de sus amantes no le importaba que la tildaran de ser más fría que un témpano. Jamás en su monocromática vida había sido seducida por el magnetismo de un varón.

Aparentemente, todo había cambiado en el momento en que conoció a Ignacio. Desde que tuvo intimidad con él azuzó en su corazón la voluntad de querer pasar el mayor número de horas posible al lado de su amado. Nunca antes había sentido la necesidad ni la codicia de compartir los ratos libres con alguien.

Al principio sentía que él era su droga porque, según ella decía, la trasladaba a otro mundo. Como toda novata y *amateur* en el *ars amandi* pronto comenzó a demostrar su manejo caprichoso y asustadizo de las circunstancias. En sus horas libres y con una febril imaginación rastreaba sus deseos y sus miedos. Empezó a sufrir obsesiones y a sentirse inmovilizada con la idea de que no le restaba mucho tiempo cerca de él. Era prisionera de la aprehensión de que pronto él se debía candidatear y de que no le sobraría tiempo para ella.

Lluïsa había entendido las reglas del juego y había aceptado que sería imprudente desbancar a la esposa oficial. La moralina social y vetusta de Villana sugería que el escenario no era apto para la rimbombancia mediática de los *affaires* y los devaneos amorosos. Inmediatamente, se acostumbró a la idea de pasar a ser la sombra de la sombra de él, pero con lo que no estaba de acuerdo era en mantenerse en vilo por un amor aciago y menesteroso.

En sus momentos de zozobras e incertidumbres sospechaba que por razones electorales él volvería con Silvia. Se machacaba con la idea de que era una mera cuestión de calendario electoral. Vislumbraba que

Ignacio estaría obligado a presentarse como un padre y un marido ejemplar. Lluïsa había deducido de su peripatético apoliticismo la conclusión de que las campañas electorales son industrias productoras de las mentiras más verdaderas y de las verdades más mentirosas.

Aunque no la entusiasmaba ser siempre la mujer del amor prohibido, aceptó serlo para escudarse de la prensa sensacionalista. Estaba a gusto con su privacidad. Necesitaba vivir en su oasis de tranquilidad y estar en paz con sus hijos. Pensó también en su estabilidad económica. En cierto modo vivía dentro del confort y la abundancia. El exmarido abonaba todos los gastos de la manutención de la casa y satisfacía las necesidades de los hijos. No estaba apretada ni quería sufrir angustias económicas. Tampoco deseaba solicitar una mensualidad para que la mantuvieran como se mantiene a las amantes. No tenía resquemores con respecto a Ignacio, sino que le daba vergüenza pedir dinero. La historia estaba en pañales y ella temía infectar con una impertinencia la embrionaria relación. Por otro lado, si su exmarido cayera en la cuenta de sus amoríos, se sentiría liberado de la obligación de costear los gastos de la subsistencia, la ropa y la comida.

Los horarios compartidos entre Lluïsa e Ignacio transcurrían en la discreción. Al inicio convivían anónima pero empalagosamente. Ambos sentían en carne viva la hondura, la frescura y la intensidad de saberse acompañados de la persona que deseaban. Quizás porque él se dejaba fagocitar por las mujeres, y quizás porque ella necesitaba darse un sacudón sentimental, fue posible que en ese momento sintiesen la felicidad.

La relación tenía apenas un par de meses cuando las cosas empezaron a ir mal. La tensión entre sus mundos no se hizo esperar. Comenzaron a colisionar cuando ninguno de los dos quiso ceder en asuntos que al principio no provocaban colisiones. Daría la impresión de que al fin de cuentas no se trataba del único amor de su vida, sino que aparentemente se trataba del último tren del que ella disponía, y para él era su primera apuesta seria a la monogamia.

Los primeros *impasses* se produjeron a causa de los ajustes de los horarios. Debido a sus actividades protocolares y sus funciones

legislativas, Ignacio se pasaba todo el santo día encerrado en su oficina presidencial y despachando asuntos de gobernanza. Los congresistas y los políticos buscaban las entrevistas con él en los horarios diurnos. Además, se aferraba a sus encuentros mañaneros con los medios periodísticos acreditados en la sede del Congreso. Esa actividad era *Desayunado con el pueblo*. Muchos televidentes se colgaban del televisor a esa hora porque tenían la posibilidad de llamar y hacer preguntas al presidente o a otros congresistas. Los televidentes o los que seguían el programa por la radio o, a través, de los medios digitales eran considerados el cuarto poder. La verdad era que cualquiera podía entrar en el programa y poner verde a los representantes del pueblo.

Los participantes debían confrontar críticas y alabanzas de sus electores. Era muy fácil conjeturar que Ignacio tenía la agenda ocupada por las mañanas y por las tardes. Por lo general, al mediodía solía cumplir con un almuerzo en alguna embajada o almorzar con los correligionarios para planificar los eventos electorales. En definitiva, sus horas libres tenían lugar a la noche después de culminar la jornada laboral. Con Lluïsa sucedía todo lo contrario. Durante el día no se sentía atada a ningún compromiso familiar. Sus hijos asistían a la universidad y como ella no tenía la necesidad de trabajar fuera de la casa, le quedaban libres las mañanas y las tardes.

Los primeros encuentros entre Lluïsa e Ignacio se sucedieron a la noche. So pretexto de alguna justificación baladí, salía con su auto y él la pasaba a buscar por un sitio convenido. Estacionaba su coche y el custodio de confianza quedaba de cuidacoches.

Después de varias jornadas nocturnas que se prolongaron por un par de horas fue ella la que propuso que se vieran en el horario del almuerzo y de la siesta. A Ignacio no le entusiasmó el cambio de horario, decía que el mejor momento del día para pecar era la noche. El mediodía tenía también el inconveniente de que él no podía consumir alcohol. Pensaba que no había instante más entrañable que el que conjuga el placer con el vicio.

Al terminar sus encuentros amorosos debía volver al Congreso y ponerse a lidiar con los pecheros. Estos eran los visitantes que

solicitaban audiencia para que el presidente les resolviese sus dificultades económicas y psicológicas, que abarcaban desde el pago de la cuenta de la luz hasta la solicitud de medicamentos y un puesto de trabajo. La práctica *clientelar* le fastidiaba, pero la cumplía al detalle. Ignacio poseía la característica que otros políticos de su extracción social no poseían. Estilaba a hacer cosas que contradecían su origen de clase. Se mimetizaba con los más carenciados y andrajosos. Aunque no pudiese resolver el problema, los escuchaba con una atención obispal.

Los bemoles que provocaban los horarios mostraron sus consecuencias muy pronto. Se vieron obligados a clausurar ese horario y lo mudaron a la mañana temprano y a la hora crepuscular. También ambas horas causaban estragos en la agenda de él. El horario tempranero terminaba cortándole toda la mañana y el crepuscular era incómodo. El tiempo que tenían era tan corto que al final acababa en un estrés en el que nadie quedaba satisfecho. Por otro lado, esas horas que se caracterizaban por ser exiguas coincidían con las horas de visita a sus padres. Incluso si parece inicuo, el problema del horario fue el causante de las primeras desavenencias dentro de la pareja.

Lluïsa le reclamaba que se pusiera en su lugar y que recordase que una buena madre debía cumplir con sus obligaciones matriarcales. Él replicaba diciendo que sus hijos ya eran mayorcitos para poder prescindir de la mamita. También requería que ella se pusiera en su sitio y comprendiera toda la responsabilidad que cargaba a sus espaldas, que por favor no olvidara que estaba hablando con el próximo presidente de la República.

Ignacio insistía en que por lo visto, en lo que a ella refería, ser buena madre significaba extirpar las ganas eróticas de ser buena amante. Infería que ser madre estaba en las antípodas de ser amante y que por eso la maternidad solapaba el erotismo mujeril. Ella reponía que no fuese egoísta y que dejara de pensar solo en él, que entendiera que la vida y el mundo de los demás no podía girar a su alrededor.

Estas disputas que nunca conocieron un acto de violencia o alguna expresión soez y de mal gusto agriaron la atmósfera que reinaba en la relación. Se produjo un hiato que se ensanchó cuando los dos

consideraron que quizás lo mejor era que el transcurrir del tiempo pusiera las cosas en su lugar. Los diálogos, que eran prolongados se acortaron, el sexo dulce y apasionado se transformó en una obligación espartana, las caricias se esfumaron, y la voz de aliento que se proferían mutuamente se enmudeció. El impulso, el sabor, la intimidad y la implicancia del primer momento se desvanecieron como si nunca hubiesen existido.

52. UN ENCUENTRO CRUCIAL

Desde el prisma con que se lo mirase, no se podía considerar que para Ignacio fuese condenatorio el principio de que cuando un barco se hunde los primeros en huir son los capitanes. Él y ella eran unos genuinos pragmáticos. Silvia lo persuadió de que para desmarcarse de este problema había una sola solución y que la misma se limitaba a cumplir las órdenes de la embajada.

Ante la desorientación de él, ella hizo las veces de la esposa que lleva los pantalones puestos en el matrimonio. Le impartió las instrucciones del quehacer y le sugirió que dominase la angustia y la ansiedad. Le había recomendado que se tomara un té de yerbas que moderaba la aflicción y no adormecía.

Ella le habló como una madre le hablaría a su hijo. Insistió en el hecho de que lo peor que le podía pasar era ponerse nervioso y que los nervios anieblaran su razonamiento. Debía mantenerse calmo y hacer lo estrictamente necesario. No hablar por teléfono y verificar que en la presidencia del Congreso no hubiesen instalado micrófonos.

No confiar ni en su sombra ni hablar con los parientes. Si la parentela se enteraba de lo que estaba aconteciendo iba a desesperarse y todos iban a querer colaborar. Ella hacía hincapié en que las asambleas eran mejores para la deliberación, pero no para la beligerancia.

Cuando mucha gente se implica en la búsqueda de la solución, se alargan las polémicas y se enlentece la toma de decisiones. En un tono categórico Silvia impartió la orden de que se olvidara de la fanfarria y la gallardía de querer salvar a los demás. Significó que ni había que pensar en que él se hiciera el harakiri y se tirase al pozo con los compinches.

En esta situación tenía que pensar en su familia y en él. Debía

priorizar sus intereses si quería tener chance para el futuro. El mandato del momento no se podía traducir en intentar actuar en equipo y en pretender blanquear a ese grupo de maleantes. La situación en la que se encontraba podía acabar en un cataclismo, si no se la zarandeaba correctamente arrojaría a culpables e inocentes a una fosa en común. La coyuntura imponía actuar en defensa de los intereses propios y en detrimento de los intereses difusos, o sea, del resto de los compañeros. Nadie ni nada que aflojase su concentración debía estar cerca de él.

Las palabras de Silvia apuntaban hacia la disoluta persona del Norteño. Este debía ser negado como Pedro Simón había negado a Jesucristo. Silvia le adjudicaba ser mala compañía y representar lo peor. Además hasta la fecha no se había esclarecido la procedencia del pintoresco amigo. Redondeaba su descalificación contra el Norteño recapitulando que su fortuna tenía un origen espurio y elevando la hipótesis de que además de adicto era comercializador de la blanca. Ella insistía que él se debía olvidar de todos y todas. Debía precautelarse y mirar hacia atrás y hacia los costados.

Al arrastrar los pies, un gesto timorato, una distracción pasajera o un error de cálculo iban a rebajarlo al mismo nivel de la última escoria. Hacer solo lo que mandaba la necesidad y circunscribir los movimientos en un área conocida. Bajo ninguna circunstancia reunirse con el propósito de conspirar con aquellos que habían recibido caudales de los narcotraficantes o que podían ser endilgados como los cabecillas de la operación reivindicativa y encubierta llamada “jaque mate al imperio”. Cada decisión que él tomase debía estar direccionada a salvar el pellejo.

Silvia terminó de enunciar su listado lanzando el ultimátum: Ignacio no podía volver a ver a Lluïsa. De hacerlo, debería olvidarse de ella por el resto de los días. ¿Por qué Lluïsa no estaba cuando las papas quemaban y era ella la que se ocupaba de salvarlo? ¿Por qué solo estaba para los momentos de placer?

53. El acuerdo

En un ambiente podrido como el de Villana era factible lavar la imagen y quedar indemne de los escándalos que hacían temblar los cimientos de la estabilidad política. Los paniaguados de los medios de comunicación se zafaban de los embates debido al silencio cómplice de la prensa venal o debido a que eran ensalzados como los salvadores de la patria. La gente creía cada día menos en los políticos y se hartaba de los periodistas que actuaban como coristas de esta casta de farsantes. El declive de la prensa oficiosa engrandecía y dotaba de autoridad la palabra de hombres como Salvador Monte de Oca.

El nihilismo social era pasto fértil para alimentar la presunción de que en Villana no había ni castigo ni culpables. Las leyes y sus penalidades tenían validez solo para los pobres y para los que no tenían un padrino que los amparase. Ignacio comprendió que no debía quedarse pegado al escándalo que estaba a punto de estallar. Instigado por Silvia, le vino a la mente que debía anticiparse a los acontecimientos. Seguir sus consejos y negociar con Belisario Devoto de la Cruz se constituyeron en su vademécum. Se impuso tomar contacto con el veterano antes de que siguiese corriendo agua bajo el puente. Ignacio y Belisario acordaron que se encontrarían en la presidencia del Congreso.

El encuentro entre ellos transcurrió como Silvia había previsto. En su foro interior Ignacio estaba convencido, al igual que ella, de que debía formular una oferta que contemplase y se ajustase a los intereses de Belisario. Toda su vida Ignacio había demostrado sus cualidades diplomáticas y de buen componedor. Era valorado por su destreza a la hora de conciliar y armonizar los intereses de actores que siempre combatían entre ellos hasta morir. Había incorporado a su conducta el axioma de que un excluido era un enemigo. Según se decía en Villana,

desde que Ignacio asumió la presidencia del Congreso la virulencia verbal y el canibalismo se redujeron a su mínima expresión.

Ignacio se pasaba el día haciendo que los que se odiaban y se combatían hiciesen las paces y terminasen cooperando. Siempre lograba que cada quien obtuviese su espacio y reconocimiento. Entendía que el éxito de una negociación dependía del elemental hecho de no parecer un debutante ni de insinuar ser virgen en las cuestiones relativas al tráfico de influencias y al soborno. Uno debía estar curado de espanto y nunca jamás actuar como el reseñable Catón, el censor. Además, y sin lugar a dudas, había que estar familiarizado con el premio que cada uno reivindicaba por su lealtad y el voto disciplinado.

El votar a favor de una ley que significaba un atropello jurídico debía ser recompensado. Cuando se estaba embrollado en una disquisición ideológica, metafísica o pecuniaria se debía hablar con propiedad y sin imprecisiones idiomáticas ni matemáticas. La actitud dubitativa debía ser descartada del guion. Ignacio llevaba consigo el don de promediar en la diferencia entre la oferta y la demanda. Él mismo era un ejemplo de flaqueza humana. Si algo le resultaba fácil era la elaboración de fórmulas pitagóricas que dejaban a todos saciados. De antemano intuía el precio de los demás porque conocía el suyo.

Reflexionaba que en la historia de la humanidad hubo individualidades que fueron inmaculadas y que no cotizaron en los mercados de las bajezas y del vilipendio humano, pero que en Villana cada quien llevaba su precio sellado en la frente. Entendía que las contraprestaciones debían abonarse en dinero, servicios o especies. El mercadeo de favores y de las cotizaciones de las servidumbres humanas formaba parte de lo que se enmarcaba dentro del concepto de peaje. Para los protagonistas de esta historia, el patrón de conducta de las negociaciones debía resultar de una visión realista que asumiera y le pusiese cortapisas a las ambiciones desmedidas de las partes. De ahí que el oferente exitoso era ese que no barajaba opciones infladas, sino ese que bajaba a la mesa una propuesta realista que se ajustase a los deseos, necesidades y las posibilidades de las partes.

En esta oportunidad Ignacio tenía los pies bien puestos en la tierra. Daba por sentado que con Belisario no se podía hablar de sandeces ni de nada etéreo. La consideración generalizada que se tenía del añoso parlamentario era que se trataba del único político capaz de amalgamar una piara heterogénea de porcinos. No se le conoce vez en la que no defendiese a los amigos, como tampoco oportunidad en la que no hubiese aupado a los compadres que atravesaban dificultades. Con una frase lacónica defendía a los suyos diciendo textualmente: "Ese a quien atacas es chancho de mi chiquero".

Con él los términos de la conversación no debían ser laxos y los diálogos no se debían alargar en demasía. Había que ir al meollo de la cuestión y evitar que, al término del encuentro, el añejo legislador pensase que la reunión había sido una pérdida de tiempo, o sea, un desgaste inane de energía que no aportaba ni un penique a su hacienda ni a su capital político. Belisario Devoto de la Cruz se había curtido en las más inimaginables componendas y su condición de estratega se la ganó en múltiples jornadas en las que se cocinaron cosas transcendentales como, por ejemplo, las candidaturas a presidente de la República, magistrado de la Corte Suprema, fiscal y congresista.

Hacía años que Ignacio se había percatado de que con él se debía andar derechito y hablar sin doble discurso. Parecía que la larga experiencia del vetusto parlamentario le había enseñado que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. De ahí procedía su fama de cumplidor y la ascendencia de su conducta coherente y previsible. El anticuado congresista actuaba con saña contra quienes cultivaban la costumbre de traicionar los principios. Para él, el consabido veredicto de ser ortodoxo en los principios, pero heterodoxo en la acción, conllevaba el inicio del final de la política del ajedrez.

Belisario desdeñaba a los incumplidores que, so pretexto de argumentos procaces e inmediatistas, desmeritaban la palabra empeñada y los pactos sellados y rubricados. Su personalidad había sido acrisolada en décadas de luchas incansables e imborrables. Conceptualizaba su esfuerzo y compromiso como el combate por la higienización de la política y por la inclusión social. Belisario

proyectaba la imagen de actuar como el político de las grandes estratagemas, ese político en extinción que vierte su energía en el vértice del esfuerzo colectivo. De allí provenía la complicación de negociar con quien no solo pensaba en las ganancias económicas, sino también que en política había principios insoldables e insoslayables.

Para el longevo parlamentario toda decisión política no debía acarrear inevitablemente un beneficio económico o una ventaja social. En la política los resultados que prevalecen son los políticos. El éxito en la política se mide por la cercanía que se tiene del poder y no por los enchufes que se obtienen de él. El imperativo de la convicción política señala como horizonte la supremacía del deseo de poderío. El político que no desea el poder es el político que no desea parecerse a Dios.

Las ganancias pecuniarias derivan de la acción política y tienen que ser moderadas por el instinto de conservación político. El dinero es un recurso insustituible en la lucha por la adquisición, la conservación y la expansión del poder. Con él se puede hacer casi todo menos convertir la obediencia en lealtad. El acrecentamiento patrimonial de un político debía producirse con disimulo, sin agraviar a nadie ni ofender a los indigentes. Con el abultamiento de las cuentas bancarias se mitiga y se desvanece el liderazgo. En el dilema entre el peculio y el honor los seres humanos prefieren conservar su hacienda.

Belisario Devoto de la Cruz estaba motivado más por la pasión interna del poder que por la pasión externa de las riquezas. No todo era negocio o coyuntura, debía haber poder de por medio. Y para que hubiese poder se debía creer en algo o en alguien. El viejo maestro tenía que convencerse de las bondades y de la línea matriz del plan de acción. Si no se lo convencía, se transformaba en una persona de ideas inamovibles y conducta conspiratoria.

Ignacio catalogaba a Belisario como el último espécimen de los políticos de antes. El presidente de los congresistas pensaba que los caudillos de antes apadrinaban a sus seguidores y se deleitaban poniendo en práctica sus obligaciones paternalistas. Sin embargo, los políticos de la actualidad buscaban el acomodo y desdeñaban la obligación de legar un tributo a la posteridad.

Ahora bien, encaucemos estas consideraciones hacia el final de la historia. Ignacio arrullaba la idea de contar con el apoyo del decano de los legisladores. No solo necesitaba de su aprobación, sino que también le hacía falta la implicancia de este en la ejecución del plan. Las cosas debían transcurrir sin tropiezos ni grandes oposiciones. Cuantos menos palos se le ponía a la rueda, más rápido y silenciosamente se efectuaría lo dispuesto.

Obviamente, habría un revuelo periodístico y se fabularían muchas historias. Algún precio debía pagarse, pero esta operación tenía las ventajas de la sorpresa y de la osadía. Se debía producir una jugada maestra con la complicidad de una mayoría de legisladores que no estuviesen tan comprometidos con los traficantes. Belisario e Ignacio entablaron un diálogo en el que concluyeron que la cuestión acontecería de la siguiente manera:

—Don Belisario, como nunca con anterioridad se critica al Parlamento. Los políticos somos tratados como leprosos y prostitutos. Nos meten a todos en la misma bolsa. Ni siquiera se toman el tiempo para distinguir quién es quién —dijo Ignacio, indignado.

—Así es, presidente. En nuestro oficio es mejor no esperar a que nos den las gracias o nos llenen de galardones. Históricamente hablando ¿cuántas veces nuestras sociedades prefirieron a los militares en vez de a los políticos? Y que conste que en esa época había políticos de talla y fuste. Puedo hacer comparaciones porque fui actor protagonista de las dos etapas. Había más respeto para los políticos. Hoy puedes escuchar colegas diciendo que cuando entraron a la política tiraron su honor a los perros. Te aseguro que antes existía respeto. Sin embargo, hoy, por estar en el candelero nos putean —señaló Belisario, con marcado sentido de indiferencia, como deseando reseñar una trayectoria de vida que podía ser escudriñada a trasluz.

—Creo que la situación cada vez empeora más. La tendencia que se percibe es la de que arrecien las críticas. Cada día los cuestionamientos son más ofensivos y agresivos. El Parlamento está en el ojo del huracán. La gente no solo critica a los parlamentarios, sino que también se cuestiona al Parlamento como institución. Nadie nos toma como representantes del pueblo. Dicen que no tenemos

autoridad moral para fiscalizar al Poder Ejecutivo. Está cobrando fuerza la tesis de que se debe cerrar al Legislativo. Los poderes fácticos atrincherados detrás de los medios de comunicación planean instalar a un César que disuelva el Congreso y que convoque a nuevas elecciones generales —denotó Ignacio, expresando una sentida y honda preocupación por la continuidad de la democracia y la estabilidad de sus instituciones.

—No te preocupes, presidente. Desde que existe la política, se ha hablado mal de los políticos. Del Parlamento se dice que es un nido de víboras y el sitio donde recalan los que no pueden encontrar trabajo en otro lugar. Supuestamente los incompetentes son los reclutados por la militancia política. Ahora se nos critica por nuestro sueldo. Entonces ¿cómo quieren que el pueblo participe en política si no percibe una remuneración metálica? ¡Desde Pericles se paga a los que hacen política! ¡Eso es pura bagatela, charlatanería! No resiste el menor análisis. Los parlamentarios ganamos menos que los ministros y los jueces. Si nos critican por percibir la dieta, es porque no tienen nada serio que decir en nuestra contra. Todo lo que se dice son puros rumores. Se insinúa, pero nadie trae un indicio y menos una prueba —replicó Belisario con calma y trasluciendo que hablaba como tribuno y no como defensor de sus colegas.

—Actualmente, hay acusaciones de peso. La gente comenta que el narcotráfico y el hampa les dan dinero a nuestros colegas. Aclaro que nos incluyen a todos. No hay quien se libre de esa acusación. El pueblo cree que el Parlamento está infectado de narcopolítica y que los corruptos manipulan el Parlamento a su antojo. Es más, se presume que, gracias a los peajes que se cobran, se puede explicar no solo el financiamiento de las campañas, sino el enriquecimiento ilícito de los amigos. La embajada de la potencia extranjera nos tiene en el punto de mira. Por lo demás a mí nadie me saca de la cabeza que es la embajada la que está calentando el ambiente —dijo Ignacio, como quien intuye y teme a la tormenta que se avecina.

—¡Eureka! Me sorprende que te sorprenda. Igual que siempre, la embajada aprieta las teclas y un coro de voces se pone a entonar una cantata. La historia se repite con otros protagonistas, pero siempre es

la misma, el hombre propone y la embajada dispone. Hace tiempo que eso viene sucediendo y creo que todavía no se inventó el remedio que nos cure de la influencia de la embajada. En relación con los colegas te digo lo que les respondo a los que me preguntan sobre la procedencia turbia de los muchachos: es lo que hay. Queríamos el pueblo al poder, pues bien, ese es nuestro pueblo. Creo que todavía no hemos aprendido que la democracia sin ética es demagogia defecada por un gorila. Desde siempre se supo quién es quién. ¡Que nadie se llame a engaño! Que yo sepa, te llevabas de maravilla con ellos. Lo mejor que podemos hacer es no hacernos los perejiles. ¿O es que se te olvidó que fuiste electo presidente con los votos de los amigos que reciben premios y regalos de los empresarios venales y de los traficantes? No me extrañaría que tú también sepas quiénes son los que están detrás de los colegas. Dime ¿quién no conoce la leyenda del Polaco y de su escudero Andrés Santander? —inquirió Belisario con voz recia que buscaba imponer su autoridad y sacar la basura que estaba bajo la alfombra.

—Por favor, don Belisario, no te cabrees conmigo. El tenor de la conversación debe ser sincero, honesto y conciliador. Quiero conversar contigo porque necesito tu colaboración. El mito del Polaco es más conocido que la coca cola y con su auxiliar me encontré en la casa de mi amigo el Norteño. Pasa que eres la única persona con la que puedo hablar sobre estos temas tan delicados. Mi preocupación se debe a que podemos terminar en la cárcel o extraditados. Para qué negarlo, hemos hecho la vista gorda, pero no nos beneficiamos de la plata sucia. Todos se rasgan las vestiduras, pero sabíamos que la democracia cuesta dinero. Al inicio a nadie le importaba cómo se financiaba las campañas. El dinero de las corruptelas trajo una ralea de parlamentarios, jueces, ministros y presidentes de la República que son más sinvergüenzas que un prófugo de Alcatraz. Por eso ¿con quién si no contigo? Eres experimentado y ya demostraste que tienes sentimiento patriótico. La veteranía te volvió sabio a la fuerza. Guíame para salir de esta situación. Siento que estoy en un callejón sin salida. Debemos salvarnos para salvaguardar los intereses patrios. Te escuché decir que somos gendarmes de la soberanía nacional. La

potencia planetaria y sus cipayos nos van a avasallar. Actuemos y no reaccionemos. No tardemos tanto en decidirnos. El tiempo corre en nuestra contra. Lastimosamente, algunos amigos pagarán para salvar al Parlamento, pero te firmo donde quieras que no se va a dar que los justos paguen por los pecadores. Estamos metidos en el medio de una situación embarazosa. Sabes de memoria que estas decisiones implican un costo, pero qué le vamos a hacer, el deber nos llama. Te consta que me llevo muy bien con todos los colegas de todas las bancadas. A pesar de sus antecedentes, he trabado amistad con algunos de ellos y nunca me negué a pagarles los viáticos, los viajes y las secretarias. Es más, en reiteradas ocasiones intermedié ante ministros para ver si era factible que se les adjudicase contratos de obras públicas. Te ruego le preguntes a mi jefe de protocolo si es que alguna vez los excluí de las ceremonias oficiales. Siempre eran los primeros en llegar y los últimos en irse. Gracias a Dios, jamás tuve problemas personales con nadie... La amenaza que tenemos no pasa por un tema de enemistad o de humor. Verdaderamente me siento angustiado. Lo que pasa es que podemos integrar la lista negra de la potencia extranjera y podemos ser agraviados en la calle. ¿Qué explicación le daremos a nuestras familias cuando seamos arrojados al basurero? Esto es como un atolladero que para peor me tiene a mí como un personaje tragicómico. La embajada empezó con sus artilugios y, como te consta, no va a parar hasta conseguir su objetivo, o sea, la extradición. A la presión externa hay que sumar el aumento de la crispación social. Si no hacemos algo que revierta la situación, puede que suceda una gran movilización que termine tumbando al Parlamento, o que, en las próximas elecciones se presente un desconocido y nos arrase en los comicios. Podemos quedarnos sin el pan y sin la torta. El pueblo nos exige que hagamos algo —expresó Ignacio con la intención de abrir un canal de colaboración y confianza con su oyente.

—Ahora entiendo qué es lo que te atormenta. ¿Tanto te desvela el tratado de extradición? ¿Por qué le tienes miedo a la potencia extranjera? Nada de lo que se dice en contra de nuestros colegas se puede probar. Ya te dije, se los descalifica sin tener pruebas. La poderosa potencia siempre presiona y presiona más de la cuenta para

obtener lo que quiere. Utiliza excusas trilladas para intervenir y coacciona con el hecho de congelar los fondos bancarios. Actúan de la misma manera. Con sus bravatas nos amilanan. Luego nos soplan en la nuca y nosotros tenemos que morder la almohada. Exageran en sus acusaciones, pero cuando se les pide ayuda o que te proporcionen pruebas responden diciendo que no te pueden revelar su fuente. Que sus archivos son secretos y que estos tampoco están accesibles para otras agencias de inteligencia del imperio. ¡Pero por Dios, que se dejen de joder! A ti ¿qué es lo que tanto te preocupa? No me vengas a decir que no sabías que nos iban a presionar —sondeó Belisario con voz altanera y poniendo en su rostro una expresión de enfado y firmeza.

—Que me presionen o no, no me quita el sueño. Estoy acostumbrado a recibir presiones de todos lados. Lo que realmente me preocupa es que si no sancionamos la ley de extradición nos vamos a meter en un lío de proporciones desconocidas. El imperio no va aceptar que lo chuleemos con una historieta. Cuando solicitan que se apruebe el tratado son bravos, terminantes e imperialistas. Les importa un pepino la soberanía y la autodeterminación de los pueblos. Van a lo suyo y amenazan con que de no ser sancionado el tratado de la extradición, habrá represalias duras contra nuestras exportaciones. Amedrentan diciendo que nos impondrán una suerte de embargo. Eso sería la ruina para las materias primas y las frutas de exportación. Se pudrirían en los depósitos portuarios. Además, no debemos dejar de considerar que la sociedad quiere echarnos a patadas. Hay una coincidencia de objetivos entre lo que la gente exige y lo que solicita la embajada. Nos debemos preocupar cuando el imperio coincide con sus enemigos antiimperialistas. Imperialistas y antiimperialistas están aunados por la misma bandera y nos disparan con los mismos misiles. Estamos haciendo posible que los que se odiaban se junten para derrocarnos. Veo por delante un panorama gris e incierto. Es más, te quiero confesar que desde hace unas semanas no puedo conciliar el sueño —dijo Ignacio con el apaciguamiento de quien necesita que su contraparte entre en razón.

—Entiendo tu aflicción. Tú eres presidente de un poder del Estado y es normal que veas las cosas desde otra perspectiva. En lo que a mí

respecta, ya he pasado por tormentas estruendosas y relampagueantes. Lo que no te puedo discutir es que debemos hacer algo para que la situación no empeore. Primero la patria y después los amigos, correligionarios y los protegidos. Lastimosamente, a nuestros colegas siempre se les va la mano. Se pasan de la raya porque piensan que nunca va a pasar nada. Se quieren pasar de listos y al final se meten en cada lío que ni te cuento. En última instancia las avivadas de ellos nos cuestan más que un ojo de la cara. Los platos rotos los pagamos todos y de forma desproporcional. Dejémonos de lamentos y procuremos llegar a una solución que nos facilite la salida de este enredo. Mi intuición me dice que hay que descongestionar la presión que se está ejerciendo contra el Parlamento. Se me está ocurriendo un plan. Obviamente, si queremos resguardar los intereses nacionales debemos hacer lo que es más conveniente. Hay que conseguir la mayoría para aprobar la extradición. Para eso debemos convencer a los que no están en relación directa de dependencia con el narcotráfico. Hay que escudriñar bien. Si estudiamos el asunto a fondo nadie se salva, pero flexibilicemos las retinas para que unos cuantos puedan subirse al barco —dijo Belisario con la voz sabionda de los que captan que para sobrevivir es imperioso retomar la retaguardia y apelar al instinto de sobrevivencia.

—Por eso te llamé. Sé que eres un maestro en las conspiraciones. Nadie me va sacar de la cabeza que solo contigo puedo preparar una salida que contemple los intereses superiores de la patria y los nuestros. No es justo que por unas docenas de codiciosos todos acabemos pagando el pato. Yo soy de los que piensan que no tengo inconvenientes en acompañar a quien sea hasta la fosa, pero que no me reclame que me entierren con él. Me parece que hay mucho en juego para que nos pongamos a hacer el papel de boludos —afirmó Ignacio con ademanes de fatiga. Tenía la intención de que no lo tiraran a la arena del Coliseo junto a los leones.

—Por mi larga experiencia en estos desaguisados te propongo que hagamos cuanto sigue. Si estamos de acuerdo con el plan no hay marcha atrás y debemos ser determinantes en las acciones. La estrategia es la siguiente. Va a tener el impacto de una asonada. El

éxito de la operación reside más en la sorpresa que en la traición. Creo que para la próxima sesión no tienes que abultar el orden del día. Debemos hacer creer que no va a ser una sesión con temas candentes. Para justificar el hecho de alivianar el orden del día repite a los cuatro vientos que te surgió un evento de presidentes del Congreso. Añádele que solo se reunirán unos cuantos países de la región. Argumenta que la idea del encuentro es la conformación de un grupo que evalúe los avances de la integración, que dicho sea de paso, las instituciones de la integración no son más que máquinas de comer y tragar el presupuesto público. Cuando un colega te venga a pedir por un asunto específico como la autorización para explotar hidrocarburos, le puedes decir que en la próxima sesión, después de esta, le autorizaremos a tambor batiente todas sus solicitudes, que por ahora es mejor retardar la venia en las que los muchachos perciben un peaje. Las autorizaciones para la extracción de recursos naturales o la adjudicación de alguna autopista deben ser aprobadas con un retraso. Supuestamente, cuando el tratamiento de ley se posterga es porque nadie cobra peaje. Para no perder la credibilidad es mejor postergar y en las próximas sesiones ir aprobando de a una y silenciosamente, y en especial, para los que viven en las zonas fronterizas o alejadas, les puedes decir que no hace falta que asistan porque se tratarán temas baladíes. No debe haber dudas del porqué estás aliviando el orden del día. Diles que necesitas terminar temprano para poder tomar el avión de la siesta que te llevará a tu encuentro de presidentes del Congreso. Una vez terminada la explicación, pregunta por sus familiares. Mientras que tú elaboras el orden del día, yo me pongo a conseguir el número necesario de votos para la aprobación de la extradición. Debemos trabajar en paralelo y al final del día nos reuniremos para chequear todos los puntos. Creo que cuento con la lealtad de muchos, pero demás está decirte que aquí todo cuesta dinero ¡Prepárate, capullo! Este viejo te lanzará el salvavidas. Te consta que caíste en buenas manos —concluyó Belisario exultante, pagado de sí mismo y escrutando con su mirada de más antiguo el impávido rostro de Ignacio.

—Perdóname, don Belisario. Quizás los nervios me están

traicionando. Pero no entiendo el plan de acción. Me dices que haga un orden del día liviano sin asuntos controvertidos. Al mismo tiempo me pides que ponga la extradición en el orden del día. Como tú sabes, cuando se acaba la elaboración del orden del día, se da publicidad del mismo. Debo enviarles a todos los colegas los asuntos a tratar y por lo demás la prensa estará pescando en busca de alguna novedad. Si hago público el tópico de la extradición, la mafia comenzará a presionar y a exigir que sus secuaces cumplan con ellos. Ni tú ni yo nos libraremos de la presión. Van a ofrecer el oro y el moro con el fin de obtener los votos para el rechazo. Obviamente harán amenazas de muerte para los traidores y fallutos. Me parece que si actuamos de esa forma nos imputarán la culpa. Nadie va a creer que somos inocentes. Lo que van a sentenciar es que somos sus cómplices —manifestó Ignacio con el recelo del que se imagina la dimensión y considera todas las aristas de un problema geométrico.

—No te dije que lo pongas en el orden del día. Deja que me explaye y presta mucha atención. Si se nos escapa una palabra o desatendemos un detalle, el fracaso de la operación está más que anunciado. En la próxima sesión quizás algunos ya se ausenten porque verán que no se tratará nada significativo o algo que les incumba. Repito, garantizar la mayoría y que haya quórum es mi obligación. La tuya es que se realice puntualmente y que nadie se ponga a incidentar durante la sesión. Si el caso así lo exigiese, debes dirigir la sesión con explícito autoritarismo y saltarte el reglamento. Ese día hay que pasar al estadio de votación. Si por a o por b motivos se levanta la sesión y esta queda inconclusa, hay que olvidarse de la extradición hasta la nueva legislatura; que quede claro que sí o sí se debe votar. Te explico. En el mismo día habrá dos sesiones. Terminamos la ordinaria e inmediatamente debemos pasar a una extraordinaria. Cuando se dé inicio a la sesión ordinaria y en el capítulo temas varios, un colega apalabrado y lubricado por mí pedirá súbitamente una sesión extraordinaria para que se trate como único tema del orden del día la extradición. La justificación será que ese maldito tema está intoxicando la agenda legislativa y que ya es hora de definir la posición del Parlamento. Como tendremos mayoría, se aceptará la

moción que nuestro conchabado propone. Si tenemos mayoría para la extraordinaria, está más que descontado que la extradición será aprobada. Y si te descuidas, por amplia mayoría. Esto se deberá a que los contrarios abandonarán la sesión para dejarnos sin quórum. Se retirarán profiriendo amenazas en voz baja. Tampoco ellos querrán ser identificados con los legisladores de las corruptelas. Quizás se ratifique el tratado sin que haya polémica ni discursos encendidos o agraviantes. Empezamos la sesión y tú te encargas de que termine lo antes posible. Acelera al máximo. Debes cortar la discusión y someter a votación a brazos alzados. Pon el pie en el acelerador. Hay que reducir el número de la lista de oradores. Puede ser que se inscriban para hablar y de esa manera dilatar al máximo la sesión. Van a querer ganar tiempo. En el Parlamento la sorpresa tiene un efecto letal. No lesiones de manera evidente el reglamento de sesiones, pero no olvides que la sesión ordinaria debe acabar cuanto antes. Por eso es que la sesión ordinaria se debe levantar con todo el orden del día aprobado. Acto seguido das inicio a la sesión extraordinaria y pasas a explicar que solo hay un asunto en el orden del día. Ni bien se dé por iniciada la sesión, un apalabrado por mí solicitará que se pase a votación. Argumentará que la extradición es un tema suficientemente debatido en el Congreso, en las redes y a través de los medios de comunicación. Blandirá la justificación de que hace ya algún tiempo que cada uno de nosotros tiene una opinión formada sobre ese asunto. Los golpearemos por sorpresa y por mi experiencia me consta que de esa noqueada ni Lázaro se espabila. Nadie va a entender qué pasa y la confusión solo servirá a los que saben qué se debe hacer. Hasta quizás sea positivo que dejes que se discuta un poco. A decir verdad, el palabrerío y las discusiones estériles legitiman el procedimiento. Esa decisión depende de ti. Pero entiende bien, que no se te escape la sesión de tus manos. ¡Demuestra tu liderazgo y tu *auctoritas*! Antes de pasar a la votación, puedes rematar diciendo que el pueblo demanda una definición y que los políticos que no escuchan la voz del pueblo están condenados a perecer. Acto seguido pasamos a la votación y si alguien solicita que la votación sea nominal, lo pones a consideración del plenario. Es mejor que sea nominal para no quedar manchados.

Llamas la lista para iniciar el estadio de votación, los colegas votan, lees el resultado y se da por terminada la sesión. En resumidas cuentas, votamos, levantas la sesión, y nos vamos a nuestras casas con la conciencia del deber cumplido. Por cierto, la llamaremos: “operación calmante” porque después de esto el imperio se tiene que quedar tranquilo por un tiempo.

—O sea, lo que propones es que en el mismo día y casi sin un lapso de tiempo tengamos dos sesiones: la ordinaria y la inesperada extraordinaria.

—Así mismo es lo que pienso. Acabemos de una vez con este tema. Para mí siempre es ingrato joder a los colegas, pero en esta oportunidad o son ellos o somos nosotros.

—Nadie espera que asestemos un golpe parlamentario. Es lo mejor que puede suceder. No hay que darle largas a este asunto. De lo contrario nos terminará salpicando.

—Aquí debemos romper el espíritu de cuerpo. Voy a tener que poner una cuña entre los colegas. Por primera vez en mi vida destruiré el espíritu de cuerpo que, como tú sabes, es transversal. Entre los colegas hay muchos que me deben finezas. Les pediré que actúen como una falange macedónica, que por esta vez debemos destruir la unidad y enfilarnos uno de tras del otro para pasar este examen. Alguien tiene que salvarse para después poder contar la historia. Hay que estar preparado para la reacción del Polaco y de su ayudante de campo, ese Andrés Santander.

54. Montaña descubre la verdad

Preparar y materializar el magnicidio es una tarea encomendada a los profesionales del crimen. Planificar la emboscada que debe desembocar en un arreglo de cuentas reviste mayor complejidad de la que se le asigna. Para marcar la diferencia señalaremos que la ejecución de un traidor exige el rodeo preliminar de que este admita su culpabilidad e infamia. En cambio el asesinato de un estadista puede significar el último, si no el único, acto épico y significativo de la existencia de este. Efectuar la sentencia de muerte de un estadista depende de la puntería del francotirador o de la muñeca de relojero suizo del que puso la bomba. El resultado satisfactorio de un acontecimiento de esta naturaleza está sujeto al pulso, al ritmo cardiaco, y al cuidado que ponga el asesino en prevenir los hechos aleatorios. De igual manera, el éxito de estos actos criminales está condicionado por la previsibilidad de la víctima. El que va a ser asesinado para ser victimizado debe transitar por las mismas calles, practicar la puntualidad inglesa, besuquear y fotografiarse con cuanto mamarracho se le pare enfrente. Por lo general, los regicidas procuran con un acto criminal matar dos pájaros de un tiro. Buscan cegar una vida para forzar la elección de un delfín apaniaguado y sensato. Cifran sus esperanzas de que la proclama: “A rey muerto, rey puesto” implique escoger a un sucesor que haya aprendido la lección, y que no venga con la sorpresa de querer cambiar los reglamentos de la próxima partida. Complementariamente a esa inquietud no escapa de la consideración de los criminales que una vez que se apartó a la persona que constituía un obstáculo, queda expedita la vía para que se expandan las actividades provechosas. Este razonamiento parte de la base de que muerto el perro, muerta la rabia. Las acciones magnicidas son deliberadamente conducidas por la lógica de que el victimado era

el causante de todos los males. Al asesinado se le achaca ser el gestor de toda clase de males, verbigracia: los climatológicos, demográficos, sociales y políticos. Todo lo contrario ocurre cuando se quiere finiquitar las cuentas con un traidor. En primer lugar, se intenta buscar en el diccionario un heterónimo para catalogar la conducta inapropiada de ese en quien se depositó la confianza. Los seudónimos revolotean en la imaginación del traicionado y son escupidos de la boca en forma de erupción volcánica y tenacidad revanchista. Las imprecaciones acaban aludiendo a la pobre madre del felón que ni enterada estaba de la problemática de marras.

Lo primero que salta de la boca es la expresión “hijo de puta” o “traidor de mierda”, esta última en directa alusión al igualamiento de las funciones intestinales con la vieja costumbre de cagarse en el prójimo. El otro paso obligado del traicionado se dirige a forzar que el sujeto de la traición reconozca su prevaricación.

Para la víctima, el contexto ideal consiste en pillar al susodicho con las manos en la masa, pero como esta situación no siempre acontece, el traicionado tiene que vérselas con su ingenio y su instinto cazador. Ante esta situación se le genera la obligación de capturar al traidor y obligarlo a declarar su patraña. Puesto frente al rehén, el traicionado no puede desistir de su derecho a desenterrar la verdad. A efectos de arrancar la declaración de culpabilidad contra sí mismo, el secuestrador amenaza al prisionero; ante la negativa a declarar su deslealtad deberá prepararse para padecer los suplicios que se merece. En la mayoría de los casos, el cautiverio llega a su fin cuando se efectiviza la pena de muerte. Ni los agentes secretos ni los policías regulares quieren inmiscuirse en los ajustes de cuentas que talionan las discrepancias entre los que están convencidos de que la privatización del derecho punitorio es la garantía para que la justicia no llegue tarde.

Es hora de retomar el hilo conductor del acontecimiento que dio origen a este relato. La comodidad que supone para el lector la descripción de los hechos por encima de las refinadas teorías nos sitúa ante el desafío de continuar con el desarrollo de la historia de Montaña y su lugarteniente.

La furia que originó la traición de Juan Casimiro en el alma y en la vanidad de su jefe era como esa laya de heridas que ni cicatrizan ni cauterizan. Monte de Oca no se podía imaginar que un actor de reparto se atreviese a instrumentarlo y a mancillar su honor. Quizás el cansancio, el aislamiento o la canonización de la vida crepuscular hicieron que se transformara en un enajenado cismático despegado de la realidad.

Montaña habitaba su madriguera desinteresado de lo que sucediese más allá de sus límites perimetrales. Su mente calenturienta cedió paso a una perspectiva escéptica y derrotista. Estaba sufriendo el bajón característico de los que presienten que el final se avecina y las fuerzas del cuerpo se esfuman. En los seres humanos el dato de que la hora inevitable se acerca casi siempre surte un efecto desalentador. Normalmente, el balance de la vida arroja un saldo en rojo. Debido a ese cansancio físico y moral que acarrea la sumatoria de los años, Montaña no pudo advertir ni vislumbrar que se estaba incubando una traición en su contra. Programa tras programa no hacía más que hacer más de lo mismo. Se dejó estar y abandonó la costumbre de cenar con terceras personas.

La anemia intelectual que padecía hizo que se retrajera de las tertulias. A consecuencia de esta indolencia su secretario se convirtió en su única fuente de información. En ese momento el ayudante monopolizó y viabilizó los vínculos de Montaña con el mundo exterior. El jefe no reparaba ni auscultaba ni chequeaba las informaciones que Juan Casimiro le suministraba.

Obviamente, al caer Montaña en manos del inescrupuloso secretario, este hacía y deshacía los editoriales de los programas. Después de que Montaña fuera utilizado como un trapo sucio, saltó la verdad en razón de una circunstancia aleatoria.

Como sucede en las felonías en las que el felón quiere extraer más beneficios de los que manda el sentido común y la sana ambición, un acontecimiento accidental revelaría la gravedad y el grado de hipocresía de la traición. Cuando Montaña descubrió la verdad, no lo podía creer, se consolaba a sí mismo reprochándose lo estúpido que había sido. Todos menos él estaban enterados de la conjura. La misma

no revestía rasgos o características singulares. La perfidia de Juan Casimiro no era nada inaudita ni descomunal. La traición del secretario no amerita un estudio que apele a la casuística.

Había sido un caso de falsedad tan común y silvestre que incluso sería factible establecer un nexo entre la personalidad de Juan Casimiro y la borgiana de Fergus Kilpatrick. Montaña se engañaba con la quimera de que a él no le podían suceder las desgracias ajenas.

El personaje que motiva este libro cayó en la cuenta de que su secretario lo estaba traicionando cuando en la pausa de un programa Montaña le pidió a Juan Casimiro que le prestase un lápiz para anotar unos escolios al margen del editorial escrito de puño y letra para esa audición. Por esas cosas del destino Montaña olvidó portar la lapicera que había pertenecido al abuelo Policarpo. La lapicera, según le dijo Pacífico a su hijo Salvador, había sido propiedad de su padre, el expresidente Policarpo Monte de Oca. El valor del objeto residía en que con ese estilógrafo el procónsul y prócer Policarpo Monte de Oca había firmado todos los tratados internacionales, la promulgación de las leyes y los decretos presidenciales. El valor del utensilio caligráfico para Montaña tenía un valor sentimental más que económico.

Debemos traer a colación que nuestro personaje jamás se acostumbró a redactar en las máquinas de escribir y menos aún en las computadoras. Escribía a mano sus monografías y sus editoriales, y cuando debía o deseaba escribir un escrito relativo a los componentes identitarios de la Patria o la República, lo hacía con el elemento heredado de su abuelo.

Montaña fue en toda su existencia una persona chapada a la antigua. Para él, la lapicera simbolizaba la garantía de que el pasado y el futuro debían ser escritos por la mano de un hombre formado para administrar el Estado y dirigir el destino de la patria. Cabe anotar que para Montaña los pocos objetos heredados del abuelo eran considerados fetiches y talismanes de la suerte. En relación a la situación a la que hacemos referencia, Montaña requirió el auxilio de Juan Casimiro y este, que fue tomado por sorpresa no pudo actuar de forma distinta. En las situaciones ambiguas y sorpresivas ni el más consagrado de los hipócritas es capaz de improvisar una excusa

convincente. Las mentiras soltadas sin prestar atención a la coincidencia que debe existir entre el sujeto y el predicado carecen del instinto de veracidad. Normalmente se define al mentiroso como aquel que dice mentiras, pero para que la mentira galvanice debe ser tragada y deglutida por el embaucado.

Juan Casimiro se encontraba acompañando a su jefe en el estudio pero parecía que estaba cazando mariposas. Cuando Montaña quiso comenzar a garabatear en los papeles, tuvo la premonición de que no tenía consigo la lapicera del abuelo que había escrito las páginas gloriosas e irrepetibles de la República y la Patria. Se palpó con la mano derecha el bolsillo izquierdo de su *blazer*. Inmediatamente se dio cuenta de que no tenía consigo la lapicera del abuelo Policarpo y recordó que la había dejado en el cuaderno en donde anotaba sus ideas originales o los aforismos que él consideraba trascendían las coyunturas históricas en las cuales fueron escritos.

Montaña extendió su brazo y abrió la palma de su mano para asegurarse de que la pluma solicitada fuese depositada en una superficie segura. Juan Casimiro, de forma maquinal y con el apresuramiento con que los chupamedias pretenden complacer a sus jefes, sacó de su bolsillo una lapicera de oro y platino. No había que ser joyero para evaluar y tomar consciencia de que ese utensilio al servicio de la ortografía era de un precio desproporcionado a los ingresos mensuales del empleado. Montaña asió la pluma y se puso a balancearla en su mano. No dijo nada, pero sin pronunciar una palabra lo estaba diciendo todo. Su mente no se pobló de incógnitas sino de certidumbres.

En el primer instante disimuló su ira con una indiferencia frívola. Luego de un silencio inhabitual, apuntó sus ojos escudriñadores contra los ojos de Juan Casimiro, el cual dimensionó que había cometido un error y pensó: “Acabo de cometer el error de mi vida”. La sensación de que fue descubierto por la inocentada de un chirimbolo le generó un julepe que le hizo sentir una flojera estomacal. Por poco no evacuó la merienda de la tarde y se cagó en los pantalones.

Sin embargo, en Montaña se produjo una reacción insólita. Mantuvo sus nervios dominados y templados como el verdugo que arrodilla,

inclina y despega el pescuezo de su víctima. Teatralmente, fingió que no había pillado la felonía, y no cometió el error de alertar a Juan Casimiro. En esta ocasión actuó con la tranquilidad de un budista y con la parsimonia de la eucaristía. Para encubrir su premonición acercó la lapicera y la puso frente a sus ojos. Un soplo de ira le invadía, pero en esta encrucijada, y de manera inexplicable, decidió hacerle la cama al aprovechado de Juan Casimiro.

Se dijo a sí mismo que: "La venganza con ensañamiento demanda tiempo y preparación". Encubrió su sed de venganza hasta el punto de no alterar la respiración ni tampoco intentó carraspear la garganta para entonar su grito de furia y de guerra. Continuó observando la prueba de la traición y parecía que con la mirada la estaba devorando. En sus ojos se reflejaba la devoción que el alma profesa a la verdad cuando aquella descubre la mentira. Habiendo obtenido las impresiones ópticas para el juicio final y terminado la inspección ocular, arrimó el instrumento al papel e inclinó el dorso de su geografía sobre la mesa de la cabina de la radio. Comenzó a silbar y con movimientos suaves de la mano se puso a cifrar sus escolios. Abrevió sus ideas en un párrafo de cuatro líneas y con eso terminó su repentina y veloz labor ensayística.

Su mente febril empezó a enumerar todos sus objetos de valor. Sin conocimiento de las marcas de lapiceras cavilaba que el chirimbolo de Juan Casimiro era un elemento caligráfico carísimo. Sin prolegómenos se convenció de que para el grosor de su presupuesto mensual se trataba de un artefacto que escapaba a sus posibilidades. Pensó que aunque ahorrase más de un año no estaría en condiciones de comprar un juguete de esa calidad y precio.

En varias oportunidades hemos referido que nuestro personaje vivía con lo justo. Montaña era un *zoon politikón,* pero no un *homo oeconomicus* que modelaba su conducta a los estímulos y las posibilidades del mercado. Estaba infradotado para la racionalidad económica, Montaña era incapaz de utilizar la información para racionalizar y maximizar sus rentas.

Como todos los ingenuos que piensan que viven solo para hacer el bien fue un inhábil para reaccionar a cualquier ventaja coyuntural.

Tenía la frugalidad de los solterones y como llevaba una existencia franciscana jamás estuvo al tanto de las cifras reales con las que se manejaba el mundo de la economía formal y el de la economía en las sombras. Tan desactualizado estaba con respecto a los precios de los bienes suntuarios que para su ahorrativa concepción una cantidad módica de dinero ya era una fortuna.

La discapacidad cambista y la ausencia de toda sensibilidad para la procaz actividad mercantil hicieron de él un mortal sin olfato económico y sin ambición de constituirse en el Rey Midas. Dicho sea de paso, nuestro prócer no le temía a la muerte, pero sí a la incertidumbre de quedarse sin nada que comer y vestir. De manera particular le aterraba la amenaza de una vejez misérrima. El sentimiento de fragilidad e inseguridad económica le usurpaba el valor. En reiteradas ocasiones sus ideas políticas se radicalizaron hacia un conservadurismo extremo a consecuencia de sus hipotéticas sospechas de empobrecimiento.

Los temores eran injustificados, él siempre gozó de un patrimonio que le permitía vivir con desahogo. Sus aprehensiones eran las típicas angustias de la clase media que desea moverse en un medio seguro. Las circunstancias que conllevaban incertidumbre, riesgo e innovación lo angustiaban y malhumoraban. Su razonamiento económico estaba sujeto a su visión apocalíptica de las finanzas. De ahí que sus reservas hacia las turbulencias del mercado bursátil y las crisis terminales habían condicionado los plazos de sus depósitos bancarios. Debido a los escrúpulos sus inversiones financieras eran puestas a la vista. Su neurosis obsesiva y su recelo a que se produjese una bancarrota del sistema financiero lo predisponía a que no pretendiese que le pagasen las tasas de interés más elevadas.

Cuando hacía un depósito de ahorro siempre prefería la seguridad a la rentabilidad. No esperaba que sus escasas inversiones le redituaran ganancias. Su aversión a la especulación hacía que parte importante de su dinero en efectivo lo escondiese debajo del colchón. Ahora bien, su visión micro de la existencia material le suponía estar enterado de los precios de los bienes de primera necesidad. No estaba al tanto del valor inmobiliario de su casa ni tenía la más remota idea de cómo

justipreciar el espacio publicitario del programa “Sin pelos en la lengua”. Tenía el convencimiento de que lo único que podía proporcionar dinero era la venta de su biblioteca con más de ocho mil libros, enciclopedias, publicaciones especializadas y pilas de diarios amontonados y añosos.

Desde su parca visión cartuja la lapicera faraónica irritaba su instinto conventual y para su románica sensibilidad estética la joya no quedaba bien en manos de su ayudante que era considerado por Montaña un cuasi indigente y un rústico. Colegir de este hecho que el amanuense andaba en cosas extralegales no exigía poseer la experiencia de Sherlock Holmes.

Al jefe se le prendió la lamparita cuando entrevió que su secretario debía de haberse implicado en alguna ilicitud. Razonaba que solo de una manera torcida el secretario pudo apoderarse de una herramienta onerosa y reservada para las manos de los presidentes de bancos y de empresas trasnacionales.

O si no ¿cómo podría darse el lujo de ostentar en la chaqueta, en el bolsillo de la camisa o en el posa lapicera de la mesa de escribir una joya de rasgos orientales y de precio incalculable? Sin mediar palabra, el secretario intuyó que a Montaña no le cuadraba que él poseyera un bolígrafo de lujo. Comprendió, sin que terciase requerimiento alguno, debía inventar un plan expiatorio de cómo y por qué con un salario escuálido le fue posible adquirir un instrumento laboral que valía más que la joya de una emperatriz asiática. No había que ser muy espabilado para captar que esa perla de la caligrafía había sido comprada en un centro comercial para los platudos.

Para Montaña el descubrimiento de la lapicera no se constituyó en la prenda de la discordia, sino en el origen de una pesquisa que él quería que redundase a favor de la verdad. La mente ingenua pero lúcida de Montaña lo puso en alerta y disparó todo el dispositivo policíaco ganado en las lecturas de Agatha Christie. Se propuso verificar las insinuaciones que avivaron en él el descubrimiento de la bendita lapicera. Simultáneamente, deseaba enterarse de cuán estúpido había sido todos estos años en los que Juan Casimiro había actuado como su productor. Quería corroborar la percepción de que el

secretario cobraba coimas y peajes cada vez que filtraba para Montaña los insumos provenientes del medio externo. Montaña necesitaba desagregar cuánto del dinero fue percibido en el concepto contable de canon, diezmo, propina, limosna, peaje y vuelto. La interrogante se dirigía a cuantificar las monedas que había juntado durante los años en los que llevaba realizando la oprobiosa actividad de mercantilizar el pundonor y el apellido Monte de Oca. En este momento de inflexión el señor Montaña empezó a desvelar el sentido de algunas de sus intervenciones en las que él tomaba partido a favor de un desconocido o en otras en las que terció para equilibrar las fuerzas de dos bandos opuestos.

Cuando descifró las indignidades, se tuvo odio y rabia y puso en marcha su deliberado plan de venganza. La furia contra su secretario no se desbordó. Iba a calcular cada acción, no quería dar puntada sin hilo, deseaba atrapar a su presa, y necesitaba limpiar su reputación y su nombre de la infamia.

Montaña respondía a la tipología de las personas que cuando decía basta era realmente basta. Los sujetos honestos como él son más sensibles a las indecencias e incorrecciones. Las situaciones embarazosas logran que los seres honestos quebranten el principio de previsibilidad. Cuando se les colma la paciencia, se hartan de adecentar las malas costumbres provenientes de la tradición. Se rebelan contra sus instintos piadosos y protestan de la manera más imprevista y desproporcionada. Cuando la sangre llega al río, esta laya de gente estalla y exige su derecho a ejercer la retaliación. Con espíritu vengativo conjugan en todos los tiempos las consecuencias capitales del verbo lapidar. El ajuste de cuentas se impone como sucedáneo de la redención. Los defraudados consideran que los defraudadores no pueden ser tan ingeniosos e inventivos que incluso lleguen a creer que las personas defraudadas viven en otro planeta o que son unos caídos del catre.

55. LA RECOMPENSA

La sesión parlamentaria se desarrolló en casi todo como lo había previsto Belisario Devoto de la Cruz, quien jamás andaba sin saber por dónde iba, era el caminante que siempre iba con brújula y mapas. Como buen apóstol que se había especializado en fabricar mayorías parlamentarias, calculaba no errar en sus números y ganar con una cifra ajustada. Lo que no se imaginaba era que la mayoría que iba a obtener no iba a ser ajustada, sino que iba a ser más cómoda de lo que él esperaba. El recetario propuesto por el anciano parlamentario fue cumplido lineal y cabalmente.

Para felicidad de los presentes, la extradición fue aceptada sin pataleos ni resistencias. Parecía que en la Cámara no hubiera habido un solo parlamentario encanallado o apalabrado por la mafia. Los legisladores estuvieron apaciguados y el debate no levantó ninguna polvareda. Ningún oponente se puso a gritar, desafiar, blasfemar, intimar o pedir un cuarto intermedio para que la sesión se interrumpiese o se postergase.

Hubo una gama anecdótica de imprevistos que sirvieron de base a la contundencia del triunfo. De más está decir que el veterano conocía todo lo que se podía cosechar cuando se ponía en movimiento un plan cuya víctima estaba durmiendo la siesta. En definitiva, él consideraba que el factor sorpresa beneficiaba al osado y al que tenía delineada una estrategia ulterior. Sin menoscabar el impacto de aquellas acciones que no se deslindan de la traición, cabe apuntar que cualquier ataque sorpresivo tiende a aventajar al iniciador de la beligerancia. Casi sin excepción a la regla, el atacado se encuentra envarado en su pasividad y su confusión. Quien se siente vulnerado por una acción imprevista y extemporánea no atina, ante la inesperada agresión, a reaccionar con valentía y determinación.

Necesita de unos instantes para comprender lo que acontece con él. El sorprendido en su buena fe se siente errático y peregrino. Prefiere replegarse a expandirse. El que sorprende eclipsa al sorprendido, pero de ahí a concluir que esta contingencia es la causa del éxito constituye un error de Perogrullo. Sobredimensionar el factor sorpresa como el componente determinante del éxito o del naufragio de una iniciativa, supone eludir la consideración de otras. Asignar una influencia exagerada a las consecuencias de nuestras acciones desmerece y desconsidera la influencia del factor suerte.

La susodicha jornada le salió más redonda y exacta que la de los libros de Álgebra. La suerte, el azar o la coincidencia de factores imprevistos hizo que varios parlamentarios no asistieran a la sesión porque debían estar presenten en las fiestas parroquiales de sus terruños natales. Belisario no tuvo en cuenta que ese día de la doble sesión en diferentes puntos de la República de O se tenían que llevar acabo festividades religiosas. Los olvidosos, gentilicio de los habitantes de la República de O, eran gente adiestrada en el arte de la magia y dada a la santificación de las personalidades dadivosas. Su adoración mística y supersticiosa les facilitaba el poder de llevar a la práctica la máxima de que a Dios rogando y con el mazo dando.

Los olvidosos y los villaneros festejaban con enaltecida devoción el día de los santos del santoral, las fiestas patrias y la llegada de la primavera. Estas fiestas parroquiales eran el escenario ideal para que los políticos limpiasen su imagen. Los malandros se santiguaban y solicitaban la bendición a cuanto prelado estaba dando vueltas por allí. Además, cuando se debía llevar en andas a la virgen o al santo patrón, estos caraduras se ubicaban a empellones y forcejeos al lado de las santas figuras. Sin ruborizarse y con el rostro compungido, trasladaban sobre sus hombros la imagen del santo. La ostentación de tanta fe llamaba más la atención que la de la imagen santificada. Los politiqueros borran sus trapisondas demostrando una conducta de beato y devoto. Conscientes de que le deben a cada santo una vela, actúan con la expresiva y efervescente hipocresía de los chupacirios.

Retomando el anecdotario del día de la ceremonia legislativa vale señalar que la ausencia de estos congresistas no fue reparada, en sus

planes, por Belisario ni por Ignacio. El cacumen de su razonamiento estaba cercenado por el olvido de que unos cuantos de sus colegas estaban de antemano comprometidos con sus festividades parroquiales y piadosas. Eran rehenes de un estilo de vida que prescindía del calendario oficial. El tándem recién conformado pasaba por alto las fechas de las carnestolendas.

En lo relativo al desarrollo de la sesión el estratega Belisario y su acólito Ignacio no tenían la más mínima idea de que la diferencia del resultado de la votación sería aun amplificada. Ellos no sumaron la resta de los congresistas que representaban el brazo político parlamentario de los mafiosos. La ausencia de sus pares belicosos tuvo un efecto matemático en el resultado y colaboró para el mejoramiento de la distensión en el momento de las votaciones. Esto conllevó a que la dupla más agresiva y belicosa no participara de la sesión. José de la Piedad Gavilán y Francisco del Sagrado Corazón de Jesús Martínez eran de esos que arredraban a sus colegas con una sola mirada. *Sotto voce* sus camaradas del mismo partido referían que eran dos matones y que su principal fuente de ingreso la constituían los aportes en metálico de sus amigos enriquecidos en tierras cálidas. La inasistencia de estos legisladores posibilitó que las sesiones finalizasen en forma expedita y pacífica.

La suma de las voluntades que se adhirieron a la extradición fue más grande que lo estipulado. Sin aspavientos se sancionó la norma en marras. El periplo legislativo no fue acompañado de debates que enlentecieran la decisión, como tampoco por polémicas y recriminaciones que mancillasen la reputación de los congresistas. Cuando se invitó a pasar al estadio de votación, maquinalmente, la mayoría levantó las manos como indicador de aceptación. La minoría que no quiso avenirse a la decisión de la mayoría tampoco quiso externar su discrepancia. Como sucede con los grupos en desbande nadie deseaba figurar entre los perdedores. Por ello que ninguno de los derrotados pidió que dejasen constancia en acta que votaban en sentido discordante de la susodicha ley.

Cuando la noticia de la extradición alcanzó los oídos del Polaco, este le dijo a Andrés Santander que pagase lo que hiciera falta por la

cabeza de ese Ignacio, que por la cabeza de Belisario no había que poner precio porque este era un personaje recuperable: “Es de los necesarios. Hay que mantenerlo cebado y de nuestro lado. Es de los que nunca va a cuarteles de invierno”. El precio puesto por la cabeza de Ignacio no podía ser interpretado como un *lapsus linguae* del Polaco. Este, con su consabida manera elíptica de hablar, se dirigió a Andrés Santander y le dijo: “Si alguien te traiciona, también a mí”.

56. LIMPIEZA DEL HONOR MANCILLADO

El asesinato que pasaré a describir está poco documentado, pero abrumado de falsos testimonios. Sobre lo acontecido y del porqué del atentado se tejieron todo tipo de especulaciones policiales, incluso se inventaron fantochadas. La gente que dijo que escuchó, no escuchó nada y la que dijo que vio, tampoco vio nada. Lo que se relataba daba para todos los paladares y todas las imaginaciones retorcidas.

Para mí, la explicación que más se aproxima a la realidad tiene que ver con el hecho de que el asesino era considerado la reserva moral de un pueblo que dormitaba con la conciencia aletargada. Sucedió lo que sucede cuando un homicidio fue consumado por un individuo intachable, las noticias del evento eran tan chocantes que ni los taxistas le dieron crédito a todo lo que se rumoreaba.

Con el homicidio en cuestión se desató un cúmulo inexplicable de fabulaciones. Los pregoneros de las infamias y las intrigas fueron los primeros en anotarse para pedir la palabra. Para el imaginario social era incomprensible que un prohombre, descendiente de una familia patricia fuese el asesino. No existía quién no se interrogase ¿para qué ensuciarse las manos con sangre plebeya? ¿Cuántas monedas habría que juntar para asalariar a un pistolero que hiciera el trabajo sucio? Si se sabe que fastidia el jadeo de un moribundo ¿por qué empecinarse en ver y oír el último suspiro del ejecutado?

Cuando se supo la noticia, toda Villana quedó atónita y muda. Los villaneros no conjeturaban cuál fue el móvil del atroz crimen. Se descartaba un problema de polleras, de hábitos sexuales desviacionistas, de cuentas claras, de fe religiosa, de discrepancia ideológica y de trasfondo comercial o político. Las preguntas que los villaneros se hacían pretendían dar repuestas a la interrogante: ¿cómo un ilustre personaje se desclasa ultimando a un ilustre desconocido?

No había explicación que revelase la causa del porqué una personalidad de quilates morales hubiese estado poseída por el deseo de matar. Menos aún era concebible que tuviese la sangre fría para carear a su víctima y sin misericordia reducirlo a un cuerpo yerto y helado.

Nadie podía imaginarse con qué estomago continuó, después del homicidio, con la ceremonia fúnebre. Amortajó al cadáver inerme, lo depositó sobre la mesa larga del comedor y hundió un cuchillo en el pecho del occiso con un epígrafe que decía “*fata viam invenient*” que traducido quiere significar “El destino siempre encuentra su camino”.

Las preguntas revoloteaban en la diáspora de las mentes volátiles: ¡¿Cómo era posible caer tan bajo?! El autor confeso del crimen era el primero que comprendió que la ciudadanía debía acceder a las fuentes genuinas de la información. A consecuencia de eso, el ejecutor se encargó de rendir cuentas y de revelar los aspectos oscuros del desenlace fatal.

El asesinato fue cometido no para vengar una traición, sino para darle su merecido a quien osó ensuciar su honra, su honor y su tradición familiar. Con sus actos *post mortem* el celebrador del crimen sacudió y llamó la atención de los villaneros. El uxoricida pensó en destazar el cadáver, mató a su víctima con el ensañamiento con que un asesino acaba con su traidor. Al final no lo destazó, pues consideró que no deseaba ejemplificar sino ajusticiar. El homicida había sido una persona que siempre se rigió por los valores universales y categóricos derivados de una ética férrea y de la metafísica tomista. En las ocasionales oportunidades en que prefirió el relativismo al dogmatismo fue debido al instinto de no remar siempre a contracorriente. Se decía a sí mismo que un poco de mansedumbre era imprescindible para sobrevivir.

Las escasas concesiones que hacía no eran óbice para que renegase de su honorable visión de la existencia. No podía vivir con la infamia de haber sido una marioneta de la mafia. Él, que presumía de su inteligencia, no podía sobrellevar la ignominia de haber sido manipulado por un pequeño burgués que no le llegaba ni a la suela de sus zapatos. A un descendiente de un prócer de la patria no le restaba

más remedio que hacer justicia con sus propias manos. A como diese lugar, debía limpiar su honor del deshonor. Y por otro lado ¡a quién no lo excita, salvo nuestro señor Jesucristo, la idea de por lo menos apalear al traidor!

El señor Montaña citó en su casa a su secretario Juan Casimiro. Le solicitó que mantuvieran una reunión antes del inicio del programa. Justificó el requerimiento esgrimiendo que no deseaba dialogar en las instalaciones de la radio porque ahí hasta las paredes tiene oídos. Era increíble que un temperamento impaciente, vehemente, colérico, eruptivo estuviese esperando el desarrollo de los sucesos con la flema de un agente de la Scotland Yard. Montaña estuvo esperando a Juan Casimiro como una serpiente que ahíta de veneno espera a su víctima delante de su cubil.

Con su personalidad descafeinada, Juan Casimiro arribó a lo de su jefe a la hora convenida. La costumbre era la de palmotear, pero pensando que quizás estaba unos minutos retrasado tocó el timbre apretando el botón con el dedo índice de manera suave y corta. La verdad que lo del timbre no hacía falta. Montaña abrió su puerta central mientras que el otro retiraba el dedo índice del timbre. El dueño de casa le indicó con un movimiento de cabeza que pasara. Su figura señorial ocultaba su sed de venganza. Como si no hubiese habido un entredicho o cuentas pendientes entre ambos, Montaña recibió a Juan Casimiro con los brazos abiertos.

Actuaba como si no supiera que el destino de Juan Casimiro estaba escrito. De manera gentil, el anfitrión guió al invitado al escritorio en donde estaba el té servido. Una vez que tomaron asiento, el anfitrión tuvo la gentileza de servir el té y convidarlo con unas galletitas que posaban en un plato al lado de la vajilla sobre la mesita que se interponía entre las piernas de los dos hombres. A pesar del formalismo que siempre impone la hora inglesa del té, se notaba en el ambiente un aire distendido. El dueño de casa sonreía y Juan Casimiro respondía con una sonrisa artificiosa.

Sin embargo, el silencio prolongado de Montaña y sus sucesivas sonrisas que con los labios iban diciendo “te he pillado, mascarita”, empezaron a intranquilizar al secretario. En ese instante, el anfitrión

prorrumpió con su estilo de profeta monologante e increpó con un cuestionario que parecía elaborado de antemano. Montaña comenzó a ametrallar a su huésped con preguntas que iban directo al meollo de la felonía:

—¿Qué círculos sociales frecuentas? ¿Tienes amigos ricos? ¿Cuántos salarios tuviste que ahorrar para comprar esa lapicera? ¿No era acaso que vivías en un agujero? ¡Cuando no te veo me cuentan que te atavías como si fueras un dandi! Parecería que eres otra persona. ¿Quién eres, Juan Casimiro Valdez? ¿Es tu apellido real Valdez? Supuestamente te salvé de la indigencia y hoy eres un potentado. ¿De dónde sacas el dinero? ¿Quién es tu financista o quiénes son tus verdaderos patrones? ¿Por qué te sobornan, por qué te miman con una lapicera si no eres más que un bueno para nada? No me vengas con el cuento de que empeñaste tu paladar para comprar tu lapicera. Dime la verdad. ¿Estás traficando con influencias? ¿Me estás entregando a la mafia? ¿Por qué, en una época, me solicitaste que no acusara de negligente e indolente a Ignacio Zubeldía Loyola? ¿Quién te reclamaba por mis ataques al presidente del Congreso? ¿Por qué lo querías proteger de mis acusaciones y después de la aprobación del tratado de extradición me reiteraste que era un pusilánime? ¿Por qué insistías en chismes de sus amantes? ¿Quién era la famosa y misteriosa Lluïsa? ¿Para qué tenía que chismosear que Ignacio estaba de amores con esta catalana? ¿Por qué insististe en que lo destruyera si, según tú, era un pobre boludo? ¿Por qué ese cambio repentino en contra de Zubeldía? ¿Por qué tu favoritismo por un nacionalismo de envoltura y tu oposición a la extradición? ¿Cuánta plata te dieron los narcotraficantes? Sabiendo que desprecio a Belisario: ¿por qué cuando hablo de él te haces el desentendido? ¿¡Por lo visto pensabas que me chupo el dedo!? Jamás me ocupé de los chismes. ¿Por qué si no me gustan los chismes me trajiste el caso de la amante de Ignacio? ¿A quién querías joder, a Ignacio o a su amante, esa tal Lluïsa? No intentes mentirme. Sé todo sobre tu traición y tu injustificado enriquecimiento. Tuve que pagar a un detective privado para que te siguiera. Sé que vives en una mansión y que tienes propiedades por todas partes. Supuestamente, con el sueldo que te pagaba hiciste una

fortuna. Ahora entiendo por qué nunca me pediste un aumento —terminó Montaña con voz afilada y el rostro enrojecido.

—Señor Salvador, te ruego me perdones. Todo lo mío es tuyo. Hice lo que hice porque pensaba que podíamos necesitar recursos para sobrevivir. Jamás dejé de cuidarte. Recelé de tu fama, tu tradición familiar y tu compromiso con las generaciones futuras. Solo quería que fuésemos un poco más ricos y que pudiésemos vivir con holgura económica. Aquí en Villana todos negocian y dialogan con la mafia. No está mal visto que se tenga vínculos con ella. Los mafiosos son miembros de las directivas de los mejores clubes sociales. Reciben distinciones y sus fotografías aparecen en los matutinos como grandes benefactores. Se les rinde pleitesía y a donde van son recibidos como dioses. Manejan a su antojo la República de O. Ponen y quitan a los presidentes y entre los parlamentarios no hay quien no haya recibido una dádiva de las corporaciones corruptas. Están a sueldo del mejor postor. Por favor, señor Montaña, no nos engañemos, ¡si nosotros podemos sacarles provecho, ¿por qué no?! Nunca te mentí ni te induje a error. Cuando decías que Ignacio era un indolente y alelado no estabas equivocado. Ese muchacho no sirve para nada. Es un vulgar hedonista al que le da igual la suerte del pueblo. Ese tipejo sabía que sus compañeros recibían dinero de las mafias. Los traicionó para salvarse él. Es un hijo de puta que usa a la gente y luego la tira. Cuando te decía lo de la tal Lluïsa era porque la tipa y él planearon huir. Las informaciones que te pasaba eran ciertas y correctas. No te mentí, señor Montaña, ni te traicioné —dijo Juan Casimiro con voz rogante de perdón.

—Me mentiste y me utilizaste. Me venías con la historia del amor de la tal Lluïsa con Ignacio. Querías que hiciera de mi programa una suerte de Corín Tellado. Me malinformaste con respecto a la extradición y no me contaste que Ignacio Zubeldía iba a votar a favor de la extradición. Cuando te pregunté cómo votaría Belisario, también me engañaste. Ahora resulta que mi archienemigo Belisario lucha contra la mafia y yo me he convertido en un vocero de los mafiosos. Eso no te lo voy a perdonar. Perifoneé a favor del mal y el miserable de Belisario se convirtió en un combatiente de las causas justas. Me

metiste en un lodazal. Estoy más sucio que la mierda por tu culpa. No te puedo perdonar y por el honor de mis antepasados te prometo que no me vas a volver a joder —dijo Montaña con enjundia y ánimo de carnicero.

—Te pido perdón, don Salvador. Si sientes o piensas que en algo te ofendí, por el amor de Dios, perdóname. No pienses mal de mí. He sido tu perro fiel. No hice nada malo. Lo que me pagaban como extra lo guardaba para mí y para ti. Yo te quiero con amor filial. Para mí eres como el padre que no tuve. Tú me enseñaste todo lo que sé. Soy lo que soy gracias a ti, don Salvador ¿cómo se te ocurre que te pude traicionar? —inquirió Juan Casimiro con la esperanza de que se enfriaran las cosas.

—Me sigues boleando. Ni siquiera eres veraz en tu confesión. Quiero que te declares culpable y me vienes con el cuento de que lo que hiciste, lo hiciste por mí. Continúas con tu tomadura de pelo. Seguro que piensas que soy un reverendo pelotudo. Me tomé todo el tiempo del mundo para indagar y seguir tus pasos. Contraté un agente privado que anduvo siguiendo tus pasos. Me contó de tu mansión y de cómo vivías. Me refirió en dónde y cuándo te reunías con los mafiosos. Hilamos fino y descubrimos tu solapada intención de influenciar en mis editoriales. Mi error fue haber confiado en ti. Creí que podía descansar un poco y recostarme en ti. Me traicionaste y me utilizaste para ganar tu dinero sucio. No me vengas con el cuento de que era para mí. Tú sabías bien que la plata no me mueve. Nunca el dinero o la opulencia me quitó el sueño. Auto no tuve ni quiero tener. He llevado una vida franciscana. Hice mi voto de pobreza. Te consta que no he sido como esos que dicen y hacen otra cosa de lo que prometen. Estoy en el pozo por tu culpa. Me embarraste y ensuciaste la memoria de mi abuelo. Posiblemente estarás pensando que a mi edad ya no me restan fuerzas para matar con mis manos. Me sobra el coraje para matarte. Me da rabia tener que ensuciar mi trayectoria con un personaje tan vil como tú. Pero voy a hacer que te arrepientas de haber nacido —dijo Montaña con voz talionaria y cegadora.

Montaña habló esa tarde como un juez que estaba leyendo el fundamento y la parte resolutiva de una sentencia. Finalizó su

alocución y se puso de pie. El invitado permaneció en su silla como queriendo pasar desapercibido. Montaña movió el cuello con la intención de aflojar la tensión nerviosa que se estaba concentrando ahí. Aunó sus manos y estiró los brazos hacia arriba y hacia delante. Estrujó sus dedos y poniendo las manos sobre las partes laterales del cráneo encorvó su espalda como un gato enojado y puso una mirada de celador que mantuvo inmovilizado a Juan Casimiro. Este estaba tieso y asombrado. Tenía la mirada dirigida al piso. Montaña le ordenó que la levantase. Sentado en la silla se puso a mirar de manera oblicua y no podía creer lo que veía.

Sin mediar un gemido, sus dientes comenzaron a castañetear y su respiración empezó a tener el ritmo de un asfixiado. No creía que Montaña lo estuviera apuntando con una colt 1911. De repente, recordó que Montaña, como su abuelo, era un gran tirador y que custodiaba la pistola con la que el abuelo ultimó a sus enemigos y triunfó en las revoluciones. El pistolón apenas cabía en las manos del tirador, pero se notaba que el arma estaba en posesión de un entendido. A Juan Casimiro le llegaban ininterrumpidamente imágenes a la memoria. Comenzó a rememorar que su jefe era un diestro en el uso de las armas y un avezado francotirador. Recordó que era uno de esos que conservaba la costumbre de practicar tiro y de que sus balas siempre pegaban en el blanco.

Se reprochó haber supuesto que por razones de edad su jefe había abandonado su adicción a las armas de fuego. Captó que las amenazas de Montaña no eran sus típicas rabietas en las que, después de despotricar contra todo el mundo, él recuperaba la serenidad. Dimensionó que no lo estaba encañonando intimidatoriamente para hacerle una broma o para asestarle un susto que acabase con un ataque de hipo. Se dio cuenta de que Montaña hablaba más en serio que nunca. Comprendió que la herida de su jefe era insoldable y que no le reconocería ni el derecho a solicitar la extremaunción. Empezó a sentir puntadas estomacales y sudaderas en la espalda y la frente. Al ver el arma empuñada en la mano derecha y soportada por la izquierda, el secretario quedó lívido. No intentó integrarse u ofrecer resistencia. Su rostro estaba transido de terror y no atinó a presentar

una solicitud de indulto o de conmutación de la pena. Dentro de su desesperación el traidor pensaba que el ofrecimiento indemnizatorio y el acto de arrepentimiento ya no podían restañar las heridas. Todo estaba de más, nunca hubo una etapa para la reconciliación o el perdón, el corazón del jefe estaba sometido a las pautas de la fisiología del odio.

Montaña puso el orificio de la pistola en la frente de su huésped. En sus ojos se reflejaba la ira y el encono. Pensó que siempre quiso asesinar a un hombre. Actuaba como si conociera el libreto de memoria y no dudó un segundo. Con su rostro pertrechado de indignación y sin cerrar los ojos apretó el gatillo. El estruendo del disparo no lo inquietó. La bala que se disparó se adentró en la cabeza pasando entre ceja y ceja. En su corto trayecto la munición hizo que por la parte trasera del cráneo saliera un chorro rojizo amalgamado con colores grisáceos y oscuros. La materia encefálica se desparramó y ensopó el piso. La sangre manchó la pared y los muebles.

Lacónicamente, y consciente de que no había más formalidades que cumplir, Montaña susurró: “Se hizo justicia”.

57. ANTIGUAS AMISTADES

Antes de concluir, es menester que refresquemos la memoria con algunas misceláneas de las noches prodigadas y desenfrenadas de Ignacio Zubeldía Loyola.

Andrés Santander, que en las altas esferas sociales y políticas cumplía la función de ser los ojos y oídos del Polaco, trabó relación con el presidente del Parlamento. El ambiente propicio para que se generase un vínculo entre ambos eran las jornadas noctámbulas y disipadas. El vicio es para los viciosos el *leitmotiv* de las fanfarronerías y de los momentos exaltantes. La unión parrandera de Ignacio y Andrés tenía a su favor que ambos eran de la misma clase social.

Tan pronto como surgió el contacto se implicaron porque eran personalidades que en las fiestas se relajaban y hacían que aflorasen sus manías disolutas. Parecían cortados con la misma tijera y sus personalidades eran tan repetidas que el uno redundaba en lo que el otro decía. Un testigo presencial definió el parecido de estos dos atorrantes refiriendo que no eran más que una gota de agua partida por la mitad. Las similitudes no suponían que los tantos no se separasen y que ellos no supiesen para qué se necesitaran. Ignacio sabía que Andrés tenía el dinero que sus amigos necesitaban y Andrés entendía que Ignacio proporcionaba el manto de impunidad que el Polaco necesitaba para traficar en su zona de influencia.

Cada uno tenía lo que el otro necesitaba. Andrés compraba con el oro del Polaco la complicidad y la implicancia de las autoridades e Ignacio, vendiendo su aval político, obtenía la gratificación para sus compañeros de cámara. Sin tocar un peculio del patrimonio familiar, Ignacio posibilitaba una gratificación extra para sus seguidores. La "propinocracia" cloroformizaba y hacía estar en babia a los representantes de la soberanía popular.

Aquí cabe señalar que los familiares de Ignacio no estaban enterados de estas sinuosas transacciones, es más, en los anaqueles policiales o del Poder legislativo no se podrá encontrar un elemento que comprometa la conducta de Ignacio. Este se cuidaba tanto de no dejar rastros tras de sí, que si se desmenuza, husmea u otea con microscopio los acontecimientos, es imposible hallar una huella o indicio que vincule la conducta de Ignacio con un hecho delictivo o con una asociación ilícita para delinquir.

Andrés, en su asociación con Ignacio, sacaba las ventajas que usufructúan los infiltrados que actúan con la complicidad de los dueños del circo. El foráneo reunía todos los requisitos que reclamaba el esnobismo social: era adinerado y de buen ver, tenía *charme* e inclinación al ocio. La alta burguesía villanera lo consideraba un caído del cielo juguetón e imaginativo con el que daba gusto estar. Su reputación de excelente anfitrión circulaba más rápida que la velocidad de la luz. Todos estaban embelesados con él, nadie ni siquiera el director del Departamento de narcóticos ni los agentes secretos del imperio se preocuparon en indagar los orígenes familiares del forastero más seductor que hubiera pisado las calles de Villana.

Esclarezcamos que este era un infiltrado que actuaba con la venia y la cooperación de sus espiados. A través de la cercanía con la cúspide del poder podía adquirir informaciones que eran claves para el desenvolvimiento de los negocios. Ignacio y Andrés concordaban en que había que divertirse, pero el divertimento no debía volatilizarse sin que en él se pudiese alcanzar acuerdos. Debido al efluvio del alcohol se hablaban de temas que en estado de sobriedad no se hubiesen abordado impúdicamente. El alcohol desinhibe y con unas copas de más se dice no solo lo que se piensa que uno sabe, sino también se dice lo que uno se imagina que sabe.

Cuando se los veía platicar daban la impresión de que Ignacio y Andrés eran dos padres de la patria intercambiando opiniones en un conversatorio en el que se abordaban asuntos enmarañados y de la alta política. Sesudos y púdicos los interlocutores parecía que se disputaban el amor a la patria. Ha como daba lugar exponían sus credenciales patrióticas y sumergían sus palabras en arengas que

reflejaban el deseo de un amanecer patrio no amanecido. Frases hechas en horma de cliché eran expresadas con un profundo sentimiento nacionalista, progresista y social. Reivindicaciones como que "la patria en primer lugar ¡viva la patria! La soberanía nacional y la del pueblo son inajenables e inalienables. Vamos a salir adelante, salarios justos para quien trabaja, salud para las mujeres, educación para los niños y pan para pobres" se repetían como el padre nuestro de cada día.

Ignacio era del convencimiento de que el dinero proveniente de las actividades fronterizas se debía invertir localmente para que se generasen fuentes de trabajo y se moviera la economía en momentos recesivos. Desde su perspectiva de hombre de Estado, Ignacio convalidaba que sería una estupidez ahogar a la economía informal, sin la informalidad económica es imposible lograr el pleno empleo. El pueblo es expulsado de la formalidad hacia la informalidad. Se lo somete a un rigor burocrático que obliga al pobre a cumplir con papeleos que le son inalcanzables. Los obreros y campesinos que solo trabajan para comer y tienen que vérselas con la perisología y la permisología de la burocracia estatal. Se abusa del pueblo y de la gente más humilde y menesterosa cuando se le exige una cantidad de trámites para ganarse el pan diario en la legalidad.

Redoblaba sus razones arguyendo que lo más desgraciado que le podía pasar a la República de O era que la economía se estancase y no se incrementase el tamaño anual del producto interno bruto. "La economía no puede parase porque las exigencias sociales tienden a incrementarse. Si el pueblo no come, se genera el caldo de cultivo para las revoluciones. La disconformidad popular afila el filo de la guillotina" señalaba Ignacio ciñendo la frente y con aguda inquietud catastrofista. Él hablaba en esos términos con Andrés. Ignacio compartía la misma visión de que las actividades derivadas de los comercios ilegales eran el colchón que amortiguaba las consecuencias de las inequidades y asimetrías sociales.

Los diálogos que versaban sobre las reivindicaciones sociales se constituían en crudos diagnósticos de una realidad apocalíptica. Los dos, devenidos ingenieros sociales, proclamaban la necesidad de cerrar

la insultante brecha entre ricos y pobres. Según afirmaban, la tijera entre los que más tenían y los que menos tenían se abría cada día más y en cualquier momento podía acontecer un estallido social. Los testigos de esas conversaciones y de los brindis revelaron inoficiosamente que el contenido de lo que se oía certificaba que la clase política no solo le guiñaba el ojo a la mafia, sino que se le daban las garantías para que incrementaran su activismo económico. Los contertulios y comensales garantizaban que la República de O se estaba convirtiendo en una plataforma segura para las inversiones de todo tipo.

No sé si todos, pero muchos sabíamos los trasfondos gansteriles de estos acuerdos. A mí no me quedaba más que cerrar la boca. Aunque me hacía el desentendido, tuve que presenciar abrazos y besuqueos que apuntalaban al fortalecimiento de asociaciones que se formaban para servir de pantalla al capo político de moda. Me hicieron escuchar y ver lo que *a posteriori* solo me retribuyó migrañas y pérdidas de reputación.

Mentiría si dijera que entre ambos cerraron un pacto con un apretón de manos o firmaron contratos. De lo que sí puedo dar fe era que las conversaciones echaron raíces y de que hoy conocemos sus frutos.

Antes de Andrés e Ignacio, las reuniones se sometían al formalismo y a un amago de solemnidad. Ahora bien, en cualquier momento salían a relucir las externalidades económicas y las implicancias positivas del banqueo de capitales. Flotaba en el aire la urticaria producida por los reglamentos bancarios que ralentizaban los movimientos financieros. Estaba más que implícito que leyes como el tratado de extradición asustaban, espantaban, alejaban y atemorizaban al capital que, como se decía, es cobarde y espantadizo. A esta aseveración, Andrés añadía que los políticos que saben leer la realidad son los que gobiernan pensando no solo en el presente, sino también en las próximas generaciones.

Cuando se los escuchaba o se los veía dándose apretujones, palmadas o chocando los puños se los percibía como dos ambiciones que se complementaban.

Debo reconocer que en un sinnúmero de ocasiones, cuando entendía

que querían y necesitaban conversar a solas, yo me retiraba del espacio para que pudiesen dialogar sin restricción y sin que hubiese testigos.

Lo que para mí estuvo claro era que hablaban el mismo idioma. Con esto no afirmo que Ignacio se benefició de los dividendos de los negocios del Polaco. Sostengo, sí, que Andrés era dadivoso con los políticos y que esta situación no escapaba del conocimiento de Ignacio. Estoy seguro de que Zubeldía Loyola no necesitaba de las asignaciones o mensualidades dinerarias de la mafia. Como ya fue referido, el patrimonio de su familia era sólido y próspero. Toda su vida vivió a costa de las riquezas familiares y sus campañas electorales eran patrocinadas por las mismas fuentes. La relación de Ignacio y Andrés tenía el pecado original de lo que nace con fecha de fenecimiento. El vínculo de estos gemelos debía terminar no por insano; desde que nació estuvo sometido a las leyes de las sinuosidades.

Es más que obvio que el mal inunda el mundo con sus avideces e injusticias. No existe dato que nos permita predeterminar que las maldades humanas y los seres humanos despreciables tengan sus días contados. Las malevolencias gozan de buena salud, pero, sin embargo, los malevolentes tienen corta existencia. Desde la neutralidad investigativa es constatable que la rotación en las elites mafiosas es más vertiginosa y veloz que en las elites políticas. Los bribones, como en las películas, acaban arrojados en un descampado con un balazo en la nuca, casi nunca disfrutan de sus derechos jubilatorios. Proceden sin pensar en la jubilación. Su reemplazo se sucede en forma maquinal. Muerto el capo mafioso, salvo que sea una leyenda, ni su viuda ni sus secuaces se desviven por echar una lágrima. Otra cosa pasa con los políticos. Estos se prenden de los cargos públicos como garrapatas. Buscan el poder para ovalar sus rostros y abultar sus bolsillos. Llegan a viejos para pedir disculpas y disfrutar de sus pensiones. La clase política es el segmento social que más piensa en la jubilación. Anatemizan los cuestionamientos que se disparan contra la lentitud que tiene la circulación de las elites políticas.

El tipo de relaciones nacidas en el fragor de las copas y las

densidades nocturnas no originan amistades que llegan a ser octogenarias. Más bien, se trata de idilios que perduran en la coincidencia de los intereses y no en la holgura ni en la hondura de los afectos.

58. Indisoluble sombra

A contrapelo con la tendencia dominante que afirma que el tiempo cura todas las heridas, el ejemplo de Lluïsa enseña que no siempre es así. La vida no fue justa con ella. Ella no fue justa consigo misma y se exigía demasiado. Presumía que las personas fingían y que, por lo tanto, solo mostraban el lado bueno de su personalidad.

Hizo hasta lo imposible para librarse de su pasado y no lo logró. Infatigablemente, quiso abolir las reminiscencias de la infancia, pero estas se hacían presentes en los instantes de felicidad.

Las situaciones de felicidad eran desvencijadas por los fantasmas de su niñez impura. En su horma de vida no había sitio para el amor incondicional y valiente.

Quizás su error fue no rendirse nunca en el empecinamiento de buscar el lado oscuro de las cosas. Quería hallar y confirmar en todos los seres humanos la pulsión demoníaca y diabólica del alma. Buscaba con tesón los rasgos que igualaban y rebajaban a las personas en la innoble condición del estuprador. En su corazón las heridas cicatrizaron, pero no por eso dejaron de incordiar. En su corazón siempre tuvieron más fuerza el desasosiego y la desesperanza que la confianza en el futuro.

Salvo su matrimonio, que duró veinte años, no pudo establecer relaciones duraderas porque el trauma de su infancia nunca la abandonó. Todas las relaciones que emprendió fracasaron como fracasan los sentimientos que nacen como respuesta al pasado. Cada hombre con el que se encontraba era para ella un potencial e indisimulado egoísta. Sentía que no se debía confiar en los hombres pues utilizan a las mujeres para el sexo, y cuando se aburren de ellas, las tiran a la basura como se tira un colchón viejo.

Se resistía al amor adolorido. Consideraba que estaba condenada a

extinguir su vida en heladas zozobras. Desde su sitio indivisible de soledad no vislumbraba la luz.

El vínculo sexual promiscuo, precoz e impúdico con su padre la atosigaba y la franqueaba dejándole la secuela del vacío y la deserción.

De mayor mantenía con su progenitor una relación fría, pero aparentemente normal. Con morosa frecuencia su padre la visitaba y cada vez que se reunían, ella terminaba con jaquecas y náuseas. Jamás atinó a delatar o denunciar las atrocidades de su infancia. Debido a su infranqueable timidez padecía el sudor helado de los que enmudecen de vergüenza.

Se rehusaba a aceptar la descarnada realidad de haber sido violada. A destellas sobrellevaba el sentimiento de verse a sí misma cómplice por inacción. Razones diversas y sus inseguridades hicieron que tolerase que sus hijos establecieran una relación afectuosa con su padre. La resaca del dolor de lo que su padre le hizo a ella le duraría para siempre, se compadecía a sí misma afirmando que los niños no eran culpables. Pensaba que era difícil ser juez de la pena ajena.

Nunca pudo limar las asperezas de ese recuerdo lacerante y abrumador. Vivía ajena a toda esperanza y obstinada con la sensación de que todo destello de luz sería absorbido por las huellas de su pasado.

La relación con Ignacio empezó desbordante de ilusiones y concluyó sin pena ni gloria. Puso fin a su vínculo de manera infantil y grosera. En el tramo final, actuaba con egoísmo pueril, con pedantería juvenil, con el cinismo de la madurez y con la intolerancia de la vejez. La forma de hablar de ella se volvió irreconciliable con las maneras de una persona educada y equilibrada. Su carácter se tornó áspero, irascible, arisco y agresivo.

Ignacio estaba atónito, no podía creer cómo pudo haberse fijado en una mujer que maltrataba a los demás como la vida la había maltraído a ella misma. No podía acreditar cómo pudo haber tomado en serio a una mujer que estaba más chiflada que todos los locos de un pabellón del manicomio.

Cuando Lluïsa comenzó con su tanda de ofensas, recurrió a

adjetivos que herían el honor y los sentimientos de Ignacio. Tanto fue así que él no podía tenerle compasión. Cuando se le agotó la paciencia, terminó odiándola como se odia aquello que lesiona el orgullo. Quizás esa andanada de agresiones fuese el escudo que la blindara de lo que ella consideraba el golpe mortal que él podía asestarle: ser abandonada por él y reemplazada por Silvia.

Imaginaba que había cedido en todos los campos para complacer a Ignacio y no soportaría la situación de sentirse rechazada y vejada en su orgullo de mujer por el único hombre al que amaba. Desconfiaba que la estaba engañando y que, como si fuese una historia predestinada, Ignacio volvería a los brazos de Silvia. Por instantes parecía que se sentía agredida y que para protegerse se metía en un caparazón. Sentimentalmente fue castrada para creer en el amor.

Su humor cambiaba repentinamente cuando se asustaba. Estaba alienada, sentía mareos y se enajenaba. El sentimiento de vulnerabilidad incrementaba su impulso fóbico. De ese temor dejó constancia en sus hechos y en las actuaciones postreras con Ignacio. Su primer acto de agresividad cristalizó en su deseo de devolver los presentes que con cariño Ignacio le había regalado. No eran joyas o cosas de mucho valor, se trataba de objetos que testimoniaban momentos, deseos y lugares.

La justificación que utilizaba era que el descubrimiento de los obsequios podía revelar que estaba sosteniendo una relación amorosa con un desconocido o con alguien que no podía ser identificado. En la oportunidad en que Ignacio se negó a recibir los objetos devueltos, ella reaccionó de forma iracunda arrojando una botella de perfume con todo su envoltorio al piso. El estruendo y la botella haciéndose trizas dejaron a Ignacio patitieso. La actuación de ella dejaba mucho que desear y podía ser el encabezado de un expediente de insania.

Más allá de cualquier doble intención o dando como un hecho consumado que sus compromisos electorales eran ineludibles, lo que sí estaba fuera de todo cuestionamiento era la gentileza y la caballerosidad de Ignacio. Él sintió por ella un amor profundo, profano y provisional. Los sentimientos de él no fueron para nada prosaicos, reverberaban la luz de una aurora inédita. Sentía que la voz

de ella lo hacía mirar las cosas de manera diferente. Esta era la única forma que él tenía de entender el amor y los compromisos sentimentales.

Era polígamo de vocación y monógamo por necesidad. La honestidad que Ignacio imprimía en sus acciones con ella nunca hubiese dado pie a una reacción intempestiva. Sin embargo, la conducta de ella traslucía traumas y síndromes. Tenía arraigado en el alma el temor a que la abandonaran en un baldío. De igual modo, la obsesionaba aparentar delante de sus hijos que era recatada y asexual.

Siempre escondió todas sus relaciones post divorcio. Delante de sus hijos jugaba a ser una señora asentada y adecentada en los estrictos principios victorianos. Cuando sus amigas le preguntaban del porqué no rehacía su vida privada, reponía que quería estar a solas y que la primera vez uno se casaba pensando con el corazón y la segunda pensando con la cabeza, que si volvía a casarse sopesaría varios condicionamientos que no sopesó la primera vez.

Ejercitó su altivez y su pundonor hasta en los casos en los que se suele reaccionar con flexibilidad. Así, cuando su exesposo la visitó e intentó seducirla y hacer el amor con ella, Lluïsa sin reparos rechazó y bloqueó la iniciativa. Le espetaba a su exmarido que ella ni se alquilaba ni estaba a la venta, y que si él quería acostarse con ella debía separarse de la otra y volver con todas las de la ley.

A pesar de todas sus ínfulas de autosuficiencia, Lluïsa era una persona derrotada que aguantaba y disimulaba las secuelas de sus derrotas. Desde siempre y hasta siempre tuvo que soportar el trago amargo de ver jugar a sus hijos con el verdugo de su felicidad. Solía ver a su madre esporádicamente, a la que verdaderamente quería, pero en los encuentros solo hablaban de las cosas lindas.

Ninguna de las dos quería hacer un análisis retrospectivo de sus vidas. La hija jamás tuvo el coraje de revelarle a su madre las irrevelables experiencias de su niñez. Con las hermanas la relación estuvo marcada por la jovialidad y la superficialidad. Las tres hermanas pensaban que habían cometido el mismo delito y para evitar las declaraciones inculpatorias prefirieron no abordar los abusos sexuales del progenitor. Era un tema tabú que nunca había existido y

que si había llegado a existir no debía ser meneado. Inconsciente e inexplícitamente, deliberaban que los sentimientos misérrimos y deshonestos también hacen su sitio en la cárcel del alma.

Recalcamos estos datos para desvelar una personalidad arraigada en el desarraigo de la afectividad. Las fisuras de su personalidad precisaban que el dolor alimentara la memoria para mortificar el alma en la incertidumbre.

59. EL ÚLTIMO ALDABONAZO

Llegó a la radio impávido y gélido. Los que lo vieron entrar refirieron que se notaba su cansancio e indiferencia. Salvador Monte de Oca parecía estar cautivado por una idea ignota. Después de ejecutar a su secretario, aprendió que los hombres son tan miserables que para salvarse aceptan cualquier condición por más humillante que sea.

Montaña ingresó en las instalaciones de la radio y no saludó a nadie. Su costumbre era la de saludar a los funcionarios, pero esa tarde no dispensó saludo alguno. Ni siquiera se impacientó en devolver las buenas tardes a los asistentes.

Entró en la cabina de transmisión, inclinó una silla contra la cerradura y bloqueó la puerta. Con esto impediría que se abriese por el otro lado. Se posesionó en su asiento y puso el micrófono en línea recta a sus labios. Carraspeó la garganta y movió la cabeza y los hombros como queriendo espolear el cuerpo. Sacó del bolsillo interior de su saco a cuadros unas cuartillas de papel en las que se notaba que había escrito unas ideas que le servirían de soporte para su intervención. Por teléfono se comunicó con el operador y con voz imperativa le ordenó que estaba terminantemente prohibido interrumpirlo o que alguien intentase ingresar en la cabina. Con tono ansioso e incisivo repitió que tampoco lo molestaran con llamadas telefónicas de los oyentes.

Después de acabados los trámites preliminares, puso sobre la mesa sus cuartillas y con la palma de las manos las estiró para que se alisasen. Con sus manos cogió las solapas de su saco y con un movimiento de cabeza afirmativo solicitó al operador que lo pusiera al aire. Dio inicio al programa con sus consabidas palabras: “Querida audiencia, espero que se encuentren bien. Hoy tendremos una audición especial. No se muevan de donde están porque hablaré sin

pelos en la lengua”. Acto seguido indicó al operador que leyera la lista de los auspiciantes.

Esto fue lo que Montaña le contó a su audiencia, en esta, su emisión final:

El paso de los años me encuentra extenuado y arrinconado como el que piensa que en la habitación de al lado descansa, sin haber sido invitada, la muerte. No me he rendido, pero no puedo más que reconocer que la sumatoria de las aciagas voluntades ha podido doblegar el roble que erguía mi púgil moral.

Con el dolor en el alma admito que la fatiga triunfó y mi vitalidad se esfumó por las hendiduras del alma. A fuer de ser sincero, debo confesarles que los años y las derrotas fisuraron mi tenacidad. Cuando recapitulo y observo la infertilidad de mis actos, me entran ganas de borrar el pasado. Deseo que lo que hice se extinga de mi memoria, pero la memoria, siempre hambrienta, ancla el dolor en la vitalidad de los recuerdos. La memoria absorbe los recuerdos que ahondan en la herida de la vida.

Desperdicié los mejores años y lo más fructífero de mi talento tratando de plasmar en la realidad la idea de que la República, si no procrea por la decencia de sus repúblicos, es un cascarón hueco sin yema y clara como son los huevos que no sirven para empanar una milanesa.

Por fin entiendo el porqué de mi afición a los cementerios aterrados de tumbas. Me gustan las laderas donde se afinca un rosario de cruces, me gustan los campos del conflicto humano en donde las arboledas silencian sus hojas para celebrar la paz. Me gustan las tumbas porque son mudas, porque no hablan, porque su solemnidad señala el triunfo de lo eterno. El envés de las cosas es así, muchas veces una tumba no ajardinada dice más de la miseria del alma que un puñal ensangrentado.

Die Warheit ist immer eine Abgrund. *¡Qué cierto es eso! La verdad es siempre un abismo. Por eso digo que hemos sido un pueblo inepto para todo menos para el dolor. Se nos puede condenar porque hemos sucumbido a la severidad de la estupidez. Siempre nos hemos topado con los escollos de nuestras debilidades. Quizás por esa razón la rehuimos. El rigor de vivir con la verdad tiene el aliciente de poder reírnos de nosotros mismos. No es verdad que la verdad nos haga libres o nos haga mejores, la verdad permite*

que nos miremos al espejo y comprendamos que no somos más que un recipiente que cobija el sentimiento de la vida y el de la muerte.

Tuve la clarividencia de enmarcar mis acciones dentro de la esfera del orden público. No he sido presidente como mi abuelo Policarpo, pero he sido el nervio y la protesta de la belleza incomodada por la mediocridad. No me prestaré al intento de eludir las consecuencias de los errores que he cometido. Me educaron en la rebeldía del honor. Mis principios los heredé; en la cuna incubé la obligación de honrar mis compromisos. El ardid de brincotear de lo negro a lo blanco y de beneficiarme de lo gris me está vedado. Soy caballero de honor, de esos que quieren ver el rostro de su verdugo; no quiero que me venden los ojos, quiero ver venir las balas; no quiero que se apuren, quiero sentir las cosquillas de la soga; y no quiero que me pongan mirando al suelo, quiero morir boca arriba y ver caer el hachazo que me corte el pescuezo. Quiero que mis ojos inmovilicen la última luz.

Hipotequé mi voluntad por motivos de gratitud, no me es permitido endosar mi responsabilidad al azar. He sido amo y señor de mis acciones. Solo mi audiencia se merece una explicación.

Quiero contarles a todos que he sido víctima de una trama político policial en la que me dejé engatusar por mi secretario Juan Casimiro Valdez y su grupo de mafiosos. Debo reconocer que he sido traicionado y que no me libraré de las consecuencias de mi equivocación. En los últimos tiempos me han manipulado como se manipula un saltimbanqui.

La mafia, los usureros, los contrabandistas, los contratistas del Estado se han burlado de mí como se burla el destino de los individuos que no tienen destino. Acataré las consecuencias de haber obrado con la ingenuidad de los que habitan el paraíso. Prefiero dejar este mundo a tener que sobrellevar una existencia en la que la cobardía deprecie mi palabra.

Mis palabras son más que una realidad fonética, mis palabras son la música de mis sentimientos. Tienen la agonía estridente del violín y la primavera esperanzadora del piano. Soy hombre de palabra porque la palabra destella el pensamiento e ilumina mi actuación en la oscuridad del infinito. Con el arte de la palabra construyo mi antidestino. Nosotros, los que no disfrutamos de la victoria somos inhábiles de emigrar del fracaso. Por eso, a lo hecho pecho.

Los hombres de la estirpe de los Monte de Oca preferimos abdicar a la vida antes que deberla. La idea de la muerte no me asusta, he vivido con dignidad. He recibido una educación enciclopédica y transmití a los que me siguieron todo lo que podía enseñar. Creo que no me queda nada por vendimiar. Sé que me juzgarán con la vara que igualó al ladrón bueno y al malo con Jesucristo. Sin embargo, es bálsamo para mis oídos aquello de que el hombre es ingrato pero la humanidad es agradecida.

¡¿Quizás alguna vez seré reivindicado?!

No me congratulo, pero no puedo dejar de reconocer que me favorece que la desolación del Estado coincida con la desolación de mi vida. En estos momentos, la República de O y Villana son el escenario de un estilo grotesco e inmundo de corrupción. La política perdió su representatividad, el pueblo se siente desafectado de las instituciones. El poder es usufructuado por grupúsculos tramposos, y la tarea pendiente consiste en expropiar el poder de las manos inescrupulosas de los chupasangres y estafadores. Solo me queda esperar que mi ejemplo sea semilla germinadora del porvenir y que los que me sobrevivan recojan los frutos de esta existencia que pronto pasará al olvido.

No es mi interés alarmar a la audiencia, entre tires y aflojes ustedes aprendieron a quererme y yo aprendí a quererlos a ustedes. No quiero ser mal interpretado. Quédense tranquilos, que no me sucederá ninguna desgracia que no haya previsto. Nunca es fatal la voluntad que se realiza a sí misma. El razonamiento debe dejar de deliberar para que el deber ser guíe nuestra actuación. Las facultades del alma alteran el reposo de la vida más de lo que le sirven a ella.

En este instante crucial de mi vida rememoro el latinismo de Séneca que rezaba: Summun nec metuas diem, nec optes. *No temas ni desees tu último día. Me consuela que con mi muerte la ganancia de mis enemigos no será más que la de mi pérdida.*

Admito haber sido incapaz de iluminar las penumbras. Tuve que recurrir al fuego verbal de la guerra y la denuncia. Perdí mi última batalla, mis anémicas emociones fueron vencidas por la mediocre estatura moral de mis defraudadores. Considero que mi error es imperdonable. Sé, porque así me lo enseñaron, cuál es el camino en el que se desandan los pasos mal dados. Hoy enmiendo mis desaciertos con la luz cegadora de la muerte. No deseo

ni necesito un sepelio con pompas fúnebres, que me entierren en la inmensa luz de los que vivieron repudiando la esclavitud y las cadenas.

Eso sí les pido, como Héctor el vencido por Aquiles: "acordaos de mí, acordaos de mí, y olvidad mi destino".

Después de acabada su intervención, ante los ojos atónitos de los auxiliares, Montaña le quitó el cerrojo a su pistola con la que, según él, se mataba dignamente a un republicano. Sin encomendar su alma al cielo ni apuntando sus ojos hacia el techo, y mirando fijamente un horizonte imaginario, acomodó su colt 1911 bajo su maxilar inferior. Constatando que la punta se hundía en su mandíbula, se descerrajó un tiro. Su escueta humanidad se embadurnó de sangre y tejidos gelatinosos. El caso de Monte de Oca testifica que las naturalezas superiores no se humillan para acceder a la gloria.

De aquí en adelante, la historia cede el paso a la leyenda.

60. Entierro de Montaña y el renacer de la esperanza

La soberbia lo llevó a decir que *Aquila non capit muscas*: el águila no come moscas. Se equivocó y pensaba que la única manera de revertir su craso error era sacrificándose. El señor Montaña no se cansó de proclamar a los cuatro vientos que la política villanera, que era huérfana de comportamientos altruistas y de ideas progenitoras, no podía superar su condición de promiscua, mediocre y tediosa.

Al final se pudo comprobar que la esperanza hibernaba en la República de O. El suicidio de Montaña despertó una ola de protestas e indignación colectiva. Parecía que al unísono los olvidosos y villaneros se sacudían de la modorra y querían purgar la pena de haber tolerado tanta indecencia. La inercia y la indiferencia fueron sustituidas por actitudes que expresaban el hartazgo y la desconfianza.

La muerte del prócer destapó la olla de un ambiente podrido y viciado. Los acontecimientos acaecidos dan fe de que no se trataba de un momento más, sino que las manifestaciones que tenían lugar significaban el agotamiento de una larga etapa. Ese día el apetito insistente y reivindicativo de dignidad igualaba a todos los olvidosos y villaneros. El suicidio le puso fuego a un escenario que se caldeó. Se sentía la presión de que la política indulgente reñía con las aspiraciones republicanas de la República de O.

A todas luces, Montaña fue la chispa que encendió el fuego, o como otros especificaron, la gota que colmó el vaso. Masas uniformes y anónimas de hombres y mujeres deambulaban por las calles reclamando justicia por un acto que no fue un crimen perpetrado por terceros, sino que fue un suicidio ejecutado en vivo y en directo.

El despertar de la esperanza debía suponer el inicio de una nueva época política, una época en donde se destruyera la conformidad entre

el enriquecimiento ilícito y la cultura del soborno. Inclusive los marxistas de Villana empezaron a considerar que no era el factor económico lo que excitaba la lucha de clases. Los ortodoxos y los revolucionarios que soñaban con abolir la propiedad privada tuvieron que repensar sus dogmas de antaño. Estos portadores de las teorías apocalípticas y catastrofistas llegaron a la conclusión de que el origen de la diferencia de clases no residía en la economía, sino en la matriz política. Los olvidosos y los villaneros reaccionaron con la intención de ponerle finiquito a tanto desmadre y lujuria política. En las calles, los obreros levantaron barricadas. Las universidades fueron copadas por los estudiantes y los campesinos bloquearon las autopistas.

Todos se plegaron a las marchas de protesta. La burguesía desmanteló sus complicidades con los contratistas públicos. La clase superior quería dejar de ser la burguesía hórrida y convertirse en la vanguardia de los cambios sociales que se avecinaban. Las denuncias de la prensa eran constatadas y se vislumbró la luz al final del túnel.

Se mirase por donde se mirase, se demostraba que el señor Montaña representaba la moralidad y la voluntad de adecentar las costumbres. Extravagante y con su estilo personalísimo, arraigó el respeto y la admiración de sus oyentes. La inmolación no se consideró un acto de cobardía, sino, por el contrario, fue estimado como un acto testimonial y de coraje. Sus adversarios pretendieron descalificar el suicido considerándolo la salida más fácil o la clásica escapatoria de los débiles de carácter.

Pero el suicidio de Montaña no fue en vano, sus prédicas no fueron en vano, su vida dedicada a la patria no fue en vano, su pudor no fue en vano, sus disquisiciones filosóficas no fueron en vano, sus persistencias contra las corruptelas no fueron en vano. Toda la vida de Montaña no fue ni vana ni vacía.

Para los historiadores, los psicólogos y los filósofos existencialistas considerar que la vida y la existencia no tengan un objetivo fijo es una verdad discutible. En especial, los escépticos consideran que la vida no tiene por qué tener un sentido. Se presume que la vida en sí misma es un absurdo. Puede ser que para los buscadores de sentido la vida tenga el sentido que cada sujeto le atribuya a ella. El sentido o no

sentido de la existencia responde a un fenómeno subjetivo y no a la realidad objetiva. El objetivo del individuo, según el criterio de los buscadores del sentido de la vida, consiste en descubrir y gozar de la vida en la plenitud de esa teleología.

Haya o no sentido en el vivir o tengamos o no que buscar y encontrar el sentido, podemos convenir en que la vida se debe definir como un hecho biológico con el sentido o el sin sentido que le queramos dar. La búsqueda de sentido no es un principio constitutivo de la existencia, puede ser tomado como un principio prescriptivo. Con o sin sentido vivimos, hacemos el amor, nos reproducimos, bebemos agua del vaso, amamos, odiamos, obedecemos, ordenamos, asesinamos, salvamos vidas, destruimos y construimos.

Afinamos nuestro razonamiento pues queremos afirmar un dato que es el elemento definidor de un sacrificio. Todo sacrificio tiene un sentido, si el sacrificio no posee un objetivo que lo transcienda no es sacrificio o, por lo menos, no lo podremos calificar como tal. Puede haber vida sin sentido o puede ser la vida búsqueda de sentido, lo que no hay es sacrificio sin sentido. Existe sacrificio con sentido y no hay sacrificio sin sentido. Montaña entendió que con su muerte enrumbaba la historia. Su sacrificio se dirigía a otorgar el sentido extraviado de la libertad y la igualdad.

El entierro fue monumental. Los villaneros se volcaron a las calles y los olvidosos de toda la República estuvieron acompañando el cuerpo encajonado. Los restos de Montaña fueron velados en una nave de la catedral. El arzobispo solicitó que la misa fúnebre se realizara con el cuerpo presente. Al terminar los oficios religiosos, miles y miles de villaneros y olvidosos se encolumnaron detrás de la carroza fúnebre que llevaba el cadáver. Los habitantes de las casas por donde transitaba la procesión salían a los balcones y a las ventanas para decir su último adiós. Los manifestantes comprendieron que si no se premiaba lo bueno era imposible castigar lo malo. El reconocimiento a Montaña era como premiar lo bueno y castigar lo malo. Por fin se hacía realidad el deseo de Montaña de que la rebelión debía servir para que todos crecieran en la luz. Los políticos que se quisieron aprovechar de las jornadas fúnebres fueron echados a empellones y a

gritos. Los olvidosos y villaneros se convocaron sin responder a la consigna de ningún jefe partidario o líder sindical. La gente hizo flamear los signos patrios. Banderas y pañuelos blancos que simbolizaban la transparencia flameaban con la fuerza de un aire renovador. Un silencio mudo y compacto acompañaba el cortejo fúnebre. En el cementerio, miles de personas seguían demostrando su respeto y admiración al difunto. Empezaron con vivas al señor Montaña para después empezar a increpar con consignas inamistosas al gobierno y a los políticos.

Quizás, lo que menos fue en vano en la vida de Montaña fue su muerte. Afloraron reivindicaciones igualitaristas y de republicanismo. Su suicidio señalaba un nuevo inicio, una etapa en la que la política dejaría de ser mandataria de intereses espurios. La rebeldía enmudeció el cielo y la tierra. Montaña sabía que el asesinato de Juan Casimiro respondía al mandato de la justicia y que su inmolación fue un acto iniciático y ejemplificador.

En su despedida radial, Montaña citó las palabras de un autor que le rindió homenaje a la belleza y al compromiso. Nuestro protagonista murió con el convencimiento de que su muerte dispararía las fuerzas del cambio social. Con su suicidio pretendió conmover, estaba al corriente de que la resignación es razonable para las voluntades cansadas.

El prócer muere con el convencimiento de que le pone punto final a una historia desnortada. Era un convencido de que el electoralismo era fácil de instalar y que lo difícil era instalar la modernidad. Por el contenido emocional de su emblemática intervención no se ha notado la invocación que hace de Albert Camus. Montaña hace suya la advertencia de este gran humanista que señalaba que "la victoria no es definitiva… que la alegría está siempre amenazada. Que la muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en la valijas, los pañuelos y los papeles y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las

mande a morir en una ciudad dichosa”.

61. Absolución de posiciones

Procesalmente hablando ha llegado el momento de explicar quién soy y por qué me vi compelido a testimoniar sobre lo que pasó. Como impone el principio procesal de que a confesión de parte relevo de prueba admito la veracidad de los acontecimientos y mi responsabilidad en los mismos.

Pienso que cuando no se transmite lo que se sabe sobre lo sucedido parecería que nada sucedió ni existió. La abertura entre la realidad y la ficción alimenta el apetito literario, pero cuando esta grieta se ensancha la realidad fabula más que la ficción. Las inventivas de la realidad intoxican la verdad histórica. La imaginación pasa a formar parte de la realidad.

La realidad villanera era contaminante y peligrosa, los olvidosos se creían la película. Sin embargo, no me dejé seducir por el barniz con el que se pintaban las cosas. Es un error mío que nunca me haya gustado vivir en la mentira. La sinceridad me condujo por mal camino. No es que no mienta para no contrariar los diez mandamientos. No sé mentir, no me queda la mentira. Supuestamente, me atraparon con las manos en la masa y fui objeto de una investigación fiscal y policial. Durante el proceso permanecí tras las rejas. He recuperado mi libertad, pero ¿quién va a creer que no tenía vela en este entierro?

A pesar de que obtuve un PhD en Mainz sobre “la poesía griega después de Homero”, la gente me atribuía más inteligencia de la que poseo, no soy el astuto que se pensaba que era. Debería haber sido un poco mentiroso y menos proclive a confiar en los demás. Nunca saqué tajada de nada. No contraté con el gobierno ni estuve involucrado en operaciones de tráfico de influencias o de comercialización de drogas.

Arribé a la República de O con la intención de pasármela bien.

Quería huir de las presiones familiares y romper mi compromiso matrimonial con una señorita guapa, con dote, fuerte físicamente, pero que, lamentablemente no era mi media naranja, o tal vez yo no estaba maduro para asumir semejante compromiso. Claro que si contraía nupcias me hubiese evitado el mal rato de meterme en este desaguisado. Cuánto pagaría para borrar de mi currículo el hecho de haber reposado mis huesos en una cárcel inmunda y de mala muerte.

Ya es hora de que se sepa quién es el narrador de estas jornadas épicas. Mi nombre es Ciro Corazón del Padre. En Villana me apodaron con el sobrenombre del Norteño, me llamaban así porque provengo de un país del norte y porque las juergas en mi casa tenían un final rocanrolero.

Entre mis amigos de infancia me apodaron el Humano. En mi país si se pregunta por Ciro, el Humano, estoy seguro de que todos se acordarán de mí con afecto. Quien trató conmigo debe de tener un buen recuerdo de mí. Me adjetivaron el Humano por mi bonhomía.

Toda la vida he sido un buen tipo y después de la adolescencia me volví un negligente que deseaba gozar la vida. Me quemé los sesos estudiando y cumpliendo rigurosamente las exigencias de la academia alemana. Al terminar mis obligaciones universitarias cumplí con mis padres y me propuse disfrutar de la vida hasta nuevo aviso.

Conocí a Ignacio Zubeldía una noche de tragos y putas. La densidad del humo y la borrachera que llevaba encima no permitía que vislumbrara quién era ese político con prestancia y perfil internacionalista. Al día siguiente nos citamos en una cafetería y recién ahí descubrí que se trataba de uno de los políticos más importantes del país anfitrión.

Hicimos buenas migas y comenzamos a frecuentarnos. A él le atraía mi cultura general y el frenesí que yo le ponía a las parrandas. A mí de él me impresionó su coeficiente intelectual y su humildad. Me hice amigo del futuro presidente y… ¿quién no desea tener un amigo presidente? Así de simple es la historia.

Me enredé en todo este asunto por varias razones. Lo primero de todo es que no quise dar a conocer mis cristalinos orígenes. Temía que mis familiares me acosasen por el plantón que le hice a la doncella

hija de los amigos de mis padres. Cometí el error de haberme prodigado en la celebración de fiestas en las que los invitados y los colados venían con las ganas de soltarse.

Se apareaban en cualquier sitio, jalaban cocaína, inhalaban hongos, fumaban marihuana y brindaban con vodka. Hubo veces en que pensaba que estábamos reeditando una versión moderna de Sodoma y Gomorra. Ese fue mi pecado. No podía parar a los desenfrenados de mis fiestas. Obviamente, todos pensaban que era yo el que proveía las drogas y los alucinógenos. Por mi parte, asumo la responsabilidad de las bebidas alcohólicas. De la cantina yo era el responsable. Muchas bebidas y casi nada que comer.

Por lo general, los más ebrios se dormían en el piso y los que querían morigerar la resaca consumían los postres que los camareros servían al amanecer. Indebidamente, me hice de la fama de ser traficante de drogas. Las que circulaban en las fiestas eran supuestamente gentileza mía.

Jamás ofrecí drogas, pero si la gente poderosa y chic de Villana se quería drogar ¿qué podía hacer? Cuando se armó la de San Quintín con los congresistas todos pensaron que era yo el que hacía fuerza para que la ley no se tratara en el Congreso. No tenía vela en ese asunto. Gente mal intencionada me implicó en ese alboroto.

La ligué de arriba y con la huida de Ignacio y su esposa Silvia la policía y los jueces buscaron un chivo expiatorio. Heme aquí. Con la reputación arruinada y con mis familiares al acecho. Mis padres piensan que perdí la cabeza, que me desboqué y que debo encarrilarme.

No se les ocurrió cosa mejor que proponerme que reparase la ofensa casándome con la doncella a la que dejé plantada. Para todos mis condenadores fue fácil asimilar el sustantivo de Norteño con el adjetivo de mierda. Me soltaron después de dos años. Estos infelices me tuvieron en la sombra y no me mataron porque mi embajador, con el que solíamos jalar cocaína, intervino a favor de mi libertad y mi vida. Planteó mi desgracia en términos drásticos. Amenazó con romper las relaciones diplomáticas y con llevar mi caso a las instancias de los tribunales internacionales. Me salvé porque Dios es

grande y por la actuación del plenipotenciario de mi país. Por eso puedo contar la historia.

¡Qué prejuicio eso de ser Norteño y que te asocien con el narcotráfico!

Sospecho que Ignacio me mandó al frente y sencillamente me jodió para no joderse él. Está de vuelta en Villana y mantiene intactas sus posibilidades presidencialistas. Yo no sé por qué hay políticos que son tratados benignamente por la prensa. Nos guste o no nos guste el personaje tiene perfil de estadista. Creo que si le pierde el miedo al poder va a ser presidente. Si se aparta de sus hábitos disolutos y los suplanta por la vida familiar presumo que tiene delante de él un futuro prominente.

Salió indemne de la crisis de la extradición. Por lo visto tiene un Dios aparte o consiguió el consenso de los poderes fácticos. Gracias a Silvia la sacó barata. Silvia tiene más ambición y agallas que él. Necesita a su lado una mujer con carácter y que sea su cicerone. Si Ignacio deja de ser un nómada sentimental podría garantizarse un futuro promisorio. De hecho, fue la única capaz de quitar las castañas del fuego. Ignacio hizo bien en alejarse de Lluïsa, esta es de esas idiosincrasias que embargan el futuro para sobrellevar el pasado. Hablé mucho con ella, hasta creo que nos hicimos buenos amigos. Me enteré del drama con su padre y de los traumas que arrastra. Yo estaba mortificado y ella vive mortificada. El infortunio nos acercó, y así como le conté mi historia, ella me contó la suya con todo lujo de detalles.

El prócer merece unos renglones separado de los demás.

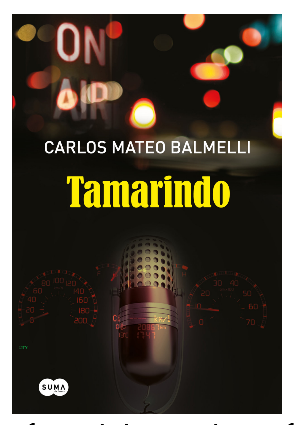
Montaña vivía pensando que todo el mundo lo miraba, esa circunstancia afectó su manera de ser. La divergencia entre la ética y la realidad tuvieron para él una consecuencia trágica. En el fondo, era un espíritu desdichado a quien le preocupaba el porvenir. La impronta escatológica de sus discursos arredraba a sus seguidores. Propuestas como la de que “nacimos libres y vivimos encadenados” o el juicio mefistofélico de que “todo lo que existe merece perecer” cautivaban a la audiencia, pero helaban los corazones de los miedosos que, dicho sea de paso, son siempre la mayoría.

Quiso ser como su héroe Prometeo que robó el fuego celeste para entregárselo a los hombres. Respetaba a la gente con buena educación, nunca miraba el origen social, prescindía de ello. Consideraba inapelable la inteligencia de las personas que le recomendaban buenos libros. Ha sido un prohombre que ha sembrado toda su vida las ideas que limpiasen el escenario público de las prácticas obscenas, fútiles y demagógicas.

Su credo no se dirigía a desmantelar las estructuras de la política ni se fundaban en un estupor alérgico contra el Estado. Creía en el poder como medio y fin de la política. Estaba sugestionado porque las ideas políticas dimensionasen la ética y la racionalidad. Fue una figura que fecundó con ideas revolucionarias la geografía sórdida, mediocre y mezquina de la República de O y de su capital, Villana.

Era un alma pura que, como todo aquel que desconoce la inmundicia salió, como lo hizo Dédalo, volando del laberinto en el que estaba inmerso. Después de lidiar contra la corrupción depredadora y de bregar por la transparencia, parece que las ideas de Montaña se implantaron y se ha despertado una conciencia que parece más rigurosa que crítica.

La pregunta que cabe hacerse indaga sobre la temporalidad y la mutación de los valores. ¿Son transitorios o permanentes? ¿Están sujetos a la bendición del poder político? Mientras no se revierta esta situación prodigiosa, haremos nuestra la advertencia de Victor Hugo: “Nada resulta más peligroso que una idea a la cual le ha llegado el momento”.



El vertiginoso ritmo de la ciudad de Villana, capital de la República de O., se aquieta una vez al día, todas las tardes, durante la emisión de "Sin pelos en la lengua". En la radio de cada auto que se encuentra atascado en el tráfico, en todas las casas y oficinas, en los prostíbulos y en el Congreso —en todas partes—, los oyentes se dejan conmover, sorprender, ilustrar e indignar por las palabras de Salvador Monte de Oca, a quien ellos conocen como Montaña, hombre de lengua de fuego que con su verba intenta guiar a su audiencia por el camino de la verdad y la redención. Haciendo eco de la cita "pinta tu aldea y pintarás el mundo", Carlos Mateo Balmelli abre un variado panorama de la realidad política y económica de nuestros pueblos. Corrupción, mentiras, traiciones, redes de narcotráfico organizadas por políticos inescrupulosos, sexo, poder y pasión son los elementos con los que está compuesta esta novela, la tercera del autor.



CARLOS MATEO BALMELLI

Nació en Asunción en 1961. Es egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Asunción, y cursó estudios de Derecho Público, Ciencias Políticas y Romanística en Alemania, entre 1986 y 1991. Culminó la redacción de su tesis doctoral en la Universidad de Mainz, en la República Federal Alemana. Fue miembro de la Convención Nacional Constituyente (1992), vicecanciller (1999), presidente del Congreso paraguayo (2003-2004), senador de la República (2003-2008), director general paraguayo de la represa Itaipú Binacional (2008-2010) y director ejecutivo de la fundación A Todo Pulmón - Paraguay Respira. Ha publicado los libros *Zur gegenwaertigen Verfassungdiskussion in ausgewaehlten lateinamerikanischen laendern: Chile, Paraguay, Argentina*; *El desarrollo institucional; Los procesos internos y la globalización; Gobernabilidad democrática*; *La reforma institucional del Estado y la calidad de la política; Cuestión de Estado*; *Itaipú. Una reflexión ético-política sobre el poder* (Aguilar, 2011); *La pasión de Lucrecia* (Suma de Letras, 2013), su primera novela, y *A la sombra de un destino* (Suma de Letras, 2015).

Foto: © Juan José Villamayor

Balmelli, Carlos Mateo
Tamarindo / Carlos Mateo Balmelli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Suma de Letras, 2017.
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-987-739-093-3

1. Narrativa Paraguaya. I. Título.
CDD 860

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: noviembre de 2017

Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-739-093-3

Conversión a formato digital: Libresque



Índice